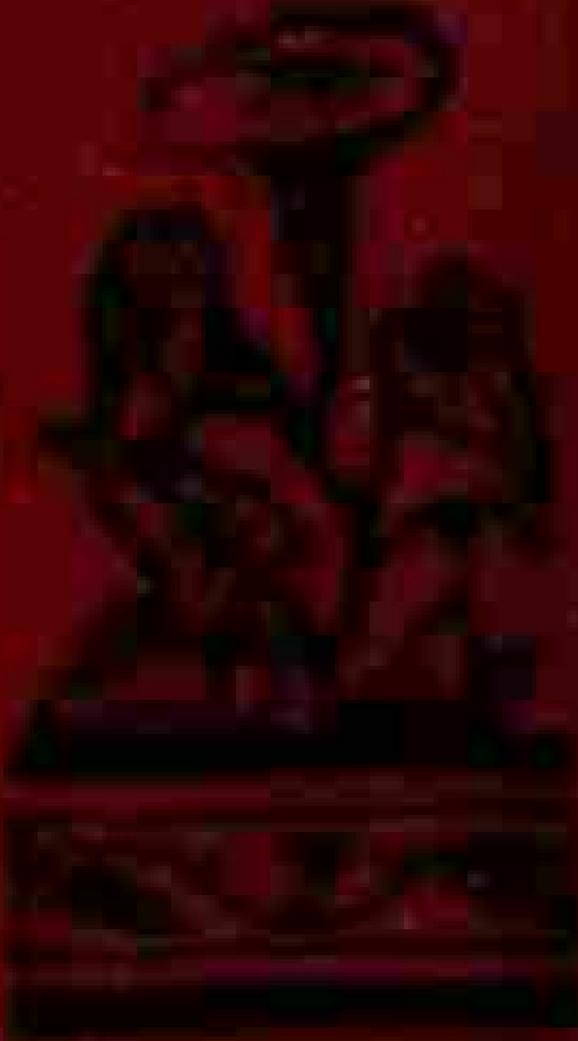


ALF. DUMAS  
LOS CUARENTA  
Y  
CINCO

BIBLIOTECA  
DE LOS  
NOVELISTAS  
V. CH. BOURET

27  
CCIC

511c



A. DUMAS

LOS

CUARENTA

y

FINALES

V. 4



PQ 2227

Q2

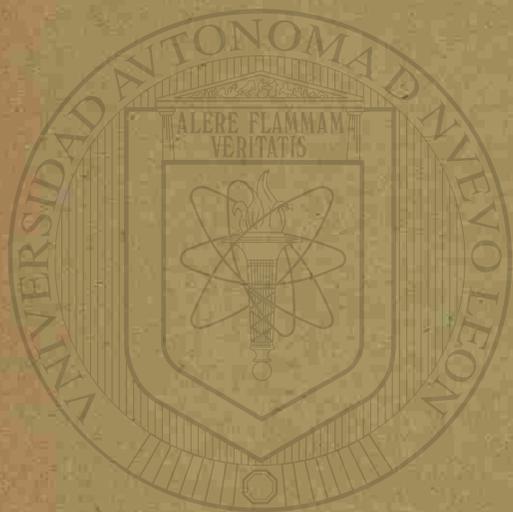
S6

V. 4

0000110



1020026354

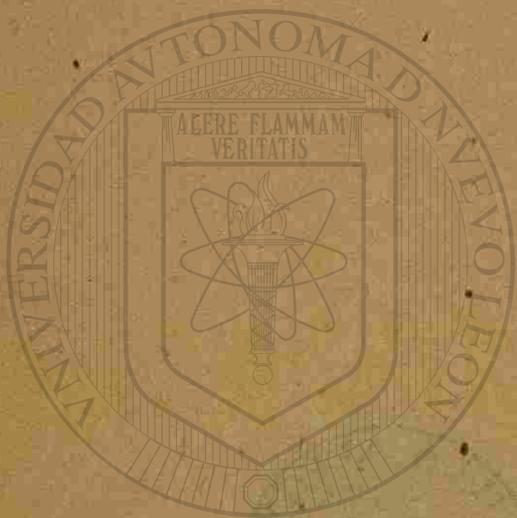


UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS  
FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS



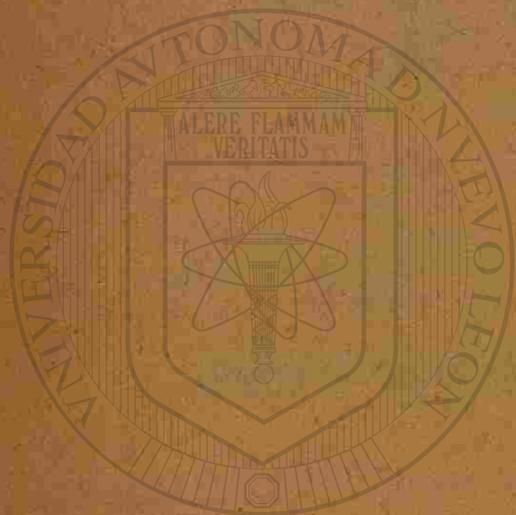
LOS

CUARENTA Y CINCO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Núm. Clas.	_____
Núm. Autor	_____ <i>D 88611c</i>
Núm. Adg.	_____ <i>24996</i>
Procedencia	_____ <i>- 8 -</i>
Precio	_____
Fecha	_____ <i>1/1</i>
Clasificó	_____
Catálogo	_____



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

PARÍS — LIBRERÍA É IMPRENTA DE LA V<sup>da</sup> DE CH. BOURET.

LOS

# CUARENTA Y CINCO

POR

ALEJANDRO DUMAS

NUEVA EDICIÓN

TOMO CUARTO



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

LIBRERÍA DE LA V<sup>da</sup> DE CH. BOURET

PARÍS

MÉXICO

23, rue Visconti, 23

44, Cinco de Mayo, 14

1908

PROPIEDAD DEL EDITOR

29996

098721

843  
9.

PQ 2227  
.Q2  
S6  
v.4



**CAPILLA ALFONSINA**  
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
 U . A . N . L . :

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
 "ALFONSO REYES"  
 FONDO RICARDO COVARRUBIAS

LOS

# CUARENTA Y CINCO

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
 "ALFONSO REYES"  
 1900. 1625 MONTERREY, MEXICO

## CAPÍTULO PRIMERO

En que se da cuenta de cómo entró Sainte Maline en la torrecilla, y de otras cosas que verá el curioso lector.

El primer cuidado de Ernautón cuando vió ceder la puerta de la antesala á los golpes de Sainte Maline fué apagar la bujía que alumbraba la torrecilla.

Esta precaución que podía ser buena, pero que sólo era instantánea, no tranquilizó, sin embargo, á la duquesa, cuando de pronto la señora Fournichón, que había agotado ya todos sus recursos, echó mano al último medio y se puso á gritar :

— Os prevengo, señor de Sainte Maline, que las personas á quienes vais á incomodar son amigas vuestras; la necesidad me obliga á declarároslas.

— Pues bien, esa es una razón poderosa para que les hagamos una visita, dijo Perducas de Pincornay con acento avinado y tropezando en el último escalón.

— ¿Y quiénes son esos amigos? preguntó Sainte Maline.

— Sí, sí, sepámoslo al instante, añadió Eustaquio de Miradoux.

La buena huésped, esperando siempre evitar una colisión que podía hacer el mayor agravio al *Rosal de Amor*, á la vez que honrase al *Bravo Caballero*, se presentó en medio del grupo de aquellos hidalgos, y pronunció en voz baja el de Ernaudón al oído de su agresor.

— ¡Ernaudón! repitió en voz alta Sainte Maline, para quien esta revelación fué aceite y no agua arrojado sobre el fuego. ¡Ernaudón! imposible.

— ¿Por qué? preguntó la señora Fournichón.

— Sí, ¿decidnos por qué? añadieron todos los presentes.

— ¡Vive Dios! contestó Sainte Maline, porque Ernaudón es un modelo de castidad, un ejemplo de continencia, un compuesto de todas las virtudes. No, no, os engañáis, señora Fournichón, no es el caballero de Carmainges el que está ahí dentro.

Y diciendo esto se adelantó á la segunda puerta para hacer con ella lo que con la primera, pero la puerta se abrió repentinamente y apareció Ernaudón en el umbral con un gesto que revelaba claramente que la paciencia no era una de las virtudes que acababa de atribuirle Sainte Maline.

— ¿Con qué derecho ha roto esa puerta Mr. de

Sainte Maline? preguntó con severidad. ¿Con qué derecho pretende romper esta otra?

— Es él en verdad, es el caballero Ernaudón, exclamó Sainte Maline; reconozco su voz, pues en cuanto á su figura, el diablo me lleve si puedo decir en la oscuridad de qué color es.

— Eso no es contestar á mis preguntas, repuso Ernaudón.

Sainte Maline se echó á reír estrepitosamente, lo cual tranquilizó á alguno de los cuarenta y cinco, que al escuchar el tono de amenaza con que Mr. de Carmainges había pronunciado las últimas palabras creyeron conveniente bajar dos escalones.

— Con vos hablo, señor de Sainte Maline, dijo Ernaudón. ¿No me habéis escuchado?

— Sí, sí, perfectísimamente, respondió este último.

— ¿Y qué tenéis que decir?

— Que queríamos saber, apreciable camarada, si efectivamente erais vos el que habitaba esta mansión de los amores.

— Pues bien, ya que estáis seguros de no haberos equivocado, supuesto que os estoy hablando y que en caso necesario os pudiera tocar para convenceros, dejadme en paz.

— ¡Diablo! Supongo que no os habéis hecho ermitaño, y que por consiguiente no estáis solo.

— En cuanto á eso, caballero, me permitiréis que os deje con vuestras dudas, si es que las tenéis.

— ¡Bah! dijo Sainte Maline haciendo un esfuerzo para entrar en la torreilla. ¿Es posible que estéis aquí solo? ¡Ah! No tenéis luz... ¡Bravo!

— Vamos, caballeros, dijo Ernaudón en altivo tono, creo que habéis bebido demasiado, y os perdono; no olvidéis, sin embargo, que tiene un término la paciencia con que debe tratarse á hombres privados de razón. Se han concluido las chanzas, ¿no es cierto? Hacedme el gusto de ausentaros.

Sainte Maline por desgracia sintió al mismo tiempo los estímulos de su envidiosa malignidad.

— ¡Retirarnos! ¡retirarnos! gritó con enojo: señor de Carmainges, nos decís eso de un modo...

— De un modo que no os dé lugar á cometer nuevas equivocaciones, señor de Sainte Maline, y si es necesario, os lo repito: retiraos, señores, yo os lo pido.

— No será sin que primero nos permitáis tener el honor de saludar á la persona que os hace abandonar á vuestros amigos.

Al ver que Sainte Maline insistía, empezó á estrecharse á su alrededor el círculo que ya iba á romperse.

— Señor de Monterabeau, dijo Sainte Maline con autoridad, bajad al salón y traednos una luz.

— Señor de Monterabeau, gritó Ernaudón, si hacéis eso, acordaos de que me ofenderéis personalmente.

Monterabeau vaciló, porque la voz de Ernaudón era amenazadora.

— Corriente, replicó Sainte Maline; hemos prestado un juramento, y Mr. de Carmainges es tan rígido observador de la disciplina que no querrá quebrantarlo. Nosotros no podemos batirnos unos contra otros; por consiguiente, alumbrad, Monterabeau, alumbrad.

Éste bajó, y cinco minutos después subió con una bujía, que quiso entregar á Sainte Maline.

— No, no, le dijo éste; tenedla vos, porque se me figura que voy á necesitar las dos manos.

Y hablando así dió un paso adelante para penetrar en la torrecilla.

— Os tomo por testigos á todos los que os halláis aquí presentes, dijo Ernaudón, de que se me insulta indignamente y de que se ejerce conmigo una coacción, y por consecuencia estoy dispuesto á hundir esta espada en el pecho del primero que dé un paso hacia adelante.

Furioso Sainte Maline, quiso también desnudar la espada, pero al punto vió brillar sobre su pecho la punta de la de Ernaudón.

Y como al mismo tiempo dió un paso hacia adelante, sin que Mr. de Carmainges tuviese necesidad de hacer el menor esfuerzo, sintió su agresor el frío del acero, se echó atrás, y bramó como un toro herido.

Entonces dió Ernaudón un paso hacia adelante, igual al que Sainte Maline acababa de dar á retaguardia, y apoyó la espada por segunda vez en el pecho de este último.

Sainte Maline se puso pálido, pues en manos de su contrario estaba el clavarlo en la pared, pero retiró con prontitud su espada y la envainó diciendo:

— Merecéis morir mil veces por vuestra insolencia, pero el juramento de que hablasteis poco ha, me ata las manos, y no volveré á tocaros: os vuelvo á decir que me dejéis libre el paso.

Hablando así dió un paso hacia atrás para ver si

se le obedecía, añadiendo poco después con el acento y el ademán de un rey :

— Paso, caballeros; salid, señora, yo respondo de todo.

Entonces apareció en el umbral de la torrecilla una mujer cuya cabeza cubría una papalina y cuyo rostro ocultaba un velo, y la cual se apoyó temblando en el brazo de Ernautón.

El joven, como si estuviese seguro de que nada tenía que temer, atravesó denodadamente la antecámara por medio de sus camaradas inquietos y curiosos.

Sainte Maline, cuyo pecho rozó ligeramente la espada de Ernautón, se había retirado á la meseta de la escalera, desesperado por la merecida afrenta que acababa de sufrir á presencia de sus compañeros y de la dama desconocida.

Viendo que todo se conjuraba contra él y que sería objeto de continuas burlas é insultos si las cosas quedaban entre él y Ernautón en el estado que tenían, quiso apelar al último extremo, y cuando pasaba Ernautón por delante de él desenvainó la daga.

¿Era su intención herir á Carmainges? ¿Quiso efectivamente hacer lo que hizo? He aquí una cosa imposible de averiguar, sin haberla leído en el tenebroso pensamiento de aquel hombre, en el cual ni aun él mismo podía leer en aquellos momentos de cólera.

Pero es cierto que su brazo cayó sobre la pared que se retiraba, y que la hoja de su puñal, en vez de sepultarse en el pecho de Ernautón, atravesó la pa-

palina de la duquesa y cortó una de las cintas de la careta.

La máscara cayó al suelo.

El movimiento de Sainte Maline había sido tan rápido, que en medio de la confusión nadie lo había advertido, ni podido por lo tanto oponerse á él.

La duquesa lanzó un grito al ver que se le desprendía la careta y al sentir en su cuello la frialdad de la hoja de la daga, que afortunadamente no llegó á hierirla.

Sainte Maline, mientras Ernautón procuraba averiguar el motivo de aquel grito, tuvo el tiempo necesario para recoger la careta y presentarla á la duquesa, de modo que á la luz de la bujía de Moncrebeau pudo ver el bellissimo semblante de la joven dama, pues nada se lo impedía.

— ¡ Ah! exclamó con acento burlón é insolente, es la hermosa dama de la litera: Ernautón, os doy la enhorabuena, pues veo que adelantáis grandemente en vuestros asuntos.

Ernautón se detuvo y desenvainó á medias la espada arrepiñándose de no haberla conservado empuñada, cuando la duquesa le dijo en voz baja y llevándole hacia los escalones:

— Venid, venid, caballero Carmainges; os lo suplico.

— Ya volveré á veros, señor de Sainte Maline, gritó Ernautón alejándose, y creed que me pagaréis esa infamia con todas las demás.

— Bien, bien, le respondió Sainte Maline, arreglad vuestra cuenta, al paso que yo arreglo la mía; día llegará en que las ajustemos juntos.

Carmainges oyó estas palabras, pero nada contestó á ellas por atender exclusivamente á la duquesa.

Llegados por fin los dos al piso bajo, nadie se opuso á su salida, pues los individuos pertenecientes á los cuarenta y cinco que no habian subido la escalera, censuraban sin duda en voz baja la imprudente conducta de sus compañeros.

Ernautón condujo á la duquesa á su litera, que estaba al cuidado de dos lacayos. No bien aquella dama entró en ella, cuando, teniéndose por segura, estrechó la mano de Carmainges entre las suyas diciéndole:

— Caballero Ernautón, después de lo que acaba de suceder, después del insulto que he recibido, y que no habéis podido evitar, no obstante vuestro valor, no podemos volver aquí sin peligro de que se repita. Buscad, pues, por estos barrios alguna casa que se alquile ó se venda, y pronto tendréis noticias mías.

— ¿Debo separarme ya de vos, señora? preguntó Ernautón inclinándose en señal de obediencia á las órdenes que acababa de recibir, y que eran demasiado lisonjeras á su amor propio para que se parase á discutir las.

— Todavía no, señor de Carmainges, todavía no, seguid á mi litera hasta el Puente Nuevo, pues temo que ese miserable que me conoce por la dama de la litera, pero que ignora quién soy, venga en mi seguimiento y averigüe en dónde habito.

Ernautón obedeció, pero nadie siguió sus huellas para espíarlos.

Al llegar la duquesa al Puente Nuevo, que entonces merecía este nombre, pues sólo hacía siete años

que el arquitecto Ducerceau lo había echado sobre el Sena, acercó su mano á los labios de Ernautón y le dijo:

— Idos ya, caballero.

— ¿Podré preguntaros cuándo volveré á veros, señora?

— Eso dependerá de la prisa que os deis á cumplir mi comisión, y ella me servirá al mismo tiempo de prueba del deseo que tengáis de verme.

— ¡Oh! señora, confiad enteramente en mí.

— Así lo haré, adiós, caballero mío.

La duquesa dió á besar por segunda vez su mano á Ernautón y se alejó seguidamente.

— Esto, á la verdad no deja de ser extraño, dijo el joven volviendo atrás, esa mujer me tiene afición, cosa de que no puedo dudar, y sin embargo, no se cuida de saber si puedo ó no ser víctima de ese maldito de Sainte Maline.

Un ligero movimiento de hombros que hizo al mismo tiempo, probó que el joven apreciaba en su justo valor aquel descuido de su dama.

Peró volviendo á hacerse cargo de aquel sentimiento, que nada favorable se presentaba para su amor propio, prosiguió de este modo:

— Con efecto, estaba muy turbada, y ya se sabe que el temor de ser conocida puede más en una princesa que todos los pensamientos amorosos del mundo. Porqué al fin, añadió sonriéndose, mi dama es una princesa.

Y como este sentimiento era para él más agradable que el otro, triunfó y se apoderó completamente de su imaginación.

Pero no pudo ahuyentar el recuerdo del insulto que le habían hecho: volvió, pues, vía recta á la hospedería para que nadie tuviese el derecho de suponer que él temía las consecuencias de lo que llegase á resultar de aquel lance. Estaba decidido á faltar á todas las consignas y á todos los juramentos posibles y acabar con Sainte Maline en cuanto pronunciase una palabra ó hiciese un gesto.

El amor y la vanidad heridos con un mismo golpe le inspiraban tanta cólera, que en el estado de exaltación que tenía hubiera sido capaz de luchar contra diez hombres.

Esta misma resolución brillaba en sus ojos cuando llegó al umbral del *Bravo Caballero*.

La señora Fournichón, que esperaba su vuelta con ansiedad, permanecía en el umbral temblando de pies á cabeza.

Al ver á Ernaudón se enjugó los ojos, dando á entender que había llorado mucho, y echando sus dos brazos al cuello del joven le pidió mil perdones, á pesar del empeño de su marido, quien sostenía que no habiendo cometido la menor falta, no había por qué pedir tantos perdones.

La buena huésped no era tan desagradable para que Carmainges le conservase el menor rencor, y por lo tanto la aseguró que estaba satisfecho de su conducta, y que el único culpable era su vino.

Este fué un aviso que el marido pudo comprender perfectamente, y así fué que dió las gracias con la cabeza á Ernaudón.

Mientras sucedía esto á la puerta, todos los del interior estaban sentados á la mesa y hablaban con

calor del suceso, que formaba sin contradicción el punto culminante de aquella noche divertida.

Muchos culpaban á Sainte Maline con la franqueza que tanto caracterizaba á los gascones cuando hablan unos con otros.

Otros se abstendían de tomar parte en la discusión viendo que su camarada arrugaba el entrecejo y le temblaban los labios, tal vez en fuerza de sus reflexiones.

En cuanto á lo demás, también se criticaba con el mismo entusiasmo la cena de la señora Fournichón; pero al ponerle faltas se filosofaba y á esto se reducía todo.

— En cuanto á mí, decía en alta voz Mr. Hector de Birau, ya sé que Mr. de Sainte Maline tiene la culpa de todo, y que si yo me hubiese llamado Ernaudón de Carmainges probablemente estaría á estas horas Mr. de Sainte Maline tendido en esta mesa en vez de asistir á nuestra cena.

Sainte Maline alzó la cabeza y miró á Hector de Birau.

— Lo dicho dicho, añadió éste; pero mirad, en el umbral de la puerta divisó á un sujeto que me parece ser de mi misma opinión.

Todas las miradas se dirigieron hacia el sitio indicado por el joven caballero, y se vió á Carmainges pálido y de pie en el cuadro formado por la puerta.

Al verle semejante á una aparición, todos sintieron bañados sus cuerpos de sudor frío.

Ernaudón descendió del umbral como hubiera podido hacerlo de su pedestal la estatua del comendador, y se fué derecho á Sainte Maline, sin pro-

vocarle en realidad, pero con una firmeza que hizo palpar á más de un corazón.

Por todas partes salieron entonces estas palabras:

— Por aquí, por aquí, Ernaudón; venid, venid, pues ya sabéis que á mi lado tenéis siempre asiento seguro.

— Mil gracias, caballeros, el caso es que quiero sentarme al lado de Mr. de Sainte Maline.

Éste se levantó, y todos fijaron en él los ojos; pero en el movimiento que hizo se cambió completamente la expresión de su rostro.

— Os voy á hacer sitio como deseáis, dijo á Carmainges, pero al hacérselo, debo pedir os franca y sinceramente que disimuléis la estúpida agresión de esta noche; estaba embriagado, como vos mismo lo habéis dicho, y así dispensadme.

Esta declaración, hecha en medio de un silencio general, no satisfizo á Ernaudón, aunque era evidente que ninguno de los cuarenta y cinco había perdido una sílaba de ella, y que todos ansiaban saber cómo terminaría la escena.

Pero cuando pronunció Sainte Maline las últimas palabras, mil gritos de júbilo lanzados por sus camaradas, manifestaron á Ernaudón que debía darse por satisfecho y que estaba plenamente vencido, y por consiguiente su buen sentido le aconsejó callar, y una mirada que dirigió al mismo tiempo á Sainte Maline le hizo conocer que debía desconfiar de él más que nunca...

— Este miserable es valiente, á pesar de todo, dijo para sí Ernaudón, y si cede ahora debe ser por

efecto de alguna combinación odiosa que más le satisface.

El vaso de Sainte Maline estaba lleno, y él mismo tuvo la atención de llenar el de Carmainges.

— Ea, ea, gritaron todos, haya paz, señores; á la reconciliación de Ernaudón y Sainte Maline.

Carmainges se aprovechó del estrépito producido por el choque de los vasos, é inclinándose al oído de Sainte Maline con la sonrisa en los labios para que no pudiese sospecharse el sentido de las palabras que le dirigía, le dijo:

— Señor de Sainte Maline, me habéis insultado por segunda vez sin ofrecerme reparación alguna; cuidado conmigo, porque á la tercera os mataré como á un perro.

— Hacedlo, hacedlo, caballero, si podéis, repuso Sainte Maline, porque os juro por mi honor, que si yo me hallase en vuestro lugar obraría del mismo modo.

Y los dos enemigos mortales chocaron sus vasos como hubieran podido hacer los dos mejores amigos.

una pistola y removi6 una ancha daga en su vaina de terciopelo; luego la colgó del anillo de la cadena que le servía de cintur6n, en el cual acomod6 asimismo la pistola, un manojo de llaves y un libro de oraciones encuadernado con piel negra.

Mientras así se ocupaba, un paso ligero como el de una sombra se deslizaba por el piso del cuarto principal dirigiéndose á la escalera.

Una mujer pálida, parecida á una fantasma, envuelta entre los pliegues de un blanco velo, aparece de repente en el umbral de la puerta, y con voz melosa y triste como el canto del pájaro que expira en el bosque, dijo:

— ¿Estáis pronto, Remigio?

— Sí, señora, y sólo aguardo vuestra maleta para reunir la con la mía.

— ¿Y pensáis que puedan acomodarse bien en nuestros caballos?

— Yo respondo de todo, señora; por si eso os inquieta, ¿no podemos abandonar la mía supuesto que allí tendré todo cuanto necesite?

— No, Remigio, por ningún motivo quiero que os falte el en camino lo que hayáis menester, y allí, como el pobre anciano está enfermo, todos sus criados estarán ocupados con él. ¡Ah, Remigio! Tengo vivos deseos de reunirme con mi padre, porque mi corazón abriga tristes presentimientos; parece que hace un siglo que no le he visto.

— Con todo, señora, os separasteis de él tres meses ha, y entre este viaje y el último media el mismo espacio que entre los otros.

— Remigio, ves que sois tan buen médico,

## CAPÍTULO II

En que se da cuenta de lo que aconteció en la casa misteriosa.

Mientras que la hospedería del *Bravo Caballero*, mansión aparente de la concordia más perfecta, dejaba á puerta cerrada y bodega abierta filtrar al través de las rendijas de sus postigos la claridad de las bujías y el contento de los convidados, se verificaba un movimiento insólito en aquel edificio misterioso, que nuestros lectores sólo conocen hasta ahora exteriormente por las páginas que han leído en nuestra relación.

El criado de calva frente iba y venía de un aposento á otro conduciendo objetos empaquetados que encerraba en una maleta de viaje.

Terminados estos primeros preparativos, cargó

¿no me confesasteis cuando le dejamos, que mi padre no podía contar con mucho tiempo de vida?

— Sin duda, pero mis palabras deben considerarse como la expresión del temor y no como una profecía: Dios se olvida á veces de los viejos, y viven (cosa extraña) por la costumbre que tienen de vivir; aun hay más, el viejo suele ser como un niño, hoy está enfermo y mañana sano.

— ¡Ah, Remigio! También hace lo que el niño, que hoy está sano y mañana muerto.

Remigio nada respondió, porque realmente no podía salir de su boca respuesta alguna satisfactoria, y un lúgubre silencio sucedió durante algunos minutos al diálogo que acabamos de referir.

Los dos interlocutores permanecieron un rato silenciosos y pensativos.

— ¿Para qué hora habéis pedido los caballos, Remigio? preguntó la dama misteriosa.

— Para las dos de la mañana.

— ¿No acaba de dar la una?

— Sí, señora.

— ¿Nadie nos observa en la calle?

— Nadie, señora.

— ¿Ni ese desgraciado joven?

— Tampoco.

Y Remigio lanzó un suspiro.

— Me habéis contestado de una manera extraña.

Remigio.

— Consiste en que también ese joven ha tomado una resolución.

— ¿Cuál? preguntó la dama estremeciéndose.

— La de no volver á vernos, ó al menos procurar esto mismo.

— ¿Pues adónde va?

— Adonde todos vamos: á descansar.

— Dios le conceda eterno sosiego, repuso la dama con voz grave y fría como un eco de muerte, sin embargo... Aquí se detuvo.

— ¿Y sin embargo qué? dijo Remigio.

— ¿Nada tenía que hacer en el mundo?

— Amar, si le hubiesen amado.

— Un hombre de su clase, de su nombre y de su edad debiera contar con el porvenir.

— ¿Contáis con él vos, que tenéis una edad, un nombre y un rango que nada puede envidiar á los suyos?

Los ojos de la dama despidieron sinistra claridad.

— ¡Oh Remigio! exclamó, cuento con él, pues vivo... pero... aguardad.

Y después de haber escuchado atentamente, añadió:

— ¿No se oye el trote de un caballo?

— Me parece que sí.

— ¿Será nuestro conductor?

— Es muy posible, en cuyo caso se habrá adelantado cerca de una hora á la convenida.

— Se han detenido en la puerta, Remigio.

— Con efecto.

Remigio bajó con precipitación la escalera al mismo tiempo que resonaron en la puerta tres golpes de aldabón.

— ¿Quién es? preguntó Remigio.

— Yo, contestó una voz temblona y áspera; soy Grandchamp, el ayuda de cámara del barón.

— ¡Ah, Dios mío! ¡Vos, Grandchamp, en París! Voy á abriros inmediatamente, pero hablad. Y diciendo esto abrió la puerta.

— ¿De dónde venis? le preguntó Remigio en voz baja.

— De Meridor.

— ¿De Meridor?

— Sí, mi querido señor Remigio. ¡Ah!

— Entrad, entrad pronto. ¡Dios mío! ¡Dios mío!

— ¿Qué hay, Remigio? preguntó la dama desde la escalera. ¿Son nuestros caballos?

— No, señora, no; no son ellos.

Y volviendo hacia el viejo, añadió:

— ¿Qué hay de nuevo, mi buen Grandchamp?

— ¿No lo sospecháis? respondió el ayuda de cámara.

— ¡Ah! sí, lo adivino, pero en nombre del cielo os pido que no la deis esta noticia de pronto. ¿Qué es lo que va á decir la pobre señora?

— Remigio, Remigio, dijo la dama, creo que estáis hablando.

— Sí, señora.

— Con una persona cuya voz conozco.

— Con efecto, señora. ¡Ah, Grandchamp! ¿Cómo lo hemos de remediar?

La dama, que había bajado del piso principal al bajo, como había bajado ya del segundo al primero en el extremo del corredor,

— ¿Quién es? preguntó al punto, me ha parecido Grandchamp.

— El mismo, señora, contestó con humildad y tristeza el viejo, descubriendo su blanca cabeza.

— ¡Tú, Grandchamp! ¡Cielo santo! No me engañau mis presentimientos; ha muerto mi padre.

— Sí, señora, respondió Grandchamp olvidando la recomendación de Remigio; Meridor no tiene ya amo.

Pálida, helada, pero inmóvil y firme, la dama soportó aquel golpe sin sucumbir.

Al verla Remigio tan resignada y sombría, se acercó á ella y la tomó suavemente la mano.

— Amigo mío, preguntó ella al mensajero, ¿cómo ha muerto?

— El señor barón, que no abandonaba ya su poltrona, fué atacado hace ocho días del tercer accidente de apoplejía: su última palabra fué vuestro nombre; después de haberlo pronunciado con trabajo, no habló más, y murió por la noche.

Diana dirigió al viejo criado una señal de gratitud y sin volver á decir cosa alguna, subió á su aposento.

— Por fin ya es libre, murmuró Remigio más pálido y sombrío que ella: venid, Grandchamp, venid.

El aposento principal de la dama estaba situado en el primer piso, detrás de un gabinete que tenía vistas á la calle, mientras que dicho aposento solo recibía la luz por una ventana del corredor.

Los muebles de aquella pieza eran tristes, pero ricos, y los dibujos de los tapices de Arrás, los más hermosos de la época, representaban todos los trances amargos de la sagrada Pasión.

Un reclinatorio de encina esculpido, un sillón de

la misma madera y del mismo trabajo, y una cama de columnas enroscadas, con tapices parecidos á los que cubrían las paredes, y una alfombra de Brujas, eran los objetos que adornaban el aposento.

En él no se veía una flor, ni una alhaja, ni un dorado; la madera y el hierro pulimentado hacían veces de molduras de plata y oro: un cuadro de ébano encerraba un retrato de hombre, colocado en un ángulo de la pieza, y sobre él daba de lleno la luz de la ventana, practicada sin duda en el corredor con este objeto.

La dama se postró ante aquel retrato con el corazón hinchado, pero con ojos enjutos.

Dirigió á la inanimada pintura una indecible mirada de amor, como si aquella noble imagen pudiera reanimarse para corresponder con otra. Noble era, en efecto, la expresión de su semblante, y esta calificación le cuadraba perfectamente.

El pintor había representado un joven de veintiocho á treinta años, medio desnudo y recostado en un lecho de descanso; de su entreabierto pecho se desprendían algunas gotas de sangre, y su mano derecha pendía mutilada, y sin embargo, todavía empuñaba un pedazo de espada.

Cerrábanse sus ojos como los de un hombre próximo á expirar; la palidez y el dolor prestaban á su fisonomía un carácter divino, que el rostro del hombre solo empieza á adquirir cuando abandona el mundo por la eternidad.

La única divisa, el único rótulo que se leía al pie de la pintura en letras de color de sangre, era:

AUT CESAR AUT NIHIL

La dama extendió sus brazos hacia aquella imagen dirigiéndole las siguientes palabras como hubiera podido hacerlo al mismo Dios.

« Te había rogado que me aguardases, á pesar de que tu alma irritada debía respirar venganza, y como los muertos ven todo, oh amor mío, has visto que sólo he soportado el peso de la existencia por no convertirme en parricida; después de haber muerto tú, yo también debía morir; pero muriendo yo, mataba á mi padre.

» Y luego.... también lo sabes, hice un juramento sobre tu cadáver ensangrentado: juré pagar la sangre con sangre, y la muerte con la muerte, pero entonces hubiera echado la responsabilidad sobre la blanca cabeza del venerable anciano que me llamaba su inocente hija.

« Me has esperado, gracias, amor mío; me has aguardado, ahora ya soy libre, pues el Señor ha roto el último eslabón de la cadena que me sujetaba á la tierra: gracias mil sean dadas al Hacedor Supremo. Ya soy enteramente tuya; ya puedo abandonar mi disfraz y los misterios que me rodean; ya puedo presentarme á la luz del día, porque nadie en el mundo me echará de menos, porque he logrado poseer el derecho de abandonar la tierra.»

Levantó entonces una rodilla, y besó aquella mano que parecía colgar fuera del cuadro.

« Ya sé que me perdonas el que mis ojos estén enjutos; consiste en que á fuerza de llorar sobre tu sepulcro, se han secado estos ojos que tanto amabas.

» Dentro de pocos meses iré á reunirme contigo.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
 "ALFONSO REYES"  
 1926 MONTERREY, MEXICO

sombra querida, y por fin contestarás á tantas protestas de amor como te he dirigido sin que tus labios se hayan desplegado.»

Después de pronunciar estas palabras, se levantó Diana respetuosamente, como si hubiese concluido de platicar con Dios, y fué á sentarse en su sillón de encina.

— ¡Pobre padre! murmuró friamente y con una expresión que no parecía pertenecer á criatura humana.

Después se abismó en cavilaciones sombrías que al parecer le hicieron olvidar su actual situación y las desgracias pasadas.

Levantóse de pronto, y apoyando una mano en el sillón, dijo:

— Esto ha de ser, y todo mejor de este modo. ¡Remigio!

El fiel criado escuchaba sin duda á su ama detrás de la puerta, porque se presentó al momento.

— Aquí me tenéis, señora, respondió.

— Mi digno amigo, hermano mío, le dijo Diana, vos, que sois el único que me conoce en el mundo, decidme adiós.

— ¿Y por qué, señora?

— Porque ha llegado, Remigio, la hora de separarnos.

— ¡Separarnos! exclamó el joven con acento que hizo estremecer á su compañera. ¿Qué estáis diciendo, señora?

— Sí, Remigio. Mi proyecto de venganza me parecía noble y puro mientras entre él y mi voluntad existía un obstáculo, mientras sólo lo divisaba en

un horizonte más ó menos lejano: así son todas las cosas de este mundo, grandes y hermosas desde lejos. Ahora, que estoy cerca de la ejecución, ahora, que el obstáculo ha desaparecido... no me vuelvo atrás, Remigio, pero no quiero arrastrar conmigo en el camino del crimen á una alma generosa que no se ha contaminado con la más leve mancha. Así, pues, vais á dejarme sola, amigo mío; toda una vida de lágrimas será á los ojos de Dios una expiación de mis faltas, y espero que también os sirva á vos por lo mucho que os he hecho sufrir; de ese modo, vos, que ningún crimen habéis cometido, podéis estar doblemente seguro de alcanzar el cielo.

Remigio había escuchado las palabras de la dama de Monsoreau con aire sombrío y casi altivo.

— Señora, repuso al punto, ¿creéis que estáis hablando con algún viejo medroso y fatigado por los excesos de la vida? Tengo, señora, veintiséis años, es decir, toda la savia de la juventud que parece agotada en mí; cadáver escapado de la tumba, si vivo todavía es porque el cielo me destina al cumplimiento de una acción terrible y á representar un papel activo en la obra de la Providencia: nunca separéis mi pensamiento del vuestro, señora, ya que ambos se han albergado siniestramente y por tan largo tiempo bajo el mismo techo: iré á donde vayáis, y en todo cuanto intentéis os ayudaré; de lo contrario, señora, si á pesar de mis súplicas persistís en esa resolución de despedirme...

— ¡Oh! ¡Despediros! repuso la dama. ¡Qué palabra acabáis de usar, Remigio!

— Si persistís en esa resolución, prosiguió el joven

como si nada hubiese oído, ya sé lo que debo hacer por mi parte, y todos nuestros proyectos se reducirán en cuanto á mí á dos puñaladas; una traspasará el corazón de quien sabéis y otra el mio.

— Remigio, Remigio, exclamó la dama dando un paso hacia el joven y extendiendo imperiosamente la mano sobre su cabeza, no digáis eso, porque la vida de la persona que amenazáis no es vuestra, sino mia, pues la he pagado demasiado cara para dejar de apoderarme de ella cuando llegue el momento en que debe perderla. Ya sabéis lo que ha sucedido, Remigio, y os juro que no fué un sueño, el día en que fui á arrodillarme al lado del cuerpo ya frio de ése...

Y señaló el retrato.

— Aquel día acerqué mis labios á los de esa herida que veis abierta, y ellos temblaron y me dijeron:

— ¡Véngame, Diana, véngame!

— ¡Señora!

— Remigio, te lo repito, no fué ilusión, no fué delirio; la herida habló, sí, habló, y todavía la oigo murmurar:

— ¡Véngame, Diana, véngame!

El criado bajó la cabeza.

— Á mí, pues, me pertenece esa venganza, y no á vos, añadió Diana; además de eso, ¿por quién y para quién murió ése? Por mí y para mí.

— Debo obedeceros, señora, contestó Remigio, porque tan muerto estaba yo como él. ¿Quién me sacó de entre los cadáveres que llenaban esta sala? Vos. ¿Quién cerró mis heridas? ¿Quién me ha ocul-

tado? Vos, vos; es decir, la mitad del alma de aquel por quien yo hubiera perecido gustoso. Disponed, pues, y os obedeceré con tal que no dispongáis que os abandone.

— Sea como queréis, Remigio, seguid mi suerte, pues veo que tenéis razón y que nada debe separarnos.

Remigio señaló al retrato con el dedo, y dijo con energía:

— Acordaos, señora, de que fué muerto á traición, y que por consiguiente, á traición debe ser vengado. ¡Ah! Ignoráis una cosa, y..... decíais bien; la mano de Dios nos protege, porque esta noche he encontrado el secreto de *l'agua tofana*, ese veneno de los Médicis, ese veneno de Renato el florentino.

— ¿Es cierto lo que dices?

— Venid á verlo, señora, venid.

— ¿Y qué dirá Grandchamp, que nos está aguardando, al ver que no volvemos? ¿Qué pensará si nos oye hablar? Porque supongo que debemos hallarnos abajo para ver eso.....

— El pobre Grandchamp ha corrido sesenta leguas á caballo, señora, está rendido de fatiga, acaba de quedarse dormido en mi cama. Venid.

Diana siguió á Remigio.



Remigio condujo á la dama desconocida al gabinete contiguo, y apretando un resorte oculto debajo de una de las tablas del pavimento, hizo dar vuelta á una trampa que cubría todo el ancho del aposento hasta la pared.

Aquella trampa abierta dejaba ver una escalera oscura, pína y estrecha; Remigio empezó á bajar por ella el primero y dió el brazo á Diana, que se apoyó en él, y bajó después.

Veinte peldaños de esta escalera, ó por mejor decir, escala, conducían á un subterráneo circular, oscuro y húmedo, que por únicos muebles contenía un gran hornillo con su inmenso fogón, una mesa

cuadrada, dos sillas de juncó y muchos frascos y cajas de hierro.

Los únicos habitantes de tan pavorosa cueva eran una cabra que no balaba y pájaros sin voz que parecían espectros de los animales cuya semejanza conservaban.

Iban desapareciendo del hornillo los restos del fuego que poco antes había brillado, mientras que un humo denso y negro huía por un cañón introducido en la pared.

Un alambique colocado encima del fogón dejaba filtrar lentamente y gota á gota un licor amarillo como el oro. Aquellas gotas caían en una redoma de vidrio blanco del grueso de dos dedos, pero al mismo tiempo de una transparencia admirable, sujeta por el tubo del alambique que comunicaba con ella.

Diana acabó de bajar al subterráneo y se detuvo en medio de aquellos objetos de formas tan extrañas sin admiración y sin terror: cualquiera hubiera dicho que las impresiones ordinarias de la vida no podían ejercer ya la menor influencia sobre aquella mujer, que no gozaba de su propia existencia.

Remigio la hizo señal para que no se moviese del pie de la escalera, y después encendió una lámpara que arrojó un resplandor livido sobre los diversos preparativos que acabamos de enumerar, y que hasta entonces dormían ó se agitaban entre las sombras.

Después se acercó á un pozo que se veía en el ángulo más retirado de la cueva, y que no tenía parapeto ni brócal; ató un jarro á una cuerda larga y lo

sumergió en el agua, que murmuraba siniestramente en el fondo, y que dejó oír un sordo ruido producido por el choque; por último, sacó el jarro lleno de agua helada y pura como el cristal.

— Acercaos, señora, dijo Remigio.

Diana obedeció.

En aquella enorme cantidad de agua echó una sola gota del líquido contenido en la redoma de vidrio, y al instante se tiñó toda ella del mismo color amarillo; poco después fué desapareciendo este color y al cabo de diez minutos volvió á quedar el agua tan transparente como antes.

La fijeza de los ojos de Diana era lo único que podía dar una idea de la atención profunda con que contemplaba aquella operación.

Remigio la miró.

— ¿Qué tenemos? preguntó Diana.

— Empapad, dijo Remigio, en esta agua, que no tiene color ni sabor, una flor cualquiera, un guante, un pañuelo; bañad con ella jabones de olor, verted un poco en la cajita de polvos que se usan para lavar los dientes, en la aljofaina que sirve para las manos y la cara, y veréis, como ya se vió en la corte de Carlos IX, que el perfume de la flor sofoca, que envenena el contacto del guante, y que el jabón mata al introducirse en los poros. Derramad una gota de este líquido puro en la mecha de una bujía ó de una lámpara; el algodón se impregnará una pulgada poco más ó menos y durante una hora la lámpara ó la bujía exhalarán la muerte para volver á arder en seguida del mismo modo que otra bujía ó otra lámpara

— ¿Estáis, Remigio, seguro de cuanto decís? preguntó Diana.

— He hecho ya muchísimas experiencias, señora; ved esos pájaros que no pueden dormir ni quieren comer porque han bebido agua semejante á esta; ved esa cabra que ha rumiado hierba rociada con la misma agua, está muda, y sus ojos se apagan; podemos devolverle la libertad y la luz; pero su vida está condenada, á no ser que la naturaleza revele á su instinto alguno de esos contravenenos que los animales adivinan y los hombres ignoran.

— ¿Puedo examinar esa redoma, Remigio? preguntó Diana.

— Si, señora, porque todo el líquido se ha precipitado ya; pero esperad un momento.

Remigio la separó del alambique con las mayores precauciones; después le puso un tapón de cera blanca que aplastó en la superficie de la boca, y envolviendo el cuello de la redoma en un pedazo de lana, la presentó á Diana.

Ésta la tomó sin conmoverse, la levantó hasta la altura de la lámpara, y después de haber contemplado largo espacio el espeso licor que contenía, dijo:

— Basta, cuando llegue el caso escogeremos un ramillete, unos guantes, una bujía, una pastilla de jabón ó una aljofaina de agua. ¿Tiene este licor acción sobre el metal?

— Lo desgasta.

— Y tal vez se romperá la redoma.

— Creo que no, en vista del grueso que tiene el cristal: además, podemos encerrarla en una caja de oro.

— De modo, Remigio, que estáis contento, ¿no es verdad? dijo Diana, y una palida sonrisa asomó á sus labios, dándole aquel reflejo de vida que un rayo de luna presta á los objetos confundidos en las tinieblas.

— Más que nunca, señora, contestó Remigio, castigar al malvado es ejercer la más santa prerrogativa de Dios.

— ¿No oís, Remigio, no oís?

Y la dama guardó silencio, mientras que preguntó Remigio:

— ¿Habéis oído algo?

— Relinchos de caballo en la calle, me parece, Remigio, que llegan los que habíamos pedido.

— Es probable, señora, porque á esta hora poco más ó menos debían venir, pero voy á despedirlos.

— ¿Por qué?

— Porque no los necesitamos.

— En vez de ir á Meridor iremos á Flandes; no los despedáis.

— ¡Ah! comprendo.

Y los ojos del eriado despedieron un rayo de alegría, que sólo podría compararse con la sonrisa de Diana.

— ¿Y Grandchamp? añadió en seguida. ¿Qué vamos á hacer de él?

— Ya os he dicho que necesita descansar; por consiguiente, permanecerá en París y venderá esta casa, de la cual no tenemos ya necesidad. Lo que sí debéis hacer es dejar libres á todos esos inocentes animales, á los que hemos martirizado por necesi-

dad. Según vuestras propias palabras, Dios cuidará de su conservaición.

— ¿Pero y todos esos hornillos, esos alambiques, esos frascos?

— Supuesto que aquí estaban cuando compramos la casa, ¿qué importa que otros los encuentren en ella después que nos marchemos?

— ¿Y los polvos, los ácidos, las esencias?...

— Al fuego con todo, Remigio, al fuego.

— Separaos un poco, ó al menos poneos esta careta de vidrio, dijo Remigio presentando á Diana una máscara que ésta se puso en el acto, y tapándose él mismo la boca y las narices con un gran copo de lana, echó mano á la cadena del fuelle, avivó la llama de carbón, y cuando vió que un hornillo estaba ya perfectamente encendido, arrojó á él todos los polvos, que estallaron presentando fuegos verdes algunos de ellos, volatilizándose otros en partículas pálidas como el azufre y las esencias, que en vez de consumir la llama, huyeron por el conducto como serpientes de fuego con un estrépito redoblado é incesante parecido al de un trueno lejano.

Concluida ya aquella operación, dijo Remigio:

— Tenéis razón, señora; si alguno descubre el secreto de este subterráneo, creará que algún alquimista ha trabajado en él, y hoy, como sabéis, aunque se quema todavía en Francia á los hechiceros, se respeta á los alquimistas.

— Creo, Remigio, replicó la dama, que si nos quemaran se haría justicia con nosotros. ¿No somos envenenadores? Con tal que el día en que suba al cadalso haya cumplido la obligación que me hace

vivir, lo mismo me importa morir á manos del verdugo que de otro modo; así murieron casi todos los antiguos mártires.

Remigio manifestó su conformidad con un gesto, y recibiendo la redoma de manos de su señora, la empaquetó con sumo cuidado.

En aquel momento llanaron á la puerta de la calle.

— Son los caballos, señora, y no os habéis engañado: subid, pues, sin perder tiempo y responded, en tanto que yo cierro la trampa de esta cueva.

La dama obedeció, porque hasta tal punto animaba un mismo pensamiento aquellos dos cuerpos, que hubiera sido muy difícil averiguar cuál de ellos dominaba al otro.

Remigio subió poco después que Diana, tocó el resorte y cerróse inmediatamente la trampa.

Diana halló á Grandchamp junto á la puerta de la calle, pues el ruido le había despertado y acababa de levantarse para abrir. Quedó sumamente sorprendido al saber la próxima partida de su ama, que ella misma le hizo conocer, aunque sin indicarle el punto á donde se dirigía.

— Grandchamp, amigo mío, le dijo, voy con Remigio á cumplir una peregrinación de que hice voto hace mucho tiempo: á nadie hablarás de este viaje ni revelarás mi nombre.

— ¡Oh! Lo juro, señora, dijo el viejo, pero espero al menos que volveré á veros.

— Sin duda, Grandchamp, sin duda. ¿No veremos á vernos siempre todos, ya que no sea en este mundo en el otro? Pero á propósito, Grandchamp, esta casa es ya inútil para nosotros.

Diana sacó al mismo tiempo de un armario un rollo de papeles, añadiendo:

— He aquí los títulos que prueban la propiedad: alquilaréis ó venderéis la casa y si dentro de un mes no encontráis inquilino para ella ni comprador, la abandonaréis volviéndoos á Meridor.

— Y si encuentro quien quisiera poseerla, ¿en cuánto la daré?

— En lo que queráis.

— ¿Es decir que llevaré el importe á Meridor?

— No, lo guardaréis para vos, viejo Grandchamp.

— ¡Cómo, señora! esa cantidad tan grande...

— ¿Y no te la debo ya por tus buenos servicios?

Y además de mis propias deudas, ¿no debo pagar también las de mi padre?

— Pero, señora, sin un contrato, sin un poder, ¿queréis que haga?

— Tiene razón, dijo Remigio.

— Vamos... hallad un medio, dijo Diana.

— Nada más fácil: esta casa se compró en mi nombre, yo se la vendo á Grandchamp, quien de este modo podrá traspasarla á quien guste.

— Pues bien, hacedlo pronto.

Remigio cogió una pluma y escribió su donación al pie del contrato de venta.

— Ahora, adiós, dijo la dama de Monsoreau á Grandchamp, que se puso á temblar desde que conoció iba á quedarse solo en la casa: adiós, Grandchamp; haced que se acerquen los caballos mientras acabo mis preparativos.

Diana volvió á subir á su aposento, cortó con un puñal el lienzo del retrato, lo enrolló, y envolvién-

dolo en un pedazo de seda, lo puso en la maleta.

El cuadro, ya vacío, parecía que contaba con mayor elocuencia que antes los innumerables suspiros que había escuchado. En cuanto al resto de la habitación, una vez quitado de ella el retrato, no tenía la menor significación, confundándose con otra cualquiera.

Después de haber acomodado Remigio las dos maletas, dirigió la vista á la calle para asegurarse de que nadie observaba sus preparativos de marcha, á excepción del guía : ayudando poco después á su ama á montar, la dijo en voz baja :

— Me parece, señora, que está será la última morada en que vivamos tanto tiempo.

— La penúltima, Remigio, repuso la dama con acento grave y monótono.

— Y la otra ¿ cuál será ?

— El sepulcro, Remigio.

#### CAPÍTULO IV

En que se da cuenta de lo que hacía en Flandes monseñor Francisco de Francia, duque de Anjou y de Brabante, conde de Flandes.

Ahora es preciso que nuestros lectores nos permitan dejar al rey en el Louvre, á Enrique de Navarra en Cahors, á Chicot avanzando hacia Paris y á la dama de Monsoreau en camino de Flandes, donde se propone encontrar á Monseñor el duque de Anjou, últimamente nombrado duque de Brabante, y en cuyo auxilio hemos visto salir de Paris al gran almirante de Francia Ana Daignes, duque de Joyeuse.

Á unas ochenta leguas de Paris, por la parte del Norte, las armas francesas ocupaban un extenso campamento á orillas del Escalda. Era de noche, y

dolo en un pedazo de seda, lo puso en la maleta.

El cuadro, ya vacío, parecía que contaba con mayor elocuencia que antes los innumerables suspiros que había escuchado. En cuanto al resto de la habitación, una vez quitado de ella el retrato, no tenía la menor significación, confundíendose con otra cualquiera.

Después de haber acomodado Remigio las dos maletas, dirigió la vista á la calle para asegurarse de que nadie observaba sus preparativos de marcha, á excepción del guía : ayudando poco después á su ama á montar, la dijo en voz baja :

— Me parece, señora, que está será la última morada en que vivamos tanto tiempo.

— La penúltima, Remigio, repuso la dama con acento grave y monótono.

— Y la otra ¿ cuál será ?

— El sepulcro, Remigio.

#### CAPÍTULO IV

En que se da cuenta de lo que hacía en Flandes monseñor Francisco de Francia, duque de Anjou y de Brabante, conde de Flandes.

Ahora es preciso que nuestros lectores nos permitan dejar al rey en el Louvre, á Enrique de Navarra en Cahors, á Chicot avanzando hacia Paris y á la dama de Monsoreau en camino de Flandes, donde se propone encontrar á Monseñor el duque de Anjou, últimamente nombrado duque de Brabante, y en cuyo auxilio hemos visto salir de Paris al gran almirante de Francia Ana Daignes, duque de Joyeuse.

Á unas ochenta leguas de Paris, por la parte del Norte, las armas francesas ocupaban un extenso campamento á orillas del Escalda. Era de noche, y

gran número de fogatas, formando inmenso círculo, iluminaban aquel río tan ancho en las inmediaciones de Amberes, reflejándose en la profundidad de sus aguas.

Los relinchos de los caballos franceses turbaban la habitual soledad de que gozaban los aldeanos de las comarcas vecinas en medio de sus sombríos bosques.

Desde los muros de la ciudad veían los centinelas brillar al través del fuego de los vivaques los mosquetes de los soldados franceses, relámpagos fugitivos y lejanos que la anchura del río interpuesto entre el ejército y la ciudad hacía tan inofensivos como los relámpagos de calor que iluminan el horizonte en una hermosa tarde de verano.

Aquel ejército era el del duque de Anjou; pero necesario es que digamos á nuestros lectores lo que había ido á hacer allí. Esto no les agradará mucho, á nuestro parecer, pero habrán de perdonarnos en gracia del aviso que les damos; ya que tantos otros abusan de su paciencia sin advertirles la menor cosa.

Los que han malgastado su tiempo en hojear las páginas de la *Reina Margarita* y de la *Dama de Monsoreau* conocen ya al duque de Anjou, príncipe envidioso, egoísta, ambicioso é impaciente, que habiendo nacido tan inmediato al trono, al cual parecían acercarle más y más los acontecimientos, nunca había podido resignarse á que la muerte le dejase libre el camino.

Así se le había visto desear el trono de Navarra, reinando Carlos IX, después el del mismo Carlos, y

por último, el de Francia, ocupado por su hermano Enrique, ex-rey de Polonia, que había ceñido ya dos coronas, no sin gran despecho y envidia de su hermano, que no podía alcanzar una sola.

Por un instante dirigió sus miradas y su ambición hacia la Inglaterra, gobernada á la sazón por una mujer, y á fin de sentarse en un trono pidió la mano de aquella mujer, á pesar de llamarse Isabel y llevarle veinte años de edad.

La suerte había comenzado á mostrarse propicia en esta negociación, suponiendo que fuese para él una fortuna casarse con la orgullosa hija de Enrique VIII. Aquel que durante su vida y en medio de sus encontrados pensamientos no había podido defender su propia libertad, que había visto ó hecho tal vez matar á sus favoritos La Mole y Coconnas y sacrificado cobardemente á Bussy, al más valiente de sus caballeros, y todo esto sin provecho para su propia elevación y con perjuicio de su gloria; aquel mismo á quien la fortuna había rechazado hasta entonces, se veía de repente colmado de favores por una gran reina, inaccesible poco antes á toda mirada mortal, y elevado por un pueblo á la más alta dignidad que el mismo pueblo podía conferirle.

Flandes le ofrecía una corona, y la reina Isabel de Inglaterra le había dado ya su anillo.

No tenemos la pretensión de pasar por historiadores, y si algunas veces lo somos, consiste en que casualmente la historia desciende hasta la novela, ó que, como sucede con más frecuencia, la novela se eleva hasta la historia; por eso nos vemos ahora precisados á examinar la existencia

del duque de Anjou, llena, por haberse encontrado siempre próxima á alcanzar la autoridad real, de esos sucesos, ya sombríos, ya brillantes, que señalan casi exclusivamente las existencias de los reyes.

Resumamos, pues, en pocas palabras la historia de aquel príncipe.

Había visto á su hermano Enrique III apurado en la contienda que sostenía con los Guisas, y se pasó al partido de éstos; pero no tardó en conocer que el último objeto que se proponían era reemplazar á los Valois en el trono de Francia.

Entonces se separó de los Guisas, y sin embargo, ya hemos visto que esta separación tenía sus peligros, y que Salcedo, descuartizado en la plaza de Greve, probaba la importancia que la susceptibilidad de los caballeros de Lorena daba á la amistad y á la alianza del duque de Anjou.

Además de esto, hacía ya mucho tiempo que Enrique III había abierto los ojos y desterrado al duque de Alençon, que se retiró á Amboise un año antes de los primeros acontecimientos de esta historia.

Entonces fué cuando los flamencos le abrieron los brazos. Causados de a dominación española, diezmados por el proconsulado del duque de Alba, vendidos por la falsa paz de don Juan de Austria, que supo aprovecharse de ella para hacerse dueño de Namur y Charlemont, llamaron á Guillermo de Nassau, príncipe de Orange, nombrándole gobernador general de Brabante.

Permitanos el lector que dediquemos aquí algunas líneas á este nuevo personaje que tan distinguido

lugar ocupa en la historia, y que no hará más que aparecer en nuestra relación.

Guillermo de Nassau, príncipe de Orange, tenía á la sazón cincuenta años, como hijo de Guillermo Nassau, llamado el Viejo, y de Juliana de Stolberg; como primo de Renato de Nassau, muerto en el sitio de Saint-Dizier y heredero de su título, educado desde su niñez en los principios más severos de la reforma, conoció desde muy temprano todo lo que valía, así como la importancia y grandeza del cargo que debía desempeñar en el mundo político.

Este cargo, que creía haber recibido del cielo, al que se mostró fiel toda su vida, y por el cual murió como un mártir, fué la fundación de la república de Holanda, que efectivamente llevó á término.

Siendo todavía joven fué llamado por Carlos V á su corte, porque este monarca, que conocía bien á los hombres, había juzgado á Guillermo, y muchas veces el anciano emperador, que sostenía entre sus manos el globo más pesado de cuantos habían descansado en hombros imperiales, consultaba al joven acerca de los puntos más delicados concernientes á la política de los Países Bajos. Veinticuatro años contaba apenas, cuando Carlos V le confió, en ausencia del famoso Filiberto Manuel de Saboya, el mando del ejército de Flandes, y él se manifestó digno de tan alta honra haciendo frente al duque de Nevers y á Coligny, dos de los más grandes capitanes de aquel tiempo, y fortificando á su presencia las plazas de Filippeville y Charlemont: el día en que abdicó Carlos V se apoyó también en Guillermo de Nassau para bajar las gradas del trono, y él fué

el encargado de llevar á Fernando la corona imperial que Carlos abandonaba voluntariamente.

Entonces subió al trono Felipe II, y á pesar de haberle recomendado Carlos V que mirase á Guillermo como á un hermano, no tardó éste en conocer que Felipe II era un príncipe que no quería tener familia. Su pensamiento volvió á fijarse en la grande idea de la libertad de la Holanda y de la emancipación de Flandes, pensamiento que tal vez hubiera permanecido eternamente encerrado en su corazón si el anciano emperador, su amigo y su padre, no hubiese abrigado el extraño capricho de vestirse el hábito de monje en vez del manto real.

Los Países Bajos, á propuesta de Guillermo, pidieron la salida de las tropas españolas, y dió principio la encarnizada lucha con España, empeñada en no soltar la presa, que pugnaba por escaparse de sus garras. Entonces asolaron aquel infortunado país, siempre arañado por la Francia ó por el imperio, el virreinato de Margarita de Austria y el sangriento proconsulado del duque de Alba; entonces se organizó aquella lucha, á la vez política y religiosa, cuyo pretexto fué la solemne protesta del palacio de Colomburgo, que pedía se aboliera la Inquisición en los Países Bajos; entonces se vió aquella procesión de cuatrocientos caballeros vestidos con la mayor sencillez, que desfilaron de dos en dos para exponer á los pies del trono de la virreina el deseo generalmente resumido en la protesta; entonces fué cuando al ver aquellos graves y modestos ciudadanos, salió de los labios de Barlaumont, uno de los consejeros de la duquesa, la palabra *pelones*, que, acogida

y aceptada de los caballeros flamencos, designó desde aquel día en los Países Bajos al partido patriota, con el cual nunca se había contado.

Desde aquel instante empezó también Guillermo á representar el papel que le valió la fama de uno de los más grandes actores políticos del mundo. Constantemente batido en aquella lucha sostenida contra el poder aterrador de Felipe II, se levantó siempre, y siempre más fuerte que antes, después de sus derrotas, organizando nuevos ejércitos, que llenaban el hueco de los que desaparecían, y presentándose á la pelea cuando menos se le esperaba, saludado por sus pueblos con el glorioso título de libertador.

En medio de aquella alternativa de triunfos morales y de derrotas físicas, si así podemos hablar, supo Guillermo en Mons el degüello de París, conocido por el nombre de jornada de San Bartolomé.

Era aquella una herida terrible que casi penetraba en el corazón de los Países Bajos, pues la Holanda y la porción de Flandes que era calvinista, perdía con tan tremendo golpe la sangre de sus más valientes y naturales aliados, los hugonotes de Francia.

Apenas recibió Guillermo tan infausta noticia, mandó tocar retirada, como acostumbrado en trances semejantes, retrocediendo desde Mons hasta las orillas del Rhin con el objeto de ponerse en expectativa de los acontecimientos. Estos se repiten á menudo cuando los hombres sostienen nobles causas, y no tardó en esparcirse la noticia de uno que nadie esperaba.

Algunos *pelones* marítimos, porque también los

había de mar, arrojados por un viento contrario hasta el puerto de Brille, viendo que absolutamente les era imposible hacerse mar afuera, fueron arribando poco á poco, é impelidos por la desesperación se apoderaron de la ciudad, en la cual se había levantado ya el cadalso para ahorcarlos.

Después de hacerse dueños de Brille, arrojaron de sus cercanías á los destacamentos españoles, y no viendo entre ellos un hombre bastante fuerte para que supiese aprovecharse de aquella conquista, debida á la casualidad, llamaron al príncipe de Orange: Guillermo acudió al punto, pues era preciso dar un gran golpe y comprometer á toda la Holanda para hacer imposible toda reconciliación con la España, y logró que se publicase un acuerdo por el cual se proscribía en Holanda el culto católico, del mismo modo que en Francia se había proscrito el protestante.

En vista de este manifiesto, comenzó de nuevo la guerra: el duque de Alba envió contra los sublevados á su mismo hijo Fernando de Toledo, que tomó las plazas de Zutxen, Nardem y Harlem; pero lejos de abatir este revés á los holandeses, pareció prestarles mayores fuerzas. Todos los pueblos se levantaron, todos corrieron á las armas desde el Zuyderzée hasta el Escalda; la España tembló un instante, llamó al duque de Alba y le dió por sucesor á don Luis de Requesens, uno de los héroes de Lepanto.

Entonces se abrió para Guillermo otra larga serie de infortunios. Ludovico y Enrique de Nassau, que llevaban refuerzos al príncipe de Orange, fueron sor-

prendidos cerca de Nimega por uno de los caudillos de don Luis, deshechos y muertos; los españoles penetraron en Holanda, pusieron sitio á Leida y saquearon á Amberes.

Todo parecía desesperado, cuando el cielo acudió segunda vez al socorro de la república naciente, pues Requesens falleció de allí á poco en Bruselas.

Reunidas ya todas las provincias por un interés común y general, redactaron y firmaron el día 8 de noviembre de 1576, es decir, cuatro días después del saqueo de Amberes, el tratado conocido bajo el título de *Paz de Gante*, por el cual se comprometían á ayudarse recíprocamente y á libertar al país de la dominación española y de cualquiera otra extranjera.

Don Juan volvió á aparecer en el teatro de la guerra, y con él la fortuna contraria á los Países Bajos, pues en menos de dos meses perdieron éstos á Namur y Charlemoní.

Los flamencos, sin embargo, acogieron estos desastres nombrando al príncipe de Orange gobernador general de Brabante.

Don Juan murió también poco después, debiendo creerse que Dios se pronunciaba decididamente en favor de la libertad de los Países Bajos. Sucedióle Alejandro Farnesio, príncipe muy hábil, amable y enérgico, gran político é ilustre general: Flandes se estremeció al escuchar por la primera vez aquella melosa voz italiana que la llamaba amiga en vez de tratarla como rebelde.

Guillermo conoció también que Farnesio haría más para los intereses de España con sus promesas, que el duque de Alba con sus suplicios, y por lo tanto

ordenó que las provincias firmasen en 29 de enero de 1579 la Unión de Utrech, que fué la base fundamental del derecho público de Holanda.

Creyendo entonces el mismo príncipe que no podría ejecutar por sí solo el plan de emancipación que había sostenido durante quince años de combates, hizo proponer al duque de Anjou la soberanía de los Países Bajos, á condición de que respetaría los privilegios de los holandeses y de los flamencos, así como su libertad de conciencia.

Esta medida hirió vivamente el orgullo de Felipe II, y mandó tasar en *veinticinco mil* escudos la cabeza de Guillermo.

Los Estados reunidos en el Haya, declararon por su parte que Felipe II no tenía derecho alguno á la soberanía de los Países Bajos, y ordenaron que en lo sucesivo debía prestarse á ellos el juramento de fidelidad que hasta allí se había prestado al rey de España.

El duque de Anjou entró al fin en Bélgica, donde fué recibido por los flamencos con la desconfianza natural que les inspiraban los extranjeros. Sin embargo, el apoyo de la Francia, prometido por el príncipe francés, les era demasiado necesario para que dejasen de acogerle, á lo menos en apariencia, con satisfacción y respeto.

Con todo, la oferta de Felipe II producía sus frutos, pues en medio de las fiestas que se hicieron en honor del duque de Anjou, se disparó un pistoletazo al lado del príncipe de Orange; Guillermo vaciló, y todos creyeron que estaba herido de muerte; pero todavía tenía la Holanda necesidad de sus esfuerzos.

La bala del asesino le atravesó ambas mejillas; el hombre que disparó se llamaba Juan Jáuregui, y era precursor de Baltasar Gerard, así como Juan Chatel debía serlo de Ravallac.

Todos estos sucesos habían engendrado en el ánimo de Guillermo una sombría tristeza que raras veces cedía el puesto á una sonrisa melancólica. Los flamencos y los holandeses respetaban su dolor, como hubieran respetado el de un dios, porque conocían que solo en él podían cifrar todo su porvenir, y cuando le veían adelantarse embozado en su ancha capa, cubierto el rostro por la sombra de su casquete de fieltro, el codo apoyado en la mano izquierda y la barba en la derecha, los hombres se separaban para dejarle paso y las madres lo enseñaban á sus hijos con una especie de superstición religiosa, diciéndoles en voz baja:

— Mira, hijo mío, ese es el Taciturno.

Los flamencos, como hemos dicho, habían nombrado, á propuesta de Guillermo, á Francisco de Valois, duque de Brabante y conde de Flandes, esto es, príncipe soberano, lo cual no era obstáculo para que la reina Isabel le permitiera esperar su mano, pues por el contrario, veía en aquella alianza un medio de unir á los calvinistas de Inglaterra con los de Flandes y los de Francia; acaso halagaba á la prudente Isabel la esperanza de adquirir una triple corona.

El príncipe de Orange favorecía aparentemente al duque de Anjou cubriéndole con el manto provisional de su propia popularidad, dispuesto á privarle de él cuando llegase el tiempo oportuno de desembarazarse

del poder francés, como se había desembarazado de la tiranía española.

Aquel hipócrita aliado era más temible para el duque de Anjou que un ejército enemigo, porque paralizaba la ejecución de todos los planes que hubieran podido proporcionarle demasiado poder ó demasiada influencia en Flandes.

Cuando supo Felipe II la entrada de un príncipe francés en Bruselas, intimó al duque de Guisa que fuese á su socorro, reclamando aquel auxilio en nombre de un tratado celebrado anteriormente entre Enrique de Guisa y don Juan de Austria.

Los dos jóvenes héroes, que casi tenían la misma edad, se habían adivinado, y asociando su respectiva ambición, se comprometieron á conquistar una corona para cada uno de ellos.

Cuando después de la muerte de su temido hermano encontró Felipe II entre los papeles del joven príncipe el compromiso firmado por Enrique de Guisa, no se mostró indignado. ¿Y por qué había de inquietarle la ambición de un muerto? ¿No encerraba ya la tumba aquella espada que podía hacer bueno el tratado?

Un rey como Felipe II, que conocía la importancia que pueden tener en política dos líneas escritas en ciertas manos, no debía confiar á la colección de manuscritos autógrafos, que llamaba á los viajeros hacia el Escorial, la firma del duque de Guisa, que empezaba á gozar de un gran prestigio entre aquellos traficantes de tronos llamados los Orange, los Valois, los Hapsbourg y los Tudor.

Por esto Felipe II invitó al duque de Guisa á cum-

plir con él el tratado que había hecho con don Juan, tratado cuyo tenor era que el lorenés sostendría al español en la posesión de Flandes, al paso que el español ayudaría al lorenés para que llevase á buen término el consejo hereditario que el cardenal había infiltrado en la casa de Guisa.

Este consejo hereditario consistía en no suspender un instante el trabajo eterno que debía conducir algún día á los trabajadores á la usurpación del trono de Francia.

El de Guisa se avino á todo, pues no podía obrar de otra manera, porque Felipe II le amenazaba con que enviaría á Enrique de Francia una copia del tratado, y entonces fué cuando el español y el de Lorena desencadenaron contra el duque de Anjou, vencedor y rey en Flandes, á Salcedo, español al servicio de la casa de Lorena, con el objeto de que lo asesinasen.

Y en efecto, un asesinato era el mejor medio de que todo quedase concluido á satisfacción del español y del lorenés, pues muerto el duque de Anjou, no existirían pretendientes al trono de Flandes ni sucesor á la corona de Francia.

Quedaba aún el príncipe de Orange, pero ya sabemos que Felipe II tenía á mano otro Salcedo, que se llamaba Juan Jáuregui.

El primero de éstos fué cogido y descuartizado en la plaza de Greve antes de que pudiese poner en ejecución su proyecto: el segundo hirió gravemente al príncipe de Orange, pero éste conservó la vida para dedicarse de nuevo á la destrucción de los opresores de su país.

El duque de Anjou y Guillermo el Taciturno,

aunque buenos amigos en apariencia, eran más rivales en realidad que los mismos que querían asesinarlos.

Como hemos visto, el duque de Anjou había sido recibido con desconfianza: cierto que Bruselas le abrió sus puertas, pero Bruselas no era la Flandes ni el Brabante; de modo que, ya empleando la persuasión, ya la fuerza, comenzó á avanzar por los Países Bajos, y á conquistar plaza á plaza, su reino recalcitrante, siguiendo en esto los consejos del príncipe de Orange, que conocía la susceptibilidad flamenca, y le invitaba á comer hoja por hoja, como hubiera dicho César Borgia, la sabrosa alcachofa de Flandes.

Los flamencos por su parte no se defendían con obstinado empeño, pues estaban convencidos que el duque de Anjou los defendía victoriosamente contra los españoles; lo único que querían era ir aceptando lentamente á su libertador, pero el hecho era que lo iban aceptando.

Francisco se impacientaba y rugía como un león al ver que sólo avanzaba paso á paso.

— Estos pueblos son tímidos y reflexivos por naturaleza, le decían sus amigos; aguardad.

— Estos pueblos son traidores y variables, decía el príncipe Taciturno; atacadlos.

De aquí resultaba que el duque, á quien su amor propio natural exageraba la lentitud de los flamencos figurándose la como una derrota, comenzó á tomar con las armas las poblaciones que no se entregaban tan espontáneamente como él deseaba.

Allí era donde le esperaban, espíandose uno á

otro, su aliado el Taciturno, príncipe de Orange, y su encarnizado enemigo Felipe II de España.

Después de varios encuentros de dudoso éxito, el duque de Anjou acampó por fin delante de Amberes para forzar esta ciudad, que el duque de Alba, Requesens, don Juan de Austria y el duque de Parma habían sometido sucesivamente á su yugo, sin haber podido dominarla ni hacerla consentir en su esclavitud.

Amberes había llamado en su auxilio al duque de Anjou contra Alejandro Farnesio; pero cuando el primero quiso á su vez penetrar en Amberes, la plaza asestó contra él su artillería.

Esta es la verdadera posición en que se hallaba colocado el duque Francisco de Francia en el momento de aparecer en nuestra historia, es decir, dos días después que se le había reunido la escuadra del gran almirante Joyeuse.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES" ®

Edo. 1625 MONTERREY, MEXICO

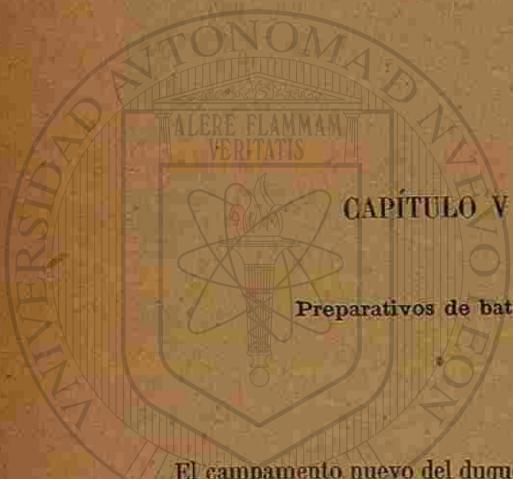
ciones, á que sus nuevos pueblos parecían inclinados, pues su dicho favorito era: « Si Enrique de Navarra se hizo católico, ¿por qué no ha de hacerse Francisco de Francia hugonote? »

En la parte contraria, es decir, entre sus enemigos, existían en oposición con estas disidencias morales y políticas principios distintos, una causa clara, que contaba con decididos defensores, y un acuerdo perfecto, libre de ambición y de cólera.

Amberes había tenido intenciones de entregarse, pero en cierto tiempo y con determinadas condiciones; no rehusaba precisamente aceptar al duque Francisco, pero se reservaba el derecho de esperar los acontecimientos, considerándose bastante fuerte por su situación topográfica y por el valor y la experiencia belicosa de sus habitantes. Sabía también que con extender sus brazos, además del duque de Guisa, que todo lo observaba desde Lorena, encontraría en el Luxemburgo á Alejandro Farnesio. ¿Por qué no había de aceptar en caso preciso el auxilio de España contra el duque de Anjou, como había aceptado el de éste contra España?

Amberes, á pesar de esto, se reservaba la facultad de combatir contra España, después que la España le ayudara á rechazar al duque de Anjou.

De pronto vieron los sitiados aparecer una escuadra en la embocadura del Escalda, y no tardaron en enterarse de que llegaba con el gran almirante de Francia en auxilio de su enemigo, porque el duque de Anjou se había convertido naturalmente en enemigo de los ciudadanos de Amberes desde el día en que les había puesto cerco.



#### Preparativos de batalla.

El campamento nuevo del duque de Brabante ocupaba las dos orillas del Escalda, pero su ejército, aun cuando disciplinado y valiente, se veía combatido por un espíritu de indecisión no difícil de comprender.

En efecto, muchos calvinistas servían al duque de Anjou, no por simpatía, sino por dar en ojos á España y á los católicos de Francia y de Inglaterra; peleaban, pues, más por amor propio que por convicción ó por entusiasmo, y se echaba de ver desde luego que, una vez terminada la campaña, abandonarían á su jefe ó le impondrían condiciones.

Además, el duque de Anjou daba á entender que cuando llegase la ocasión cumpliría aquellas condi-

Al ver aquella escuadra y al saber que Joyeuse venía en ella, los calvinistas del duque de Anjou frunciéron el gesto del mismo modo que los flamencos. Eran sin la menor duda muy valientes, pero al mismo tiempo sumamente celosos, y aunque de fácil composición en cuanto á intereses metálicos, no querían que oscureciesen sus laureles unas espadas que habían cercenado las cabezas de tantos hugonotes en la famosa jornada de San Bartolomé.

De aquí nacieron mil reyertas que empezaron en la tarde misma del arribo de Joyeuse y continuaron triunfalmente por algunos días.

Los de Amberes disfrutaban desde las murallas el espectáculo diario de diez ó doce desafíos entre católicos y hugonotes. Los bosques servían de campo cerrado, y se lanzaban al río más cadáveres que los que hubiera costado á los franceses una batalla en campo raso. Si el sitio de Amberes, como el de Troya, hubiese durado nueve años, no hubieran tenido los sitiados precisión de hacer más que estarse quedos contemplando á los sitiadores, porque éstos bastaban para destruirse mutuamente.

Franciseo desempeñaba en todas aquellas reyertas el papel de mediador, pero no sin gravísimas dificultades, pues había contraído compromisos con los hugonotes franceses, y quedar mal con éstos era privarse del apoyo moral de los hugonotes flamencos, que podían prestarle señalados servicios en la toma de Amberes.

Por otra parte, irritar á los católicos enviados por el rey para dejarse matar en su servicio, era para

el duque de Anjou una acción, no sólo impolítica, sino muy comprometida.

La llegada de este refuerzo, con el cual no contaba ciertamente el mismo duque de Anjou, había causado grande inquietud á los españoles, y los de Lorena por su parte saltaban de furor, de modo que en medio de sus sinsabores gozaba á lo menos el duque de esta doble satisfacción.

Sin embargo, le era imposible contemporizar así con todos los partidos, sin que se resintiese en sumo grado la disciplina de su ejército.

Joyeuse, que, como recordará el lector, no emprendió gustoso aquella expedición marítima, se hallaba muy disgustado entre unos hombres de tan diversos sentimientos; conocía instintivamente que había pasado ya la época de los grandes resultados, que alguna cosa semejante al presentimiento de un revés se fijaba en su mente, y así, tanto por su pereza de cortesano como por su amor propio de capitán, sentía haber venido desde tan lejos para participar de una derrota.

Así, pues, pensaba, y lo decía en alta voz, que el duque de Anjou había hecho mal en sitiar á Amberes, supuesto que el príncipe de Orange, que le había dado este consejo traidor, había desaparecido al ver que se ponía por obra su dictamen, y que su ejército guarnecía la ciudad, á pesar de que había prometido al duque el apoyo del mismo. No se surraba que hubiese la menor excisión entre las tropas de Guillermo y los ciudadanos de Amberes; y los sitiadores desde que habían sentado sus reales delante de la plaza no pudieron lograr el consuelo

de celebrar el más mínimo choque ocurrido entre los sitiados.

Lo que Joyeuse hacía sobre todo valer en su oposición al sitio, era que la ciudad de Amberes debía considerarse como una capital. Poseerla por su propio consentimiento era efectivamente una ventaja real y positiva; pero tomar por asalto el duque la segunda capital de sus futuros estados era exponerse al odio de los flamencos, y Joyeuse lo conocía demasiado bien para esperar, aun suponiendo que el duque de Anjou se apoderase de Amberes, que dejaran de vengarse tarde ó temprano y con usura de las consecuencias de la conquista.

Joyeuse exponía su opinión sin el menor disimulo en la tienda del duque la misma noche en que hemos conducido á nuestros lectores al campamento francés.

Al paso que los capitanes celebraban su consejo, el duque sentado, ó mejor dicho, recostado en un prolongado sillón, que en caso necesario podía servir de cama, escuchaba, no precisamente los consejos del gran almirante de Francia, sino los preludios de Aurilly, su tocador de laúd.

Aurilly había conquistado el favor del príncipe por sus torpes complacencias, por sus bajas adulaciones y por su asiduidad incesante; nunca le había servido, como los demás amigos, contra el rey ó contra poderosos personajes; de suerte que supo evitar siempre el escollo en que La Mole, Goconnas, Bussy y tantos otros habían naufragado.

Con su laúd, con sus mensajes amorosos, con sus informes exactos acerca de todos los personajes é intrigas de la corte, con sus hábiles maniobras para

proporcionar al duque la presa que deseaba, cualquiera que ésta fuese, había hecho, y puesto en seguridad para un caso de desgracia, una gran fortuna, de suerte que siempre parecía el mismo pobre músico Aurilly mendigando un escudo y cantando como las cigarras cuando tenía hambre.

La influencia de este personaje era inmensa, porque era secreta.

Pero al observar Joyeuse que sus preludios interrumpían los discursos estratégicos que pronunciaba, y que al mismo tiempo distraían agradablemente al duque, dió un paso atrás y guardó silencio.

Francisco hacía como que nada escuchaba, pero realmente lo oía todo; así fué que no se le escapó la impaciencia de Joyeuse, á quien dijo:

— Señor almirante, ¿qué tenéis?

— Nada, monseñor, espero tan sólo que V. A. se desocupe para escucharme.

— Os estoy escuchando, caballero Joyeuse, contestó alegremente el duque. Se me figura que vosotros, los de París, me creéis muy gastado por la guerra de Flandes cuando me juzgáis incapaz de atender á dos personas que hablan á un tiempo, siendo así que César dictaba siete cartas simultáneamente.

— Monseñor, respondió Joyeuse lanzando al pobre músico una mirada que le hizo bajar los ojos humildemente, yo no soy cantante, y por lo mismo no necesito que me acompañen cuando hablo.

— Bien, bien, duque; callaos, Aurilly.

Éste hizo una profunda reverencia.

— ¿Conque es decir, añadió Francisco, que vos,

señor de Joyeuse, no aprobáis mi determinación de sitiar á Amberes?

— No, monseñor.

— Sin embargo, he adoptado este plan en consejo.

— Por eso, monseñor, y en vista del dictamen de tan experimentados capitanes, sólo puedo atreverme á hablar con la mayor reserva.

Y Joyeuse, á fuer de buen cortesano, saludó á derecha é izquierda.

Al mismo tiempo se oyeron muchas voces afirmando que el dictamen del almirante era conforme al suyo.

Otros, sin hablar, dieron muestras de su asentimiento.

— Conde de Saint-Aignan, preguntó el príncipe á uno de sus más valientes coroneles, ¿no pensáis lo mismo que el caballero Joyeuse?

— Sí, por cierto, monseñor, repuso Mr. de Saint-Aignan.

— Lo digo porque como hacíais tantas muecas....

Todos se echaron á reír, Joyeuse se puso pálido y el conde como una grana.

— Si el conde de Saint-Aignan, dijo Joyeuse, suele dar su parecer de esa manera, podrá decirse que es un consejero que no gasta cumplimientos, y nada más.

— Señor de Joyeuse, replicó con viveza Saint-Aignan, S. A. ha hecho mal en echarme en cara una enfermedad contraída á su servicio: en la toma de Chateau-Cambresis recibí una herida de lanza en la cabeza, y desde entonces padezco contracciones ner-

viosas que ocasionan las muecas de mi rostro, de las cuales acaba de quejarse S. A. Esta, sin embargo, señor de Joyeuse, no es una excusa que os presento, sino una explicación, añadió el conde con desenfado.

— Nada de eso, le contestó Joyeuse estrechándole la mano, es una reconvencción que hacéis, y con justicia.

El rostro del duque Francisco se inmuyó.

— ¿Y á quién, preguntó, va dirigida esa reconvencción?

— Á mí probablemente, monseñor.

— ¿Y por qué había de reconveniros el conde de Saint-Aignan cuando apenas os conoce?

— Porque he podido creer por un momento que Mr. de Saint-Aignan estimaba tan poco á V. A. que le había aconsejado la toma de Amberes.

— Pero el caso es, exclamó el príncipe, que necesito fijar mi posición en este país, pues hasta ahora solo soy duque de Brabante y conde de Flandes en el nombre y es necesario que lo sea también de hecho. El Taciturno, que no sé dónde se esconde, me ha hablado de una soberanía. ¿En dónde está ésta? En Amberes. ¿En dónde está él? Creo que en Amberes también. Pues bien, necesito apoderarme de Amberes para saber á qué atenerme.

— ¡Ah, monseñor! Ya lo sabéis de seguro, ó no seriais tan buen político como se dice. ¿Quién os ha aconsejado la toma de Amberes? El príncipe de Orange, que ha desaparecido desde el principio de la campaña; el príncipe de Orange, que al nombrar á V. A. duque de Brabante se ha reservado para sí el gobierno general del ducado; el príncipe de Orange,

que tiene un interés directo en arruinar á los españoles por medio de los franceses, y á los franceses por medio de los españoles; el príncipe de Orange, que os reemplazará, que os sucederá, si ya no lo está haciendo. Monseñor, por seguir los consejos del príncipe de Orange no habéis hecho hasta ahora otra cosa que indisponeros con los flamencos; de modo que si sufris un revés, todos aquellos que ahora no se atreven á miraros cara á cara os perseguirán como esos perros cobardes que sólo persiguen á los que huyen.

— ¡Cómo! ¿Suponéis que puedo ser derrotado por mercaderes de lana y consumidores de cerveza?

— Esos mercaderes de lana, esos consumidores de cerveza han dado mucho que hacer al rey Felipe de Valois, al emperador Carlos V y al rey Felipe II, príncipes todos de buena raza, monseñor, para que la comparación con ellos no pueda seros desagradable.

— ¿De suerte que teméis una derrota?...

— Sí, monseñor, la temo.

— ¿Es decir, señor de Joyeuse, que no participáis de ella?

— ¿Por qué?

— Porque no puedo concebir que dudéis de nuestro propio valor hasta el punto de creer que los flamencos os hagan huir. En todo caso tranquilizaos, porque esos prudentes comerciantes van cargados de armaduras demasiado pesadas cuando marchan al combate para que puedan alcanzaros por más que corran.

— Monseñor, nunca he dudado de mi valor; com-

batiré en primera fila, pero en primera fila seré batido, al paso que otros lo serán en la última.

— En resumen, señor de Joyeuse, vuestro razonamiento es poco lógico, pues aprobáis que me haya apoderado de las plazas pequeñas.

— Apruebo que toméis posesión de las que no se defiendan.

— Pues bien, después de tomar las plazas pequeñas, que según decís, no se han defendido, no me parece que debo retirarme delante de la grande tan sólo porque se defiende, ó más bien porque hace ademán de defenderse.

— Y V. A. comete un yerro, porque es mejor retirarse por un terreno seguro, que caer en una emboscada por empeño de seguir adelante.

— Suceda lo que quiera, tropezaré, pero no volveré pie atrás.

— V. A. hará lo que guste, dijo Joyeuse inclinándose, y nosotros por nuestra parte cumpliremos sus órdenes, supuesto que estamos aquí para obedecer.

— Duque, eso no es responder.

— Es, sin embargo, la única respuesta que puedo dar á V. A.

— Vamos, probadme que estoy engañado, porque mi mayor deseo sería poder conformarme con vuestra opinión.

— Monseñor, ¿no era vuestro el ejército del príncipe de Orange? Pues ya veis que, en vez de acampar á vuestras órdenes delante de Amberes, está dentro de la ciudad, lo cual es muy distinto. En cuanto al Taciturno, ya que así le llamáis, era también vuestro

amigo y consejero, y no sólo ignoráis dónde se halla, sino que casi estáis seguro de que el tal amigo se ha convertido en enemigo: si de los flamencos hablamos, tened presente que al veros llegar á su territorio empavesaban sus bareas y sus murallas, y que ahora os cierran las puertas y preparan los cañones contra vuestras tropas, ni más ni menos que si fuerais el duque de Alba. Creedme, monseñor: flamencos y holandeses, Amberes y el príncipe de Orange, sólo aguardan la ocasión propicia de unirse contra vos, y esa ocasión se les presentará al punto que deis la orden de hacer fuego.

— Corriente, respondió el duque de Anjou, descargaremos un mismo golpe sobre Amberes, Orange, flamencos y holandeses.

— Nada de eso, monseñor, porque sólo tenemos la gente necesaria para dar el asalto á la ciudad, suponiendo que no tengamos que habérmolas sino con los de Amberes; de modo que mientras asaltamos la plaza, caerá el Taciturno sobre nuestra retaguardia con sus eternos ocho ó diez mil hombres, siempre destruidos y siempre renacientes, que le ayudan hace ya diez ó doce años á contrarrestar los esfuerzos del duque de Alba, de don Juan Requesens y del duque de Parma.

— ¿Según eso, persistís en vuestra opinión?

— ¿En cuál?

— En que seremos derrotados.

— Sin remedio.

— Pero esta derrota es fácil de evitar, á lo menos por vuestra parte, señor de Joyeuse, prosiguió en tono áspero el príncipe; mi hermano os ha enviado

aquí para sostenerme, y vuestra responsabilidad quedará á cubierto si os digo que no creo tener necesidad de ningún auxilio.

— V. A. puede despedirme, dijo Joyeuse, pero sería vergonzoso para mí retirarme en visperas de una batalla.

Las palabras de Joyeuse fueron acogidas por un murmullo prolongado de aprobación, y el príncipe conoció que se había excedido.

— Mi querido almirante, dijo levantándose y abrazando al joven, veo que no queréis oírme. Creo, sin embargo, que tengo razón, ó más bien, que en la posición en que me encuentro no puedo confesar que me he equivocado; me echáis en rostro mis defectos, y soy el primero en reconocerlos, pues he sido demasiado celoso de mi buen nombre y he querido probar la superioridad de las armas francesas; pero el mal está ya hecho, y no es justo que queráis exponernos á otro mayor. Hállome delante de gentes armadas, es decir, delante de hombres que me disputan lo que me han ofrecido. ¿Queréis acaso que les ceda el campo para que veagan mañana á quitarme palmo á palmo todo el terreno que he conquistado? ¡No, pardiez! Ya se ha desenvainado la espada, y es preciso herir para que no nos hieran. Esta es mi opinión.

— Ya que V. A. habla en estos términos, dijo Joyeuse, me guardaré muy bien de añadir una sola palabra. Aquí estoy para obedeceros, monseñor, y lo haré con el mismo gusto si me lleváis á la muerte que guiándome á la victoria. No obstante.... pero no, no....

— ¿Qué?

— Que quiero y debo callar.

— ¡No, por Dios! Hablad, almirante, hablad: yo lo ruego.

— En todo caso sólo á vos, monseñor.

— ¿Á mí?

— Sí V. A. lo tiene por conveniente.

Levantáronse todos, y retiráronse hasta el extremo de la espaciosa tienda de Francisco.

— Hablad, dijo éste.

— Monseñor puede soportar con indiferencia un revés por parte de la España, y hasta un golpe que deje triunfantes á esos bebedores de cerveza flamencos ó á ese príncipe de Orange de dos caras; ¿pero os acomodaría hacer reír á vuestra costa al duque de Guisa?

Francisco frunció el ceño y dijo:

— ¿El duque de Guisa? ¿Y qué tiene que ver en esto?

— Según dicen, el duque de Guisa ha intentado asesinaros; pues si Salcedo no lo confesó en el cadalso, lo había dicho en el testamento. Ya veis que si ahora nos dejamos derrotar delante de Amberes, vamos á darle un día de júbilo, y á proporcionarle, tal vez sin necesidad de abrir la bolsa, la muerte de un hijo de Francia, que tan cara había prometido pagar á Salcedo. Leed la historia de Flandes, monseñor, y veréis en ella que los flamencos tienen por costumbre abonar sus tierras con la sangre de los príncipes más ilustres y de los mejores caballeros franceses.

El duque meneó la cabeza.

— Sea lo que Dios quiera, Joyeuse, daré si es pre-

ciso al lorenés maldito el gusto de verme muerto: pero no el de verme fugitivo. Tengo ambición de gloria, Joyeuse, porque soy el único de mi nombre que no ha ganado todavía batallas.

— Os olvidáis de Chateau-Cambresis, monseñor: verdad es que sois el único.

— Comparad esa escaramuza con la de Jarnac y Moncontour, y hacelle la cuenta de la ventaja que me lleva mi muy amado hermano Enrique. No, no soy un reyezuelo de Navarra, sino un príncipe francés.

Volviéndose después hacia los señores que se habían alejado á las primeras palabras de Joyeuse, añadió.

— Señores, es preciso disponernos para el asalto; la lluvia ha cesado, el terreno es bueno, atacaremos esta noche.

Joyeuse hizo una reverencia y contestó:

— Monseñor se servirá comunicarnos sus órdenes, que ya esperamos.

— Tenéis ocho navíos sin contar la galera almirante, ¿no es eso, señor de Joyeuse?

— Sí, monseñor.

— Pues bien, forzaréis la línea, lo cual es fácil, pues los de Amberes no tienen en el puerto más que buques mercantes: anclaréis enfrente del muelle, y si veis que está defendido bombardearéis la ciudad, intentando al mismo tiempo un desembarco con vuestros mil quinientos hombres: dividiré el resto del ejército en dos columnas: el conde de Saint-Aignan mandará la una, y la otra estará á mis órdenes: ambas intentarán escalar las murallas por

sorpresa en cuanto se disparen los primeros cañonazos. La caballería formará la reserva para proteger en caso preciso la retirada de la columna que sea rechazada. De estos tres ataques precisamente uno ha de salir bien; así pues, el primer cuerpo que se establezca sobre la muralla disparará un cohete para que los otros dos se le reúnan sin detención.

— Pero bueno es preverlo todo, monseñor, dijo Joyeuse. Supongamos, lo que no creéis posible, que las tres columnas de ataque sean rechazadas.

— En ese caso nos acogeremos á los navíos bajo la protección del fuego de nuestras baterías, á donde tal vez no se atrevan á ir á buscarnos los de Amberes.

Los capitanes inclinaron la cabeza en señal de aprobación.

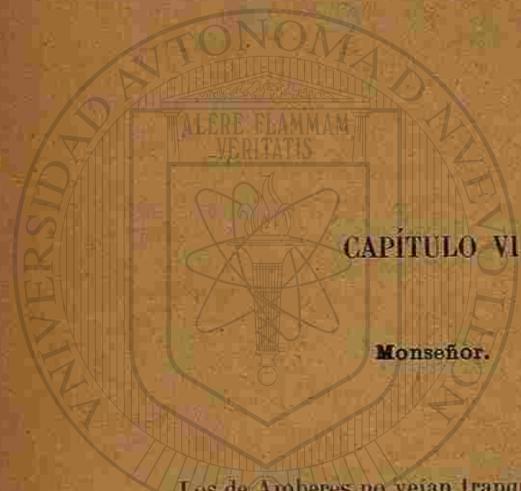
— Ahora, señores, dijo el duque, es preciso guardar el más profundo silencio. Que se despierte á las tropas dormidas y que se embarquen con orden, que ni un solo disparo de mosquete, ni las más leve llama de los vivagues, revelen nuestros designios, y de ese modo, almirante, os hallaréis en el puerto antes que los de Amberes sospechen vuestra partida. Aunque nosotros tenemos que atravesar la bahía y seguir la orilla izquierda, llegaremos al mismo tiempo.

— Retiraos, señores, y buen ánimo; la fortuna que nos ha seguido hasta ahora, no temerá atravesar el Escalda con nosotros.

Los capitanes salieron de la tienda del príncipe y dieron sus órdenes con las precauciones referidas.

Pronto todo aquel hormiguero humano se puso en movimiento haciendo un ruido confuso parecido al que hace el viento al azotar las cañas y las ramas de los árboles.

El almirante se dirigió á bordo de su galera.



## CAPÍTULO VI

Monseñor.

Los de Amberes no veían tranquilamente aquellos aprestos de hostilidad que hacía el duque de Anjou, de suerte que Joyeuse no se engañaba al atribuirles la peor voluntad del mundo.

Amberes parecía una colmena cuando llega la noche, silenciosa y desierta por la parte exterior, pero por la interior llena de ruido y movimiento.

Los flamencos armados patrullaban por las calles, parapetaban sus casas y se disponían al combate, fraternizando con los batallones del príncipe de Orange, parte de ellos ya de guarnición en Amberes, y parte que entraba por pelotones, y en seguida se esparcía por toda la ciudad.

Luego que estaba todo dispuesto para una vigorosa defensa, el príncipe de Orange entró también en la ciudad á favor de la oscuridad de la noche sin aparato de ninguna especie, pero con la calma y la firmeza que presidían á la realización de todas sus resoluciones cuando se proponía llevarlas á efecto.

Apeóse en la casa de la municipalidad, preparada de antemano para recibirle por sus parciales, y allí se le presentaron todos los jefes populares; pasó luego revista á los oficiales de las tropas asalariadas, y por último, enteró de sus proyectos á los caudillos que habían de ayudarle en su empresa.

El más esencial de sus proyectos era aprovecharse del manifiesto del duque de Anjou contra Amberes para romper con él. El duque, pues, caía en el lazo que el Taciturno le había tendido, y éste veía con júbilo que el nuevo competidor á la soberanía iba á perderse como los otros.

La misma noche en que el duque de Anjou se preparaba á atacar como hemos visto, el príncipe de Orange, que hacía ya dos días estaba en la ciudad, tuvo una conferencia con el gobernador de la plaza nombrado por los ciudadanos. Á cada objeción que hacía el gobernador al plan ofensivo del príncipe de Orange, si esta objeción podía producir retardo en los planes, el príncipe de Orange meneaba la cabeza como sorprendido de aquella incertidumbre; pero á cada movimiento de cabeza replicaba el gobernador de la plaza:

— Príncipe, ya sabéis que la venida de monseñor es cosa acordada, y por lo tanto es necesario esperarla.

Esta palabra mágica hacía arrugar las cejas al Taciturno, pero aunque se roía las uñas de impaciencia, aguardaba con cierta resignación.

Todos fijaron la vista en un gran reloj, como suplicando al horario que acelerase la venida del personaje tan impacientemente esperada.

Dieron las nueve de la noche, y la incertidumbre se convirtió en una verdadera ansiedad, porque algunos espías aseguraban haber notado movimiento en el campo francés.

Entretanto salió del puerto con dirección al Escalda una barca, pues los de Amberes, menos sobresaltados por lo que sucedía en tierra que por lo que pasaba en el mar, deseaban tener noticias exactas de la escuadra francesa, pero la barca no había vuelto.

El príncipe de Orange se levantó, y mordiéndose de cólera sus guantes de búfalo, dijo á los ciudadanos de Amberes:

— Tanto nos hará esperar monseñor, que Amberes será tomada y saqueada antes que llegue; en ese caso la ciudad podrá juzgar de la diferencia que existe entre franceses y españoles.

Estas palabras no eran á propósito para tranquilizar los oficiales civiles; así es que se miraron unos á otros con sobresalto, y en aquel instante se presentó un espía enviado al camino de Malinas, y que se había adelantado hasta San Nicolás, anunciando que nada había visto ni oído que indicase en lo más mínimo la venida de la persona que se esperaba.

— Señores, exclamó el Taciturno al oír aquella noticia, ya lo veis, es inútil esperar más; despa-

chemos, pues, nuestros negocios, porque el tiempo urge, y no están aseguradas nuestras campiñas. Bueno es tener confianza en el talento de otros, pero antes de todo contemos con nosotros mismos. Deliberemos, pues, señores.

Apenas había acabado de pronunciar estas palabras, cuando se abrió la mampara y se presentó un portero de la municipalidad, y pronunció una sola palabra que en aquellas circunstancias valía por mil.

— ¡Monseñor!

En el acento de aquel hombre, en la alegría que no pudo menos de manifestar al desempeñar su oficio de portero, se podía leer el entusiasmo del pueblo y toda la confianza que le inspiraba el hombre á quien se designaba con la palabra vaga y respetuosa de monseñor.

No bien se extinguió el sonido de aquella voz trémula de emoción, cuando un hombre de estatura elevada é imponente, cubierto de pies á cabeza con una capa que manejaba airoosamente, entró en la sala y saludó con suma cortesía á cuantos en ella se encontraban.

Descubriendo desde luego su vista penetrante al príncipe en medio de sus oficiales, se dirigió á él y le presentó la mano.

El príncipe estrechó aquella mano con afecto y casi respetuosamente.

Después se dieron el dictado de monseñor recíprocamente.

Después de estos primeros cumplimientos, el recién llegado se quitó la capa, descubriendo la ropilla de búfalo, los calzones de paño, las largas botas de

cuero que calzaba, y una enorme espada que parecía formar parte, no de su traje, sino de sus miembros, por la soltura con que se movía pendiente del cinturón, en el que brillaba además una daga de regulares dimensiones.

En cuanto se desembarazó de la capa dejó ver sus largas botas, de que ya hemos hablado, todas llenas de polvo y cieno; sus espuelas, cubiertas de sangre de su caballo, producían un ruido siniestro á cada paso que daba sobre las baldosas.

Sentándose á la mesa del consejo, preguntó al príncipe:

— ¿De qué se trata, monseñor?

— Monseñor, respondió el Taciturno, ya habréis visto al venir que las calles están llenas de barricadas.

— Sí por cierto.

— Y las casas aspilleradas, añadió el oficial.

— En cuanto á eso no he podido verlo, pero me parece buena precaución.

— También se han doblado las cadenas de los puentes.

— Muy bien, dijo el desconocido con aire de indiferencia.

— ¿No aprueba monseñor estos preparativos de defensa? preguntó una persona con acento de inquietud y zozobra.

— Si por cierto, dijo el desconocido, pero no me parecen muy convenientes en las circunstancias en que nos hallamos, porque fatigan al soldado y molestan á los habitantes. Supongo que tenéis un plan de ataque y de defensa.

— Esperábamos á monseñor para comunicárselo, respondió el burgomaestre.

— Decidlo, señores.

— Monseñor ha llegado algo tarde, y así me he visto precisado á obrar.

— Y habéis hecho perfectamente, monseñor, pues nadie ignora que cuanto ejecutáis lleva el sello de la prudencia y del acierto. Por lo demás, tampoco yo he perdido el tiempo por el camino.

— Por medio de nuestros espías hemos sabido, dijo el burgomaestre, que hay movimiento en el campo de los franceses, que se disponen á un ataque; pero como no sabemos de qué lado vendrá ese ataque, hemos situado la artillería de tal manera, que pueda ser utilizada en toda la extensión de la muralla.

— Disposición prudente, respondió el desconocido con una leve sonrisa y mirando á hurtadillas al Taciturno, que guardada silencio y permitía que unos paisanos hablasen delante de él de cosas pertenecientes á la guerra.

— Lo mismo hemos hecho con nuestras tropas cívicas, prosiguió el burgomaestre, las hemos repartido en guardias por toda la muralla y les hemos dado orden de acudir al punto de ataque.

El desconocido nada replicó á esto, esperando que hablase el príncipe de Orange.

— Sin embargo, añadió el burgomaestre, el parecer de la mayoría del consejo, es que los franceses sólo puedan proyectar un falso ataque.

— ¿Y con qué objeto? preguntó el desconocido.

— Con el de intimidarnos á fin de que entremos

en tratos amistosos, que entreguen la ciudad á los franceses.

El desconocido miró de nuevo al príncipe de Orange; cualquiera hubiera dicho que no tenía el menor interés en cuanto estaba sucediendo, supuesto que todo lo escuchaba con una especie de indiferencia semejante al desprecio.

— Sin embargo, observó otro del consejo, se han notado esta noche preparativos de ataque en el campamento enemigo.

— Esas son sospechas sin el menor fundamento, replicó el burgomaestre; yo mismo he examinado el campamento con un excelente antejo que he recibido de Strasburgo, y puedo asegurar que la artillería parecía como clavada en el suelo, que los hombres se preparaban para descansar, y que el duque de Anjou ha convidado á cenar en su tienda á los oficiales.

El desconocido miró nuevamente al príncipe de Orange y creyó observar entonces que una ligera sonrisa crispaba los labios del Taciturno, en tanto que acompañaba desdeñosamente dicha sonrisa con un movimiento de hombros casi imperceptible.

— Señores, dijo al fin el desconocido, estáis equivocados de medio á medio, pues no se os prepara en este momento un ataque sin consecuencia, sino un asalto en toda regla.

— ¿Es cierto?

— Vuestros planes, por acertados que os parezcan, son incompletos.

— ¡Pero monseñor!... dijeron los ciudadanos algún tanto humillados al ver que se dudaba de sus conocimientos estratégicos.

— Incompletos, repitió el desconocido, y he aquí la prueba; esperáis un choque, y habéis hecho todos los preparativos necesarios para la defensiva.

— Sin duda.

— Pues bien, señores, ese ataque, si queréis seguir mis consejos...

— Acabad, monseñor.

— No debéis esperarlo, debe partir de aquí; debéis tomar desde luego la ofensiva.

— Eso es lo que se llama hablar y entenderlo, exclamó el príncipe de Orange.

— Ahora mismo, prosiguió el desconocido, conociendo que desde entonces podía contar con el apoyo del príncipe, en este mismo instante aparejan los buques del duque de Joyeuse.

— ¿Cómo sabéis eso, monseñor? preguntaron á la vez el burgomaestre y los demás individuos del consejo.

— Lo sé, contestó el desconocido.

Un murmullo de duda se oyó en la asamblea que, aunque muy disimulado, llegó á los oídos de aquel guerrero, al parecer consumado, que acababa de presentarse en la escena para representar, según todas las probabilidades, el papel más importante.

— ¿Dudáis de lo que digo? preguntó tranquilamente un hombre acostumbrado á hacer frente á toda clase de incertidumbre, de amor propio y de preocupaciones vulgares.

— No dudamos, monseñor, supuesto que vos nos lo aseguráis; sin embargo, nos permitirá V. A....

— Hablad.

— Decimos que si así fuese....

— ¿Qué?

— Ya lo sabríamos nosotros.

— ¿Por quién?

— Por nuestro espía del puerto.

A este tiempo un hombre empujado por el ujier, entró bruscamente en el salón y dió algunos pasos, adelantándose con respeto, ya hacia el burgomaestre, ya hacia el príncipe de Orange.

— ¡Ah, ah! dijo el primero. ¿Eres tú, amigo mío?

— Sí, yo mismo, señor burgomaestre, respondió el recién llegado.

— Monseñor, dijo el burgomaestre, es el hombre que hemos enviado de descubierta.

A la palabra monseñor, que entonces no era dirigida al príncipe de Orange, el espía hizo un movimiento de sorpresa y de alegría, acercándose precipitadamente para ver mejor el personaje designado con este título.

El hombre que acababa de llegar era uno de esos marineros flamencos, cuyo tipo no puede equivocarse con otros por ser demasiado marcado, cabeza cuadrada, ojos azules, pescuezo corto y anchas espaldas; estrujaba entre sus manos un gorro de lana, húmedo todavía, y cuando estuvo cerca de los oficiales se vió que dejaba sobre las baldosas un gran charco de agua á causa de que sus vestidos groseros estaban completamente empapados.

— ¡Oh! he aquí un valiente que ha vuelto á nado, dijo el desconocido mirando al marinero con ese aire de autoridad que impone casi siempre al soldado y al doméstico, porque revela á un tiempo el mando y la benevolencia.

— Sí, monseñor, sí, contestó al punto el marinero, y por cierto que el Escalda es ancho y de corriente rápida.

— Habla, Goes, habla, añadió el desconocido, que no ignoraba el precio del favor que dispensaba á un simple marinero llamándole por su nombre.

Desde este momento solo el desconocido existía allí para Goes, en términos que, en vez de dar cuenta de su comisión al que le había enviado, se dirigió á él y dijo:

— Monseñor, he salido en mi barca más pequeña, he pasado á favor de la consigna por medio de la barra que hemos improvisado en el Escalda con nuestras embarcaciones, y he conseguido llegar hasta esos condenados franceses. ¡Ah! monseñor, perdonad, añadió Goes interrumpiéndose.

— Adelante, adelante, dijo sonriéndose el desconocido, yo soy francés á medias, y por consiguiente, sólo soy condenado á medias.

— Así pues, monseñor, ya que monseñor ha tenido á bien de perdonarme...

El desconocido meneó la cabeza en señal de asentimiento, y Goes prosiguió diciendo:

— En tanto que yo bogaba en la oscuridad con mis remos cubiertos de lona, oí una voz que gritaba:

— ¡Ah, de la barca! ¿Quién sois?

— Greyendo yo que esta pregunta se dirigía á mí, iba á contestar, cuando gritan á mi espalda:

— Canoa almirante.

El desconocido miró á los oficiales con una señal de cabeza que significaba:

— ¿No os lo había dicho?

— Al mismo tiempo prosiguió Goes, y queriendo yo virar de bordo, sentí un choque terrible que volcó mi barca; el agua me cubrió la cabeza, fui rodando á un abismo sin fondo; pero los remolinos del Escalda me reconocieron como á un amigo antiguo y volví á ver el cielo. Toda esta desgracia la debo á la canoa francesa que conducía al duque de Joyeuse á la galera almirante, y la cual pasó bonitamente sobre mí, y solo Dios sabe por qué no estoy descalabrado y por qué ahora me encuentro aquí en vez de servir de pasto á los peces.

— Gracias, valiente Goes, gracias, observó el príncipe de Orange, muy satisfecho al ver que se había realizado su previsión, vete y guarda silencio.

Diciendo así alargó el brazo y dió al marinero un bolsillo.

Goes, sin embargo, aguardaba al parecer otra cosa, el permiso del desconocido para retirarse.

Este último le hizo una señal benévola con la mano, y Goes se retiró visiblemente, más satisfecho de esta prueba de afecto que del regalo del príncipe de Orange.

— ¿Qué decís ahora del informe que habéis oído? preguntó el desconocido al burgomaestre. ¿Dudáis aún de que los franceses se disponen á aparejar, y creéis que el duque de Joyeuse sólo se ha trasladado á bordo por el gusto de dormir en la galera almirante?

— Pero, monseñor, exclamaron los de Amberes, vos lo adivináis todo.

— Ni más ni menos, monseñor el príncipe de

Orange, que en todo opina como yo, sin que me quepa la menor duda. Así, pues, estoy informado de todo como S. A., y además, conozco perfectamente á nuestros adversarios, que están en el otro lado.

Y su mano señalaba hacia los bosques.

— Por lo mismo, añadió, hubiera extrañado mucho que no se preparasen á atacarnos esta noche. Así, pues, estad prontos y prevenidos, porque si leáis tiempo atacarán seriamente.

— Estos señores, dijo el príncipe de Orange, me harán la justicia de confesar que, antes de vuestra llegada, les he estado haciendo la misma advertencia.

— ¿Pero por qué cree monseñor que los franceses van á atacarnos? preguntó el burgomaestre.

— He aquí las probabilidades: la infantería es católica y se batirá sola, lo cual equivale á decir que acometerá por un lado; la caballería es calvinista, y en su consecuencia también emprenderá aisladamente la refriega. Ya tenemos dos cuerpos por dos lados distintos. La marina obedece al duque de Joyeuse, que acaba de llegar de París, y como la corte sabe el objeto que aquí se propone, querrá tener su parte de gloria. Con la escuadra se completan tres puntos de ataque.

— Pues bien, observó el burgomaestre, formemos tres cuerpos.

— Uno, señores, uno solo compuesto de los mejores soldados, dejando á los débiles en campo raso para la defensa de las murallas. Con ese cuerpo emprended una salida vigorosa cuando menos la espere el enemigo, y así, cuando crea que ataca, se verá prevenido y atacado por vosotros. Si esperáis el

asalto, seréis perdidos, porque el francés no reconoce igual en esa clase de guerra, así como nadie os aventaja, señores, cuando en campo raso defendéis vuestras villas y ciudades.

Los flamencos se pagaron mucho de este cumplimiento dirigido á su valor.

— Acordaos de lo que os decía, señores, murmuró el Taciturno.

— Es para mí sumamente honorífico, añadió el desconocido, el haber coincidido sin saberlo con el parecer del primer capitán del siglo.

Los dos se inclinaron saludándose recíproca y cortesmente.

— De modo, prosiguió el desconocido, que está resuelta ya vuestra salida contra la infantería y caballería enemigas, y yo espero que vuestros oficiales os conducirán de modo que rechacéis á los sitiadores.

— Pero el caso es, repuso el burgomaestre, que sus buques de guerra forzarán nuestra barra, y como el viento es Noroeste, estarán en el puerto, esto es, en la ciudad, dentro de dos horas.

— Vosotros tenéis seis navíos viejos y treinta buques de diferentes esloras en Santa María, que dista una legua de aquí, ¿no es verdad? Esa es vuestra barricaada marítima, vuestro dique que cierra el Escalda.

— Sí, monseñor, justamente. ¿Cómo es que conocéis tantos pormenores?

El desconocido contestó sonriéndose:

— Ya veis que los conozco; pues bien, en ellos estriba el éxito del combate.

— En tal caso, repuso el burgomaestre, es preciso enviar refuerzos á nuestros valientes marinos.

— Al contrario, todavía podéis disponer de cuatrocientos hombres que hay allí de sobra, pues bastan veinte inteligentes y decididos.

Los de Amberes estaban como sobrecogidos, pues nada entendían.

— ¿Queréis, les preguntó monseñor, destruir completamente la escuadra francesa sacrificando vuestros seis navíos viejos y vuestras treinta embarcaciones inútiles?

— ¡Bah! contestaron los de Amberes, no son tan viejos como parecen nuestros navíos ni tan inútiles nuestras barcas.

— Pues bien, tasadlas y se os pagará su importe.

— Estos son, dijo el Taciturno en voz baja al desconocido, los hombres con quienes tengo que luchar. Si sólo me combatesen los acontecimientos de la guerra, ya los hubiera vencido.

— Vamos, señores, replicó el desconocido metiendo la mano en su limosnera, tasad, pero tasad pronto: os pagaré con créditos contra vuestro mismo comercio, y me parece que los daréis por corrientes.

— Monseñor, dijo el burgomaestre después de haber deliberado con los demás ciudadanos, nosotros somos comerciantes y no grandes señores, y así deben perdonárenos algunas vacilaciones, porque nuestras almas no están realmente en nuestros cuerpos, sino en nuestros mostradores. Sin embargo, hay circunstancias en que el bien general exige de nos-

otros penosos sacrificios, y así disponed de nuestros buques como mejor os parezca.

— Á fé mía, monseñor, que habéis sido afortunado, pues en seis meses no hubiera conseguido yo lo que vos acabáis de lograr en diez minutos.

— Voy, pues, á disponer de esas embarcaciones, señores, pero en estos términos:

Los franceses con la galera almirante de vanguardia van á tratar de forzar el paso, y por mi parte voy á prolongar al doble las cadenas del dique ambulante, á fin de que la escuadra se encuentre encerrada y comprometida en medio de vuestros buques. En esta situación, los veinte valientes marineros flamencos que los tripulan, arrojan los ganchos de abordaje á la escuadra enemiga y en seguida se alejan en una barca después de haber dado fuego á las embarcaciones atestadas de materias inflamables.

— En cuyo caso, observó el Taciturno, se abrasará completamente la escuadra francesa.

— Sin que nada pueda libertarla de tan horrible desastre, prosiguió el desconocido; de ese modo ya no puede retirarse el enemigo por mar ni por tierra, porque al mismo tiempo se soltarán las compuertas y esclusas de Malinas, de Berehem, de Lier, de Duffel y de Amberes. Rechazados por vosotros, perseguidos por torrentes de agua, cercados en un todo por una marea inesperada que sube sin cesar por ese mar sin reflujó, quedarán los franceses aniquilados, ahogados, destruidos sin el menor recurso.

Los flamencos lanzaban mil gritos de júbilo.

— Sólo se presenta un inconveniente, observó el príncipe.

— ¿Cuál, monseñor? preguntó el desconocido.

— Se necesita un día entero para expedir las órdenes convenientes, y sólo podemos disponer de una hora.

— Y una hora basta.

— ¿Y quién avisará á la flotilla?

— Está avisada.

— ¿Por quién?

— Por mí, pues si estos señores la hubiesen rehusado estaba decidido á comprarla.

— ¡Pero, Malinas, Lier, Duffel!...

— He pasado por los dos primeros puntos, y he enviado al tercero un agente seguro. Á las once quedarán batidos los franceses, á las doce arderá su escuadra, á la una estará el enemigo en completa retirada, y á las dos romperá Malinas sus diques, Lier abrirá sus esclusas y Duffel dará salida al agua de sus canales por todas las compuertas. Entonces toda la llanura se convertirá en un océano furioso que tragará casas, sembrados, bosques y aldeas, pero también servirá de sepulcro al ejército invasor, de tal modo que ni un solo francés volverá á entrar en Francia.

Un silencio de admiración y casi de espanto acogió estas palabras, pero este primer sentimiento se trocó de allí á poco en entusiastas aplausos.

El príncipe de Orange dió dos pasos hacia el desconocido y le alargó la mano.

— Así, pues, monseñor, le dijo, todo está dispuesto por nuestra parte.

— Todo, contestó el primero, y también me creo que los enemigos se preparan.

Diciendo así, señaló á la puerta que un oficial acababa de abrir.

— Monseñor, monseñor, dijo éste, acaba de saberse que los franceses se mueven con dirección á la ciudad.

— ¡ Á las armas! exclamó el burgomaestre.

— ¡ Á las armas! repitieron todos.

— Poco á poco, señores, gritó el desconocido con acento imperioso; necesito recomendaros una cosa mucho más importante que todas las demás:

— Hablad, hablad, contestaron los ciudadanos.

— Los franceses van á ser sorprendidos, y por consiguiente no habrá combate ni retirada, sino fuga: así pues, para conseguirlo es preciso no dormirse. Afuera corazas, ¡ira de Dios! porque no podéis moveros con ellas, y os han hecho perder no pocas batallas. ¡Afuera corazas, señores, vuelvo á decir!

Y el desconocido mostró su pecho, únicamente defendido por una piel de búfalo.

— Allá nos veremos, señores capitanes, añadió con altivez; entretanto dirigios á la plaza de la municipalidad, en donde os espera la guarnición formada en batalla; pronto estaré con vosotros.

— Gracias, monseñor, dijo el príncipe al desconocido; acabáis de salvar la Bélgica y la Holanda.

— Príncipe, contad siempre conmigo, contestó el segundo.

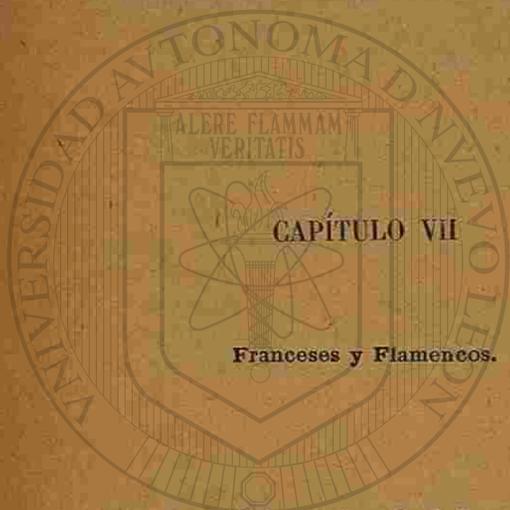
— ¿Desenvainará V. A. la espada contra los franceses?

— Yo me compondré de modo que pueda combatir al frente de los hugonotes, respondió el desconocido inclinándose y sonriéndose de un modo que no envidió poco su sombrío compañero, y que sólo á Dios fué dado comprender.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

No. 1625 MONTERREY, MEXICO



Cuando todo el consejo salía de la casa de la municipalidad y los oficiales iban á ponerse á la cabeza de sus tropas respectivas para llevar á efecto las órdenes del jefe desconocido, que parecía enviado á los flamencos por la Providencia, un rumor que se extendía por toda la ciudad resonó largo rato y se resumió en un gran grito.

Al mismo tiempo empezó la artillería sus disparos, sorprendiendo á los franceses en su nocturna marcha, cuando por el contrario creían ellos sorprender á la ciudad dormida; sin embargo, en vez de detenerse, apresuraron el paso.

Si no era posible tomar á Amberes por sorpresa,

ó escalándola, como entonces se decía, podían á lo menos, como hemos visto que lo ejecutó en Cabors el rey de Navarra, llenar el foso de faginas y derribar las puertas con petardos.

Los cañones de las murallas continuaban haciendo fuego, pero su efecto era casi nulo por la oscuridad de la noche, y así, después de haber contestado con mil gritos á los gritos de sus adversarios, prosiguieron avanzando los franceses hacia la plaza con la fogosa intrepidez que les es habitual en los combates.

Pero de repente se abren puertas y rastrillos, y por todas partes aparece gente armada, á la que no anima por cierto la ardiente impetuosidad que al enemigo, sino una especie de embriaguez pesada que no impide el movimiento del guerrero, sino que lo convierte en una muralla ambulante.

Eran los flamencos que se adelantaban en columna cerrada, en grupos compactos, sobre los cuales tronaba una artillería más estrepitosa que formidable.

Entonces empezó el combate cuerpo á cuerpo; chocanse la espada y el cuchillo, crúzanse la lanza y la daga, y los pistoletazos y las detonaciones de los arcabuces iluminan los rostros de los batallones cubiertos de sudor y de sangre.

Pero no se oye un grito, ni una queja, ni un suspiro: los flamencos se baten con rabia y los franceses por despecho; los primeros se enfurecen por verse precisados á batirse, pues no lo hacen por oficio ni por gusto; los franceses no pueden tolerar el haber sido atacados cuando se disponían á atacar.

Al mismo tiempo en que unos y otros vienen á las manos con un encarnizamiento que en vano procuraríamos describir; oyense nuevas detonaciones hacia el lado de Santa María y se levanta sobre la ciudad un resplandor semejante á un penacho de llamas. Joyeuse ataca ya y se propone llamar la atención del enemigo forzando la barrera que defiende el Escalda, para penetrar con su escuadra en el corazón de la ciudad.

Así lo creían á los menos los franceses; aunque la realidad no correspondía á sus deseos.

Impelido por un viento de Oeste, es decir, por el más favorable á empresa semejante, Joyeuse se hizo á la vela, y toda la escuadra, con la galera almirante de vanguardia, se dejó arrastrar por la brisa á pesar de la corriente. Todo se había preparado en los buques para el combate: los marinos se habían armado ya con sables de abordaje, los artilleros esperaban al pie de las piezas con mecha encendida, y los gavieros amontonaban granadas en las cofas; por último, varios pelotones de escogidos é intrépidos marineros, provistos de hachas, aguardaban el momento de saltar á las embarcaciones enemigas y de hacer pedazos sus cadenas y sus jarcias para abrir un boquete á la escuadra.

Los siete buques de Joyeuse navegaban silenciosamente formando un ángulo recto, cuyo vértice era la galera almirante, y se asemejaban á un grupo de gigantesos espectros que se deslizaban á flor de agua. El joven duque, que hasta entonces se había mantenido á popa junto al oficial que estaba de cuarto, no pudo resistir por más tiempo á su propia

impaciencia, y cubierto de riquísima armadura, ocupó el puesto del primer teniente, y se inclinó sobre el bauprés para penetrar con sus miradas al través de la bruma que cubría el río y de las tinieblas que encapotaban la noche.

No tardó en divisar en medio de las sombras el prolongado dique, ó más bien, aquella especie de dársena enemiga que iba extendiéndose por el río, aunque parecía completamente abandonada. Sin embargo, en aquel país de traiciones y emboscadas todo podía temerse, y aquel fingido abandono, aquel imponente silencio, revelaban algún acontecimiento desastroso.

La escuadra siguió avanzando hasta colocarse á diez cables de la barra, sin que un solo *¡quién vive!* detuviese sus movimientos ni indicase á los franceses la proximidad del más leve peligro.

Los marineros no consideraban aquel silencio sepulcral sino como una torpe negligencia que les llenaba de júbilo; pero el joven almirante, más previsior, temía alguna astucia.

En fin, la proa de la galera se enredó en los aparejos de dos buques que formaban el centro de la línea opuesta á los franceses, y arrojándolos con la violencia del arranque hacia su frente, conmovió todo aquel dique flexible, cuyos puentes estaban sujetos entre sí por medio de cadenas, y que, cediendo sin romperse, tomó al plegarse hacia los costados de los buques franceses la misma forma que éstos tenían.

De improviso, y cuando acababa de comunicarse la orden de romper la línea, una multitud de ganchos

arrojados por manos invisibles, llegaron á aferrarse fuertemente á todas las embarcaciones de la escuadra.

De este modo se adelantaban los flamencos á la maniobra de los franceses, haciendo lo que éstos se preparaban á poner por obra.

Creyendo Joyeuse que el enemigo le provocaba á un encarnizado combate, lo aceptó sin vacilar: mandó arrojar sobre la línea contraria los ganchos de la escuadra y aferrar de cerca á ésta con aquélla, á fin de que, batallando cuerpo á cuerpo, se decidiese pronto la acción, y apoderándose de una hacha, se arrojó el primero sobre el navío más próximo de los de Amberes gritando con entusiasmo guerrero:

— ¡ Al abordaje ! ¡ al abordaje !

Signióle toda la tripulación, oficiales y marineros, lanzando el mismo grito; pero ni un solo grito contestó á los suyos ni la menor resistencia se opuso á su agresión.

Peró todos divisaron tres barcas llenas de hombres, las cuales huían silenciosamente por el río con dirección á la ciudad, como tres gaviotas acosadas por la tempestad. Navegaban á fuerza de remo, y del mismo modo que las gaviotas, desaparecían por un instante entre dos olas para aparecer poco tiempo después en un punto más lejano.

Entretanto los franceses permanecían inmóviles sobre las cubiertas de aquellos buques que acababan de tomar sin combate, pues en ningún punto de la línea encontraron la más mínima oposición.

De repente oyó Joyeuse bajo sus pies un sordo ruido, y al mismo tiempo se esparció en la atmósfera un fuertísimo olor de azufre. Conoció al punto

lo que aquello significaba; corrió á una escotilla, y la abrió desesperado..... las entrañas del buque estaban ardiendo.

En aquel mismo instante resonó por toda la línea el grito de *á los buques, á bordo, á bordo.*

Precipitáronse los marineros sin perder momento para atender á la salvación de la escuadra y para librarse de las terribles explosiones que les amenazaban: Joyeuse, que había sido el primero en bajar de la galera, fué el último que volvió á ella, y no bien acababa de poner el pie en la escala, cuando el fuego hizo saltar en mil pedazos la cubierta del buque que acababa de abandonar.

Lanzáronse entonces las llamas como veinte volcanes; cada barca, cada sloop, cada navío era un eráter, y la escuadra francesa, cuyos buques eran de mucho mayor porte, parecía dominar un abismo de fuego.

Dióse inmediatamente orden de picar cables, de cortar aparejos, de romper cadenas y de aflojar ganchos de abordaje y abandonarlos, y los marineros se entregaron á la faena con la prontitud y empeño de hombres profundamente convencidos de que de aquella rapidez dependía su salvación.

Peró la empresa era grande, pues al paso que no era difícil cortar los ganchos del enemigo que sujetaban los buques franceses, nadie podía prometerse arrancar de la línea contraria los que estos últimos habían arrojado con la esperanza de que no se les escapase la presa.

Pocos momentos después se oyeron veinte detonaciones, y los costados de los buques franceses empe-

zaron á erujir llenando de zozobra á cuantos esperaban que de un momento á otro se abriesen.

Esta detonación era producida por la artillería que defendía el dique, y cuyos cañones cargados hasta la boca y abandonados por los de Amberes, se disparaban por sí mismos á medida que el fuego los iba cerciendo por todas partes, devorando cuantos objetos se oponían á su paso.

Las llamas subían por los mástiles y las jarcias: como gigantescas sierpes se enroscaban á las vergas, y con sus agudas y abrasadas lenguas lamian los costados de los buques franceses.

Joyeuse, siempre cubierto con su magnífica armadura damasquina de oro, proseguía dando tranquilamente y con imperioso acento las órdenes convenientes en medio de las llamas, semejante á una de aquellas fabulosas salamandras de millones de escamas, que á cada movimiento que hacían arrojaban un montón de centellas.

Las detonaciones redoblaron convirtiéndose en horrosas descargas; no eran ya los cañones disparados, sino las *Santas-Bárbaras* de los buques que se iban incendiando, y los mismos buques que volaban hechos astillas.

Al mismo tiempo que á Joyeuse animó la esperanza de romper los infernales lazos que le amarraban á sus enemigos, luchó con toda la energía de su carácter, con todo el valor de la desesperación, pero era ya imposible resistir por más tiempo contra el elemento que destruía la escuadra sin vencerla, porque las llamas se habían apoderado ya de los buques franceses, y los abrasados restos de las

embarcaciones de la línea caían sobre ellos como una espesa lluvia de fuego que consumía todas sus obras, porque era el fuego griego, ese fuego implacable que se alimenta con lo que á otros destruye y que devora su presa hasta en la profundidad del mar.

Al valar los navíos de Amberes quedó rota la línea defensiva, y la escuadra francesa se apartó enteramente de su derrotero, cubierta de llamas y llevando consigo fragmentos de los abrasados brulotes que habían ocasionado su espantoso desastre.

Joyeuse se convenció de que todos los esfuerzos del mundo serían infructuosos, y por lo tanto mandó echar las lanchas al agua y tomar tierra en la orilla izquierda.

La misma orden fué comunicada á los demás buques por medio de las bocinas, y las tripulaciones que no la oyeron se guiaron por su propio instinto, que les sugirió igual pensamiento, de modo que toda la tripulación estaba ya embarcada, sin exceptuar un solo marinero, antes que Joyeuse hubiese abandonado el puente de su galera.

Su serenidad parecía haberse comunicado á todos, pues no había un marinero que hubiese abandonado un instante su hacha y sus pistolas. Antes de llegar las lanchas á tocar tierra, se voló la galera almirante, iluminando por un lado todo el casco de la ciudad combatida, y por el otro el inmenso horizonte del río, que ensanchándose progresivamente, va á perderse en el mar.

Entretanto habían cesado los fuegos de la artillería de las murallas, no porque la furia del combate hubiese disminuido, sino al contrario, porque los

flamencos y franceses se batían como tigres cuerpo á cuerpo, y no se podía disparar sobre los últimos sin disparar contra los primeros.

También la caballería calvinista había dado brillantes cargas, destruyendo y derribando cuanto se oponía á su empuje; pero los flamencos soterrados, acometían á los caballos con sus afilados cuchillos y les abrían el vientre.

Á pesar de las ventajas que habían obtenido los franceses, no dejó de introducirse algún desorden en sus columnas de ataque, de modo que casi no hacían más que sostenerse en el terreno conquistado en vez de avanzar, al paso que por las puertas de la ciudad salían incesantemente batallones de refresco que se arrojaban audazmente sobre el ejército del duque de Anjou.

Oyese de repente una confusa gritaría casi debajo de las murallas de la ciudad; las palabras ¡Anjou! ¡Anjou! ¡Francia! ¡Francia! resuenan en medio de los de Amberes, y un choque violento, incontrastable, deshace aquella masa tan cerrada por el simple impulso de los que la componen, pues las primeras filas de ella eran valientes porque no podían hacer otra cosa.

Joyeuse era la causa de aquel terrible movimiento, sus marinos dan aquellos furiosos gritos, y mil quinientos hombres armados de hachas y de cuchillos, mandados por el intrépido almirante, que había podido apoderarse de un caballo, se precipitan con el mayor arrojo sobre los flamencos, resueltos á vengar la destrucción de la escuadra y la pérdida de doscientos camaradas abrasados ó ahogados.

No han tratado de elegir puesto en la pelea, sino que se han arrojado sobre el primer cuerpo que por su traje é idioma les ha parecido enemigo.

Nadie manejaba mejor que Joyeuse su larga espada de combate, su puño daba rápidas vueltas como un molinete de acero, y con cada golpe de corte hendía una cabeza, así como con cada estocada traspasaba un pecho.

El cuerpo de flamencos que se opuso á su paso, desapareció como desaparece un grano de trigo entre un enjambre de hormigas.

Satisfechos de aquel primer encuentro, avanzaron los marinos sin descansar un segundo; pero mientras ganaban terreno por una parte, la caballería calvinista, sin poderse revolver entre las masas que la cercaban, se retiraba por otra lentamente; sin embargo, la infantería del conde de Saint-Aignan continuaba luchando cuerpo á cuerpo con los flamencos.

El príncipe había contemplado el incendio de la escuadra como se contempla un lejano resplandor producido por causas naturales; llegaban á sus oídos descargas de artillería, pero lo único que sospechaba era que se había trabado en el río un encarnizado combate, el cual no tardaría mucho en terminar victoriosamente para sus armas, pues le era imposible creer que unos cuantos buques flamencos se sostuvieran mucho tiempo contra la escuadra francesa.

Esperaba, pues, á cada instante que Joyeuse llamase hacia otra parte la atención del enemigo, cuando fueron á decirle que la escuadra quedaba

destruida y que Joyeuse y sus marinos cargaban por tierra á los flamencos.

Desde entonces empezó á inquietarse, porque la escuadra constituía su punto de retirada, y por consiguiente la seguridad del ejército: así que, envió á la caballería calvinista la orden de dar otra carga, orden que fué obedecida disponiéndose aquella fatigada falange á acometer otra vez á los de Amberes.

Oíase la voz de Joyeuse que gritaba á los suyos en medio de la refriega:

— ¡Á ellos, señor de Saint-Aignan ¡Francia! ¡Francia!

Y como una hoz que siega en campo de trigo, su espada giraba en el aire y caía para segar cabezas humanas: el débil favorito, el sibarita delicado, parecía que al ceñirse la coraza había adquirido las fuerzas maravillosas del Hércules Nemeo.

La infantería por su lado, al oír aquella voz potente que dominaba el estruendo de las armas, al ver aquella espada que resplandecía en medio de la oscuridad, recobró su imponderable valor, y á imitación de la caballería, volvió á embestir con desconocida furia.

Pero entonces salió de la ciudad aquel personaje á quien llamaban monseñor, montado en un soberbio caballo negro.

Llevaba armas negras, es decir, que su casco, sus brazaletes y su coraza eran de acero empayonado y bruñido; seguíanle quinientos jinetes perfectamente montados, que había puesto á sus órdenes el príncipe de Orange.

También Guillermo el Taciturno salió por otra

puerta paralela, con su infantería elegida, que aun no había entrado en fuego.

El caballero de las armas negras corrió á los puntos más amenazados, es decir, á aquellos en que la presencia de Joyeuse esparcía la consternación y el espanto.

Los flamencos le reconocieron al punto y gritaron alegremente:

— ¡Monseñor! ¡monseñor!

Joyeuse y sus marineros vieron que el enemigo flaqueaba, oyeron sus exclamaciones y repentinamente se encontraron al frente del nuevo refuerzo que acababa de aparecerseles como por encanto.

Joyeuse se lanzó contra el caballero de las armas negras, y ambos chocaron con terrible encarnizamiento.

Del primer choque sus espadas brotaron infinidad de centellas.

Confirió Joyeuse en el temple de su armadura y en sus conocimientos del arte de la esgrima, descargó sobre su contrario recios mandobles, que éste evitó con singular maestría: al mismo tiempo le tocó en el pecho la espada del desconocido, y deslizándose por la coraza, le hizo un rasguño en el hombro, del cual salieron algunas gotas de sangre.

— ¡Ah! exclamó el joven almirante al sentir la punta del acero, este hombre es un francés, y no hay duda que se ha ejercitado en el manejo del arma bajo la dirección del mismo maestro que yo.

Á estas palabras trató de retirarse el desconocido á fin de arrojarle sobre otro punto de ataque.

— Si eres francés, le gritó Joyeuse con rabia,

UNIVERSIDAD DE MONTERREY  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"FERNANDO REYES"  
MONTERREY, MEXICO

asimismo un traidor y un villano, porque estás combatiendo contra tu rey, contra tu patria y contra tu bandera.

El desconocido contestó á estos insultos volviendo á acometer á Joyeuse con nueva furia.

Pero esta vez el almirante estaba ya dispuesto á rechazar vigorosamente su agresión, y no ignoraba que tenía que habérselas con un tirador consumado, y así fué que paró tres ó cuatro estocadas dirigidas por aquél con tanta habilidad como encono, con tanta fuerza como cólera.

El desconocido á su vez hizo un movimiento de retirada.

— Mira, le gritó el almirante, esto es lo que hacen los valientes cuando riñen por su país; un corazón puro y un brazo leal bastan para la defensa de una cabeza sin casco y de una frente sin visera.

Y rompiendo los broches de su yelmo, lo arrojó á gran distancia, descubriendo su noble y altiva frente y unos ojos brillantes que revelaban todo el orgullo de la juventud y del valor.

El caballero de las armas negras, en vez de responder con la voz ó de seguir el ejemplo de su arrogante competidor, lanzó un sordo gemido, y levantó la espada sobre aquella cabeza desnuda.

— ¡Ah! le dijo Joyeuse parando al mismo tiempo el golpe, bien dije yo que eras un traidor fementido; pues bien, vas á morir como mueren los traidores.

Y hablando así, le acosó terriblemente, asestandole dos ó tres estocadas seguidas, una de las cuales penetró por las aberturas de la visera de su casco.

— ¡Ah! te mataré, repetía el joven, y te arran-

caré ese casco que oculta tus facciones y las defiende de mi espada; en seguida colgaré tu cadáver del primer árbol que encuentre en el camino.

El desconocido iba ya á contestar; cuando uno de sus jefes, que acababa de reunirse en aquel mismo instante, le llamó la atención diciéndole en voz baja:

— Monseñor, dejad las escaramuzas, porque vuestra presencia es sumamente indispensable allá abajo.

El desconocido siguió con la vista la dirección que señalaba la mano de su interlocutor, y al punto conoció que los batallones flamencos empezaban á cejar, acometidos denodadamente por la caballería calvinista.

— Con efecto, contestó con acento sombrío, allí están los que ando buscando desde que he desenvainado la espada.

En aquel instante se arrojó un cuerpo de jinetes de refresco sobre los marineros que capitaneaba Joyeuse, los cuales, cansados ya de pelear sin el menor descanso contra todas las tropas que les habían hecho frente, comenzaron á retirarse paso á paso.

El caballero negro se aprovechó de aquel movimiento inesperado para desaparecer velozmente entre la confusión del combate y las tinieblas de la noche.

Un cuarto de hora después abandonaban los franceses el campo de batalla y procuraban retirarse sin huir, pues el conde de Saint-Aignan había tomado perfectamente sus medidas para que nadie pudiese molestarle impunemente en su retirada.

Á pesar de esto, una nueva columna de quinientos

caballos y dos mil infantes salió de la ciudad repentinamente, y dió alcance á aquel ejército medio destruído por tan largo combate, y que se retiraba desalentado. Dieha columna la componían los partidarios del príncipe de Orange, que sucesivamente habian peleado contra el duque de Alba, contra don Juan de Austria, contra don Luis de Requesens y contra Alejandro Farnesio.

Entonces fué preciso decidirse á dejar el campo de batalla y retirarse por tierra, supuesto que la escuadra con que se contaba estaba destruída.

Á pesar de la serenidad de los jefes, á pesar del valor y resignación de que volvieron á dar las tropas repetidas pruebas, aquella retirada se convirtió en derrota.

El desconocido, al frente de su caballería que apenas habia entrado en acción, se arrojó contra los fugitivos, y halló por segunda vez cubriendo la retirada á Joyeuse con sus heroicos marineros, de los cuales habian ya perecido las dos terceras partes.

El joven almirante montaba á la sazón el tercer caballo por haber perdido en la refriega los dos anteriores, su espada también se habia hecho pedazos, y se servía de una pesada hacha de abordaje de un marinero herido, con lo cual infundió respeto á sus perseguidores, conteniéndolos á razonable distancia y acometiéndolos de vez en cuando como el jabalí que no puede decidirse á huir y se revuelve desesperado sobre el cazador.

Por su parte, los flamencos, que obedeciendo al consejo de aquel á quien daban el título de monseñor habian peleado sin corazas, emprendieron con

desusada ligereza el alcance de sus enemigos sin permitirles un momento de descanso.

Una especie de remordimiento ó de duda se apoderó del corazón del desconocido al contemplar aquel horroroso estrago.

— Basta, señores, basta, dijo á los suyos en francés; ya hoyen de Amberes vuestros contrarios, y dentro de ocho días huirán de Flandes; no pidamos más al Dios de los ejércitos.

— ¡Es un francés! ¡Es un francés! exclamó Joyeuse; ya te he conocido, traidor, mil veces traidor, perjuro, cobarde y desleal. ¡Ah! maldito seas, y quiera el cielo que mueras de la manera que mueren los traidores.

Esta furiosa imprecación pareció desanimar al guerrero, á quien no habian hecho temblar mil y mil espadas dirigidas contra su pecho: volvió bridas, y á pesar de haber quedado vencedor, huyó como vencido.

No obstante, aquella retirada de un hombre solo no cambió el estado de las cosas; el miedo es contagioso, se habia apoderado ya de todo el ejército, é impelidos por el terror pánico más insensato del mundo, emprendieron los soldados una fuga desesperada.

Los caballos se animaban á pesar de la fatiga, porque también parecia que influía terriblemente en ellos el temor: los hombres se dispersaban para encontrar asilo, y algunas horas después no se componía ya el ejército de cuerpos regulares, sino de una muchedumbre desordenada.

Aquel era el momento en que según las órdenes

de monseñor, debían abrirse los diques y levantarse las esclusas. Desde Liér hasta Termõde, desde Haesdok hasta Malinas, todos los ríos pequeños convertidos en grandes por la afluencia de otros, y todos los canales desbordados, enviaban á la llanura su furioso contingente de agua.

Así, cuando los franceses fugitivos empezaron á detenerse después de haber cansado á sus enemigos, cuando vieron que los de Amberes se volvían á la plaza seguidos por las fuerzas del príncipe de Orange, cuando todos los que habían salido sanos y salvos de la carnicería nocturna se creyeron ya en seguridad y respiraron un instante, un nuevo enemigo, ciego, implacable, se desencadenaba contra ellos con la celeridad del viento, con la impetuosidad del mar, y con todo, á pesar de la inminencia del peligro que empezaba á cercarlos, nada sospechaban los fugitivos.

Joyeuse había mandado hacer alto á sus marineros, reducidos ya á ochocientos, única fuerza que había conservado algún orden en aquella espantosa derrota.

El conde de Saint-Aignan por su parte, jadeando, sin voz, sin hablar más que por medio de amenazas y gestos, hacía vanos esfuerzos para reunir su dispersa infantería.

El duque de Anjou, á la cabeza de los fugitivos, montado en un magnífico caballo y acompañado de un criado que llevaba otro caballo de la brida, caminaba apresuradamente sin pensar más que en alejarse todo lo posible del campo de batalla.

— Ese miserable no tiene corazón, decían algunos.

— Ese valiente manifiesta gran serenidad, murmuraban otros.

La infantería descansó por último desde las dos hasta las seis de la mañana, y así recobró fuerzas para continuar la retirada.

Faltaban los víveres, y por lo que toca á los caballos, estaban mucho más cansados que los hombres, y apenas podían andar, pues no habían comido desde el día anterior, y por lo mismo caminaban á retaguardia del ejército.

Esperaban todos llegar á Bruselas, que era adicta al duque, y en donde los franceses contaban con muchos partidarios, aun cuando á la sazón debía inspirar algún recelo su buena voluntad, pues también confiaba el ejército pocos días antes en los de Amberes, lo mismo que creía poder confiar en los ciudadanos de Bruselas.

Allí, en Bruselas, es decir, á ocho leguas escasas del sitio en que se hallaban, se reorganizarían las tropas eligiendo un campamento ventajoso para proseguir la campaña desde el instante que se juzgase conveniente.

Los restos que habían podido escapar de la última derrota debían servir de núcleo á la formación de un nuevo ejército; pero ¡ay! nadie podía preveer entonces el momento espantoso en que el suelo se hundiría bajo los pies de los infelices soldados, en que montañas de agua vendrían á caer sobre sus cabezas, en que los restos de tantos valientes arrebataados por las aguas cenagosas rodarian hasta el mar ó se quedarían detenidos en el camino para servir de abono á las campiñas del Brabante.

El duque de Anjou dispuso que le sirvieran el almuerzo en la cabaña de un campesino, la cual estaba vacía, pues desde la noche anterior habían huido sus habitantes, y todavía ardía en la chimenea el fuego que dejaron encendido.

Los soldados y oficiales quisieron seguir el ejemplo de su jefe, y se distribuyeron en dos pueblos inmediatos; pero no sin sorpresa y aun espanto vieron que todas las casas estaban desiertas y que los habitantes se habían llevado casi todas las provisiones.

El conde de Saint-Aignan buscaba fortuna como los demás: aquella indiferencia del duque de Anjou en los momentos en que tantos valientes morían por su causa, repugnaba su espíritu, y se había separado del príncipe, pues era de los que decía: «El miserable no tiene corazón.»

Visitó, pues, por su parte dos ó tres casas que halló vacías, y al llamar á la puerta de la cuarta vinieron á decirle que en dos leguas á la redonda, es decir, en el círculo del país que ocupaban, todas las casas se hallaban del mismo modo.

Al oír Mr. de Saint-Aignan esta noticia, frunció el entrecejo é hizo su gesto de costumbre, y dijo á los oficiales:

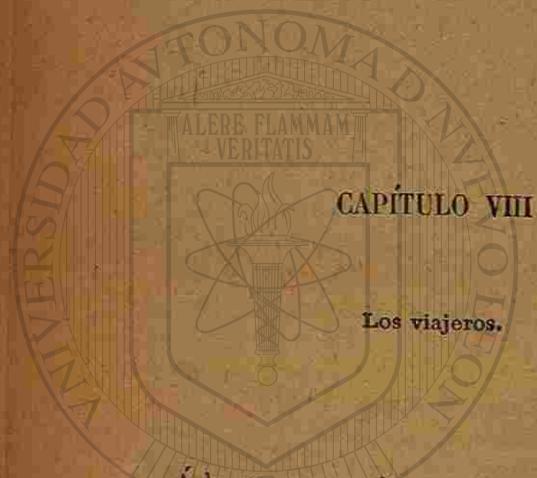
— En marcha, señores, en marcha.

— Estamos cansados, general, y muertos de hambre, contestaron éstos.

— Sí, pero estáis vivos, y si quedáis aquí una hora más moriréis; acaso sea ya demasiado tarde.

Mr. de Saint-Aignan no podía designar nada, pero sospechaba cierto peligro grave, oculto en aquella soledad.

Levantaron, pues, el campo, poniéndose á la cabeza de las tropas el duque de Anjou, Mr. de Saint-Aignan en el centro y Joyeuse á la retaguardia. Empero dos mil ó tres mil se destacaron todavía de los grupos, ó debilitados por sus heridas, ó rendidos de cansancio, y se acostaron sobre la hierba, ó al pie de los árboles abandonados, desolados y acometidos de siniestros presentimientos, quedándose también con ellos los jinetes desmontados, porque sus caballos no podían ya dar un paso ó se habían herido al andar, de suerte que el duque de Anjou apenas podía contar con tres mil hombres útiles y en estado de entrar en combate.



## CAPÍTULO VIII

### Los viajeros.

Á la vez que sucedía este desastre, precursor de otro mucho más grande y terrible, dos viajeros que cabalgaban en excelentes caballos de Perche, salían por la puerta de Bruselas una noche en que el frío se hacía ya sentir, y tomaban la dirección de Malinas. Caminaban muy unidos, con las capas terciadas y sin armas aparentes, si se exceptúa un ancho cuchillo flamenco, cuya empuñadura de metal brillaba en el cinto de uno de los viandantes.

Sin duda iban sumergidos en un mismo pensamiento, pero apenas se dirigían la palabra.

En su traje y apostura se asemejaban á esos mercaderes de Picardía, que entonces comerciaban acti-

vamente en Francia y Flandes, especie de comisionados de fábricas, que ya en aquella época hacían lo mismo que hoy los agentes de las grandes casas, sin imaginar que se acercaban mucho á la especialidad de la grande propagación comercial.

Al verles seguir pacíficamente su camino iluminado por la luna, se hubiera creído que eran dos personas honradas que tenían prisa de llegar á una posada, después de haber hecho su regular jornada.

Y con todo, bastaba enterarse de algunas frases que se les escapaban de vez en cuando, esto es, cuando se entretenían en conversación, para no conservar respecto á ellos aquella opinión errónea que hacían formar á primera vista.

Y desde luego podemos asegurar, que la palabra más extraña de todas fué la que pronunció uno de ellos á llegar á media legua poco más ó menos de Bruselas.

— Señora, dijo el más grueso al más esbelto, habéis hecho muy bien en disponer que partiésemos esta noche, pues con esta marcha adelantamos siete leguas y llegaremos á Malinas cuando ya se sepa allí, según todas las probabilidades, el resultado de la última tentativa contra Amberes. En esta ciudad estarán celebrando los vencedores su victoria con toda la embriaguez del triunfo. Dentro de dos días, y sin apresurarnos mucho, porque tenéis necesidad de descanso, estaremos ya en Amberes, justamente cuando el príncipe abandone su alegría y se digne mirar hacia la tierra, después de haberse extasiado en el séptimo cielo.

El viajero á quien su camarada llamaba señora,

y que no dió muestras de extrañarlo, á pesar de su traje masculino, contestó con acento triste y suave:

— Creed, amigo mío, que Dios se cansará de proteger á ese miserable príncipe y herirá su corazón cruelmente: apresurémonos, pues, á realizar nuestros proyectos, porque yo no pertenezco al número de aquellos que confían en la fatalidad, y pienso por el contrario que los hombres pueden obrar libre y desembarazadamente. Si nosotros no nos movemos y dejamos obrar á Dios, os aseguro que esto no merecía la pena de haber vivido hasta ahora en medio de tanto dolor y melancolía.

En aquel momento sopló con fuerza una helada ráfaga del Nordeste.

— Tembláis de frío, señora, dijo el de más edad de los dos viajeros; embozaos bien con vuestra capa.

— No, Remigio, gracias: ya sabes que no siento los dolores del cuerpo ni los tormentos del alma.

Remigio alzó los ojos al cielo y guardó silencio.

De vez en cuando detenía su caballo y se volvía sobre los estribos, mientras que su compañera seguía caminando triste y muda como una estatua ecuestre.

— Sin embargo, en una de dichas paradas dijo á Remigio:

— ¿Á nadie divisas detrás de nosotros?

— Á nadie, señora.

— ¿Y el caballero que nos alcanzó por la noche en Valenciennes y que tomó informes acerca de nuestras personas después de habernos observado con tanta sorpresa?

— No lo he vuelto á ver.

— Se me figura que le he visto yo antes de entrar en Mons.

— Y yo, señora, estoy seguro de que también le hemos encontrado antes de entrar en Bruselas.

— ¿En Bruselas?

— Sí, pero sin duda se ha detenido en esa última ciudad.

— Remigio, dijo la dama aproximándose á su compañero como si temiese que se escuchasen sus palabras en aquel camino solitario, Remigio, ¿no crees que se parece á...

— ¿Á quién?

— Á ese desventurado joven; es decir, en el aire del cuerpo, pues no he llegado á verle la cara.

— ¡Oh! no, no por cierto, señora, se apresuró Remigio á responder. ¿Cómo queréis que él haya podido adivinar que hemos salido de París y tomado este camino?

— Del mismo modo que averiguaba dónde vivíamos cuando mudábamos de domicilio en París.

— No, señora, no, dijo Remigio: ni nos ha seguido, ni ha dado órdenes para que nos sigan, y como ya os he dicho antes, tengo poderosas razones para creer que ha tomado un partido desesperado.

— ¡Ah, Remigio! todos tenemos que soportar en este mundo nuestras respectivas penas. Dios tenga compasión de los tormentos de ese joven.

Remigio contestó con un suspiro al suspiro de su señora, y ambos prosiguieron su camino sin oír otro ruido que el que producían los pies de los caballos sobre un piso sonoro.

Así anduvieron dos horas, hasta que cuando ya

iban á entrar en Vilverde, volvió Remigio apresuradamente la cabeza.

Acababa de oír el galope de un caballo en una vuelta del camino.

Se detuvo, se puso á observar, pero nada vió.

Sus ojos procuraron, aunque inútilmente, penetrar con sus rayos la profunda oscuridad de la noche, y notando al fin que el anterior ruido no turbaba ya el silencio imponente de aquellos sitios, entró en la población con su compañera.

— Señora, la dijo, pronto será el día, y si os parece bien nos detendremos aquí: los caballos están cansados y tenéis necesidad de descanso.

— Remigio, en vano queréis ocultarme la verdad: os veo muy intranquilo.

— En efecto, señora, temo por vuestra salud, pues es imposible que una mujer sea capaz de aguantar tan continuada fatiga, y aun yo mismo...

— Haced, pues, lo mejor que os parezca, contestó la dama.

— Bien, entrad en esa calle angosta, á cuyo extremo se vé una luz opaca, señal evidente de que hay allí una hostería: apresuraos.

— ¿Habéis oído alguna cosa?

— Sí, el paso de un caballo. Es muy probable que me equivoque, pero en todo caso me quedo aquí un instante para convencerme de la falsedad ó realidad de mis dudas.

La dama picó á su caballo sin replicar ni hacer el menor esfuerzo para que Remigio desistiese de su propósito, y penetró en la calle que el último le había indicado.

Remigio la dejó pasar, echó pie á tierra y abandonó su caballo que naturalmente siguió la misma dirección que el de su compañera.

En cuanto á él, se ocultó detrás de una tapia y esperó.

La dama llamó á la hostería, detrás de cuya puerta, según la costumbre hospitalaria de los llamencos, velaba, ó más bien dormía una criada de anchas espaldas y robustos brazos.

Esta criada había oído ya los pasos del caballo, y despertándose sin apariencias de mal humor, se apresuró á abrir la puerta y á recibir con los brazos abiertos al viajero, ó más bien á la viajera.

Abrió después á los caballos la gran puerta de la cuadra, en la cual se precipitaron con el instinto propio de su naturaleza.

— Aguardo á mi compañero, dijo la dama; permitidme que me siente junto al fuego, pues no quiero acostarme hasta que llegue.

La criada echó paja á los caballos, volvió á cerrar la puerta de la cuadra, entró en la cocina, arrimó un taburete al fuego, despabiló con los dedos el candil y se durmió de nuevo.

Entretanto Remigio, que se había situado en emboscada, espía el paso del viajero cuyo caballo había sentido.

Le vió efectivamente entrar en el pueblo, caminar al paso y detenerse: el jinete llegó á la calle estrecha, observó la luz, y pareció que dudaba sobre si debería pasar de largo ó dirigirse hacia ella.

Por último, volvió á pararse á dos pasos de

Remigio, que sintió en su cara los resoplidos del caballo y echó mano á la daga.

— Es el mismo, murmuró, el mismo que nos persiguió sin descanso. ¿Qué es lo que quiere?

El viajero se cruzó de brazos mientras su caballo estiraba el pescuezo, porque sin duda había oído la cuadra.

El jinete no pronunciaba una sola palabra, pero en el fuego de sus miradas, que tan pronto dirigía al frente como á retaguardia, era fácil adivinar que se preguntaba interiormente si debía volverse atrás, seguir adelante, ó hacer alto en la hostería.

— Han proseguido su viaje, dijo al fin á media voz; pues bien, prosigamos el nuestro.

Y espoleando á su caballo echó á andar.

— Mañana, dijo Remigio, mudaremos de camino.

Y se reunió á su señora, que le esperaba con impaciencia.

— ¿Qué hay? le preguntó está. ¿Nos siguen?

— No, señora, me he equivocado; nada se vé por ese camino, y podéis dormir con toda tranquilidad.

— ¡Ah, Remigio! No tengo sueño, eso ya lo sabes.

— Pero al menos cenaréis, señora, pues desde ayer no habéis tomado alimento.

— Con mucho gusto, lo acepto.

Volvióse á despertar la criada, y se levantó por segunda vez con el mismo buen humor que la primera, y al saber que se trataba de hacer gasto sacó del armario que servía de despensa un pedazo de jamón, una liebre fiambre y dulces; en seguida presentó asimismo una jarra de cerveza de Lovaina tan cristalina como espumosa.

Remigio se sentó á la mesa al lado de su ama.

Ésta llenó un vaso de cerveza, con la cual humedeció sus labios, probó el pan, y recostándose en la silla no volvió á probar otro alimento.

— ¡Cómo, caballero mío! ¿No coméis más que eso? preguntó la criada.

— No, ya he concluido, gracias.

La criada se puso á mirar á Remigio, quien cogió el pedazo de pan que habia dejado su señora, y lo comió bebiendo después un vaso de cerveza.

— ¿Y carne? volvió á decir la flamenca. ¿No coméis carne, caballero?

— No, hija mía, gracias.

— ¿No os parece buena?

— La juzgo excelente, pero no tengo apetito.

La criada juntó las manos expresando la admiración que le causaba tan extraña sobriedad, ajena de sus compatriotas cuando viajaban.

Remigio conoció que estas demostraciones revelaban algún despecho, y observando el gesto de aquella pobre muchacha, echó sobre la mesa una pieza de plata.

— ¡Oh! dijo la criada, bien la podéis guardar, caballero, pues sólo habéis gastado entre los dos seis dineros, y no tengo vuelta.

— Al contrario, contestó la viajera, esa pieza es para vos, pues aunque mi hermano y yo hacemos muy poco gasto cuando viajamos, como habéis visto esta noche, de ningún modo tratamos de disminuir la ganancia de los que nos hospedan con tan buena voluntad.

La criada manifestó en su semblante la más viva

satisfacción, pero al mismo tiempo se llenaron de lágrimas sus ojos, porque la dama pronunció las últimas palabras con cierto enternecimiento.

— Dime, hija mía, preguntó Remigio á la flamenca, ¿no hay un camino de travesía desde aquí hasta Malinas?

— Sí, señor, y por cierto que es malísimo; sin duda ignorais que tenemos un camino real hermosísimo.

— No lo ignoro, hija mía, no lo ignoro; pero es el caso que debemos ir por el otro.

— Lo decía, señor viajero, porque como vuestro compañero es una mujer, el camino será para ella mucho peor que para vos.

— ¿Y por qué?

— Porque toda la gente del campo atraviesa esta noche el país con dirección á Bruselas.

— ¿Á Bruselas?

— Sí, señor, todos emigran por ahora.

— ¿Y por qué emigran?

— No lo sé, se ha recibido la orden de hacerlo así.

— ¿Quién la ha dado? ¿El príncipe de Orange?

— No, monseñor.

— ¿Á quién llamáis monseñor?

— ¡Oh! Me preguntáis más de lo que yo sé; el resultado es que desde ayer todos emigran.

— ¿Puedo saber qué clase de gente está comprendida en la emigración?

— Los habitantes del campo y de los pueblos y aldeas que no tienen diques ni murallas.

— Esto es muy particular.

— Nosotros también huiremos de aquí al amanecer

con todos los del pueblo: ayer á las once se enviaron á Bruselas todas las cabezas de ganado por los canales y atajos, y por eso debe haber ahora en el camino de que os he hablado gran confusión de caballos, carretas y aldeanos.

— Lo natural era que todo eso se dirigiese por el camino real, porque de este modo se verificaría más fácilmente la retirada.

— Nada puedo deciros, pero esa es la orden. Remigio y su compañera se miraron atentamente.

— Pero supongo, dijo el primero, que nosotros podemos proseguir nuestro viaje, supuesto que vamos á Malinas...

— Ya lo creo, si es que no preferis hacer lo que hacen todos, dirigiéndoos á Bruselas.

Remigio consultó á la dama.

— No, no, respondió ésta levantándose, partiremos sin perder momento con dirección á Malinas: hacedme el favor de abrir la cuadra, hija mía.

Remigio se levantó imitando á su señora, y dijo entre dientes:

— Peligro por peligro, prefiero el que ya conozco; el joven, por otra parte, debe llevarnos mucha delantera, y si desgraciadamente nos espera... ¡Oh! veremos entonces.

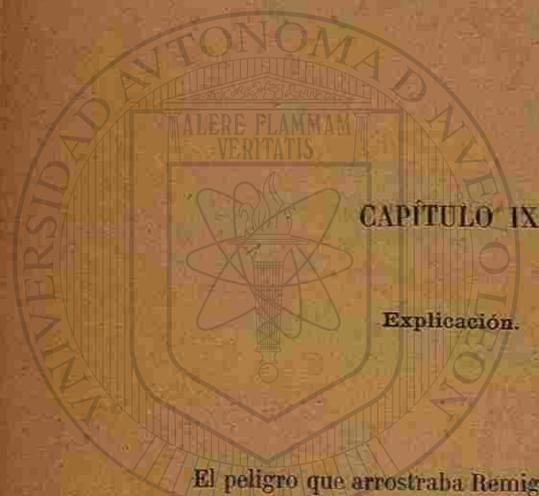
Los caballos permanecían ensillados, y así Remigio tuvo el estribo á su señora, montó después con ligereza, y ambos salieron del pueblo; la primera luz del día los encontró en las orillas del Dyle.

Dicho joven, á quien el lector ha conocido ya, como le conoció Remigio y llegó á sospecharlo su señora, no era otro que Enrique Du-Bouchage, á quien una extraña fatalidad arrojaba otra vez al paso de la mujer que había jurado no ver jamás.

Después de su conversación con Remigio en el portal de la casa misteriosa, esto es, después de la pérdida de sus esperanzas, Enrique volvió al palacio de Joyeuse, decidido, según había asegurado, á perder una vida que tantas miserias le ofrecía desde el principio de su carrera; pero como caballero, como buen hijo, pues, debía conservar puro el nombre de su padre, se había decidido á aceptar el glorioso suicidio del campo de batalla, y como á la sazón había guerra en Flandes, su hermano el duque de Joyeuse, que mandaba la escuadra francesa, podía proporcionarle la ocasión de hallar una muerte tan honrosa como envidiable. Enrique no vaciló un momento, y salió del palacio al anochecer del siguiente día, esto es, veinte horas después de la partida de Remigio y su señora.

Cartas llegadas de Flandes anunciaban que se disponía un ataque decisivo contra la plaza de Amberes, y Enrique se lisonjeó con la idea de llegar á tiempo. Complaciase en pensar que á lo menos moriría con las armas en la mano, en los brazos de su hermano y bajo la bandera francesa, que se hablaría de su muerte, y que esta noticia llegaría á penetrar las tinieblas en que se ocultaba la dama de la casa misteriosa.

¡Noble desvarío! ¡Glorioso y melancólico sueño! Enrique se alimentó cuatro días con este nuevo do-



## CAPÍTULO IX

## Explicación.

El peligro que arrostraba Remigio era real y verdadero, porque el viajero de la noche, después de haber dejado el pueblo y corrido la distancia de un cuarto de legua, no viendo objeto alguno en el camino, comprendió que aquellos á quienes seguía se habían detenido.

No quiso volverse atrás, sin duda por no hacer tan manifiesta la persecución que había emprendido, pero se echó en un campo de trébol haciendo bajar al caballo á un foso profundo de los que sirven en Flandes para acotar las heredades.

De esta operación resultaba que el joven se hallaba colocado de manera que podía verlo todo sin ser visto.

lor, y sobre todo, con la esperanza de que sus tormentos iban á cesar para siempre.

En el momento en que, entregado á estos tétricos pensamientos de muerte, observó la aguda flecha del campanario de Valenciennes, en donde acababan de dar las ocho de la noche, y apercibiéndose entonces de que iban á cerrarse sus puertas, metió espuelas al caballo, y al atravesar á escape el puente levadizo, falló poco para que atropellase á un hombre que estaba apretando la cincha del suyo.

Enrique no era uno de esos nobles insolentes que pisotean todo lo que no corresponde á su orgullo. Así que, manifestó su sentimiento á aquel hombre, quien al escuchar el sonido de su voz le miró atentamente, volviendo después con rapidez la cara hacia otro lado.

Enrique, que no pudo detenerse por la velocidad con que galopaba su caballo, se estremeció, como si por delante de sus ojos hubiese cruzado una visión.

— ¡Oh! exclamó, estoy loco, ¡Remigio en Valenciennes! ¡Remigio, á quien dejé hace cuatro días en la calle de Bussy! ¡Remigio lejos de su señora, supuesto que al parecer sólo le acompaña un joven! ¡Ah! ¡El dolor perturba sin duda mi razón y altera mi vista hasta el extremo de revestir todo cuanto me rodea con las formas de mis eternos delirios!

Hablando así prosiguió su camino y entró en la villa sin que la sospecha que le había acometido hubiese echado raíces por un momento en su imaginación.

Detúvose ante la primera cuadra que encontró abierta, dió las riendas del caballo á un mozo de la

misma, y se sentó en un banco delante de la puerta mientras en la posada le preparaban cena y cama.

Pero cuando más absorto estaba en sus tristes pensamientos, vió adelantarse á los dos viajeros, que caminaban unidos, y observó que aquel en quien había creído reconocer á Remigio volvía con frecuencia la cabeza.

El otro tenía el rostro oculto bajo la sombra de un sombrero de anchas alas.

Al pasar Remigio por delante de la posada vió á Enrique sentado en el banco y volvió otra vez la cabeza para no ser conocido, pero esta precaución contribuyó precisamente á producir un efecto contrario del que esperaba.

— ¡Oh! lo que es ahora no me equivoco, dijo Enrique; estoy muy sereno, veo bien, y tengo frescas las ideas, porque después que se evapora el sueño de mis ilusiones, sé poseerme lo suficiente para juzgar bien de cuanto á mi vista se ofrece. El mismo fenómeno acaba de reproducirse, y no hay duda, uno de esos dos viajeros es Remigio, el criado de la casa misteriosa del barrio de Bussy. — No, añadió, no puedo permanecer en tan terrible incertidumbre, y por lo mismo es indispensable que aclare mis dudas.

Y una vez tomada esta resolución, se levantó dirigiéndose al camino real para seguir las huellas de los dos viajeros; pero bien fuese que éstos hubiesen entrado en alguna casa ó que hubiesen tomado otro camino, Enrique no pudo alcanzarlos.

Corrió hasta las puertas y las encontró cerradas; por consiguiente los viajeros no habían podido salir de la población.

Enrique entró en todas las posadas, preguntó en todas partes, investigó, y al fin logró enterarse de que dos caballeros se habían dirigido á un mesón de humilde apariencia establecido en la calle de Beffroi.

El posadero iba á cerrar la puerta de su hostería cuando se presentó en ella Du-Bouchage.

Y en tanto que el bueno del hombre, pagado de la encantadora presencia del viajero, le ofrecía su casa y servicios, Enrique dirigía sus miradas al interior de una salita baja, y pudo al fin divisar en la escalera á Remigio, que subía al cuarto principal con el auxilio de una luz que llevaba la criada de la posada.

No pudo, sin embargo, ver á su compañero, que sin duda por haber pasado antes había ya desaparecido.

Remigio se detuvo en lo alto de la escalera; al reconocerle positivamente el conde dejó escapar una exclamación, y el criado volvió á ocultar su rostro como antes lo había ejecutado.

Enrique no pudo dudar de la identidad de la persona, al ver la cicatriz de su rostro, sus inquietas miradas, y con todo, demasiado conmovido para tomar una determinación precipitada, se alejó de allí, preguntándose con angustia, por qué había abandonado Remigio á su señora y por qué lo encontraba solo en su mismo camino.

Decimos solo, porque Enrique no había fijado la atención en el otro jinete.

Su pensamiento rodaba de abismo en abismo.

Al otro día, y á la hora de abrirse las puertas, cuando creía encontrarse frente á frente con los via-

jeros, quedó altamente sorprendido, pues supo que los dos desconocidos habían obtenido permiso del gobernador para salir de noche de la población, y que, contra lo mandado, se habían abierto las puertas para ellos.

De modo que como se habían puesto en camino á la una de la mañana, llevaban á Enrique seis horas de delantera.

Érale preciso ganar aquellas seis horas perdidas. Enrique puso su caballo al galope, y en Mons pasó á los que de él hufan.

Volvió á ver á Remigio; pero aquella vez necesitaba Remigio ser brujo para conocerle, porque Enrique iba transformado en soldado de caballería y se había hecho con otro caballo.

Sin embargo, la vista perspicaz de Remigio medio desconcertó esta combinación, y á todo evento, advertido su compañero por una sola palabra, tuvo tiempo para volver el rostro de modo que su perseguidor no pudo examinarlo.

El joven no se desanimó por este contratiempo; tomó informes en la primera hostería que dió asilo á los viajeros, y como acompañaba sus preguntas con un auxiliar irresistible, supo al fin que el compañero de Remigio era un joven muy bello, pero al mismo tiempo muy triste, muy sobrio, muy resignado y que hablaba muy poco.

Enrique se estremeció, porque una idea pasó por su mente.

— ¿Será por ventura una mujer? preguntó al posadero.

— No será extraño, respondió el huésped, porque

en el día van nuestras mujeres disfrazadas de ese modo á unirse con sus amantes en el ejército de Flandes, y como nuestra profesión nos prohíbe á los posaderos ver nada, nada vemos.

Esta explicación desgarró el corazón de Enrique. ¿No era en efecto probable que Remigio acompañase á su ama disfrazada de hombre? Y si esto era así, nada satisfactorio columbraba Enrique en aquella extraña aventura.

Sin duda, como decía el posadero, aquella dama desconocida iba á Flandes en busca de su amante.

Por tanto Remigio no decía verdad cuando hablaba de los eternos pesares de su señora, y sólo para alejar á un perseguidor importuno, había inventado aquella fábula de un amor pasado que había llenado para siempre de luto á una mujer insensible.

— Pues bien, se decía Enrique, más atormentado todavía con esta esperanza que lo había estado con su desesperación, tanto mejor; ya llegará el momento en que pueda yo acercarme á esa mujer, y echarle en cara todos los subterfugios que la precipitan desde la altura en que mi mente y mi corazón la habían colocado para ponerla al nivel de las vulgaridades ordinarias, y entonces, yo mismo, que me había formado una idea falsa creyendo haber encontrado una criatura divina, al ver cerca de mí esa brillante corteza de un alma vulgar, caeré también desde la altura de mi amor, desvanecidas completamente mis ilusiones.

Y el joven se arrancaba los cabellos y se desgarraba el pecho al considerar que podría llegar un momento en que perdería ese amor y esas ilusiones que le

atormentaban: tan cierto es que vale más tener el corazón muerto que vacío.

Estos pensamientos le acosaban, habiéndose adelantado á los viajeros, como hemos dicho, y procurando adivinar el motivo que había podido arrojar al mismo tiempo que á él á aquellos dos personajes indispensables á su existencia cuando los vió entrar en Bruselas.

Ya sabemos cómo continuó siguiendo sus pasos.

En Bruselas fué donde Enrique se informó con todo cuidado respecto á la proyectada campaña del duque de Anjou.

Los flamencos eran demasiado hostiles al duque para acoger con benevolencia á un francés de distinción; estaban además demasiado orgullosos con el éxito que la causa nacional acababa de obtener, pues para ellos era ya mucho el ver que Amberes cerraba las puertas al príncipe que los flamencos habían elegido para que fuese su rey; estaban demasiado orgullosos, repetimos, de este éxito para privarse del placer de mortificar á aquel caballero que llegaba de Francia y que les hacía preguntas con el acento más puro de París, acento que en todas épocas ha parecido sumamente ridículo al pueblo belga.

Enrique concibió desde entonces serios temores acerca de la expedición en que su hermano había tomado una parte tan principal, y por lo mismo se decidió á precipitar su marcha hacia Amberes.

Pero causábale indecible sorpresa el ver á Remigio y á su compañero, á pesar del empeño que manifestaban de no ser conocidos, seguir obstinadamente

el mismo camino que llevaba, lo cual le hacia creer que eran guiados por el mismo motivo.

Oculto Enrique en el campo de trébol, donde le hemos dejado, estaba al menos seguro de ver á su sabor el rastro del joven que acompañaba á Remigio, medio infalible de salir de sus incertidumbres y de poner término á sus dudas.

Y entonces era precisamente cuando, como hemos dicho, se golpeaba el pecho por el miedo que tenia de verse precisado á renunciar á las quimeras que le devoraban, pero que le hacian vivir entre tormentos que al fin acabarían con él.

Cuando los dos viajeros pasaron por delante del joven, á quien estaban muy lejos de suponer oculto en aquel paraje, la dama se ocupaba en alisar sus cabellos, tarea que no se había atrevido á emprender en la hostería.

Enrique la vió, la reconoció, y poco faltó para que cayese desvanecido en el foso, donde el caballo pacía tranquilamente.

Pasaron los viajeros. ¡Oh! Entonces la cólera se apoderó de aquel Enrique tan sosegado, tan sufrido mientras creyó distinguir en los moradores de la casa misteriosa aquella lealtad y nobleza de que él mismo daba ejemplo.

Pero después de las protestas de Remigio y de los hipócritas consuelos de la dama, aquel viaje, ó mejor dicho, aquella fuga repentina, constituía una especie de traición para con el hombre que con tanta constancia como respeto había sitiado su puerta.

Amortiguado ya algún tanto el golpe que acababa de recibir Enrique, sacudió éste sus hermosos y ru-

bios cabellos, enjugó su frente cubierta de sudor, y volvió á montar á caballo firmemente resuelto á abandonar del todo las precauciones que un resto de respeto le había aconsejado tomar, por lo cual comenzó á seguir á los viajeros ostensiblemente y á rostro descubierto.

Se quitó, pues, la capa y la capucha que le disfranzaban, y emprendió su marcha sin vacilar; díjose á sí mismo que aquel camino era tan suyo como de los demás, y por consiguiente echó á andar por el tranquilamente arreglando el paso de su caballo al que llevaban los dos que le precedían.

Había decidido igualmente no hablar á Remigio ni á la dama, y si solamente darse á conocer á ellos en la primera ocasión que se presentara.

— ¡Oh! exclamaba; si en efecto abrigan algún sentimiento sus corazones, por pequeño que sea, mi presencia entre ellos, aunque casual, ha de ser precisamente una terrible acusación para esa gente sin fé que sabe desgarrar á su placer un corazón como el mío.

No bien había caminado cien pasos detrás de los dos viajeros, cuando le divisó Remigio, y no pudo menos de temblar al verle avanzar tan resuelto, con tanta arrogancia y sin el menor disimulo.

La dama observó la turbación de Remigio y volvió la cabeza.

— ¡Ah! preguntó en seguida. ¿No es el joven que iba á la calle de Bussy?

Remigio procuró disuadirla de esta idea y tranquilizarla respondiendo al efecto:

— No lo creo, señora, y á juzgar por su traje me

parece un soldado walón que se dirige á Amsterdam y pasa por el teatro de la guerra en busca de alguna aventura.

— No importa, estoy muy inquieta, Remigio.

— Tranquilizaos, señora, pues si ese joven fuese el conde de Bouchage, ya se nos hubiera reunido, pues no ignoráis que era perseverante.

— También sé que es muy respetuoso, Remigio, pues de lo contrario me hubiera contentado con decirnos que le alejaseis de mí, y no hubiera vuelto á acordarme de él.

— Pues bien, señora, me parece que si era respetuoso en la capital, también lo será ahora, y que nada debéis temer, dado caso que sea él, en el camino de Bruselas á Amberes, como nada temáis en París en la calle de Bussy.

— No importa, replicó la dama volviendo otra vez la cabeza, ya llegamos á Malinas : apresurémonos á mudar caballos si es preciso para andar más, y apresurémonos á llegar cuanto antes á Amberes.

— Por el contrario, señora, me atrevo á aconsejaros que no entremos en Malinas : nuestros caballos son de buena raza y en breve pueden conducirnos á aquel pueblo que se vé allá abajo sobre la izquierda, y que si no me equivoco se llama Villebrot : de este modo evitaremos las posadas de la ciudad, las preguntas y los curiosos, pudiendo al mismo tiempo cambiar de trajes y de caballos con más libertad, si es que necesitamos hacerlo.

— Bien, Remigio, dirijámonos á ese pueblo.

Tomaron efectivamente el camino de la izquierda

por un sendero apenas trillado, pero que conducía rectamente á Villebrot. Enrique dejó también el camino en el mismo sitio que ellos, tomó el mismo sendero y los siguió guardando siempre su distancia.

La inquietud de Remigio se manifestaba en sus oblicuas miradas, en su aire agitado, y sobre todo, en el movimiento que habitualmente había adquirido de mirar atrás con gesto amenazador y de espolear al mismo tiempo á su caballo.

Esos diferentes síntomas, como conocerá el lector, no se ocultaban á su compañera de viaje.

Llegaron á Villebrot, pero ninguna de las doscientas casas de que se componía este pueblo estaba habitada : algunos perros olvidados, algunos gatos perdidos corrían á la ventura en aquella soledad, llamando unos á sus amos con prolongados aullidos y huyendo otros al más pequeño ruido, y deteniéndose al considerarse seguros para sacar sus hocicos al través de una puerta ó por el respiradero de una bodega.

Remigio llamó á veinte casas, pero no vió persona alguna y nadie le oyó.

Enrique, que parecía la sombra de los dos viajeros, se detuvo por su parte delante de la primera casa del pueblo y llamó á la puerta tan inútilmente como los que le precedían, por lo que, conociendo que la guerra debía ser la causa de aquella deserción general, aguardó para ponerse de nuevo en marcha á que los viajeros tomasen un partido.

Esto es lo que ellos hicieron después que Remigio

repartió entre los caballos algún grano que encontró casualmente en el arca de una hospedería abandonada.

— Señora, dijo entonces Remigio, no nos hallamos ya en un país tranquilo ni en una situación ordinaria, por lo mismo no conviene que nos exponamos como si fuésemos niños. Sin duda alguna vamos á encontrar partidas de franceses ó de flamencos, sin contar los partidarios españoles, porque en la situación extraña en que Flandes se halla, deben pulular aquí los aventureros de todas las naciones. Si fuéis un hombre os dirigiría otro lenguaje, pero sois mujer, sois joven, sois bella y arrojáis dos peligros, el de vuestra vida y el de vuestro honor.

— ¡Oh! ¡Mi vida! ¡mi vida!... Nada vale, dijo la dama.

— Vale mucho, señora, respondió Remigio, cuando tiene un objeto.

— Pues bien; ¿Qué me proponéis? Pensad y obrad por mí, Remigio, pues bien sabéis que mis ideas no pertenecen á este mundo.

— Permanezcamos aquí, señora, si queréis creerme, pues veo muchas casas que pueden ofrecernos seguro abrigo; tengo armas y nos defenderemos ú ocultaremos, según me parezca que somos fuertes ó débiles.

— No, Remigio, no; debo seguir adelante, y nada me detendrá, repuso la dama meneando la cabeza; si fuese capaz de concebir temores, sólo por vos temblaría.

— Marchemos, pues, dijo Remigio.

Y metió espuelas á su caballo sin añadir una palabra más.

La dama desconocida le siguió, y Enrique Du Bouchage, que se había detenido al mismo tiempo, se puso en camino.

Por lejos que se extendiera la vista por aquellas dilatadas llanuras, por aquellos frondosos bosques, no se alcanzaba á ver ni una sola figura humana, ni un ser viviente. Cualquiera hubiera dicho que la naturaleza había querido volver al estado que tenía la víspera del día en que fueron creados el hombre y los animales.

Acercábase la noche, y Enrique, sobrecogido de sorpresa y aproximándose por instinto á los viajeros que le precedían, pedía al aire, á los árboles, á los horizontes lejanos, á las nubes mismas la explicación de aquel fenómeno siniestro.

Los únicos personajes que animaban aquella triste soledad eran Remigio y su compañera, la cual se inclinaba de vez en cuando como queriendo escuchar algún rumor que pudiera llegar hasta ellos, y detrás á cien pasos la figura de Enrique, que conservaba siempre la misma distancia y la misma actitud.

Llegó al fin la noche, triste y oscura; el viento Nordeste silbó en el aire y llenó aquellas soledades con su ruido, más amenazador que el silencio.

Remigio detuvo á su compañera echando mano á las riendas de su caballo.

— Señora, le dijo, bien sabéis que no soy naturalmente miedoso y que no daría un paso atrás por salvar mi vida; pues bien, esta noche siento dentro de mí cierta cosa extraña: una pesadez desconocida encadena mis facultades, me paraliza y me prohíbe ir más lejos. Llámadle terror, timidez, pánico, como queráis; os los confieso, señora, por la primera vez de mi vida... tengo miedo.

La dama se volvió; acaso no había parado su



Á la vez que avanzaban los viajeros parecíales que el país tomaba un aspecto extraño, presentándose á sus ojos los campos tan desiertos como las poblaciones.

Con efecto, no se veía ni una vaca pasciendo en los prados, ni una cabra trepando por la montaña ó empujándose sobre los vallados para alcanzar los renuevos verdes de las zarzas, ni rebaños conducidos por sus pastores, ni carretas, ni mercaderes forasteros pasando de un país á otro con su fardo acuestas, ni carreteros cantando con esa voz ronca del habitante del Norte, y que se balancean andando al lado de sus pesadas carretas con el ruidoso látigo en la mano.

atención en todos aquellos presagios amenazadores, y acaso también nada había visto.

— ¿Viene allí todavía? preguntó.

— ¡Oh! no se trata de él, contestó Remigio, os suplico que no penséis en él; viene solo, y por lo menos valgo lo que cualquiera otro hombre. No, el peligro que temo, ó por mejor decir, que siento, que adivino más bien por una especie de instinto que con el auxilio de mi razón, ese peligro que se aproxima, que nos amenaza, que nos envuelve tal vez, ese peligro es otro, es desconocido, y he aquí por qué le llamo peligro.

La dama meneó la cabeza.

— ¿No veis, señora, observó Remigio, no veis allá abajo unos sauces que inclinan sus negras copas?

— Sí.

— Pues bien, al lado de esos árboles distingo una casita; por Dios dirijámonos hacia ella; si está habitada, tanto mejor, pediremos hospitalidad; si no lo está, apoderémonos de ella; os suplico, señora, que no contrariéis este pensamiento.

La emoción de Remigio, su voz trémula y la incisiva persuasión de sus frases, decidieron á su compañera á ceder, y volvió la brida de su caballo en la dirección indicada por Remigio.

Pocos momentos después, los viajeros llamaban á la puerta de aquella casa, construída en efecto entre varios sauces.

Un arroyo, afluente de Netha, riachuelo que corría á un cuarto de legua de aquel sitio, bañaba, encajonado entre dos cañaverales y dos orillas de césped, aquellos frescos sauces alimentados con sus aguas

cristalinas; detrás de la casa, construída de ladrillos y tejas, se veía un jardinillo con su correspondiente cercado.

Todo estaba vacío, solitario, desierto, y nadie respondió á los repetidos golpes de los viajeros.

Remigio no vaciló; sacó su daga, cortó una rama de sauce, la introdujo entre la puerta y la cerradura, apretó con fuerza, é hizo correr el pasador.

La puerta se abrió al instante, y Remigio, que en todas sus acciones se mostraba hacia una hora con la actividad de un hombre acosado por la fiebre, entró sin detenerse. La cerradura, obra grosera de algún cerrajero del campo, había cedido casi sin ninguna resistencia.

Remigio empujó precipitadamente á su compañera dentro de la casa, volvió á cerrar la puerta, corrió un cerrojo colocado en la parte interior, y respiró como si acabase de salvar su vida.

No contento con haber encontrado un abrigo para su señora, la instaló en el último aposento del primer piso, en el cual pudo encontrar á tientas una cama, una mesa y una silla.

En seguida, algo más tranquilo por su parte, volvió al piso bajo, y por una ventanilla entreabierta se puso á observar los movimientos del conde, quien al ver entrar á los viajeros en aquella casa, se acercó á ella sin el menor reparo.

Las reflexiones de Enrique eran melancólicas y estaban en armonía con las de Remigio.

— No hay duda, decía para sí, alguna catástrofe desconocida para nosotros, más no para los habitantes de estas tierras, amenaza al país: la guerra

va asolando los contornos, los franceses se han apoderado de Amberes ó están próximos á lograrlo, y sin duda los aldeanos, poseídos de terror, han huido á refugiarse á las grandes ciudades.

Esta explicación era especiosa, y con todo, no satisfacía al joven, antes bien le inspiraba otros pensamientos.

— ¿Qué vienen á hacer aquí, se preguntaba, Remigio y su señora? ¿Qué imperiosa necesidad les obliga á un peligro tan terrible? ¡Oh! Lo sabré, porque ha llegado por fin el instante de que hable á esa dama, y de que tengan un término todas mis dudas. Nunca se me ha presentado ocasión más propicia.

Diciendo así se adelantó hacia la casa, pero se detuvo de repente, y cediendo á esa perplejidad tan común en los amantes, dijo:

— No, no, seré mártir hasta mi última hora. Por otra parte, ¿no es ella dueña de sus acciones? ¿Sabe por ventura los cuentos que ha forjado ese miserable Remigio? ¡Oh! Él me las pagará, él únicamente, pues me sostenía que ella no amaba á criatura viviente. Pero... seamos justos. ¿Debía por ventura ese hombre vender por mí, á quien no conocía, los secretos de su ama? No, no, mi desgracia es cierta, y lo peor de todo es que consiste en mí solo y que á nadie puedo culpar. Lo último que me falta es la revelación entera de la verdad, es el ver llegar á esa mujer al campamento, arrojarse á los brazos de algún caballero y decirle: «Mira lo que he sufrido, y comprende cuánto te amo.» Pues bien, la seguiré hasta allí, veré lo que tiemblo ver, y moriré en seguida,

excusando el trabajo de acabar conmigo al mosquete ó el cañón de los flamencos. — ¡Ay! Bien lo sabéis, Dios mío, añadió con todo el entusiasmo de la religión y del amor: yo no buscaba esta cruel, esta horrible angustia, pues me dirigía tranquilo y resignado á una muerte gloriosa; quería sucumbir en el campo de batalla con un nombre en mis labios, el vuestro, Dios mío, con un nombre en mi corazón, el suyo. No lo habéis querido así, y me destináis á una muerte desesperada, llena de amargura y de tormentos: acepto, Señor, acepto; sea vuestro nombre bendito.

Y recordando después aquellos días eternos de esperanzas y aquellas noches de dolor que había pasado delante de la inexorable casa misteriosa, consideraba que descartando las dudas que le desgarraban el alma, su posición era menos desesperante que en París, pues al menos la veía, oía á veces el sonido de su voz y aspiraba mezclados con la brisa parte de esos aromas voluptuosos que emanan de una mujer querida.

Y después proseguía con la vista fija en la casita en que la dama se había refugiado:

— Mientras llega esa muerte que espero, en tanto que ella descansa de las fatigas del viaje, me abrigaré debajo de estos árboles. ¿Puedo quejarme por ventura cuando oigo su voz si habla, cuando diviso la sombra de su cuerpo al través de la ventana? ¡Oh! No, no me quejo, soy todavía demasiado dichoso.

Y Enrique se echó al pie de los sauces, cuyas ramas cubrían la casita, escuchando con un senti-

miento de melancolía, imposible de describir, el murmullo del agua que á su lado corría.

De pronto se estremeció, pues por el lado del Norte se oían descargas de artillería que el viento llevaba hasta aquel sitio.

— ¡ Ah! exclamó, llegaré muy tarde, pues están atacando á Amberes.

Su primer movimiento fué levantarse, montar á caballo y correr, guiado por el ruido de los disparos, hacia el lugar de la contienda; mas para eso le era preciso abandonar á la dama desconocida y morir acosado por mil dudas.

Á no haberla encontrado en su camino, Enrique hubiera seguido su suerte sin dirigir una mirada á lo pasado, sin lanzar un suspiro ni pensar en el porvenir; pero luego que la hubo encontrado penetró la duda en su ánimo, y con la duda la irresolución.

Permaneció, pues, acostado donde estaba por espacio de dos horas, escuchando las detonaciones sucesivas que llegaban á sus oídos, preguntándose lo que significaba la irregularidad de aquellos disparos que de vez en cuando se cruzaban con los que parecían provenir de un ataque serio.

Estaba muy lejos de sospechar que dichos disparos eran producidos por los buques de la escuadra de su hermano, que volaban hechos astillas.

En fin, á eso de las dos fué amainando el estrépito, y á las dos y media cesó del todo.

El ruido de la artillería no había llegado, al parecer, hasta el interior de la casa, pues ninguna prueba le habían dado de haberlo oído los dos viajeros que en ella se hospedaban provisionalmente.

— Á estas horas, decía Enrique, Amberes ha sucumbido y mi hermano ha quedado vencedor; pero después de Amberes vendrá Gante, después de Gante, Brujas, y de todos modos no me faltará una ocasión para morir con gloria.

Sin embargo, quiero saber antes de morir lo que va á buscar esta mujer al campamento francés.

Y como á consecuencia de todas estas conmociones la naturaleza había quedado ya tranquila, Joyeuse, embozado en su capa, permanecía también inmóvil y entregado á aquella especie de letargo que el hombre no puede sacudir en las altas horas de la noche, cuando su caballo, que pacía á corta distancia, enderezó las orejas y comenzó á relinchar melancólicamente.

Enrique abrió los ojos y vió que el noble animal volvía la cabeza en distinta dirección que el cuerpo, aspirando la brisa, que habiéndose cambiado con la proximidad del día, venía del Sudoeste.

— ¿ Qué pasa, pobre caballo mío? dijo el joven levantándose y acariciando con su mano el cuello del animal. ¿ Has visto pasar alguna fiera que te ha asustado, ó echas de menos el abrigo de una buena cuadra?

El caballo, como si hubiera entendido la interpe-  
lación y quisiese contestar á ella, corrió precipitadamente en la dirección de Lier, y se puso á escuchar con los ojos fijos y las narices abiertas.

— ¡ Ah! murmuró Enrique, esto es más serio, según parece: alguna caterva de lobos que sigue al ejército para tragarse los cadáveres.

El caballo relinchó, bajó la cabeza, y en seguida

rápido como el relámpago, echó á correr hacia el lado del Oeste; pero al huir pasó al alcance de la mano de su dueño, que lo cogió por la brida y lo detuvo.

Entonces Enrique, asiéndose de la crin, se puso de un brinco sobre la silla, y una vez montado, como era buen jinete, pudo dominar y contener al brioso animal.

Sin embargo, al cabo de un instante comenzó á oír Enrique el mismo ruido que había oído el caballo, y se admiró de experimentar el mismo terror que había sentido el bruto.

Un largo murmullo, semejante al del viento, seco y grave á la vez, se elevaba en diferentes puntos de un semicírculo, que parecía extenderse del Sur al Norte, y bocanadas de una brisa fresca y como cargada de partículas de agua aclaraban por intervalos aquel murmullo, que remedaba entonces el ruido de las olas que se estrellan sobre las playas llenas de guijarros.

— ¿Qué es esto? preguntó Enrique. ¿Será el viento? No, porque el viento es el que me conduce ese ruido, y los dos sonidos me parecen distintos.

¿Será un ejército en marcha? Tampoco, añadió inclinando su oído hacia la tierra, porque entonces oiría la cadencia de los pasos, el crujido de las armaduras y el eco de las voces.

¿Será un incendio? Tampoco, porque no se percibe luz en el horizonte, y hasta el mismo cielo parece oscurecerse.

El ruido entretanto se iba aumentando, y se asemejaba al que producirían millares de cañones arrastrados á lo lejos sobre un pavimento sonoro.

Por un momento creyó Enrique haber hallado la causa de este ruido, atribuyéndolo á lo que hemos dicho, pero casi al mismo tiempo replicó:

— Imposible, no hay calzadas empedradas por este lado ni mil cañones en el ejército.

El ruido seguía aproximándose cada vez más, y entonces Enrique puso su caballo á galope y ganó una eminencia.

— ¿Qué veo? exclamó llegando á la cumbre.

Lo que Enrique veía lo había visto antes su caballo, pues no había podido avanzar en aquella dirección sinó desgarrándole los ijares con sus espuelas, y cuando llegó á la cumbre de la colina se encabritó para derribar el jinete.

Lo que caballo y caballero veían en el horizonte, era una faja pálida, inmensa, infinita, parecida á un nivel, que avanzaba sobre el llano formando un círculo inmenso y marchando hacia el mar.

El joven miraba todavía indeciso este extraño fenómeno, cuando al volver la vista al sitio que acababa de dejar, observó que el prado se llenaba de agua, que el riachuelo se desbordaba y comenzaba á inundar con sus aguas levantadas sin causa visible los cañaverales que un cuarto de hora antes descollaban sobre sus dos orillas.

El agua seguía avanzando lentamente hacia el lado de la casa.

— ¡Qué loco soy! exclamó Enrique. No lo había adivinado. ¡Es el agua! ¡el agua! Los flamencos han roto sus diques.

Inmediatamente echó á correr hacia la casa y llamó con furia á la puerta, gritando:

— Abrid, abrid.

Nadie contestó.

— Abrid, Remigio, gritó el joven furioso á fuerza de terror : abrid, soy Enrique Du Bouchage.

— ¡Oh! no necesitáis nombraros, señor conde, respondió Remigio desde el interior de la casa, hace mucho tiempo que os he conocido, pero os prevengo que si derribáis esa puerta encontraréis detrás de ella una pistola en cada mano.

— ¡Desgraciado! exclamó Enrique con acento desesperado, ignoras el peligro; es el agua, el agua...

— No me vengáis con cuentos ni con pretextos, señor conde. Os digo que no entraréis aquí sino pasando sobre mi cadáver.

— En ese caso pasaré sobre él, exclamó Enrique, pero entraré. En nombre del cielo, en nombre de Dios, por tu vida y la de tu ama, ¿quieres abrir?

— ¡No!

El joven miró á su alrededor y vió una de esas piedras homéricas como las que Ajax Telamón hacía rodar sobre sus enemigos, cogió esta piedra entre sus brazos, la levantó sobre su cabeza, y corriendo hacia la casa, la tiró contra la puerta, que voló en el acto hecha astillas.

Al mismo tiempo una bala silbó á los oídos de Enrique, pero sin tocarle.

El conde se precipita sobre Remigio, éste dispara su segunda pistola, pero solo el cebo da fogonazo.

— Ya ves que no tengo armas, insensato, exclamó Enrique : no te defiendas, pues, contra un hombre que no ataca; mira solamente, mira.

Y conduciéndole hacia la ventana, que echó abajo de un puñetazo, prosiguió :

— ¿ Ves ahora, ves ?

Y le mostraba con el dedo el inmenso plano que blanqueaba en el horizonte, y que amenazaba al marchar como el frente de un ejército gigantesco.

— El agua, murmuró Remigio.

— ¡ Si, el agua ! ¡ el agua ! exclamó Enrique, ya lo ha invadido todo ; mira á nuestros pies, el rio se ha desbordado y va subiendo : dentro de cinco minutos nadie podrá salir de aquí.

— ¡ Señora ! gritó Remigio, ¡ señora !

— No hay que dar gritos, Remigio. Prepara los caballos, y que sea muy pronto.

— La ama, y la salvará, dijo para sí Remigio corriendo hacia la cuadra.

Enrique entretanto se encaminó á la escalera, y como al oír los gritos de Remigio había abierto la dama la puerta de su cuarto, la cogió en sus brazos como hubiera hecho con un niño ; pero ella, creyendo que aquello era una traición ó violencia, luchaba con todas sus fuerzas para desasirse de los brazos de su libertador.

— Dile, gritó Enrique, dile que quiero salvarla.

Remigio oyó la voz del conde en el momento que volvía con los caballos.

— ¡ Si, si, gritó, si, señora, va á libertaros ! ¡ Venid, venid !

En efecto, aunque el crepúsculo no hacía más que aparecer, se divisaban bandadas numerosas de chorlitos y pichones que atravesaban azorados el espacio con rápido vuelo, y en medio de aquella terrible escena y de la oscuridad que la acompañaba, tan apetecible á los murciélagos, aquel vuelo estrepitoso favorecido por las ráfagas del viento, tenía algo de siniestro para los oídos y de deslumbrador para los ojos.

La dama nada respondió al joven, y picó su caballo sin volver atrás la cabeza.

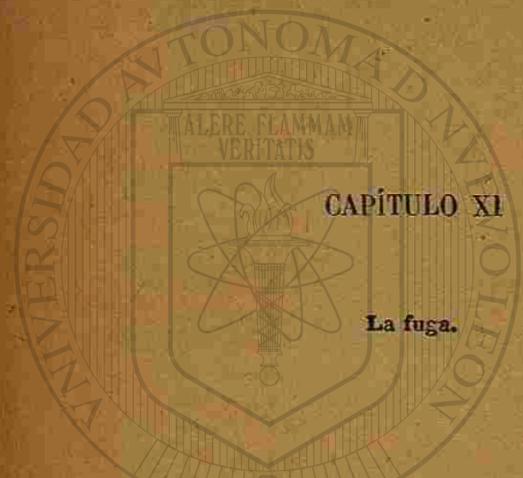
Pero su caballo y el de Remigio, que habían caminado dos días sin descansar, estaban sumamente cansados: Enrique volvía á cada instante la cabeza, y viendo que apenas podían seguirle, dijo á la dama:

— Señora, mi caballo anda mucho más que el vuestro, á pesar de que me esfuerzo para contenerle; no os pido la gracia de sosteneros yo mismo con mis brazos, pero ya que todavía estamos á tiempo, tomad mi caballo y dejadme el que montáis.

— Gracias, caballero, contestó la viajera con acento tranquilo y sin que su semblante revelase la menor emoción.

— Pero, señora, por Dios, exclamó Enrique dirigiendo hacia atrás miradas de desesperación: el agua se adelanta; mirad, mirad. ¿No oís el ruido?

En efecto, un estrépito horrible se dejó sentir al mismo tiempo; era el dique de una aldea invadida por las aguas: maderos, techos, todo había cedido ante el elemento destructor; dos filas de gruesas estacas se habían roto con estallidos semejantes á los del trueno, y las aguas dominando aquellas rui-



## CAPÍTULO XI

## La fuga.

No queriendo Enrique desperdiciar un tiempo precioso en tranquilizar á la dama, la sacó fuera de la casa y pensó colocarla en su caballo; pero ella, con un movimiento de invencible repugnancia, se deslizó de los brazos de Enrique, y fué recibida por Remigio, que la acomodó en el caballo preparado para ella.

— ¿Qué es lo que hacéis, señora? dijo Enrique. ¡Qué mal juzgáis á mi corazón! no se trata ahora del placer que sería para mí estrecharos en mis brazos y oprimiros contra mi pecho, aun cuando por tanta felicidad esté yo dispuesto á sacrificar mi vida: se trata de huir con la velocidad de un ave. ¿No las veis, señora? Mirad como huyen también las aves.

nas, empezaban á apoderarse de un bosque de encinas, cuyas copas temblaban y cuyas ramas se sacudían fuertemente, como si una legión de demonios estuviese descansando á su sombra.

Los árboles arrancados chocando unos con otros, los puntales de las casas flotando sobre las aguas, los gritos lejanos y lastimeros de los hombres y los relinchos de caballos, que arrastraba la inundación, formaban un concierto de sonidos tan lúgubres y tan extraños, que al fin el terror que dominaba á Enrique se comunicó al corazón de la impasible é indomable dama desconocida.

Aguijoneó á su caballo, y éste, como si conociese que el peligro era inminente, redobló sus esfuerzos para sustraerse á él.

Pero el agua se adelantaba incesantemente ganando terreno, y era evidente que antes de diez minutos alcanzaría á los viajeros.

Á cada momento se detenía Enrique para esperar á sus compañeros, y cuando se reunían á él les gritaba:

— Es indispensable correr más, porque el agua se nos echa encima.

Acercábase, en efecto, á ellos, espumosa, irritada y terrible; arrastró cual si fuese una pluma la casa en que Remigio y su señora habían hallado momentáneo abrigo, levantó como una paja la balsa que estaba amarrada á la orilla del riachuelo, y majestuosa, inmensa, enroscando sus anillos como los de una serpiente, llegó tan compacta como una muralla de bronce hasta los caballos de Remigio y de la desconocida.

Enrique lanzó un grito de espanto, y corrió á las aguas como para combatir contra ellas y detenerlas.

— ¿No conocéis que estáis perdida? exclamó desesperado. Señora, por el cielo, bajad, venid conmigo.

— No, dijo la dama.

— Dentro de un minuto será ya demasiado tarde: mirad, mirad.

La dama volvió el rostro y vió que el agua sólo distaba unos cincuenta pasos.

— Cúmplase mi destino, murmuró entonces; y vos, caballero, huid.

El caballo de Remigio, muerto de cansancio, dobló las manos y no pudo volver á levantarse, á pesar de los esfuerzos del jinete.

— Salvadla, salvadla, aunque sea á pesar suyo.

Y al mismo tiempo que procuraba sacar los pies de los estribos, cubrieron las aguas, como un gigantesco monumento, la cabeza del fiel criado.

Al ver su señora esta desgracia arrojó un grito doloroso, y lanzándose del caballo, esperó tranquila las aguas, resuelta á morir con Remigio.

Pero conociendo Enrique su intención, se apeó al mismo tiempo, y estrechando su talle con el brazo derecho, volvió á montar con ella y partió como una exhalación.

— ¡Remigio! ¡Remigio! exclamaba la dama extendiendo los brazos hacia el sitio en que el criado había desaparecido.

Un grito le respondió, pues Remigio se había presentado en la superficie del agua, y con la esperanza indomable, aunque insensata, que acompaña al mo-

ribundo hasta el término de su agonía, nadaba sostenido por una viga.

Poco después, y á su lado, apareció también su caballo sacudiendo el agua desesperadamente con sus manos, al paso que la inundación ahogaba al corcel de la dama y que ésta y Enrique no corrían sino volaban á veinte pasos de distancia sobre el tercer caballo agujoneado por el terror.

Remigio no sentía ya perder la vida, pues al menos aguardaba en sus últimos momentos que se salvaría aquella mujer á quien únicamente amaba.

— ¡Adiós, señora, adiós! exclamaba; yo parto el primero, y voy á decir al que nos aguarda que vos vivís para...

No pudo concluir la frase, porque una montaña de agua pasó sobre su cabeza, y fué á romperse á los pies del caballo de Enrique.

— ¡Remigio! ¡Remigio! gritó la dama, quiero morir contigo; caballero, ya lo oís, he resuelto esperarle, quiero echar pie á tierra.

Pronunció estas palabras con tanta energía y autoridad, que el joven abrió los brazos y la dejó deslizarse hasta el suelo, diciendo:

— Bien, señora, moriremos aquí los tres, y os doy las gracias, porque me concedéis ese favor, que nunca me hubiera atrevido á esperar.

Al mismo tiempo que así hablaba sujetando al caballo por la brida, le alcanzaron las aguas lo mismo que habían alcanzado á Remigio: con todo, haciendo el último esfuerzo de amor, agarró el brazo de la dama, cuyos pies habían desaparecido bajo las olas.

En un instante los envolvieron éstas, arrastrán-

dolos furiosamente por espacio de algunos segundos y confundiéndolos con otros mil objetos convertidos en despojos de su implacable saña.

Y era un espectáculo sublime la serenidad y sangre fría de aquel hombre, tan joven y tan valiente, cuyo busto entero dominaba la inundación, al paso que sostenía con un brazo á su compañera, y cuyas rodillas guiando los últimos esfuerzos del caballo expirante, procuraban utilizar los desesperados esfuerzos de su agonía.

Hubo un momento de terrible lucha, en que la dama, apoyada fuertemente por el brazo derecho de Enrique, conseguía sostener la cabeza fuera del agua, mientras que el último separaba con la mano izquierda los maderos flotantes y los cadáveres cuyo choque podía sumergir ó destrozar á su caballo.

Uno de aquellos cuerpos flotantes, al pasar junto á ellos, gritó, ó mas bien suspiró.

— Adiós, señora, adiós...

— ¡Por el cielo! exclamó el joven, es Remigio... Pues bien, á ti también te salvaré.

Y sin calcular el riesgo á que se exponía cargando con nuevo peso, agarró á Remigio por un brazo, lo atrajo hacia su muslo izquierdo y le hizo respirar el aire libre; pero al mismo tiempo el caballo, no pudiendo aguantar el peso de tres personas, se hundió primero hasta el pescuezo, poco después hasta los ojos, y por último, dobló las corvas y desapareció enteramente.

— ¡Es preciso morir! murmuró Enrique. ¡Dios mío acepta esta vida pura que te ofrezco! Y vos, señora, recibid mi alma, que siempre ha sido vuestra.

En aquel momento conoció Enrique que Remigio se desprendía de él, y no opuso el menor esfuerzo para detenerle, porque toda resistencia era ya inútil.

Su único cuidado fué sostener á la dama el mayor tiempo posible fuera del agua para que á lo menos fuese la última que se ahogase, y pudiese decir al exhalar el postrer suspiro que él había hecho cuanto había podido por disputársela á la muerte.

De repente, y cuando ya sólo pensaba en el cielo, un grito de alegría resonó á su lado; hizo un esfuerzo y vió que Remigio acababa de afianzarse á una barca.

Esta barca era la misma de la casita que las aguas habían arrebatado; Remigio, recobradas algún tanto las fuerzas, merced al auxilio que le prestara Enrique, la vió pasar impelida por la corriente, y separándose del grupo, comenzó á nadar hasta que consiguió apoderarse de ella.

Tenia dos remos sujetos á los costados y un bichero en el fondo.

Alargó éste á Enrique, que lo agarró con ansia, arrastrando en seguida consigo á la dama, que levantó sobre sus hombros, y á la cual Remigio recibió en sus brazos.

Después, agarrándose él mismo al costado de la barca, entró en ella de un salto.

Los primeros rayos del sol iluminaban aquella escena, mostrando la llanura inundada y la barca balanceándose como un átomo en medio del Océano cubierto enteramente de despojos.

Como á doscientos pasos hacia la izquierda, se elevaba una colina que cercada de agua por todas partes, parecía una isla en medio del mar.

Enrique echó mano á los remos y bogó hacia la colina, en cuya dirección también les impelían las corrientes.

Entretanto Remigio, con el auxilio del bichero, iba separando los maderos y otros estorbos con los cuales podía tropezar la barca; al fin los esfuerzos de ambos, ó más bien, la fuerza de Enrique y la destreza de Remigio, consiguieron que la barca abordase, ó mejor dicho, que fuese arrojada al pie de la colina.

Remigio saltó á tierra y sujetó la cadena de la barca, que aproximó á la orilla todo lo posible.

Enrique se adelantó hacia la dama para sacarla entre sus brazos, pero ella extendió la mano y levantándose sola, saltó también en tierra.

Enrique lanzó un suspiro, y aun por un instante abrigó la idea de zambullirse en las aguas y morir á su vista; pero un irresistible sentimiento le encadenaba á la vida, pues al fin veía á aquella mujer, cuya presencia había deseado tantas veces en vano.

Hizo encallar á la barca, y fué á sentarse á diez pasos de la dama y de Remigio, lívido y empapado en agua.

Habíanse salvado del más inminente peligro, es decir, de la inundación, pues por terrible que fuese, de ningún modo era fácil que dominase la altura en que se hallaban, á pesar de que podían contemplar á sus pies los estragos de la cólera de aquel furioso elemento, cuyo poder sólo cede ante el poder de Dios.

Enrique miraba cómo corrían con rapidez aquellas aguas destructoras que arrastraban montones de cadáveres franceses, caballos y armaduras; Remigio

se quejaba de un agudo dolor en el hombro, ocasionado por el choque de un madero que le había herido, precisamente cuando su caballo se hundía, y en cuanto á la dama, á excepción del frío que experimentaba, estaba sin lesión alguna, pues Enrique había cuidado de ella hasta donde se lo habían permitido sus fuerzas.

Enrique no pudo menos de sorprenderse al ver que aquellos dos seres, libertados tan milagrosamente de la muerte, sólo le daban á él las gracias, sin dirigir á Dios, primer autor de su salvación, una palabra de agradecimiento.

La dama fué la primera que se puso de pie é hizo observar á sus amigos que en el fondo del horizonte, hacia poniente, se distinguía un resplandor como de fuego al través de la neblina, presentándose en un punto elevado, al que las aguas no podían subir.

Por lo que podía juzgarse en medio del frío crepúsculo que sucedía á la noche, dichos fuegos aparecían como á una legua de distancia, y habiéndose adelantado Remigio hacia la parte de la colina que permitía examinarlos con mayor claridad, volvió diciendo que á unos mil pasos del sitio en que habían tomado tierra, comenzaba una especie de calzada que conducía rectamente á los referidos fuegos.

Lo que hacía creer á Remigio en la existencia de esta calzada, ó á lo menos en la de un camino cualquiera, era la perspectiva de dos hileras de árboles rectas y regulares que iban á perderse en el punto indicado.

Enrique hizo también sus observaciones, que concordaron perfectamente con las de Remigio; pero

con todo, era preciso en tan críticas circunstancias dejar abandonado mucho á la casualidad.

Arrastradas las aguas hacia el declive de la llanura, habían echado á los viajeros hacia la izquierda del camino, haciéndoles describir un ángulo considerable, y esta variación, complicada con la precipitada carrera de los caballos, les quitaba todo medio de orientarse.

El día se acercaba, pero encapotado y tempestuoso, de modo que les era imposible distinguir, como hubiera sucedido en tiempo claro y sereno, el campanario de Malinas, de donde podían distar dos leguas, poco más ó menos.

— ¿Qué pensáis de esas fogatas, señor conde?... preguntó Remigio.

— Esas fogatas, que parece nos brindan hospitalidad, son para mí muy sospechosas, y desconfío de ellas.

— ¿Por qué?

— Remigio, dijo Enrique en voz baja, observad esos cadáveres; todos son franceses, y ninguno llamenó; nos anuncian, pues, un gran desastre; los diques del país han sido rotos con el fin de destruir completamente el ejército francés, si ha quedado vencido, ó por disminuir el efecto de su victoria, si ha triunfado. ¿Tiene algo de extraño que esas fogatas sean más bien obra de contrarios que de amigos, y que sirvan de red á los infelices que hayan podido escapar de la inundación?

— Sin embargo, observó Remigio, es imposible que permanezcamos aquí, porque el hambre y el frío acabarán con nosotros.

— Tenéis razón, dijo el conde : quedaos con la señora mientras yo á paso á la calzada; de ese modo pronto os traeré noticias.

— No, no, exclamó la dama, no puedo consentir en que os espongaís solo; juntos nos hemos salvado, y juntos moriremos si es preciso. Remigio, dadme vuestro brazo, pues estoy pronta á marchar.

Todas las palabras de aquella extraordinaria mujer tenían un acento de autoridad tan irresistible, que á nadie, después de oírlas, le ocurría la idea de oponerse á ellas por un solo instante.

Enrique se puso en marcha el primero.

La inundación había calmado algún tanto, y la calzada, antes de comunicarse con la colina, formaba una especie de golfo en que el agua parecía adormecida, y que obligaba á los viajeros á volverse á servir de la barca. Así lo hicieron en efecto, embarcándose los tres nuevamente en medio de mil cadáveres y objetos flotantes.

Un cuarto de hora después llegaron á la calzada, y asegurando la barca á un árbol por medio de la cadena, echaron pie á tierra, siguieron la calzada por espacio de una hora, y llegaron á un grupo de cabañas flamencas, en medio de las cuales, y en un escampado cercado de tilos, se hallaban reunidos alrededor de una grande hoguera, de doscientos á trescientos soldados, sobre cuyas cabezas flotaban los anchos pliegues de una bandera francesa.

El centinela, situado á unos cien pasos del vivac, avivó la mecha de su mosquete al mismo tiempo que decía :

— ¿ Quién vive ?

— Francia, respondió Du Bouchage.

Y añadió volviéndose hacia la dama :

— Ahora es, señora, cuando puedo decir que estáis en completa seguridad, pues reconozco las armas de los gendarmes de Aunis, cuerpo distinguido, en el cual tengo muchos amigos.

Al grito del centinela y á la contestación del conde, se presentaron en efecto algunos gendarmes á los recién llegados, á quienes recibieron afectuosamente en medio de aquel desastre, tanto porque, como ellos, se habían libertado de él, como porque eran compatriotas.

Enrique se dió á conocer, tanto personalmente, como nombrando á su hermano; dirigiéronle después mil preguntas, y refirió el modo milagroso con que él y sus compañeros habían evitado una muerte que ya miraban como segura, pero sin declarar ninguna otra cosa.

Remigio y su señora se sentaron silenciosos en un rincón, y Enrique fué á invitarles para que se acercasen á la fogata, pues ambos estaban todavía empapados de agua.

— Señora, dijo á la dama, tan respetada seréis aquí como en vuestra propia casa, y me he tomado la libertad de decir que sois parienta mía; perdonadme este engaño.

Y sin esperar que le diesen las gracias los mismos á quienes había salvado, se alejó de ellos para reunirse á los oficiales que le esperaban.

Remigio y Diana dirigieron al conde una mirada en que se pintaba el más profundo agradecimiento.

Los gendarmes de Aunis, á quienes nuestros fugi-

tivos acababan de pedir hospitalidad, se habían retirado en buen orden después de la derrota y el *¡sálvese quien pueda!* de los jefes.

Dondequiera que no haya homogeneidad de posición y costumbre de vivir juntos, no es raro ver la espontaneidad en la ejecución, después de la unidad en el pensamiento.

Esto era precisamente lo que había sucedido aquella noche á los gendarmes de Aunis.

Viendo que sus jefes los abandonaban y que los demás regimientos procuraban por mil medios ponerse en seguridad, se unieron unos á otros, apretaron sus filas en vez de romperlas, pusieron sus caballos al galope, y á las órdenes de uno de sus oficiales, á quien amaban mucho á causa de su valor y que respetaban en igual grado á causa de su nacimiento, tomaron el camino de Bruselas.

Del mismo modo que los demás actores de aquella terrible escena, vieron todos los progresos de la inundación y fueron perseguidos por las aguas furiosas; pero la suerte hizo que encontrasen en su camino la aldea de que ya hemos dado cuenta, posición fuerte á la vez contra los hombres y contra los elementos.

Sabiendo los habitantes que estaban seguros, no habían abandonado sus casas, á excepción de las mujeres, ancianos y niños, que habían enviado á la ciudad; así es que los gendarmes hallaron resistencia, pero como la muerte venía detrás, atacaron con desesperación, triunfaron de todos los obstáculos, perdieron diez hombres en el ataque de la calzada, pero se alejaron y ahuyentaron á los flamencos.

Una hora después la aldea estuvo cercada enteramente por las aguas, excepto el lado del camino por donde hemos visto llegar á Enrique y sus compañeros.

Tal fué la relación que hicieron á Du Bouchage los gendarmes de Aunis.

— ¿Y el resto del ejército? preguntó Enrique.

— Mirad, respondió el oficial, á cada instante pasan cadáveres que responden á vuestra pregunta.

— ¿Y mi hermano?... se aventuró á decir Du Bouchage con voz conmovida.

— ¡Ah! señor conde, no podemos daros noticias ciertas de él; ha peleado como un león, tres veces le hemos retirado del fuego. Verdad es que ha sobrevivido á la batalla, pero no podemos decir lo mismo respecto de la inundación.

Enrique bajó la cabeza y se quedó abismado en amargas reflexiones, pero exclamó de repente:

— ¿Y el duque?

El oficial se inclinó hacia Enrique, y le dijo en voz baja:

— El duque fué de los primeros que se pusieron á salvo montado en un caballo blanco con una estrella negra en la frente. Pues bien; ahora mismo hemos visto pasar el caballo por medio de un montón de fragmentos; la pierna de un jinete iba trabada en el estribo y sobrenadaba á la altura de la silla.

— ¡Gran Dios! exclamó Enrique.

— ¡Gran Dios! murmuró Remigio, que habiéndose levantado al oír la voz del conde, acababa de oír aquella relación, y cuyos ojos se fijaron en su pálida compañera.

— ¿Y qué más? preguntó el conde.

— Sí, ¿qué más? balbuceó Remigio.

— ¡Pues bien! En el remolino que formaba el agua en el ángulo del dique, uno de mis soldados se arriesgó á coger las riendas flotantes del caballo, y aun pudo, haciendo grandes esfuerzos, levantar el animal ya muerto. Entonces vimos aparecer la bota blanca y la espuela de oro que llevaba el duque; pero al mismo tiempo se hinchó el agua como si se hubiera indignado al ver que le arrancaban su presa, y mi gendarme soltó el caballo para no ser arrastrado con él, y todo desapareció. Ne tendremos siquiera el consuelo de dar una sepultura cristiana á nuestro pobre príncipe.

— ¡También él ha muerto! ¡El heredero de la corona! ¡Qué desgracia!

Remigio se volvió hacia su compañera y le dijo con una expresión imposible de describir:

— Ya lo veis, señora, ha muerto.

— ¡Loado sea el Señor, que me ahorra un crimen! repuso la dama alzando en señal de gratitud las manos y los ojos al cielo.

— Sí, pero nos quita la venganza, respondió Remigio.

— Dios tiene siempre el derecho de acordarse. La venganza no pertenece al hombre sino cuando Dios olvida.

El conde veía con cierto terror la exaltación de aquellos dos extraños personajes que había salvado de la muerte; examinábales con atención, y trataba, aunque inútilmente, de formarse una idea de sus deseos ó de sus temores, y de comentar sus gestos y la expresión de sus fisonomías.

La voz del oficial le sacó de su contemplación.

— Pero vos mismo, conde, preguntó, ¿qué vais á hacer?

El conde se estremeció y dijo:

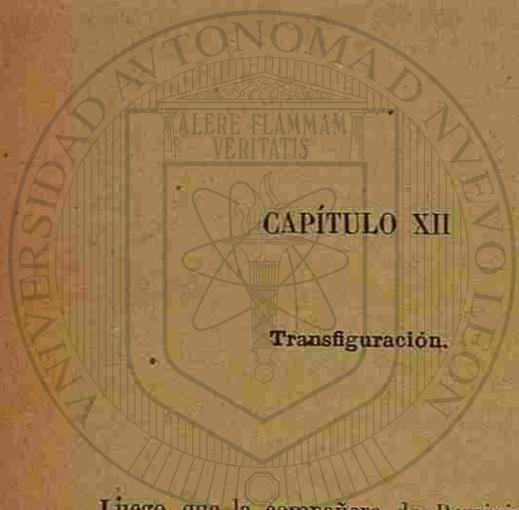
— ¿Yo?

— Sí, vos.

— Esperaré aquí hasta que pase el cuerpo de mi hermano, replicó el joven con el acento de una sombría desesperación; entonces trataré yo también de sacarlo á tierra para darle una sepultura cristiana, y creedme, si logro cogerlo entre mis brazos no lo abandonaré.

Remigio oyó estas palabras siniestras y dirigió al joven una mirada llena de afectuosa reconvención.

En cuanto á la dama, desde que el oficial había anunciado la muerte del duque de Anjou, no oía ya nada: oraba solamente.



Luego que la compañera de Remigio acabó su plegaria, se levantó tan hermosa y radiante, que el conde no pudo menos de lanzar un grito de sorpresa y de admiración. Parecía salir de un profundo sueño, cuyas imágenes hubiesen agitado su mente alterando al mismo tiempo la serenidad de sus facciones, sueño de plomo que imprimen en la húmeda frente del que duerme los tormentos quiméricos del delirio.

Ó más bien se asemejaba á la hija de Jairo, vuelta á la vida desde el seno de la muerte, y levantándose del sepulcro purificada y digna del cielo.

Luego que la joven salió de este letargo dirigió á su alrededor una mirada tan dulce, tan suave, de

tan angelical bondad, que Enrique, crédulo como todos los amantes, se figuró que por fin iba á compadecerse de sus penas y á ceder á un sentimiento, ya que no de cariño, al menos de gratitud y de piedad.

En tanto que los gendarmes dormían sobre los escombros del descampado después de haber comido, y que el mismo Remigio se rendía al sueño y apoyaba su cabeza en la barrera que servía de sostén á su banco, Enrique fué á colocarse junto á la dama, y con acento tan pausado y contenido que parecía un murmullo de la brisa, le dijo :

— ¡ Ah, señora! Vos vivís.... Permitidme expresar toda la alegría que no puede contener mi corazón al veros aquí, en completa seguridad, después de haberos visto á orillas del sepulcro.

— Es cierto, respondió ella, vivo por vos, y quisiera, continuó sonriéndose tristemente, poder decirlo que os lo agradezco.

— En fin, señora, replicó Enrique haciendo un esfuerzo sublime de amor y de abnegación, me felicito de ello, aunque sólo haya conseguido salvaros para restituiros á las personas que amáis.

— ¿ Qué estáis diciendo?

— Á las personas que ibais buscando por medio de tantos peligros, añadió Enrique.

— Caballero, los que yo amaba han muerto; los que iba buscando también.

— ¡ Ah, señora! murmuró el joven cayendo de hinojos, volved la vista hacia mí, que tanto he sufrido y que tanto os he amado. ¡ Oh! No separéis así vuestras miradas; vos sois joven y hermosa como un ángel del cielo; leed, pues, en mi corazón,

que abro delante de vos, y veréis que no contiene un átomo de amor como lo comprenden los demás hombres. ¡No me creéis! Examinad una por una las horas pasadas. ¿Cuál de ellas me ha traído un placer? ¿Cuál me ha halagado con la esperanza? Y sin embargo, he persistido. Me habéis hecho llorar, y he bebido más lágrimas; me habéis hecho padecer, y he devorado más dolores; me habéis arrojado á la muerte, y yo la invocaba sin quejarme. Ahora mismo, cuando volvéis la cabeza hacia otro lado, cuando cada palabra mía, por ardiente que sea, sólo parece una gota de agua helada al caer sobre vuestro corazón, mi alma está llena de vuestra imagen, y yo no vivo sino porque vos vivís. ¿No me disponía á morir ahora mismo á vuestro lado? ¿Qué he pedido en recompensa? Nada. ¿He tocado siquiera vuestra mano, como no haya sido para libertaros de la muerte? Os he tenido entre mis brazos para disputaros á las olas; ¿pero habéis sentido la presión de mi pecho? No: yo no tengo más que alma, porque todo en mí ha sido purificado por el fuego intensísimo del amor.

— Por piedad, caballero... no me habléis de ese modo.

— También os pido por piedad que no me condenéis. Me han dicho que á nadie amáis... ¡Oh! Repetidme esto mismo, dadme esa seguridad, porque aunque es una desgracia para el que ama oír que no es amado, para mí es un consuelo si al mismo tiempo me decís que sois insensible para todos los demás. ¡Señora! señora, única mujer á quien adoro... respondedme.

A pesar de las instancias de Enrique, un suspiro fué la única contestación de la dama.

— Nada me decís, añadió el conde. Remigio á lo menos se ha compadecido de mí más que vos, pues ha procurado consolarme. ¡Ay! Veo que no me contestáis, porque no queréis decirme que habéis venido á Flandes á reuniros con otro más feliz que yo, aunque soy joven, aunque en mí recaen las esperanzas de mi hermano, aunque me veis morir á vuestros pies sin decirme siquiera: « he amado, pero no amo, » ó bien: « amo, pero cesaré de amar. »

— Señor conde, repuso la dama con dignidad, no me digáis esas cosas que se dicen á una mujer, porque yo soy una criatura del otro mundo y no vivo ya en este. Si os hubiera creído menos noble, menos caballero, menos generoso; si no abrigara hacia vos en el fondo de mi corazón el tierno cariño de una hermana, os diría: — Levantaos y no importunéis por más tiempo unos oídos que aborrecen palabras de amor. — Pero no os diré eso, señor conde, porque yo también sufrí al veros padecer. Más voy á declararos: ahora que os conozco os estrecharía la mano, la pondría sobre mi corazón y os hablaría de este modo: — Amigo mío, mi corazón no palpita, vivid á mi lado si queréis, y asistid día por día, si tal es vuestro gusto, á esta ejecución lenta y dolorosa de un cuerpo al que asesinan los tormentos del alma. — Pero este sacrificio, que indudablemente aceptaríais como una felicidad...

— ¡Oh! sí, exclamó Enrique.

— Pues bien, tampoco os lo puedo ofrecer: co-

nozco que desde hoy ha cambiado mi destino, que no tengo ya el derecho de apoyarme en el brazo de ningún mortal, ni aun en el de ese generoso amigo, de esa noble criatura que descansa en ese banco y puede olvidar un momento sus pesares. ¡Pobre Remigio! añadió dando á su voz la primera inflexión de sensibilidad que en ella notó Enrique. ¡Pobre Remigio! También tu despertar ya á ser triste: desconoces los progresos de mi pensamiento, no lees en mis ojos, ni sabes que al sacudir tu sueño vas á encontrarte solo en la tierra, ya que sola debó subir hasta Dios.

— ¿Qué decis? exclamó Enrique. ¿También pensáis en morir?

Remigio, á quien despertó el doloroso grito del conde, levantó la cabeza y escuchó:

— Me habéis visto orar, ¿no es verdad? preguntó la dama á Enrique.

Éste contestó afirmativamente.

— Esa plegaria era mi despedida de la tierra, y esta alegría que habéis notado en mi rostro, esta alegría que inunda mi corazón en este momento, es la misma que observaréis en mí si el ángel de la muerte viniese á decirme: — ¡Levántate, Diana, y sígueme á la presencia de Dios!

— ¡Diana! ¡Diana! murmuró Enrique. ¡Ah! Ya sé por fin como os llamáis... ¡Diana!... ¡Nombre querido! ¡Nombre adorado!

Y el desgraciado se postró á los pies de aquella mujer repitiendo su nombre con toda la embriaguez de un inexplicable delirio.

— ¡Silencio! dijo ella: olvidad ese nombre que

ha salido involuntariamente de mis labios, porque ningún mortal tiene derecho para rasgarme el corazón pronunciándolo.

— ¡Ah! Por el cielo, replicó Enrique: ahora que sé vuestro nombre no me digáis que queréis morir.

— No he dicho eso, caballero, respondió la dama con sosiego; digo que voy á dejar este mundo de lágrimas, de odio, de viles pasiones, de intereses infames y de deseos sin nombre; digo que nada tengo que hacer entre las criaturas, á las cuales hizo Dios mis semejantes; mis ojos carecen ya de lágrimas, la sangre no hace palpar mi corazón, mi cabeza no abriga un solo pensamiento desde que ha expirado el pensamiento que la ocupaba enteramente; soy una víctima despreciable, puesto que nada sacrifico, ni siquiera un deseo, ni una esperanza, al renunciar al mundo; pero tal como soy me ofrezco al Señor, que me recibirá según su misericordia, como confío, ya que me ha hecho padecer tanto y no ha permitido que sucumba á mis tormentos.

Remigio, al escuchar estas últimas palabras, se levantó y se acercó á su ama diciendo con amargura:

— ¿Me abandonáis?

— Por Dios, respondió Diana levantando hacia el cielo su mano pálida y flaca como la de la sublime Magdalena.

— ¿Conque es cierto? replicó el criado dejando caer la cabeza sobre el pecho. ¿Conque no hay duda?

Y al mismo tiempo cogió la mano de su señora y la estrechó contra su corazón como hubiera podido hacer con la reliquia de una santa.

— ¿Qué valgo yo al lado de estos dos corazones? dijo el joven con temblor convulsivo.

— Vos sois, le respondió Diana, la única persona á quien he mirado dos veces desde que mis ojos están condenados á la oscuridad.

Enrique se postró de nuevo exclamando :

— ¡Oh! gracias, gracias, porque acabáis de manifestaros á mi enteramente, gracias, porque veo con claridad mi destino : desde este momento ni una palabra de mi boca, ni un suspiro de mi corazón descubrirán en mí al hombre que os ama. Perteneceis al Señor, y yo no puedo tener celos de Dios.

Acababa de pronunciar estas palabras y se levantaba penetrado de ese encanto regenerador que acompaña á toda resolución grande é inmutable, cuando allá á lo lejos, en la llanura, cubierta todavía de vapores que iban disipándose gradualmente, resonó confuso y prolongado sonido de clarín.

Los gendarmes corrieron á las armas y montaron á caballo sin esperar la orden del jefe.

Enrique escuchaba atentamente, y exclamó de repente :

— Señores, señores, son los clarinetes del almirante, los reconozco. ¡Dios mio, haced que me anuncie la llegada de mi hermano!

— Ya veis como deseáis todavía alguna cosa, le dijo Diana, y como amáis á alguno en el mundo. ¿Por qué, pues, habéis de elegir la desesperación como los que nada desean ya, ni á nadie aman?

— ¡Un caballo, gritó Enrique, venga un caballo!

— ¿Y por dónde saldréis, preguntó el oficial,

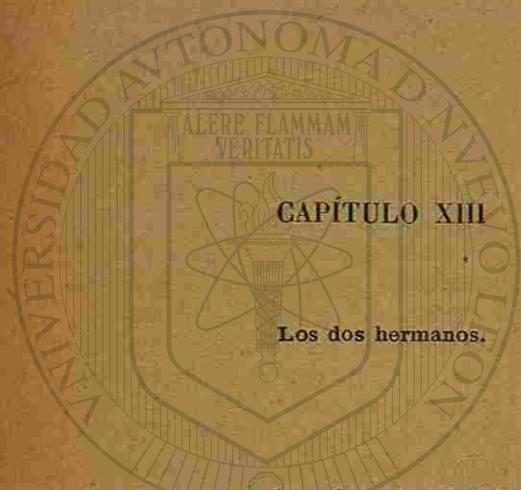
cuando estáis viendo que el agua nos rodea por todas partes?

— La llanura está transitable, y cuando ellos tocan sus clarines, es prueba de que caminan sin obstáculo.

— Subid á la parte más alta de la calzada, señor conde, respondió el oficial; el día se vá despejando, y tal vez podréis descubrir alguna cosa.

— Voy á hacerlo sin demora, respondió el joven, dirigiéndose en efecto á la eminencia designada por el oficial, entretanto seguía el sonido de los clarines, siempre por intervalos, sin aproximarse ni alejarse.

Remigio había vuelto á colocarse al lado de Diana.



Un cuarto de hora después volvió Enrique : había visto (y todos podían ver lo mismo), había visto sobre una colina, que la noche había impedido distinguir hasta entonces, un destacamento considerable de tropas francesas acantonadas y atrincheradas.

Á excepción de un ancho foso lleno de agua que rodeaba el pueblo ocupado por los gendarmes de Annis, el resto de la llanura empezaba ya á quedar en la situación de un estanque que se va vaciando, pues la inclinación natural del terreno empujaba las aguas hacia el mar, y muchos puntos culminantes volvían á presentarse como después de un diluvio.

El sedimento fangoso de las aguas había cubierto todas las campiñas, y ofrecía un tristísimo espectáculo el contemplar, á medida que el viento ahuyentaba los vapores extendidos sobre la llanura, como unos cincuenta jinetes metidos en el fango y haciendo inútiles esfuerzos para llegar al pueblo ó al menos á la colina.

Desde ésta se habían oído sus desesperados gritos, y por eso tocaban los clarines sin descanso.

No bien hubo acabado este viento de disipar la neblina, cuando Enrique vió ondear sobre la altura del vecino campamento la bandera francesa.

Los gendarmes, por su parte, izaban también el estandarte de Annis y por uno y otro comenzaron á hacerse disparos de mosquetería en señal de júbilo.

Hacia las once se presentó el sol sobre aquella escena de desolación y de luto, secando con sus rayos algunas partes de llanura, y haciendo transitable la cresta de una especie de camino de comunicación.

Enrique, que se metió en el sendero, fué el primero en apercibirse por el ruido de los cascos de su caballo que efectivamente había allí un camino de herradura, que por un rodeo circular conducía desde el pueblo á la colina, y se persuadió al mismo tiempo de que los caballos se meterían hasta media pierna, ó tal vez hasta el pecho en el fango, pero que no quedarían sumergidos en él á causa de la solidez del terreno.

Quiso hacer la prueba por sí mismo, y como nadie le disputaba la gloria en tan peligroso ensayo, recomendó al cuidado del oficial á la dama y á su compañero, y emprendió la marcha.

Al mismo tiempo que salía del pueblo se vió bajar de la colina á un hombre á caballo, procurando, lo mismo que Enrique, meterse en el camino para dirigirse al pueblo.

Toda la cuesta pendiente de la colina que miraba á la población estaba cubierta de soldados espectadores, que elevaban los brazos al cielo y daban muestras de querer detener por medio de sus súplicas al imprudente jinete que arrostraba tan conocido peligro.

Los dos representantes de aquellos restos del gran cuerpo del ejército francés, recorrieron valerosamente el espacio intermedio, y pronto llegaron á conocer que su empresa era menos difícil de lo que habían pensado, y mucho menos que lo que temían cuantos los estaban mirando.

Un ancho hilo de agua que se escapaba de un acueducto, roto por el choque de un madero, se abría por el fango, y lavaba todos los barrizales de la calzada, descubriendo así el fondo del foso, que buscaban los caballos con admirable instinto.

Los dos jinetes sólo distaban ya uno de otro cincuenta pasos.

— ¡Francia! gritó el que venía de la colina.

Y al mismo tiempo saludó, quitándose la gorra adornada con una pluma blanca.

— ¡Ah! ¡Sois vos al fin! exclamó el joven lleno de júbilo. ¡Vos, monseñor!

— ¡Enrique! ¡Enrique! ¡Mi querido hermano! añadió el primero.

Y sin cuidarse del mesgo que corrían inclinándose á la derecha ó á la izquierda, partieron ambos á es-

cape, y en medio de las aclamaciones frenéticas de los espectadores de la calzada y de la colina se dieron un apretadísimo abrazo.

Al punto quedaron desiertos el pueblo y la colina; gendarmes y caballería ligera, caballeros hugonotes y católicos se precipitaron en el camino abierto por los dos hermanos.

Pronto ambos campamentos se hallaban reunidos en uno solo; todos los brazos buscaban compatriotas á quienes estrechar, y en aquel camino, donde pensaban hallar la muerte, se vieron tres mil franceses que al fin podían dar gracias al cielo y gritar: ¡viva la Francia!

— Señores, dijo un oficial hugonote, debemos decir todos ¡viva el almirante! porque después de Dios sólo debemos al señor duque de Joyeuse nuestras vidas en tan terrible noche y la felicidad de poder abrazar á nuestros compatriotas.

Una aclamación general acogió estas palabras.

Después de hablar los dos hermanos breve rato acompañando á sus palabras algunos suspiros, preguntó Joyeuse á Enrique:

— ¿Qué sabes del duque?

— Según parece ha muerto, respondió el segundo.

— ¿Es segura esa noticia?

— Los gendarmes de Aunis han visto su caballo ahogado y lo han reconocido por una señal particular. Dicho caballo llevaba aun pendiente del estribo á un jinete, cuya cabeza cubrían las aguas.

— ¡Noche terrible para la Francia! exclamó el almirante!

Y volviéndose á los soldados añadió en voz alta:

— Vamos, señores, no perdamos tiempo. En cuanto acaben de retirarse las aguas, seremos probablemente atacados : atrincherémonos hasta que recibamos noticias y víveres.

— Monseñor, contestó un oficial, la caballería no puede dar un paso, pues los animales no han comido desde ayer á las cuatro, y se mueren de hambre.

— En nuestro campamento hay cebada, contestó el oficial. ¿pero y los hombres?

— Ea, dijo el almirante, si tenemos cebada es cuanto por ahora necesitamos : los hombres viviremos como los caballos.

Hermano mío, observó Enrique al oído de Joyeuse, necesito hablarte á solas un momento.

— Es preciso que ocupemos el pueblo, respondió el almirante; elige en él una casa para mí, y espérame.

Enrique fué á buscar á sus dos compañeros.

— Ya estáis, dijo á Remigio, en medio de un ejército, y por lo mismo debéis ocultaros en el alojamiento que voy á escoger, pues importa mucho que nadie vea á esta señora. Durante la noche, cuando todos duerman, procuraré los medios necesarios de que estéis más libres.

Remigio se instaló con Diana en el alojamiento que les cedió el oficial de los gendarmes, que desde la llegada de Joyeuse había dejado de ser jefe de ellos.

Á las dos entró el duque en el pueblo al son de clarines, hizo que se alojasen las tropas, y dió severas órdenes para reprimir todo género de desorden.

En seguida dispuso una distribución de cebada á

los hombres, otra de avena á los caballos, y que se diese agua á unos y otros; destinó para los enfermos y heridos algunos toneles de cerveza y vino que se hallaron en las bodegas, y él mismo, en presencia de todos, comió un pedazo de pan negro y bebió un vaso de agua, sin dejar por eso de inspeccionar los puestos.

En todas partes fué acogido como un libertador, con entusiastas aclamaciones de gratitud y de cariño.

— Vamos, vamos, dijo á su hermano cuando se halló á solas con él, si vienen ahora los flamencos los atacaré, y por Cristo crucificado que si esto dura mucho los comeré vivos, porque á la verdad tengo hambre; y con todo, prosiguió arrojando aquel pedazo de pan que poco antes parecía devorar con ansia delante de los soldados, he ahí un alimento detestable.

Acto continuo abrazó á Enrique y le dijo :

— Hablemos ahora, querido mío. ¿Cómo es que te encuentro en Flandes cuando te suponía en París?

— Hermano mío, respondió Enrique, la vida me era odiosa en París, y me puse en camino para reunirme contigo.

— ¿Siempre por amor? preguntó Joyeuse.

— No, por desesperación; lo que es ahora, te juro, Ana, que no estoy enamorado, y que mi única pasión es la tristeza.

— Hermano, hermano, permíteme que te diga que has tropezado con una miserable mujer.

— ¡Cómo!

— Si, Enrique; sucede con frecuencia que en cierto grado de maldad ó de virtud los seres creados

sobrepujan la voluntad del Criador y se convierten en verdugos y homicidas, cosa que también reprueba la Iglesia: así, pues, no hacer caso de los padecimientos ajenos por exceso de virtud, es una exaltación bárbara, es no tener caridad cristiana.

— ¡Oh! hermano mío, exclamó Enrique, no calumniéis de esa manera á la virtud.

— No calumnio á la virtud, Enrique, acuso al vicio y á esto se reduce todo. Repito, pues, que esa es una mujer miserable, y su posesión, por mucho que la desees, nunca te indemnizará de los tormentos que te hace experimentar. Lo que yo creo es que en casos semejantes debe el hombre hacer uso de sus fuerzas y ó de su poder, porque en vez de atacar se defiende legitimamente. Enrique, demasiado conozco que á haberme hallado en tu lugar hubiera tomado por asalto la casa de esa mujer, hubiera hecho con ella lo que con su casa, y que después, cuando, como toda criatura humana, que se muestra tanto más humilde con su vencedor cuanto indomable parecía antes de la lucha, viniese á arrojarse en mis brazos diciéndome: « Te adoro, » la rechazaría contestando: « Hacéis bien, señora; ahora os toca á vos, pues bastante he sufrido, para que vos también sepáis lo que es padecer. »

Enrique estrechó la mano de su hermano diciéndole:

— Seguro estoy de que no piensas una palabra de lo que me aconsejas.

— Te juro que sí.

— ¡Tú eres tan bueno, tan generoso!

— La generosidad para con todas las personas que no tienen corazón es ridícula.

— ¡Oh, Joyeuse! ¡Joyeuse! No conoces esa mujer.

— Ni quiero conocerla.

— ¿Por qué?

— Porque probablemente me haría cometer lo que otros llamarían un crimen, y yo tendría por un acto de justicia.

— ¡Oh! ¡mi buen hermano, exclamó el joven con una sonrisa angelical, cuán feliz eres porque no amas! Pero si os parece mejor, señor almirante, dejemos á un lado mi loco amor, y ocupémonos de la guerra.

— Como quieras; á bien que hablando de tu locura temo también volverme loco.

— Ya ves que carecemos de víveres.

— Lo sé, y he pensado en los medios de adquirirlos.

— ¿Los has hallado?

— Creo que sí.

— ¿Cuáles son?

— No debo moverme de aquí antes de recibir noticias del ejército, supuesto que la posición es buena y que estoy resuelto á sostenerme en ella contra fuerzas quintuplicadas; pero puedo enviar á tantear el terreno un cuerpo de exploradores, los cuales por lo pronto podrán proporcionarnos noticias, que es la primera necesidad para hombres reducidos á la situación en que nos hallamos, y también víveres, porque al cabo debemos confesar que Flandes es un país hermosísimo.

— No tanto, hermano, no tanto.

— ¡Oh! Yo sólo hablo de la tierra como Dios la

ha hecho y no como la han hecho los hombres, que siempre echan á perder las obras de Dios. ¿Comprendéis bien, Enrique, la locura que ha hecho nuestro príncipe? ¿Qué partida ha perdido? ¿Como le han arruinado en un momento la precipitación y el orgullo? Pero Dios ha recogido el alma del desgraciado Francisco, y no debemos hablar más de esto; pero lo cierto es que podía haber adquirido fama inmortal y uno de los mejores reinos de Europa, y sólo ha trabajado, ¿para quién? para Guillermo el Taciturno. Por lo demás, ¿sabes, Enrique, que los de Amberes se han batido bien?

— Y tú también, según dicen, hermano mio.

— ¡Oh! estaba en uno de mis mejores momentos, y además, me excitaba una cosa.

— ¿Cuál?

— Que encontré en el campo de batalla una espada conocida.

— ¿Algún francés?

— Sí.

— ¿En las filas de los flamencos?

— Á la cabeza de sus columnas. He aquí un secreto que es menester averiguar para que alguno haga juego con Salcedo, que, como sabes, fué descuartizado en la plaza de Greve.

— Por fin has vuelto sano y salvo, que es lo que más me importa; pero yo, que nada he hecho hasta ahora, necesito emplearme en algo.

— ¿Y qué quieres hacer?

— Te suplico que me des el mando de los exploradores?

— No, es un mando muy expuesto: no te diría

esto, Enrique, delante de nadie; pero el hecho es que no quiero proporcionarte una muerte oscura, y por consiguiente fea. Los exploradores pueden encontrar un cuerpo de esos infames flamencos que acometen con hielos y hoces: aun cuando queden mil tendidos en el campo, si permanece uno vivo, ése te hará dos pedazos ó te mutilará sin remedio. No, Enrique, no; si absolutamente te has empeñado en morir, te reservaremos otra cosa mejor.

— Hermano, concédeme lo que te pido por favor, pues tomaré todas las medidas prudentes que juzgue necesarias, y te prometo volver.

— Vamos, ya lo comprendo.

— ¿Qué comprendes?

— Quieres ver si la fama de alguna proeza tuya ablanda el corazón de esa mujer ingrata: confiesa que esto es lo que te hace insistir tanto.

— Si te empeñas en ello lo confesaré.

— Y á fé que tienes razón, porque las mujeres que se resisten á un grande amor se rinden generalmente á un poco de ruido.

— Por mi parte nada de eso espero.

— Pues serás tres veces loco si lo haces sin esa esperanza. Enrique, la única razón que tiene esa mujer para no amarte, consiste en que es una caprichosa que no tiene corazón ni ojos.

— Pero me concedes el mando que te he pedido, ¿no es verdad?

— Será preciso, puesto que tanto te obstinas.

— ¿Y puedo partir esta tarde?

— Cuanto antes, pues ya conoces que no podemos permanecer así.

- ¿Cuántos hombres he de llevar?
- Cien hombres nada más, pues no puedo darte mayor fuerza sin debilitar mis posiciones.
- Dame menos gente si quieres.
- No, pues quisiera poner á tus órdenes doble número: lo que exijo es tu palabra de honor de que si te atacan más de trescientos hombres te retirarás en vez de dejarte matar.
- Hermano, dijo Enrique sonriéndose, bien cara me vendes una gloria que me entregas de mala gana.
- De lo contrario ni te la entregaré ni te la venderé, y otro oficial mandará la partida.
- Dame las órdenes que gustes, y las obedeceré.
- Sólo empeñarás acción contra fuerzas iguales, duplicadas ó triplicadas, pero sin pasar de este número.
- Lo juro.
- Bien. ¿Qué cuerpo eliges para la expedición?
- Déjame tomar cien hombres de los gendarmes de Aunis, pues tengo muchos amigos en ese regimiento, y si los escojo es porque haré con ellos lo que quiera.
- Está bien.
- ¿Cuándo debo ponerme en marcha?
- Ahora mismo; pero procura racionar á los hombres para un día y los caballos para dos. Acérdate de que deseo recibir noticias seguras cuanto antes.
- Todo se hará. ¿Tienes que darme alguna orden reservada?
- No divulgues la noticia de la muerte del duque,

y deja que crean que está en este campamento: exagera mis fuerzas, y si llegas á encontrar el cuerpo del príncipe, aunque ha sido un mal hombre y un mediano general, ya que pertenecía á la casa de Francia, envíalo custodiado con tus gendarmes á fin de que se le dé sepultura en San Dionisio.

— Bien, hermano mío. ¿Nada más?

— Nada.

Enrique cogió la mano de su hermano para besarla, pero éste le estrechó en sus brazos.

— ¿Me aseguras por última vez, le preguntó en seguida, que no empleas este medio como un ardid para que te maten los enemigos?

— Hermano, al reunirme á ti abrigaba ese pensamiento, pero te juro que ya no le tengo.

— ¿Desde cuándo?

— Hace dos horas.

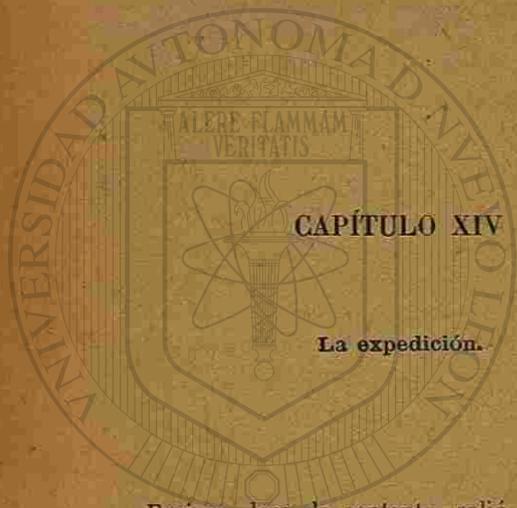
— ¿Por qué razón?

— Perdóname, hermano mío.

— Bien, Enrique, bien; tus secretos te pertenecen.

— ¡Cuán bondadoso eres, hermano mío!

Los dos jóvenes se abrazaron con ternura por segunda vez y se separaron, no sin volver la cabeza muchas veces y saludándose con las manos y con cariñosas sonrisas.



#### CAPÍTULO XIV

##### La expedición.

Enrique, loco de contento, salió á reunirse con Diana con y Remigio.

— Disponeos para dentro de un cuarto de hora, les dijo, pues vamos á marchar : en la puerta de la escalerilla que conduce al corredor hallaréis dos caballos ensillados : os uniréis á la comitiva, y guardaréis el más profundo silencio.

Asomándose en seguida al balcón de madera que rodeaba toda la casa, dijo á los clarines de los gendarmes :

— Tocad hota-sillas.

Oyóse inmediatamente el ruido de los clarines por el pueblo, y poco después el oficial y sus soldados

se formaron al frente del alojamiento del conde.

Los criados se colocaron detrás de ellos con algunas caballerías y dos carretas, y Remigio y su compañera, según las instrucciones que habían recibido, se confundieron entre los bagajes.

— Gendarmes, dijo Enrique, mi hermano el almirante me ha dado el mando interino de vuestra compañía, encargándome salir á practicar un reconocimiento : cien de vosotros deben acompañarme, y aunque la comisión es peligrosa, es preciso cumplirla por el bien y la salvación de todos. ¿Quénes son los que voluntariamente quieren seguirme?

Los trescientos hombres avanzaron á un tiempo.

— Señores, dijo Enrique, os doy mil gracias á todos; no sin razón se dice que habéis servido de ejemplo á todo el ejército, pero sólo debo llevar cien hombres conmigo, y como no quiero elegir entre tantos valientes la suerte decidirá. — Señor, continuó Enrique dirigiéndose al oficial, os suplico que mandéis echar la suerte.

Mientras se procedía á esta operación, daba Joyeuse á su hermano las últimas instrucciones.

— Escúchame, Enrique, le decía : los campos se van secando, y según aseguran los naturales del país, debe haber una comunicación entre Contieq y Rupelmonde, de modo que marcharás entre un riachuelo y un gran río, entre el Rupel y el Escalda; no tienes necesidad de pasar el primero, pero encontrarás antes de Rupelmonde algunos barcos traídos de Amberes, en los cuales podrás atravesar el Escalda. Además, creo que no tendrás precisión de llegar á

Rupelmonde para encontrar almacenes de víveres y molinos.

Enrique iba á ponerse en marcha después de recibir estas órdenes, pero Joyeuse le detuvo diciendo:

— Espera un poco, pues falta lo principal: mis soldados han cogido tres paisanos flamencos, y te doy uno de ellos para que os sirva de guía. No tenéis piedad de él; ya lo sabéis: á la menor apariencia de traición un pistoletazo ó una cuchillada.

Arreglado ya este último punto, abrazó tiernamente á su hermano y dió la orden de partir.

Al instante emprendieron la marcha los cien hombres que había designado la suerte, poniéndose á su frente Du Bouchage, después de haber colocado al guía entre dos gendarmes que llevaban preparadas sus pistolas.

Remigio y su compañera siguieron al destacamento, y Enrique no había querido tomar la menor precaución respecto á ellos, considerando que su presencia por sí sola habría excitado bastante la curiosidad, sin que tuviese necesidad de aumentarla con recomendaciones, más perjudiciales que provechosas.

Así que, él mismo, sin haber molestado á sus amigos con una sola palabra y aun sin mirarlos desde que salieron del pueblo, fué á colocarse á la cabeza de toda la fuerza.

La marcha de ésta era lenta, como por precisión debía suceder, pues muchas veces perdían tierra los caballos entre el fango, y todo el destacamento se encontraba atascado, de modo que hasta llegar á la calzada tuvo que resignarse á caminar con el mayor trabajo y expuesto á no pocos peligros.

De vez en cuando aparecían á lo lejos espectros que precipitadamente se ponían en fuga al oír los relinchos de los caballos; eran aldeanos que se apresuraban demasiado á volver á sus tierras, y que echaban á correr por no morir á manos de los mismos á quienes habían querido sacrificar.

A veces también encontraban franceses desgraciados, medio extenuados de hambre y de frío, incapaces de defenderse, y que, no sabiendo si iban á encontrar amigos ó enemigos, esperaban escondidos la salida del sol ó proseguían su penosa marcha.

En tres horas anduvieron dos leguas, llegando á orillas del Rupel, que bañaba una calzada de piedra; entonces fué cuando el peligro mayor sucedió á las dificultades, pues dos ó tres caballos se metieron entre las grietas formadas por las peñas, y resbalando por las piedras llenas de fango, rodaron con sus jinetes hasta el río, que todavía iba crecido y llevaba una corriente rápida.

Más de una vez aconteció también que desde algunas barcas amarradas en la opuesta orilla se dispararon tiros, que hirieron á dos asistentes y á un gendarme.

Uno de los primeros recibió el balazo cuando iba caminando al lado de Diana, y aunque esta mujer expresó su pesar por aquella desgracia, no manifestó el más pequeño temor en cuanto á su propia persona.

En estas diferentes circunstancias se mostró Enrique para sus soldados buen capitán y excelente amigo; marchaba el primero, haciendo de este modo que todos le siguiesen sin vacilar, y fiándose menos de su propia seguridad que del instinto del caballo

que su hermano le había dado, pues de aquel modo conducía á todos con seguridad, exponiéndose él solo á la muerte.

Á las tres leguas de Rupelmonde encontraron los gendarmes media docena de soldados franceses agrupados delante de una fogata de turba; los infelices estaban asando un cuarto de carne de caballo, único alimento que habían podido procurarse en dos días.

La aproximación de los gendarmes hizo temblar á los que se disponían á tomar parte en aquel triste festín, y aun dos ó tres quisieron emprender la fuga; pero uno de ellos permaneció sentado y detuvo á los demás diciéndoles:

— ¡Qué diablo! Si son enemigos nos matarán, y á lo menos saldremos de una vez de esta situación.

— ¡Francia! ¡Francia! exclamó Enrique, que había oído las últimas palabras. Venid, venid, pobres compatriotas.

Los desgraciados al reconocer á los gendarmes corrieron hacia ellos; repartieronseles capotes y una copa de Ginebra á cada uno, y se les permitió también montar á la grupa con los asistentes.

De este modo se unieron al destacamento. Una legua más adelante hallaron asimismo cuatro soldados de caballería ligera, con un solo caballo, y fueron acogidos con iguales demostraciones de contento.

Llegaron por último á las orillas del Escalda; la noche era oscurísima, y allí encontraron los gendarmes dos hombres que en mal flamenco estaban persuadiendo á un barquero para que los pasara al otro lado; pero este último se hacía sordo á sus ruegos y aun les amenazaba.

El oficial hablaba el holandés: avanzó poco á poco á algunos pasos de la columna, y mientras ésta hacía alto, oyó decir al barquero:

— Sois franceses, y debéis morir aquí; no pasaréis.

Uno de aquellos hombres le puso un puñal sobre el pescuezo, y sin cuidarse ya de expresarse en flamenco, le dijo en buen francés:

— Tú eres quien vas á morir ahora mismo, bribón, si no nos pasas inmediatamente.

— Firme ahí, firme, caballero, gritó el oficial, porque en cinco minutos llegaremos nosotros.

Pero aprovechándose el barquero del movimiento que hicieron los dos franceses al escuchar aquellas palabras amistosas que les ofrecían socorro, desató la cuerda con que la barca estaba sujeta á la orilla y se alejó de ella con rapidez.

Conociendo, sin embargo, un gendarme que aquella barca podía serles muy útil, entró en el río con su caballo, alcanzó al barquero y lo mató de un pistoletazo.

La barca, ya sin guía, se volvió por sí misma; pero como no había aun llegado á la mitad del río, los remolinos y la corriente la empujaron hacia la misma orilla que ocupaba la columna.

Los dos hombres se apoderaron de ella al punto y fueron los primeros que se embarcaron; no pudiendo menos de sorprender al oficial el empeño con que procuraban separarse de todos.

— ¡Hola, señores! les gritó: ¿queréis decirme quiénes sois?

— Somos oficiales del regimiento de marina, y

vosotros, según parece, pertenecéis al cuerpo de gendarmes de Aunis.

— Así es, y celebro mucho que nos hallemos en el caso de poder servirós; supongo que nos acompañaréis.

— Con mucho gusto.

— En ese caso subid á las carretas, pues estáis cansados para seguirnos á pie.

— ¿Puedo preguntaros á dónde os dirigís? preguntó el oficial de marina que no había hablado hasta entonces.

— Tenemos orden de seguir hasta Rupelmonde.

— Cuidado, contestó el mismo interlocutor, pues no hemos querido atravesar antes el río porque lo ha pasado esta mañana un destacamento de españoles procedente de Amberes; por la noche nos hemos arriesgado, porque al fin dos hombres solos no inspiran sospechas, al paso que un fuerte destacamento...

— Es cierto, contestó el oficial, voy á llamar á nuestro jefe.

Llamó á Enrique, el cual se acercó para enterarse de lo que acontecía.

— Parece, le dijo el oficial, que estos señores han visto hoy una fuerza de españoles en la misma dirección que llevamos.

— ¿Y cuántos eran? preguntó Enrique.

— Cincuenta hombres.

— ¿Y eso os deliene?

— No, señor conde, pero creo que sería prudente asegurarnos de la barca por lo que pueda suceder; veinte hombres pueden custodiarla, y en caso de que haya necesidad de pasar el río, la operación puede

quedar concluida en cinco viajes, llevando nosotros los caballos por la brida.

— Bien, respondió Enrique, consérvese la barca. Además, debe haber algunas casas en la confluencia del Rupel y del Escalda.

— Hay un pueblecillo, dijeron algunos.

— Pues vamos allá, porque el punto de reunión de dos ríos es siempre una posición buena. Gendarmes, en marcha; dos hombres á la barca para que bajen con ella el río, en tanto que nosotros lo costeamos.

— Si lo permitis dirigiremos nosotros la barca, dijo uno de los dos oficiales.

— Muy bien, señores, contestó Enrique, pero no nos perdáis de vista, y reuníos á la columna cuando lleguemos al pueblo.

— Pero si abandonamos la barca pueden volver á apresarla.

— Á cien pasos del pueblo hallaréis una guardia de diez hombres, que tendrá cuidado de ella.

— Está bien, contestó el oficial de marina.

Y de un golpe de remo se alejó de la orilla.

— Esto es algo singular, dijo Enrique volviendo á ponerse en marcha: he ahí una voz que conozco.

Una hora después encontró el pueblo custodiado por el destacamento de españoles de quienes había hablado el oficial, y que, sorprendidos cuando menos lo esperaban, apenas opusieron resistencia.

Enrique mandó desarmar á los prisioneros, los encerró en la casa más segura del pueblo, y estableció en ella una guardia de diez hombres para custodiarlos.

Otros diez hombres tuvieron el encargo especial

de cuidar de la barca, y por último, se colocaron en diversos puntos centinelas, los cuales debían ser relevados de hora en hora.

En seguida dispuso Enrique que todos cenasen de veinte en veinte en la casa que hacía frente á la que servía de encierro á los prisioneros españoles; en cuanto á los cincuenta ó sesenta prisioneros, su cena estaba dispuesta, pues era la de los enemigos que acababan de rendirse.

Enrique eligió en el primer piso una habitación para Diana y Remigio, pues no quería se presentasen á cenar en compañía de todos los oficiales.

Después hizo que el oficial se sentase á la mesa con diez y siete hombres, encargándole que convidase á los dos oficiales de marina que habían dirigido la barca, y antes de ponerse á cenar fué á visitar todos los puestos y á dar las órdenes convenientes.

Volvió á la media hora, tiempo que le había bastado para disponer alojamientos y viveres y para mandar lo que debía de hacerse en caso de que los holandeses tratasen de sorprenderlos.

Los oficiales, á pesar de haberles dicho el conde que por él no se molestasen, le habían esperado para empezar á cenar, pero todos estaban ya sentados á la mesa y algunos dormidos de cansancio en sus sillas.

La entrada del conde despertó á los dormidos é hizo que se levantasen los despiertos.

Enrique examinó rápidamente la sala y vió que varias lámparas de cobre pendientes del techo iluminaban opacamente la estancia.

La mesa, cubierta de panes de trigo y de carne de

puerco, con un cubilete de cerveza fresca para cada hombre, representaba un aspecto apetitoso, aun para aquellos que no hubiesen estado careciendo de todo por espacio de veinticuatro horas.

Indicaron á Enrique el puesto de honor, y se sentó en él diciendo:

— Cenemos, señores.

Dado este permiso, el ruido de los cuchillos y de los tenedores sobre los platos de loza probó á Enrique que se le esperaba con una impaciencia mezclada de suprema satisfacción.

— Á propósito, preguntó Enrique al oficial, ¿han llegado ya nuestros dos marinos?

— Sí, señor.

— ¿En dónde están?

— Allí, al extremo de la mesa.

No sólo se habían situado en el punto indicado por el oficial, sino en el más oscuro de la habitación.

— Caballeros, les dijo Enrique, supongo que ningún contratiempo habéis experimentado desde nuestra separación á orillas del río; de lo contrario, me hubierais avisado. Pero se me figura que habéis elegido muy mal sitio, y que no cenáis.

— Gracias, señor conde, respondió uno de ellos, estamos muy cansados y tenemos más necesidad de dormir que de cenar; hemos hecho presente esto mismo á vuestros oficiales, pero han insistido en que cenásemos con ellos por haberlo vos dispuesto así, en lo cual nos honráis muchísimo. Sin embargo, si tuvieseis á bien que se nos facilitase un aposento...

Enrique había escuchado con la más profunda atención las anteriores razones; pero era evidente

que había atendido más á la voz que á las palabras.

— ¿Es esa también la opinión de vuestro compañero? preguntó el conde luego que el oficial de marina hubo cesado de hablar.

Y al mismo tiempo miraba dicho compañero, que tenía el sombrero echado sobre los ojos, y que se empeñaba en no hablar, observándole con una atención tan profunda, que muchos oficiales empezaban también á examinarle.

Viéndose éste en la precisión de responder á la pregunta del conde, articuló con voz casi inteligible estas dos palabras :

— Sí, conde.

El joven se estremeció al escucharlas y levantándose de pronto se dirigió hacia el extremo de la mesa, mientras los demás oficiales prestaban una atención particular á todos sus movimientos y á las visibles señales de su asombro.

Enrique se detuvo al lado de los dos oficiales y dijo al que primero había hablado.

— Hacedme un favor, caballero.

— ¿Cuál, señor conde?

— Aseguradme que no sois el hermano de Mr. Aurilly, ó tal vez el mismo Mr. Aurilly.

— ¡Aurilly! exclamaron todos.

— Y haced también que vuestro compañero tenga á bien levantar el ala del sombrero que le cubre el rostro, pues de lo contrario tendré que llamarle monseñor inclinándome ante él con respeto.

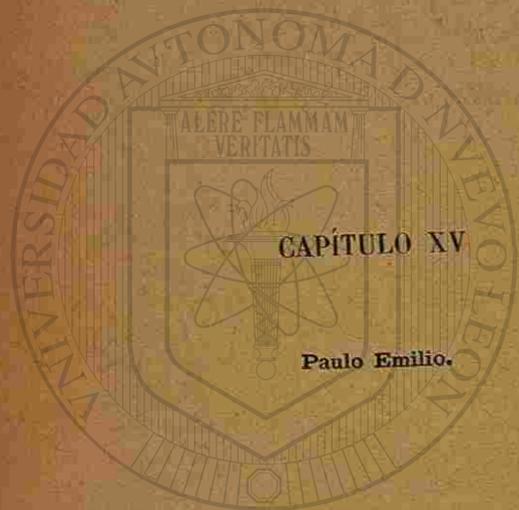
Y al mismo tiempo se descubrió, saludando respetuosamente al desconocido, que por fin levantó la cabeza.

— ¡Monseñor! ¡El duque de Anjou! exclamaron los oficiales.

— ¡Vive el duque!

— Señores, dijo el oficial, supuesto que os empeñáis en reconocer á vuestro príncipe vencido y fugitivo, no desdenaré por más tiempo esas manifestaciones, que agradezco como debo : no os equivocáis, caballeros, pues soy efectivamente el duque de Anjou.

— ¡Viva monseñor! gritaron los oficiales.



## CAPÍTULO XV

Paulo Emilio.

Estas aclamaciones, aunque sinceras, asustaron al príncipe.

— ¡Oh! silencio, silencio, caballeros, dijo; os alegráis más que yo mismo de mi propia felicidad. Celebro á la verdad muchísimo el no haber muerto, y aun deseo también que lo creáis así, y sin embargo, á no haberme reconocido vosotros no hubiera sido yo el primero en vanagloriarme de la fortuna que he tenido.

— ¡Cómo! monseñor, dijo Enrique, ¡me habéis reconocido, estabais entre franceses, nos veáis desesperados por vuestra pérdida, y con todo, nos condenabais al dolor de lloraros!

— Caballeros, respondió el príncipe, además de una multitud de razones que me obligaban á no darme á conocer, confieso, que una vez que todos me creían ya muerto, no me hubiera pesado el aprovechar esta ocasión, que acaso no volverá á presentarse, de oír la oración fúnebre que se pronunciará algún día sobre mi sepulcro.

— ¡Monseñor! ¡Monseñor!

— Lo que os digo, señores; yo soy como Alejandro de Macedonia: hago la guerra con arte, y semejante á todos los artistas, tengo mucho amor propio. Pues bien, digo sin vanidad que creo haber cometido una falta.

— Monseñor, repuso Enrique bajando la vista, no digáis esas cosas.

— ¿Por qué no? Solo el papa es infalible, y aun se discute mucho acerca de esto desde que murió Bonifacio VIII.

— Ved, monseñor, á lo que nos exponéis si alguno de nosotros se hubiese atrevido á juzgar la expedición y la hubiera juzgado censurándola.

— ¿Y qué? ¿Se os figura que yo no me he criticado ya bastante, no por haber arriesgado la batalla, sino por haberla perdido?

— Monseñor, esa bondad nos hace estremecer, y V. A. debe permitirme le diga que esa alegría no es natural. Tened la bondad de tranquilizarnos asegurándonos que no padecéis.

Una nube terrible oscureció la frente del príncipe, velando aquella frente, ya tan fatal, con un crespón siniestro.

— No, contestó al punto, nunca he disfrutado, á

Dios gracias, mejor salud, y me hallo perfectamente en medio de vosotros.

Los oficiales se inclinaron en señal de gratitud.

— ¿Qué gente tenéis á vuestras órdenes, conde Du Bouchage? preguntó el duque.

— Ciento cincuenta hombres, monseñor.

— ¡Ah! ¡ah! Ciento cincuenta de doce mil: es la proporción del desastre de Cannas: enviarán á Amberes nuestros contrarios una fanega de sortijas vuestras, pero dudo que las hermosuras flamencas puedan usarlas si antes no se adelgazaban los dedos con las dagas de sus maridos. Á propósito, señores, no cortaban mal aquellas dagas.

— Monseñor, replicó Joyeuse, si nuestra batalla puede compararse á la de Cannas, somos al menos mucho más dichosos que los romanos, supuesto que hemos conservado á nuestro Paulo Emilio.

— A fé mía, señores, contestó el duque, el Paulo Emilio de Amberes es Joyeuse, el almirante, quien sin duda por asemejarse completamente á su heroico modelo habrá muerto. ¿no es esto, Du Bouchage?

Enrique sintió helarsele el corazón al oír tan fría é impasible pregunta.

— No, monseñor, dijo; vive.

— ¡Hola! tanto mejor, añadió el príncipe con su glacial sonrisa. ¿Cómo! ¿Nuestro intrépido almirante ha sobrevivido? ¿En dónde está? Quiero abrazarle.

— No se halla con nosotros, monseñor.

— ¡Ah! ya comprendo, herido.....

— No, monseñor, está bueno enteramente.

— Si, pero andará como yo, fugitivo, asustado, muerto de hambre y de vergüenza. ¡Pobres gue-

rreros! ¡Ah! Con razón se dice: para la gloria la espada, después de la espada, sangre, después de la sangre, lágrimas.

— Monseñor, yo ignoraba hasta ahora ese dicho, pero á pesar de su autenticidad, tengo el gusto de anunciar á V. A. que mi hermano ha conseguido salvar tres mil hombres, con los cuales ocupa una fuerte posición, á siete leguas de aquí, de modo que la fuerza que está á mis órdenes es una descubierta del almirante.

El duque se puso pálido al oír esto.

— ¡Tres mil hombres! exclamó. ¿Conque Joyeuse ha tenido la fortuna de salvar tres mil hombres? ¡Oh! Vuestro hermano es un Xenofonte. ¡Vive Dios, que mi hermano ha obrado cuerdamente al enviarme el tuyo, pues á no ser así hubiera vuelto yo solo á Francia! ¡Viva Joyeuse! ¿De qué demonios sirve la casa de Valois? No será ésta por cierto la que pueda nunca usar como divisa la palabra *Hilariter*.

— ¡Monseñor! ¡Monseñor! murmuró Du Bouchage irritado por el dolor, pues demasiado habia llegado á notar que la alegría del príncipe ocultaba una ponzoñosa envidia.

— Juro á Dios por mi alma, que digo la verdad. ¿No es esto, Aurilly? Quiere decir que volveremos á Francia en un estado semejante al de Francisco I después de la batalla de Pavia. Todo se ha perdido, más el honor. ¡Ja! ¡ja! ¡ja! Por fin ya he encontrado la verdadera divisa de la casa de Francia.

Un silencio sombrío acogió estas palabras desgarradoras, como si fuesen sollozos.

— Monseñor, dijo Enrique, referidnos de qué

modo ha salvado á V. A. el dios tutelar de la Francia.

— La cosa es muy sencilla, querido conde; el dios tutelar de la Francia estaba sin duda ocupado en aquel momento en cosas de mayor importancia, de modo que he tenido que salvarme yo mismo.

— ¿Y cómo, monseñor?

— Á una de caballo.

Ninguna sonrisa acogió esta broma, que tal vez el duque hubiera castigado con la muerte si á otro se le hubiese escapado.

— No digo más que lo que ha sucedido, añadió con el mayor descaro. ¡Qué bien corriamos, Aurilly! ¿Te acuerdas?

— Todos los presentes, repuso Enrique, conocen el valor y el genio militar de V. A.; os ruego, pues, monseñor, que no destrocéis nuestros corazones atribuyéndoos faltas que no habéis cometido. El mejor general puede ser vencido alguna vez, y Anibal quedó derrotado en Zama.

— Si, sí, contestó el duque, pero Anibal había ganado las batallas de la Trebia, de Trasimena, y de Cannas, al paso que yo solo puedo hablar de la de Chateau-Cambresis, que no puede sostener la comparación con ellas.

— Pero, monseñor, estoy seguro de que queréis chancearos cuando decís que habéis huido.

— ¡Ira de Dios! Os juro que no es broma. ¿Es la cosa para ehancearse, conde Du Bouchage?

— ¿Se podía hacer otra cosa, señor conde? añadió Aurilly conociendo que ya era tiempo de acudir al auxilio de su amo.

— Calla, Aurilly, dijo el duque, y pregunta á la sombra de Saint-Aignan si no se podía hacer más que huir.

Aurilly bajó la cabeza.

— ¡Ah! Vosotros no sabéis la historia de Saint-Aignan, y os la voy á referir, porque puede dividirse en tres muecas.

Al oír esta nueva bufonada, que en semejantes circunstancias no dejaba de ser odiosa, los oficiales arrugaron las cejas sin cuidarse de si podían ó no incomodar al príncipe.

— Imaginaos, señores, prosiguió éste sin hacer caso de aquellas señales de desaprobación, que era el momento en que la batalla se hallaba perdida: el conde reunió quinientos caballos, y en lugar de retirarse como los demás, se acercó á mi y me dijo:

— Monseñor, es preciso cargar.

— ¿Qué es eso de cargar? le respondi. ¿Estáis loco, Saint-Aignan? ¿No veis que son ciento contra uno?

— Aunque sean mil, me replicó haciendo una mueca horrible, voy á cargar.

— Cargad, pues, querido mío, haced lo que gustéis, le contesté: por mi parte no pienso obrar así.

— Eso quiere decir, monseñor, que me dejaréis vuestro caballo, que apenas puede andar, y llevaréis el mío, que es de refresco, pues como yo no quiero huir, todos los caballos son buenos para mí.

En efecto, montó en mi caballo blanco y me dió el suyo negro, diciendo:

— Príncipe, lleváis un corcel que correrá veinte leguas en cuatro horas, si queréis.

Y volviéndose hacia su gente, añadió:

— Vamos, valientes, siganme los que no quieran volver grupas al enemigo.

Y se precipitó en la pelea, haciendo otra mueca más horrible que la primera. El pobre diablo creía habérselas con hombres de carne y hueso, y se encontró con la inundación. Por mi parte había previsto lo que iba á suceder, pero Saint-Aignan y sus guerreros se llevaron un solemne chasco. Si me hubiera obedecido, en vez de volver al combate, le tendríamos sentado á esta mesa, y no haría á estas horas su tercera mueca, que sin duda debe ser mucho más fea y repugnante que las dos primeras.

Todos los oficiales se estremecieron de horror.

— Este miserable no tiene corazón, murmuró Enrique entre dientes. ¡ Oh! ¡ Por qué le protegen hoy su desgracia, su vergüenza, y sobre todo su nacimiento, contra las faltas que pudieran echársele en cara?

— Señores, dijo en voz baja Aurilly, que conoció el terrible efecto que debían producir las palabras del príncipe en aquella reunión de valientes, ya veis que monseñor se halla afectado, y que no debéis entender al pie de la letra sus palabras. Después de la desgracia que ha experimentado, se me figura que en efecto delira algunas veces.

— He ahí, repuso el príncipe vaciando su vaso, la manera con que Saint-Aignan se ha despedido del mundo, y cómo vivo yo: lo cierto es que al morir me ha hecho un señalado servicio, haciendo creer que yo he perecido, supuesto que montaba mi caballo, de modo que se ha esparecido esta noticia, no sólo en

el ejército francés, sino en el flamenco, que por tal causa ha alojado en su persecución; pero tranquilizaos, señores, porque nuestros amigos los flamencos no se chuparán la breva; tendremos la revancha, caballeros, y será sangrienta, os lo juro, pues desde ayer estoy organizando, al mehos mentalmente, el ejército más formidable del mundo.

— Entretanto V. A. se servirá tomar el mando de esta fuerza, pues no me corresponde dar una sola orden donde está un hijo de Francia.

— Acepto, dijo el príncipe, y la primera orden que doy es que todos cenemos, y vos en particular, caballero Du Bouchage, porque todavía no os habéis acercado á vuestro plato.

— Monseñor, no tengo apetito.

— En tal caso, recorred nuestros puestos y anunciad á los jefes que vivo, pidiéndoles al mismo tiempo que no se alegren con demasiado estrépito por la nueva, antes que hayamos ganado otra posición más fuerte ó nos hayamos reunido á las fuerzas de nuestro invencible Joyeuse, porque os confieso que ahora temo ser cogido más que nunca, por lo mismo que me he libertado del fuego y del agua.

Monseñor, seréis obedecido puntualmente, y nadie sabrá, á excepcion de estos señores, que tenemos la dicha de honrarnos con vuestra compañía. ®

— ¿ Y guardarán estos señores el secreto? preguntó el duque.

Todos se inclinaron afirmativamente.

— Haced vuestro reconocimiento, conde.

Du Bouchage salió de la sala.

Sólo había necesitado un momento aquel vaga-

bundo, aquel fugitivo, aquel príncipe vencido, para recobrar, como se acaba de ver, todo su orgullo, toda su frivolidad, todo su imperio.

Mandar á cien hombres ó á cien mil todo es mandar, y el duque de Anjou se hubiera portado del mismo modo con Joyeuse. Los príncipes nunca exigen lo que merecen, sino lo que creen que se les debe de derecho.

En tanto que Du Bouchage ejecutaba la orden con la mayor puntualidad, Francisco preguntaba, y lo mismo hacía Aurilly, aquella sombra de su amo, que seguía todos sus movimientos y parodiaba sus acciones.

El duque se admiraba de que un hombre del nombre y del rango de Du Bouchage hubiese consentido en tomar el mando de un destamento tan débil, y encargándose de una expedición tan peligrosa.

Era, en efecto, mando que correspondía á un subalterno y no al hermano de un gran almirante.

El príncipe era inclinado á sospechar de todo, y necesitaba aclarar á toda costa las menores sospechas.

Insistió, pues, en sus preguntas, y supo que al confiar el gran almirante á su hermano el mando del destacamento, no había hecho más que ceder á sus reiteradas súplicas.

El que daba estas noticias al duque, aunque sin mala intención, era el alférez de los gendarmes de Aunis, á quien Du Bouchage había quitado el mando, del mismo modo que éste había tenido que ceder el suyo al príncipe.

Este último había creído notar un sentimiento de

irritabilidad en el corazón del alférez contra Du Bouchage, y por eso procuró dirigirse á él.

— ¿Pero cuál era, le preguntó, la intención del conde al solicitar con tanto empeño tan pobre mando?

— Servir al ejército desde luego, y no puede darse de ello.

— Desde luego, habéis dicho. ¿Y además?

— Monseñor, lo ignoro.

— Ó me engañáis ú os engañáis vos mismo.

— Monseñor, no puedo dar cuenta ni aun á V. A. más de lo que atañe á mi servicio.

— Ya veis, caballeros, si yo hacía bien en permanecer oculto, supuesto que en mi ejército hay secretos que no se me comunican.

— Monseñor, habéis interpretado muy mal mi discreción, pues esos secretos sólo son relativos al conde Du Bouchage. ¿No pudiera suceder, por ejemplo, que sirviendo al interés general haya querido también ser útil á algún pariente ó amigo suyo escoltándole?

— Y quién es ese pariente ó amigo del conde? Vamos, decídmelo para que le abrace.

— Monseñor, repuso Aurilly mezclándose en la conversación con respetuosa franqueza, acabo de descubrir parte del secreto, y vuestra alteza no puede tener motivos de desconfianza. El pariente á quien el conde escolta...

Acaba, con mil diablos.

— Pues bien, monseñor, es una parienta.

— ¡Ah! ¡ah! exclamó el duque. ¿Por qué no me habéis hablado con franqueza? ¡Ese diablo de Enrique! Vamos, vamos, no hay cosa más natural, y

asi, cerremos los ojos en cuanto á la parienta y no hablemos más.

— Y hará bien V. A., añadió Aurilly, porque el negocio es sumamente misterioso.

— ¿Cómo?

— La dama, á la manera que la célebre Bradamante, cuya historia he referido á vuestra alteza muchas veces, anda disfrazada de hombre.

— ¡Oh! por piedad, monseñor: el conde la respeta en alto grado, y tal vez no me perdonará el haber sido indiscreto.

— Bien, bien, caballero, tranquilizaos; seremos mudos como un sepulcro ó como el pobre Saint-Aignan, aunque si llegamos á ver esa dama procuraremos no hacerle muecas. ¡Hola! ¿Conque Enrique trae una parienta con una escolta de gendarmes? ¿En dónde está, Aurilly?

— Arriba.

— ¡Cómo! ¿En esta misma casa?

— Sí, monseñor, pero... silencio, que llega el conde.

— ¡Silencio! repitió el príncipe riéndose á carcajadas.

## CAPÍTULO XVI

### Un recuerdo del duque de Anjou.

Al volver el joven oyó la funesta carcajada del príncipe, mas no le dió importancia alguna, porque no había vivido en compañía de S. A. el tiempo suficiente para conocer todas las amenazas que encerraba una manifestación alegre del duque de Anjou.

También hubiera podido observar por la turbación de algunas fisonomías, que durante su ausencia el duque había hablado en términos hostiles, y que sólo su regreso había interrumpido la conversación; pero como Enrique no era muy desconfiado, no pudo adivinar de qué se trataba, y por otra parte, nadie era tan amigo suyo que pudiera decírselo en presencia del duque.

asi, cerremos los ojos en cuanto á la parienta y no hablemos más.

— Y hará bien V. A., añadió Aurilly, porque el negocio es sumamente misterioso.

— ¿Cómo?

— La dama, á la manera que la célebre Bradamante, cuya historia he referido á vuestra alteza muchas veces, anda disfrazada de hombre.

— ¡Oh! por piedad, monseñor: el conde la respeta en alto grado, y tal vez no me perdonará el haber sido indiscreto.

— Bien, bien, caballero, tranquilizaos; seremos mudos como un sepulcro ó como el pobre Saint-Aignan, aunque si llegamos á ver esa dama procuraremos no hacerle muecas. ¡Hola! ¿Conque Enrique trae una parienta con una escolta de gendarmes? ¿En dónde está, Aurilly?

— Arriba.

— ¡Cómo! ¿En esta misma casa?

— Sí, monseñor, pero... silencio, que llega el conde.

— ¡Silencio! repitió el príncipe riéndose á carcajadas.

## CAPÍTULO XVI

### Un recuerdo del duque de Anjou.

Al volver el joven oyó la funesta carcajada del príncipe, mas no le dió importancia alguna, porque no había vivido en compañía de S. A. el tiempo suficiente para conocer todas las amenazas que encerraba una manifestación alegre del duque de Anjou.

También hubiera podido observar por la turbación de algunas fisonomías, que durante su ausencia el duque había hablado en términos hostiles, y que sólo su regreso había interrumpido la conversación; pero como Enrique no era muy desconfiado, no pudo adivinar de qué se trataba, y por otra parte, nadie era tan amigo suyo que pudiera decírselo en presencia del duque.

Además, Aurilly cumplía demasiado bien con su obligación, y era difícil burlar su vigilancia, y el duque, que sin duda alguna tenía ya casi arreglado su plan, retuvo á Enrique á su lado hasta que se marcharon todos los oficiales que habían presenciado la conversación.

Debemos añadir que el duque había hecho algunas variaciones en la distribución de los puestos. Cuando Enrique mandaba el destacamento juzgó conveniente, en calidad de jefe superior, establecer su cuartel general en la casa de Diana, enviando al oficial al puesto más importante después de aquel, es decir, del río; pero el duque, al relevar á Enrique en el mando, se quedó en la casa en lugar de éste, y le envió á encargarse del puesto que debía ocupar el oficial.

Enrique no se admiró de esta determinación, pues nada más natural que el príncipe le confiara aquel puesto luego que se apercibió de que era el más importante.

Juzgando conveniente hacer un cargo al oficial de gendarmes, se aproximó á él, puesto que era también muy natural que pusiera bajo su protección á las dos personas sobre cuya seguridad velaba, y á las cuales tenía que abandonar, á lo menos momentáneamente: pero á las primeras palabras que dirigió Enrique al oficial, intervino el duque, y dijo con su habitual sonrisa:

— ¡Hola, hay secretos!

El oficial conoció, aunque demasiado tarde, la indiscreción que había cometido; por lo que arrepentido, y queriendo sacar al conde de su apurado trance, respondió:

— No, monseñor, no es ningún secreto; pregúntame solamente el señor conde cuántas libras de pólvora seca me quedan en estado de servir.

Esta respuesta tenía dos objetos, ya que no dos resultados; el primero desvanecer las sospechas del duque, si es que las tenía, y el segundo indicar al conde que tenía un auxiliar de quien podía disponer.

— ¡Ah! eso es diferente, respondió el duque, obligado á dar crédito á estas palabras, so pena de comprometer con el papel de espía su dignidad de príncipe.

Y en tanto que se dirigía hacia la puerta, dijo el oficial á Enrique en voz baja:

— S. A. sabe que acompañáis á algunas personas.

Du Bouchage tembló; pero era demasiado tarde, y aun este mismo temblor no pasó desapercibido para el duque, el cual, como queriendo asegurarse por sí mismo de que habían sido ejecutadas sus órdenes en todos los puntos, propuso al conde que le acompañara hasta su puesto, proposición que el conde se vió obligado á aceptar. Enrique hubiera querido avisar á Remigio para que estuviese en guardia y preparase de antemano alguna respuesta; pero ya no había medio, y lo único que pudo hacer fué despedir al oficial con estas palabras:

— Tened mucho cuidado con la pólvora. ¿No es cierto que cuidaréis de ella como yo mismo?

— Está bien, señor conde, contestó el joven.

En el camino preguntó el duque á Du Bouchage.

— ¿Dónde está esa pólvora que recomendáis tanto á nuestro joven oficial?

— En la casa donde había colocado el cuartel general.

— Pues estad tranquilo, Du Bouchage, respondió el duque: conozco demasiado bien la importancia de semejante depósito en la situación en que nos hallamos, para no emplear en él toda mi atención. Así pues, no será nuestro joven oficial quien lo vigilará, sino yo mismo.

En este punto se hallaba su conversación cuando llegaron á la confluencia de los dos ríos, y allí el duque encargó mucho á Du Bouchage que no abandonase su puesto, y al retirarse en seguida encontró á Aurilly en la sala donde había cenado, tendido sobre un banco, que dormía envuelto en la capa de un oficial.

El duque le dió una palmada en el hombro y le despertó.

Frotándose Aurilly los ojos, se puso á mirar al príncipe.

— ¿Has oído? le preguntó éste.

— Sí, monseñor, respondió Aurilly.

— ¿Sabes de quién quiero hablar?

— ¡Pardiez! De la dama desconocida, de la parienta del señor conde Du Bouchage.

— Bien: veo que el vino de Bruselas y la cerveza de Lovaina no te han entorpecido demasiado los sentidos.

— Hablad, monseñor, ó haced cualquiera seña, y verá V. A. que tengo más ingenio que nunca.

— Pues bien, llama en tu auxilio á toda tu imaginación, y adivina.

— Adivino, monseñor, que V. A. es curioso.

— ¡Bah! eso consiste en mi temperamento, y aquí solamente se trata de que me digas qué es lo que excita mi curiosidad en estos momentos.

— Deseáis saber qué criatura es esa que sigue á los dos hermanos Joyeuse por entre el fuego y el agua.

— *Per mille pericula Martis*, como diría mi hermana Margot, si estuviese aquí: has acertado de medio á medio, Aurilly. Á propósito, ¿le has escrito?

— Á quién, monseñor?

— Á mi hermana Margot.

— ¿Tenía que escribir yo á S. M.?

— Sin duda.

— ¿Y qué había de decirle?

— Que nos hemos batido, que nos hallamos arruinados, y que debe estar prevenida.

— ¿Para qué ocasión, monseñor?

— Para cuando la España, que ya se ha desembarazado de mí en el Norte, caiga sobre su espalda por el Mediodía.

— ¡Ah! es verdad.

— ¿No has escrito?

— No, monseñor.

— ¿Cómo habías de escribir si estabas dormido!

— Sí, lo confieso, pero aun cuando me hubiera ocurrido la idea de escribir, ¿con qué lo hubiera hecho, monseñor, no teniendo aquí tinta, papel ni pluma?

— Pues busca. *Quere et invenies*, dice el Evangelio.

— ¿Cómo diablo quiere V. A. que encuentre todo eso en la cabaña de un campesino que estoy seguro no sabe escribir?

— Pues busca, sin embargo, imbécil, y si no encuentras eso...

— ¿Qué?

— Encontrarás otra cosa.

— ¡Qué torpe soy! exclamó Aurilly golpeándose la frente, es verdad: V. A. tiene razón, mi cabeza está perdida, lo cual consiste en que tengo muchas ganas de dormir.

— Bien, bien, quiero creerte; procura despabilarlo por un instante, y puesto que no has escrito, yo escribiré, búscame solamente todo lo necesario para hacerlo; busca, Aurilly, busca, y no vuelvas hasta que no hayas encontrado, aquí te espero.

— Voy al punto, monseñor.

— Y si mientras buscas, oye bien lo que voy a decirte, y si mientras buscas observas que la casa es de género pintoresco... Ya sabes cuánto me gustan los interiores flamencos, Aurilly.

— Sí, monseñor.

— En ese caso, me llamarás.

— Al instante, monseñor, os lo prometo.

Aurilly se levantó, y ligero como un pájaro, se dirigió hacia la pieza contigua que daba paso á la escalera; sus pisadas resonaron apenas, y nadie pudo sospechar su intención.

Al cabo de cinco minutos volvió al lado del príncipe, que se había instalado, según había dicho, en la sala principal.

— ¿Qué hay? preguntó éste.

— Si he de atenerme á las apariencias, la casa debe ser endemoniadamente pintoresca.

— ¿Por qué?

— Porque no entra uno en ella como quisiera.

— ¿Qué dices?

— Digo que la guarda un dragón.

— ¡Qué chanza tan necia, Aurilly!

— ¡Oh! monseñor, desgraciadamente no es una chanza, sino una triste verdad. El tesoro se halla en el piso principal, en una habitación detrás de la puerta, por debajo de la cual se vé brillar una luz.

— ¿Y qué más?

— Delante de esa puerta, monseñor, hay un hombre tendido en el mismo umbral, envuelto en una capa gris.

— ¡Oh! ¡oh! ¿Se habrá permitido Du Bouchage poner un gendarme á la puerta del cuarto de su querida?

— No es un gendarme, monseñor, sino algún criado de la dama ó del conde.

— ¿Pero qué clase de criado?

— Monseñor, es imposible ver su figura, pero lo que se vé perfectamente es un ancho cuchillo flamenco sujeto á su cinturón, y sobre el cual apoya una mano vigorosa.

— Es curioso lo que me cuentas, dijo el duque; despierta á ese matón, Aurilly.

— ¡Oh! no por cierto, monseñor.

— ¿Por qué?

— Porque prescindiendo de lo que pudiera acontecerme por parte del cuchillo flamenco, no me parece conveniente hacerme enemigo mortal de los señores

de Joyeuse, que están muy bien en la corte. Si hubiésemos sido reyes de los Países Bajos, era disculpable, pero convenid en que no podemos hacernos los graciosos, especialmente con los que nos han salvado, porque bien sabéis, monseñor, que los Joyeuse nos han salvado, y si vos no lo decís, ellos lo dirán.

— Tienes razón, Aurilly, dijo el duque golpeando fuertemente el suelo con el pie, tienes razón, y sin embargo...

— Sí, comprendo; y sin embargo, V. A. no ha visto la cara de una sola mujer hace quince días mortales. No hablo de esa especie de animales que pueblan los buques, que no merecen siquiera el nombre de hombres y mujeres, sino solamente el de machos y hembras.

— Quiero ver á la querida de Du Bouchage, Aurilly, quiero verla, ¿lo entiendes?

— Entiendo, monseñor.

— En ese caso, respóndeme.

— Respondo, monseñor, que tal vez la veréis, pero no por la puerta.

— Sea, dijo el príncipe, pero si no puedo verla por la puerta, la veré á lo menos por la ventana.

— Me parece muy buena idea, monseñor, y en prueba de que la considero excelente, voy á buscaros una escala.

Aurilly salió al patio de la casa y tropezó con el poste de un cobertizo, debajo del cual habían puesto los gendarmes sus caballos para resguardarlos de la intemperie.

Después de algunos momentos de investigación,

halló Aurilly lo que casi siempre se encuentra debajo de un cobertizo, es decir, una escalera, y cargado con ella tuvo la suficiente destreza para deslizarse por entre los hombres y las bestias, sin despertar á aquéllos ni recibir las coces de éstos, y saliendo á la calle, la arrimó á la pared de la casa.

Preciso era ser príncipe y despreciar altamente los escrúpulos vulgares, como acontece en general á los déspotas de derecho divino, para atreverse en presencia de un centinela que se pasea por delante de la puerta donde estaban encerrados los prisioneros, á cometer una acción tan insultante contra Du Bouchage, como la que el príncipe iba á cometer.

Aurilly comprendió esta dificultad, y llamó la atención del príncipe sobre el centinela, que no sabiendo quiénes eran aquellos dos hombres, se disponía á gritarles: ¡Quién vive!

Francisco se encogió de hombros, y marchó en derechura al soldado, siguiéndole Aurilly.

— Amigo mío, dijo el príncipe, ¿no es este el punto más elevado del pueblo?

— Sí, monseñor, contestó el centinela, que reconociendo á Francisco, le hizo el saludo de honor, y sino fuera por esos tilos que interceptan la vista, se descubriría á la luz de la luna parte del campo.

— Ya me lo presumía, dijo el príncipe, así es que he hecho traer á prevención esta escalera para mirar desde arriba. Sube, pues, Aurilly, ó sino, déjalo, yo subiré; un príncipe debe verlo todo por sí mismo.

— ¿Adónde debo arrimar la escalera, monseñor? preguntó hipócritamente el criado.

— En cualquiera parte; aquí contra esta tapia.

Apenas soltó el eriado la escalera subió el duque. Sea que el centinela sospechara el proyecto del príncipe, sea por discreción natural, volvió la cabeza hacia al lado opuesto al príncipe.

El príncipe llegó á lo alto de la escalera, mientras Aurilly quedaba al pie de ella.

La habitación en que Enrique había encerrado á Diana estaba esterada y amueblada, con una gran cama de nogal, cortinas de sarga, una mesa y algunas sillas.

La joven, cuyo corazón parecía aliviado de un peso enorme desde que supo en el campamento de los gendarmes de Aunis la falsa noticia de la muerte del príncipe, había pedido á Remigio un poco de alimento, que éste le había subido al punto con una alegría indecible.

Aquella fué la primera vez que Diana, desde que supo la muerte de su padre, había probado un manjar más sustancioso que el pan; aquella era también la vez primera que bebía algunas gotas de vino del Rhin, que los gendarmes habían encontrado en la bodega y puesto á disposición de Du Bouchage.

Concluida aquella cena frugal, la sangre de Diana, agitada por tantas emociones violentas y fatigas inauditas, afluyó más impetuosa á su corazón, cuyo camino parecía haber olvidado; Remigio vió que sus ojos se cerraban y que su cabeza se inclinaba sobre su hombro. Retiróse, pues, discretamente, y como ya hemos visto, se acostó sobre el umbral de la puerta, no porque abrigase la menor desconfianza, sino porque tal era su costumbre desde que salió de Paris.

Después de tomadas estas disposiciones, que aseguraban la tranquilidad de la noche, fué cuando subió Aurilly y halló á Remigio acostado en el corredor.

Diana, por su parte, dormía con el codo puesto sobre la mesa y la cabeza apoyada sobre la mano.

Su cuerpo, esbelto y delicado, estaba graciosamente inclinado hacia un lado, sobre su silla de alto respaldo; la lámpara de hierro colocada sobre la mesa, cerca del plato, medio cubierto todavía, alumbraba el interior de aquel aposento, que á primera vista parecía tan tranquilo, y en el cual, sin embargo, acababa de calmarse una tempestad que pronto iba á empezar de nuevo.

En el cristal reflejaba, puro como el diamante en fusión, el vino del Rhin, apenas tocado por los labios de Diana: aquella gran copa que tenía la forma de un cáliz, colocada entre la lámpara y Diana, amortiguaba mucho más la luz, y atenuaba las tintas del rostro de la dama dormida. Cerrados los ojos, la boca suavemente entreabierta y los cabellos sueltos y echados hacia atrás por encima del capuchón del toscó vestido de hombre que llevaba, debía aparecer Diana como una visión sublime á las miradas que se disponían á violar el secreto de su retiro.

Al verla el duque no pudo contener un movimiento de admiración, se apoyó en el antepecho de la ventana, y devoró con la vista hasta los más insignificantes pormenores de aquella ideal hermosura; pero de improvisó, en medio de su contemplación, se frunció sus cejas, y bajó dos escalones con una especie de precipitación nerviosa.

En esta situación no se veía ya expuesto á los luminosos reflejos de la ventana, de los cuales parecía huir; recostóse, pues, contra la pared, se cruzó de brazos y empezó á meditar.

Aurilly, que no le perdía de vista, pudo contemplarle sumergido en vagos presentimientos, como todo el que llama en su ayuda sus recuerdos más antiguos y fugaces.

Después de diez minutos de meditación é inmovilidad, volvió á subir el duque hasta la ventana, dirigió de nuevo sus miradas al través de los vidrios, pero no llegó sin duda á obtener el descubrimiento que deseaba, porque la misma nube sombría cubrió su rostro y la misma incertidumbre su mirada.

Aquí llegaba en sus investigaciones, cuando Aurilly se acercó con viveza al pie de la escalera.

— Pronto, pronto, monseñor, le dijo; bajad, pues oigo ruido de pasos en la calle inmediata.

El duque, como si nada hubiera oído, bajó lentamente, sin dejar de inquirir sus recuerdos en la profundidad de su alma.

— Ya era tiempo, dijo Aurilly.

— ¿Hacia qué lado se oyen las pisadas? le preguntó el duque.

— Hacia ese, respondió Aurilly extendiendo el brazo y señalando la entrada de una callejuela oscura.

El príncipe se puso á escuchar y dijo:

— Nada oigo.

— Se habrán detenido: tal vez será algún espía.

— Bien, llévate la escala.

Obedeció Aurilly, y el príncipe entretanto se sentó

en el banco de piedra que había junto á la puerta de la casa.

No volvió á repetirse ningún ruido, nadie aparecía al extremo de la calle, y únicamente se presentó de nuevo el criado.

— ¿Qué tal os ha parecido, monseñor? preguntó al príncipe. ¿Es bella?

— Bellísima, respondió aquél con voz sombría.

— ¿Pues entonces, por qué estáis triste? ¿Os ha visto?

— No, está dormida.

— Entonces, ¿en qué pensáis?

El duque no contestó.

— ¿Es morena... rubia?... preguntó Aurilly.

— Lo singular, lo raro, Aurilly, es que yo he visto á esa mujer en otra parte.

— Es decir, que la habéis reconocido.

— No, porque me es imposible en este momento saber quién es, aunque su vista ha conmovido profundamente mi corazón.

Aurilly contempló admirado al príncipe, y dijo sonriéndose irónicamente:

— ¡Qué casualidad!

— No os riáis, caballero, cuando veis que padezco, murmuró Francisco con sequedad.

— ¿Será cierto, monseñor? exclamó Aurilly.

— Si, no dudes de lo que te estoy diciendo: ignoro lo que es; no sé lo que siento interiormente, pero se me figura que he hecho mal en dirigir mis miradas en ese aposento.

— Pues bien, atendiendo á ese mismo efecto que

la dama ha producido en vos, debemos hacer lo posible para saber quién es.

— Sí, sí, ya veo que es preciso.

— Recordad bien, monseñor. ¿La habréis visto por ventura en la corte?

— No; paréceme que no.

— ¿En Francia tal vez? ¿En Navarra? ¿En Flandes?

— No.

— ¿Será española?

— No lo creo.

— ¿Inglesa? ¿Alguna dama de la reina Isabel?

— No, no, debe adherirse á mi vida de una manera más íntima. Creo que se me ha aparecido en alguna circunstancia terrible.

— En ese caso la reconoceréis fácilmente, porque, á Dios gracias, monseñor, pocas circunstancias de esas habéis experimentado en vuestra vida.

— ¿Lo crees así? replicó Francisco con fatídica sonrisa.

Aurilly le saludó con respeto.

— Ahora, prosiguió el duque, soy bastante dueño de mí mismo para poder analizar mis sensaciones: esa mujer es hermosa, pero hermosa como una muerta, hermosa como una sombra, hermosa como esas imágenes que se nos representan en sueños. Por eso se me figura que la he visto en sueño, y por cierto que he tenido en mi vida dos ó tres sueños terribles, que han dejado helado mi corazón. Sí, sí, estoy seguro de haber visto en uno de esos sueños á la dama que duerme allá arriba.

— ¡Monseñor! ¡monseñor! exclamó Aurilly: V. A. me permitirá decirle que rara vez le he oído

explicarse en tono tan triste respecto á los sueños; vuestro corazón está templado á prueba del más duro acero, y creo que tanto pueden contra él las sombras como los vivos. Os digo, monseñor, que si no fuera porque recelo que algún indiscreto nos está observando desde esa callejuela, subiría á la ventana, y me la pagarían á un tiempo vuestro sueño, vuestra sombra y vuestros temores.

— Á fé mía, Aurilly, que tienes razón; vuelve á traer la escala y sube. ¿Qué importa que te acechen? ¿No estás conmigo? Vamos, vamos, haz lo que te digo.

Aurilly había dado ya algunos pasos para obedecer á su amo, cuando resonaron en la plaza precipitados pasos, y Enrique se presentó delante del duque gritando:

— ¡Á las armas, monseñor! ¡Á las armas!

Aurilly se puso al lado del príncipe:

— ¡Vos aquí, conde! dijo éste. ¿Por qué motivo habéis abandonado vuestro puesto?

— Monseñor, contestó Enrique con entereza, si creéis que debo ser castigado, castigadme como os plazca; por lo demás, mi deber me manda venir, y este es mi puesto ahora.

El duque miró á la ventana haciendo un gesto significativo y diciendo:

— ¡Vuestro deber, conde! Explicadme eso.

— Monseñor, se ha presentado caballería por la parte del Escalda, é ignoro si son amigos ó enemigos.

— ¿Son muchos? preguntó el duque con inquietud.

— Muchos, monseñor.

— Pues bien, conde, no nos hagamos los valientes sin necesidad; apruebo el que hayáis venido á avi-

sarme, y ahora despertad á vuestros gendarmes. Costearemos el río, porque ese es el camino más corto, y nos retiraremos, pues me parece el partido más prudente.

— Sin duda, monseñor, sin duda, pero creo que urge prevenir á mi hermano.

— Para eso bastan dos hombres.

— Si bastan dos hombres, monseñor, dijo Enrique, iré con un gendarme.

— Nada de eso, dijo vivamente Francisco, vos me acompañaréis, porque en estas circunstancias no me conviene separarme de un defensor como vos.

— ¿V. A. piensa llevar toda la fuerza?

— Toda.

— Muy bien, monseñor, replicó Enrique saludándole. ¿Cuándo quiere partir V. A.?

— Ahora mismo.

Enrique dió una voz, y al punto salió el oficial de la callejuela, como si sólo hubiese estado esperando la orden de su jefe para presentarse.

Enrique le dió sus órdenes, y poco después aparecieron los gendarmes replegándose hacia la plaza, abandonando los puntos que ocupaban, y disponiéndose para la marcha.

El duque estaba ya en medio de ellos conversando con los oficiales.

— Señores, les decía, parece que el príncipe de Orange me persigue, pero no conviene que un francés sea hecho prisionero sin que se dé una batalla como la de Poitiers ó Pavía. Cedamos al número retirándonos sobre Bruselas, pues me contemplo seguro mientras me balle entre vosotros.

Volviéndose después hacia Aurilly, le dijo:

— Tú te quedarás aquí, porque esa mujer no puede seguirnos, y por otra parte, conozco bastante á los Joyeuse para saber que Enrique no se atreverá á presentarse delante de mi con su querida. Además, nosotros no vamos á un baile, y las marchas que hacemos fatigarán á la dama.

— ¿Adónde piensa ir monseñor?

— Á Francia, porque creo que nada ganan aquí mis asuntos.

— ¿Pero á qué parte de Francia? ¿Cree monseñor prudente volver á la corte?

— No por cierto, y por lo mismo es probable que me detenga en el camino en cualquiera de mis posesiones, por ejemplo, en el castillo de Thierry.

— ¿Es esa la resolución definitiva de V. A.?

— Sí, el castillo de Thierry me conviene bajo todos aspectos, porque está situado á una distancia conveniente de París, á veinticuatro leguas, desde cuyo punto puedo vigilar á los señores de Guisa, que pasan la mitad del año en Soissons. Así, pues, llevarás á la bella desconocida al castillo de Thierry.

— ¿Y si no se deja llevar?

— ¿Estás loco? Puesto que Du Bouchage me acompaña al castillo de Thierry, y ella sigue á Du Bouchage, las cosas marcharán por sí solas.

— ¿Y si quiere marcharse hacia otra parte? ¿Si conoce mi empeño de llevarla á vuestro lado?

— Te repito que no es á mi lado á donde vas á llevarla, sino al lado del conde. ¡Bah! cualquiera diría que es la primera vez que me ayudas en semejante empresa. ¿Tienes dinero?

— Tengo los dos cartuchos de oro que V. A. me dió al salir del campo de los *Polders*.

— Pues marcha adelante, y por todos los medios posibles, ¿lo entiendes? por todos los medios posibles lleva á mi bella desconocida al castillo de Thierry, acaso mirándola de cerca pueda reconocerla.

— ¿Y al criado también?

— Si no te estorba.

— ¿Y si me estorba?

— Haz con él lo que con una piedra que encuentras en un camino; arrójalo en un foso.

— Está bien, monseñor.

En tanto que los dos conspiradores arreglaban su plan en la oscuridad, subió Enrique al piso principal y despertó á Remigio.

Este, avisado de antemano, llamó á la puerta de cierta manera, y casi al mismo tiempo abrió la dama la puerta, viendo detrás de Remigio á Du Bouchage.

— Buenas noches, caballero, dijo con una sonrisa que hacía tiempo no animaba su rostro.

— ¡Oh! perdonadme, señora, se apresuró á decir el conde, no vengo á importunaros, vengo sólo á despedirme de vos.

— ¡Á despediros! ¿Conque partís, señor conde?

— Para Francia, sí, señora.

— ¿Y nos dejáis?

— Bien á pesar mío, mi primer deber es obedecer al príncipe.

— ¿Al príncipe? ¿hay aquí algún príncipe? dijo Remigio.

— ¿Qué príncipe? preguntó Diana poniéndose pálida.

— El duque de Anjou, que todos creían muerto, y que milagrosamente se ha salvado, está con nosotros.

Diana lanzó un grito terrible, y Remigio se quedó tan pálido que parecía acometido de una muerte repentina.

— Repetidme, dijo Diana con voz trémula, repetidme que el duque de Anjou está vivo, que el duque de Anjou se halla aquí.

— Si no estuviese aquí, señora, y no me mandara seguirle, os acompañaría hasta el convento, á donde, según me habéis dicho, pensáis retiraros.

— Sí, sí, dijo Remigio, el convento, señora, el convento.

Y apoyó un dedo sobre sus labios.

Un movimiento de cabeza de Diana le manifestó que había comprendido aquella señal.

— Os acompañaría con tanto más gusto, señora, continuó Enrique, cuanto que podiais ser molestada aquí por los criados del príncipe.

— ¿Qué decís?

— Sí, todo me hace creer que el príncipe sabe que una mujer habita en esta casa, y sin duda piensa que esa mujer es una amiga mía.

— ¿Y en qué fundáis esa creencia?

— Nuestro joven oficial le ha visto arrimar una escalera á la pared y mirar por esa ventana.

— ¡Oh! exclamó Diana. ¡Dios mío! ¡Dios mío!

— Tranquilizaos, señora, pues le he oído decir á su compañero que no os conocía.

— No importa, no importa, dijo la joven mirando á Remigio.

— Todo lo que queráis, señora, todo, dijo Remigio arrojándose de una suprema resolución.

— No os alarméis, señora, dijo Enrique; el duque va á marchar ahora mismo; un cuarto de hora no más, y os veréis sola y libre. Permittedme, pues, que os salute respetuosamente y que os diga por última vez que hasta exhalar mi suspiro de muerte, latirá mi corazón para vos y por vos. ¡Adiós, señora, adiós!

Diciendo así el conde, se inclinó tan religiosamente como hubiera hecho delante de una imagen, y dió dos pasos hacia atrás.

— No, no, exclamó Diana con el delirio de la fiebre. No, Dios no ha querido eso; no, Dios ha muerto á ese hombre: no puede haberle resucitado; no, no, señor, os engañáis; él ha muerto.

En aquel mismo momento, y como para responder á aquella dolorosa invocación á la misericordia celestial, resonó la voz del príncipe en la calle.

— Conde, decía, os aguardamos.

— Ya lo ois, señora, dijo Enrique. Por última vez adiós.

Y estrechando la mano de Remigio, se dirigió corriendo hacia la escalera.

Diana se aproximó á la ventana, trémula y convulsa como el pájaro fascinado por la serpiente de las Antillas, y vió al duque á caballo, enrojecido su rostro por la luz de las antorchas que llevaban dos gendarmes.

— ¡Oh! vive, vive el demonio, marmuró Diana al oído de Remigio con acento tan terrible, que el fiel criado no pudo menos de estremecerse, pero si él vive, nosotros también vivimos; marcha á Francia. Bien, Remigio, también nosotros iremos á Francia.

## CAPÍTULO XVII

### Sedución.

Los preparativos de marcha de los gendarmes habían puesto en movimiento á todo el pueblo, pero luego que marcharon sucedió el silencio más profundo al ruido de las armas y de las voces.

Remigio esperó á que se extinguiese este ruido poco á poco, y cuando creyó que la casa quedaba completamente desierta, bajó á la sala inferior á fin de preparar su marcha y la de Diana; pero al abrir la puerta quedó sorprendido al ver un hombre sentado al lado del fuego, vuelto de espaldas.

Evidentemente aquel hombre acechaba la salida de Remigio, no obstante el aire de indiferencia que tomó al divisarle.

— No os alarméis, señora, dijo Enrique; el duque va á marchar ahora mismo; un cuarto de hora no más, y os veréis sola y libre. Permittedme, pues, que os salute respetuosamente y que os diga por última vez que hasta exhalar mi suspiro de muerte, latirá mi corazón para vos y por vos. ¡Adiós, señora, adiós!

Diciendo así el conde, se inclinó tan religiosamente como hubiera hecho delante de una imagen, y dió dos pasos hacia atrás.

— No, no, exclamó Diana con el delirio de la fiebre. No, Dios no ha querido eso; no, Dios ha muerto á ese hombre: no puede haberle resucitado; no, no, señor, os engañáis; él ha muerto.

En aquel mismo momento, y como para responder á aquella dolorosa invocación á la misericordia celestial, resonó la voz del príncipe en la calle.

— Conde, decía, os aguardamos.

— Ya lo ois, señora, dijo Enrique. Por última vez adiós.

Y estrechando la mano de Remigio, se dirigió corriendo hacia la escalera.

Diana se aproximó á la ventana, trémula y convulsa como el pájaro fascinado por la serpiente de las Antillas, y vió al duque á caballo, enrojecido su rostro por la luz de las antorchas que llevaban dos gendarmes.

— ¡Oh! vive, vive el demonio, marmuró Diana al oído de Remigio con acento tan terrible, que el fiel criado no pudo menos de estremecerse, pero si él vive, nosotros también vivimos; marcha á Francia. Bien, Remigio, también nosotros iremos á Francia.

## CAPÍTULO XVII

### Sedución.

Los preparativos de marcha de los gendarmes habían puesto en movimiento á todo el pueblo, pero luego que marcharon sucedió el silencio más profundo al ruido de las armas y de las voces.

Remigio esperó á que se extinguiese este ruido poco á poco, y cuando creyó que la casa quedaba completamente desierta, bajó á la sala inferior á fin de preparar su marcha y la de Diana; pero al abrir la puerta quedó sorprendido al ver un hombre sentado al lado del fuego, vuelto de espaldas.

Evidentemente aquel hombre acechaba la salida de Remigio, no obstante el aire de indiferencia que tomó al divisarle.

Remigio se acercó, según su costumbre, con paso lento y mesurado, descubriendo su frente calva y semejante á la de un anciano abrumado de años.

El hombre hacia quien se acercaba estaba sentado de espaldas á la luz, de suerte que Remigio no pudo distinguir sus facciones.

— Perdonad, dijo, creí hallarme aquí solo.

— Yo también, respondió el otro, pero veo con placer que tendré compañeros.

— Sí, triste compañía, señor, se apresuró á decir Remigio, porque á excepción de un joven enfermo que llevo á Francia.....

— ¡Ah! exclamó de repente Aurilly aparentando toda la bondad de un labriego compasivo, ya sé lo que queréis decir.

— ¿De veras? preguntó Remigio.

— Sí, queréis hablar de la dama joven.

— ¿De qué dama joven? exclamó Remigio poniéndose en guardia.

— ¡Bah! no os asustéis, mi buen amigo, respondió Aurilly, soy el administrador de la casa de Joyeuse y he venido en busca de mi joven amo por orden de su hermano; al marcharse el conde me dejó recomendados una dama joven y un criado viejo, que tienen intención de volverse á Francia, después de haberle seguido á Flandes.....

Aquel hombre hablaba así aproximándose á Remigio con rostro risueño y afectuoso, colocándose de frente á la lámpara, de suerte que toda la claridad que ésta despedía, reflejaba en su rostro.

Entonces pudo verle Remigio; pero en vez de avanzar hacia su interlocutor, dió un paso hacia

atrás, y un sentimiento semejante al del horror se pintó al punto en su mutilado rostro.

— ¿No respondéis? Cualquiera diría que os causo miedo, dijo Aurilly con la sonrisa en los labios.

— Señor, contestó Remigio afectando una voz cascada, perdonad á un pobre anciano á quien sus desgracias y sus heridas han hecho tímido y desconfiado.

— Una razón más, amigo mío, respondió Aurilly, para que aceptéis el socorro y el apoyo de un buen compañero; además, como acabo de deciros, vengo de parte de un amo que debe inspiraros confianza.

— Seguramente, contestó Remigio dando un paso hacia atrás.

— ¿Qué es eso? ¿Me dejáis?

— Voy á consultar con mi señora; como comprendéis, nada puedo resolver por mí mismo.

— ¡Oh! es muy natural; pero permitidme que yo mismo me presente y le explicaré mi comisión con todos sus pormenores.

— No, no, gracias; acaso esté durmiendo todavía la señora, y debo respetar su sueño.

— Como gustéis. Además, nada tengo que añadir sino lo que mi amo me ha encargado que os comunique.

— ¿Á mí?

— Á vos y á la dama joven.

— Vuestro amo es el conde du Bouchage, ¿no es verdad?

— El mismo.

— Gracias, señor.

Apenas cerró la puerta, desaparecieron todas las apariencias del anciano, á excepci6n de la frente calva y el rostro arrugado, y subió la escalera con tal precipitaci6n y con un vigor tan extraordinario, que nadie hubiera creído mayor de veinticinco años al hombre que poco antes parecia tener lo menos sesenta.

— ¡Señora, señora! gritó Remigio con voz alterada apenas vió á Diana.

— ¿Qué hay, Remigio? ¿No ha marchado el duque?

— Si, señora, pero hay aquí un demonio mil veces peor y más terrible que él, un demonio sobre cuya cabeza, dia por dia, en el transcurso de seis años, he estado llamando la venganza del cielo, como vos la llamáis sobre la de su amo.

— ¿Aurilly tal vez? preguntó Diana?

— El mismo: el infame está allá abajo olvidado, como una serpiente fuera del nido, por su infernal cómplice.

— ¡Olvidado diceis, Remigio! ¡Oh! te equivocas: bien sabes tú, que conoces al duque, que jamás deja á la casualidad el cuidado de hacer el mal, cuando él mismo puede hacer este mal. No, no, Remigio, Aurilly no ha quedado aquí olvidado; lo han dejado expresamente para algún designio, para la realizaci6n de alguna trama.

— ¡Oh! estoy dispuesto á creer todo cuanto me digáis de ese hombre.

— ¿Me ha visto?

— Creo que no.

— ¿Te ha reconocido?

— ¡Á mí, señora! respondió Remigio con triste sonrisa, á mí ya nadie me conoce.

— Tal vez sospecha quien soy.

— Se me figura que no, puesto que desea veros.

— Remigio, te digo que si no me ha visto, sospecha quien soy.

— En tal caso, nada hay más sencillo, respondió Remigio con aire sombrío, y doy gracias á Dios porque nos traza tan francamente el camino que debemos seguir; el pueblo está desierto, y el infame se encuentra solo como yo... he visto un puñal en su cintur6n... y yo tengo un cuchillo en el mío...

— Aguardad un momento, Remigio, dijo Diana; no os disputo la vida de ese miserable, pero antes de matarle es preciso saber lo que pretende de nosotros, y si en la situaci6n en que nos encontramos hay algùn medio de utilizar el mal que quiere hacernos. ¿C6mo se ha presentado á vos, Remigio?

— Como administrador del conde Du Bouchage, señora.

— Ya ves que miente, luego tiene interés en mentir. Sepamos, pues, lo que quiere, ocultándole nuestros designios.

— Haré lo que me mandáis, señora.

— ¿Qué es lo que desea por el pronto?

— Acompañaros.

— ¿Bajo qué título?

— Como administrador del conde.

— Dile que acepto.

— ¡C6mo, señora!

— Añade que debo pasar á Inglaterra, donde tengo parientes, y que sin embargo vacilo; miente como

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
CALLE 1625 MONTERREY, MEXICO

él : para vencer, Remigio, es necesario, por lo menos, luchar con armas iguales.

— ¿Y si os ve?

— ¿Y mi careta? Por otra parte, sospecho que ya me conoce, Remigio.

— Entonces, si os conoce, os tiende un lazo.

— No importa, el medio de librarnos es aparentar que caemos en ese lazo.

— Con todo...

— ¿Vamos, qué temes? ¿Conoces alguna cosa peor que la muerte?

— No.

— Pues bien, ¿no estás ya decidido á morir por el cumplimiento de nuestro voto?

— Sí por cierto, pero no quiero morir sin venganza.

— Remigio, Remigio, dijo Diana brillando en sus ojos una exaltación salvaje, nos vengaremos, yo te lo aseguro; tú te vengarás del criado y yo del amo.

— Será como decís, señora, estoy resuelto á todo.

— Vete, amigo mío, vete.

Remigio bajó aunque con recelo, pues al ver á Aurilly había experimentado, á pesar suyo, ese estremecimiento nervioso lleno de sombrío terror que sentimos al tropezar con un reptil; quería matar, porque había tenido miedo, y sin embargo, según iba bajando la escalera, volvía la resolución á su alma tan fuertemente templada, de modo que al abrir la puerta estaba ya decidido, á pesar de las órdenes de Diana, á interrogar á Aurilly, á confundirle, y á coserle á puñaladas si descubría en él las malas intenciones que sospechaba.

Esta era la diplomacia de Remigio.

Esperábale Aurilly con impaciencia, y había abierto la ventana, á fin de abarcar de un solo golpe de vista todas las salidas.

Remigio se acercó á él firmemente resuelto á aclarar el misterio, así es que sus palabras fueron dulces y tranquilas.

— Señor, le dijo, mi ama no puede aceptar lo que le proponéis.

— ¿Y por qué no?

— Porque no sois el administrador del conde Du Bouchage.

Aurilly se puso pálido y preguntó :

— ¿Quién os ha dicho eso?

— Es muy sencillo : el conde se ha separado de mí recomendándome la dama que está en mi compañía, y nada me ha dicho respecto de vos.

— Eso consiste en que no me ha visto hasta después de haberos hablado.

— Mentira, señor, mentira.

Aurilly se enojó, porque el aspecto de Remigio le prestaba toda la apariencia de un viejo.

— Cuidado con ese tono, le dijo arrugando el entrecejo : vos sois viejo y yo soy joven, sois débil y yo fuerte.

Remigio nada contestó, contentándose con sonreírse.

— Si yo os quisiera mal á vos ó á esa dama, no tendría más que levantar la mano.

— ¡ Oh ! ¡ oh ! murmuró Remigio : tal vez me engañe, y lejos de ofenderla queríais ayudarla.

- Sin duda.
- Explicadme, pues, lo que deseáis.
- Amigo mio, deseo hacer vuestra fortuna, si queréis servirme.
- ¿Y si no quiero?
- En tal caso... Ya que me habéis con franqueza, voy á corresponderos del mismo modo... en tal caso, quiero mataros.
- ¡Matarme! ¡Ah! exclamó Remigio.
- Si, tengo amplios poderes para hacerlo.
- Remigio respiró y dijo:
- El resultado es que para que yo os sirva necesito conocer vuestros proyectos.
- Nada más justo. Habéis adivinado; no pertenezco al servicio del conde Du Bouchage.
- ¡Ah! ¿Pues á quién servís?
- A otro señor más poderoso.
- Cuidado con lo que decís, pues se me figura que vais á mentir de nuevo.
- ¿Por qué?
- Porque no conozco muchas casas que sean más poderosas que la de Joyeuse.
- ¿Y la casa de Francia?
- ¡Oh! ¡oh!!!
- He aquí cómo pagá esa casa, añadió Aurilly deslizando en la mano de Remigio uno de los cartuchos de oro del duque de Anjou.
- Remigio se estremeció al tocar aquella mano, y dió un paso hacia atrás.
- ¿Conque servís en la casa del rey? preguntó en seguida con una sencillez que hubiera hecho honor á otro hombre más astuto que él.

- No por cierto: sirvo á su hermano, al duque de Anjou, respondió Aurilly.
- ¡Ah! muy bien: yo respeto humildemente á S. A.
- Perfectamente.
- ¿Y, qué más?
- ¡Cómo! No os entiendo.
- ¿Qué desea monseñor?
- Monseñor, dijo Aurilly acercándose á Remigio y procurando meterle por segunda vez en la mano el cartucho de oro, monseñor está enamorado de esa dama.
- ¿La conoce?
- La ha visto.
- ¡La ha visto! exclamó Remigio, cuya crispada mano se apoyó en el mango de su cuchillo. ¿Y cuándo?
- Esta misma noche.
- Imposible: mi señora no ha salido de su aposento.
- ¿Qué importa? El príncipe se ha conducido como un verdadero estudiante, lo cual prueba que en efecto está enamorado.
- ¿De qué medio se ha valido? Decid.
- Ha trepado hasta la ventana con auxilio de una escalera.
- ¡Ah! exclamó Remigio comprimiendo las tumultuosas palpitaciones de su corazón. ¿Conque ha hecho eso?
- Parece que es bellísima, añadió Aurilly.
- Y vos... ¿no la habéis visto?
- No; pero en consecuencia de lo que monseñor

me ha dicho, tengo vivísimos deseos de verla, aun cuando no sea más que para juzgar de la exageración que produce el amor en una cabeza sensata. Pero lo principal es que estamos ya corrientes y que sois nuestro, ¿no es verdad?

Y Aurilly trató por tercera vez de que Remigio aceptase el oro.

— Soy vuestro indudablemente, dijo éste rechazando la mano de Aurilly, pero necesito saber qué papel voy á desempeñar en los acontecimientos que prepararéis.

— Contestadme primero á una pregunta. ¿Esa dama es la querida del conde Du Bouchage ó de su hermano?

Toda la sangre de Remigio se agolpó á su rostro.

— Ni del uno ni del otro, respondió conteniéndose; esa dama no tiene amante.

— ¡No tiene amante! ¡Diablo! ¡Una mujer sin amante! ¡Cuánto ya á alegrarse monseñor! Eso es haber encontrado la piedra filosofal.

— ¿Conque.... según habéis dicho, murmuró Remigio, el señor duque de Anjou está enamorado de mi señora?

— Sí.

— ¿Y qué quiere en resumidas cuentas?

— Poseerla en el castillo de Thierry, á donde se dirige á marchas forzadas.

— He ahí una pasión repentinamente adquirida.

— Es su costumbre.

— No veo en todo eso más que un inconveniente.

— ¿Cuál?

— Que mi señora piensa embarcarse con dirección á Inglaterra.

— ¡Demonio! Pues ya ha llegado la ocasión de que podáis serme útil. Decididla.

— ¿Á qué?

— Á tomar el camino opuesto.

— No conocéis á mi señora; es mujer sumamente apegada á sus propias ideas, y tampoco se adelanta nada con que vaya á Francia en vez de ir á Londres. ¿Creéis que después que llegue al castillo de Thierry cederá á los deseos del duque?

— ¿Por qué no?

— Porque no ama al duque de Anjou.

— ¡Bah! Todas aman á un príncipe.

— ¿Pero cómo es que el duque, ya que supone que mi señora es la querida del conde Du Bouchage ó del duque Joyeuse, se ha propuesto robarle su amante?

— Buen hombre, replicó Aurilly, abrigas ideas muy triviales, y veo que nos hemos de entender con bastante trabajo. Así, pues, basta ya de discusión: he preferido hasta ahora la dulzura á la violencia, pero si me obligas á cambiar de conducta, cambiaré.

— ¿Qué haréis?

— Ya te he dicho que tengo plenos poderes del príncipe: te mataré en cualquiera parte y robaré la dama.

— Confías en la impunidad.

— Confío en todas las promesas de mi amo el duque. Ea, ¿te comprometes á decidir á la señora á que se ponga en camino para Francia?

Pondré todos los medios, pero no puedo responder del éxito.

— ¿Y cuándo me traerás la respuesta?

— En cuanto suba á su cuarto y la hable cuatro palabras.

— Pues bien, sube; aquí te aguardo.

— Os obedezco.

— Una palabra, buen hombre: ya sabes que tu vida y tu fortuna dependen de mí.

— Lo sé.

— Basta; yo entretanto dispondré los caballos.

— No os deis demasiada prisa.

— ¡Bah! Estoy seguro de la respuesta que vais á traerme. ¿Hallan por ventura los príncipes mujeres ingratas?

— Algunas veces suele suceder eso.

— Sí, contestó Aurilly, pero raras veces.

Mientras subía Remigio al aposento de la dama, Aurilly se dirigió en efecto á la cuadra, como si realmente estuviese seguro de la realización de sus esperanzas.

— ¿Qué hay? preguntó Diana á Remigio.

— Que el duque os ha visto, señora.

— Y...

— Y que os ama.

— ¡El duque me ha visto! ¡El duque me ama!

¿Estáis delirando, Remigio?

— No, os digo lo que sé.

— ¿Pero quién te ha informado?

— Ese hombre, ese infame... Aurilly.

— Pero si me ha visto, me habrá reconocido.

— Y si os hubiese reconocido, ¿creéis que Aurilly

se atrevería á presentarse á vos y á hablaros de amor en nombre del príncipe? No, el duque no os ha reconocido.

— Sí, sí, ya veo que tienes razón, Remigio, pues han cruzado por ese espíritu infernal tantas cosas por espacio de seis años, que me ha olvidado. Sigamos á ese hombre.

— Temo que ese hombre os reconozca.

— ¿Por qué le supones más memoria que á su amo?

— Porque tiene interés en acordarse, al paso que su amo lo tiene en olvidar: que el duque, hombre inmoral, estragado, asesino, todo lo olvide, se concibe fácilmente. ¿Ni cómo podría vivir si no olvidase? Pero Aurilly no habrá olvidado, y si vé vuestro rostro, creará que se le aparece una sombra vengadora, y os denunciará.

— Remigio, creía haberte dicho que llevo una careta; creía haberte oído decir que tienes un cuchillo.

— Es cierto, señora, y ahora empiezo á creer que Dios está de acuerdo con nosotros para castigar á los malvados.

Entonces, llamando á Aurilly desde lo alto de la escalera, dijo:

— Mi señora agradece mucho al conde Du Bouchage el cuidado que ha tenido por su seguridad, y acepta con reconocimiento vuestra generosa oferta.

— Muy bien, muy bien, contestó Aurilly; podéis decirle que los caballos están prontos.

— Venid, señora, venid, dijo Remigio ofreciendo el brazo á Diana.

Aurilly los esperaba al pie de la escalera con un

farolillo en la mano, pues deseaba examinar el rostro de la desconocida.

— ¡Hola! murmuró, tiene una careta... No importa, antes de que lleguemos al castillo de Thierry se romperán esos cordones de seda... ó serán cortados.



## CAPÍTULO XVIII

### El viaje.

Emprendieron la marcha, y en el camino no cesó Aurilly de emplear para con Remigio el tono de la más absoluta igualdad, ni de tributar á Diana el más profundo respeto, pero á la perspicacia del leal criado no pudo escaparse el interés que encerraban aquellos miramientos guardados con su señora; porque en efecto, tener el estribo á una dama cuando monta á caballo ó se apea, velar sobre cada uno de sus movimientos con la mayor solicitud y no desperdiciar jamás una ocasión de recoger su guante ó de abrochar su capa, es el papel de un amante, de un criado ó de un curioso.

Al tocar el guante Aurilly veía la mano; al abro-

farolillo en la mano, pues deseaba examinar el rostro de la desconocida.

— ¡Hola! murmuró, tiene una careta... No importa, antes de que llegemos al castillo de Thierry se romperán esos cordones de seda... ó serán cortados.



## CAPÍTULO XVIII

### El viaje.

Emprendieron la marcha, y en el camino no cesó Aurilly de emplear para con Remigio el tono de la más absoluta igualdad, ni de tributar á Diana el más profundo respeto, pero á la perspicacia del leal criado no pudo escaparse el interés que encerraban aquellos miramientos guardados con su señora; porque en efecto, tener el estribo á una dama cuando monta á caballo ó se apea, velar sobre cada uno de sus movimientos con la mayor solicitud y no desperdiciar jamás una ocasión de recoger su guante ó de abrochar su capa, es el papel de un amante, de un criado ó de un curioso.

Al tocar el guante Aurilly veía la mano; al abro-

char la capa miraba por debajo de la careta; al tener el estribo acechaba la ocasión que le dejase entrever aquel rostro que el príncipe en sus recuerdos confusos no había reconocido, pero que él pensaba reconocer, contando con su fiel memoria. Sin embargo, el músico no había contado con la huésped, es decir, no había contado con que Remigio, celoso de aquellas atenciones, reclamaría sus derechos á servir exclusivamente á su señora.

La misma Diana, sin sospechar al parecer las causas de semejante atención, apoyó la demanda de aquel á quien Aurilly miraba como un criado viejo, y á quien por lo mismo quería aliviar de parte de su trabajo, y suplicó á Aurilly que dejara á Remigio desempeñar solo las funciones á que estaba acostumbrado.

Vióse, pues, reducido Aurilly á esperar las sombras de la noche y la lluvia durante sus largas jornadas, y desear las horas de comer cuando hacían alto en una posada. Sus esperanzas, no obstante, quedaron frustradas, porque ora lloviese, ora estuviese el cielo despejado, la careta continuaba, como siempre, ocultando el rostro de Diana, y en cuanto á las comidas, eran éstas servidas á la dama en un aposento separado; de modo que Aurilly llegó á comprender que si no conocía á la dama, ésta le conocía á él; así, pues, trató de observar por las cerraduras; pero la dama volvía constantemente la espalda á las puertas; quiso ver por las ventanas, pero siempre las hallaba tapadas con gruesas cortinas, y á falta de ellas, con las capas de los viajeros.

Preguntas, tentativas de corrupción, nada pudo

vencer la fidelidad de Remigio, el cual contestaba siempre que tal era la voluntad de su ama y por consiguiente la suya.

— ¿Pero se toman todas esas precauciones por mí solo? le preguntó Aurilly.

— Por todo el mundo.

— ¿Y por qué no se ocultaba cuando la vió el duque de Anjou?

— Fué una casualidad, una pura casualidad, respondió Remigio, y precisamente porque ha sido vista, á pesar suyo, por el duque de Anjou, toma sus precauciones para que nadie vuelva á verla.

Entretanto corrían los días y se aproximaba el término del viaje sin que Aurilly pudiera satisfacer su curiosidad, gracias á las precauciones de Remigio y de su ama.

Presentábase ya la Picardía á los ojos de los viajeros, y Aurilly, que hacia tres ó cuatro días ensayaba todos los medios, así la amabilidad como el enojo, así los cuidados tiernos como las amenazas, comenzaba á perder la paciencia, y los malos instintos de su natural carácter se iban apoderando poco á poco de su corazón. Hubiérase dicho que bajo el velo de aquella mujer comprendía y adivinaba algún fatal secreto.

Cierto día se quedó algo atrás con Remigio para renovar sus tentativas de seducción, que fueron rechazadas por Remigio, según costumbre.

— Preciso es, sin embargo, dijo Aurilly, que un día ú otro vea á tu ama.

— Sin duda, contestó Remigio, pero será el día que ella quiera, y no cuando se os antoje.

— ¿Y si empleara la fuerza? dijo Aurilly.

Los ojos de Remigio brillaron un momento como el relámpago, y se contentó con decir:

— ¡Haced la prueba!

Aurilly vió aquella mirada terrible y conoció toda la energía que abrigaba el alma del hombre á quien tenía por anciano.

— ¡Qué loco soy! dijo riéndose. ¿Qué me importa á mí saber quién es ella? ¿No es la misma que ha visto el duque de Anjou?

— Ciertamente.

— ¿Y la que, según sus órdenes, debo acompañar al castillo de Thierry?

— Sin duda.

— Pues bien, eso es lo único que necesito saber; yo no estoy enamorado de ella, sino monseñor, y con tal que no tratéis de escaparos...

— ¿Os parece que tenemos esa intención? dijo Remigio.

— No.

— Tan lejos estamos de abrigar esa intención, que aun cuando no estuviésemos aquí, continuaríamos nuestro camino para el castillo de Thierry; si el duque desea vernos, nosotros también deseamos verle.

— En ese caso, dijo Aurilly, no hay más que desear.

Y como si hubiese querido asegurarse de que Remigio y su compañera deseaban efectivamente no variar de camino, añadió, señalando una especie de hospedería que había en el camino:

— ¿Querrá vuestra ama detenerse aquí algunos instantes?

— Ya sabéis, le dijo Remigio, que mi ama sólo se detiene en las poblaciones.

— En efecto, así ha sucedido, repuso Aurilly, pero no había fijado mi atención en esa circunstancia.

— Pues ya lo sabéis, amigo.

— Enhorabuena; yo, que no he hecho voto alguno, voy á detenerme un instante; continuad vuestro camino, pues yo os alcanzaré.

Y Aurilly, después de indicar el camino á Remigio, se apeó y se aproximó al huésped, que salió á recibirle con las mayores muestras de cordialidad, como si de antemano le conociera.

Remigio alcanzó á Diana, y ésta le preguntó:

— ¿Qué os ha dicho?

— Me ha manifestado su deseo acostumbrado.

— ¿El de verme?

— Sí.

— Diana se sonrió.

— Mirad, señora, dijo Remigio, que está furioso.

— Pues no me verá, no quiero, y esto es decirte que no lo conseguirá.

— Pero cuando estéis en el castillo de Thierry, ¿no será preciso que os vea con la cara descubierta?

— ¿Que importa entonces si el descubrimiento llega demasiado tarde para ellos? Además, su amo no me ha reconocido.

— Sí, pero el criado os reconocerá.

— Ya ves que hasta ahora ni mi voz, ni el aire de mi cuerpo han llamado su atención.

— No importa, señora, contestó Remigio; todos esos misterios que existen hace ocho días para Aurilly no habían existido para el príncipe, ni excitado su curiosidad, ni despertado sus recuerdos, al paso que de ocho días á esta parte Aurilly busca, calcula, conjetura. Vuestra vista despertará completamente su memoria, demasiado alarmada ya, y os reconocerá, si no os ha reconocido.

En aquel momento fueron interrumpidos por Aurilly, el cual había tomado un atajo, y habiéndolos seguido sin perderlos de vista, se apareció de repente creyendo atrapar algunas palabras de su conversación.

El repentino silencio con que fué acogida su llegada le probó de una manera evidente que estorbaba, y por lo tanto se contentó con seguirlos á retaguardia, como hacía algunas veces.

Desde aquel momento tomó Aurilly su partido. Como había dicho muy bien Remigio, desconfiaba realmente de alguna cosa, pero desconfiaba sólo por instinto, pues vacilando su espíritu de conjetura en conjetura, ni un instante se había fijado en la realidad, no pudiendo explicarse á sí mismo por qué le ocultaban con tanto tesón aquel rostro que debía ver tarde ó temprano.

Para llevar mejor á cabo su proyecto, fingió haber renunciado á él completamente desde aquel momento, mostrándose el compañero más franco y alegre del mundo durante toda la jornada, cambio notable que no dejó de causar cierta inquietud á Remigio. Llegaron á una ciudad y se acostaron, según costumbre.

Al día siguiente, bajo pretexto de que la jornada era larga, se pusieron en camino al amanecer.

Á las doce del día fué preciso hacer alto para que descansaran los caballos.

Á las dos de la tarde volvieron á ponerse en camino, y siguieron marchando hasta las cuatro, á cuya hora, descubrieron á lo lejos un gran bosque el de la Éré, el cual presentaba ese aspecto sombrío y misterioso de los bosques del Norte de Francia; pero este aspecto, tan imponente para los habitantes del Mediodía, que ante todas cosas necesitan la luz del día y el calor del sol, ningún efecto causaba en el ánimo de Remigio y de Diana, habituados á los intrincados bosques del Anjou y de la Soloña.

Dirigiéronse ambos una mirada como si ambos hubiesen comprendido que allí era donde les esperaba ese acontecimiento que desde el momento de su partida amenazaba sus cabezas.

Como á las seis de la tarde entraron en el bosque, y al cabo de media hora de marcha llegó el sol á su ocaso.

Un viento furioso arrancaba y llevaba las hojas hasta un estanque inmenso, perdido entre la espesura de los árboles, como otro mar Muerto, y que costea el camino que se extendía delante de los viajeros.

Hacia dos horas que la lluvia caía á torrentes encharcando el terreno arcilloso por donde caminaban; pero como Diana tenía demasiada confianza en su caballo, y como por otra parte se cuidaba muy poco de su propia seguridad, lo dejaba andar sin sostenerlo. Aurilly marchaba á la derecha y Remigio á la

izquierda, éste por la mitad del camino y aquél por la orilla del estanque.

Ninguna criatura humana aparecía bajo las sombras de verdura y en la larga extensión que se alcanzaba á ver del camino; hubiérase dicho que el bosque era una de esas selvas encantadas, á cuya sombra nada puede vivir, á no oírse de vez en cuando los roncós aullidos de los lobos, á los cuales despertaba la proximidad de la noche. De repente sintió Diana que la silla de su caballo, la cual acostumbraba á poner siempre Aurilly, se meneaba y caía hacia un lado; llamó á Remigio, éste se apeó y se puso á apretar las correas.

Aprovechando Aurilly este momento de distracción, se acercó á Diana y cortó con su puñal la presilla de seda que sujetaba la careta, y antes que aquella hubiese tenido tiempo de llevar la mano á la cara, le arrancó la máscara, encontrándose entonces terribles é iracundas las miradas de aquellas dos criaturas, sin que fuera fácil conocer cuál de las dos estaba más pálida y amenazadora.

Un sudor frío baña la frente de Aurilly, deja caer la máscara y el puñal, y juntando las dos manos con desesperación, exclamó:

— ¡Cielos! ¡La dama de Monsoreau!

— Nombre que no volverás á repetir... dijo Remigio cogiendo á Aurilly por la cintura y arrancándolo de su caballo.

Ambos rodaron por el suelo.

Aurilly alargó la mano para coger su puñal; pero al observar Remigio este movimiento, le dijo apoyando una rodilla sobre su pecho:

— No, Aurilly, no; no pasarás de aquí.

Y desgarróse el último velo que parecía extendido sobre la memoria de Aurilly.

— ¡El Atrevido! exclamó. ¡Estoy muerto!

— Todavía no es verdad, dijo Remigio poniendo su mano izquierda sobre la boca del miserable que forcejeaba debajo de él; pero no tardarás mucho.

Y con su mano derecha desenvainó su cuchillo.

— Ahora, Aurilly, tienes razón, dijo: ahora sí estás bien muerto.

Y el acero desapareció en la garganta del músico, que lanzó un ronquido inarticulado.

Diana, atónita, medio vuelta sobre su silla, apoyada en el arzón, trémula, pero implacable, no había apartado la vista de aquel terrible espectáculo; sin embargo, cuando vió brotar la sangre á lo largo del puñal, se echó hacia atrás y cayó de su caballo, tiesa como si estuviese muerta.

Remigio no se cuidó de ella en aquel terrible momento, registró á Aurilly, le quitó los dos cartuchos de oro, después ató una piedra al cuello del cadáver, y lo arrojó en el estanque.

La lluvia continuaba cayendo á torrentes.

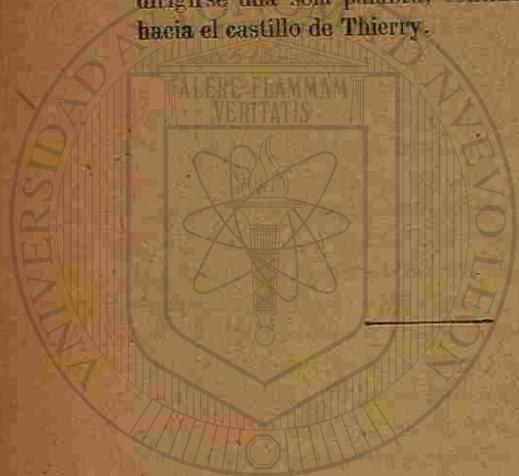
— ¡Borra, oh Dios mío, dijo, borra la huella de tu justicia, porque aun quedan otros culpables que castigar!

En seguida se lavó las manos en el agua sombría y dormida, cogió en sus brazos á Diana, todavía desmayada, la puso sobre su caballo, y montó después en el suyo, sosteniendo á su compañera.

El caballo de Aurilly, asustado por los aullidos de los lobos, que se aproximaban como si los hubiera

llamado aquella escena, desapareció entre la espesura del bosque.

Cuando Diana volvió en sí, ambos viajeros, sin dirigirse una sola palabra, continuaron su camino hacia el castillo de Thierry.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Aptdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

## CAPÍTULO XIX

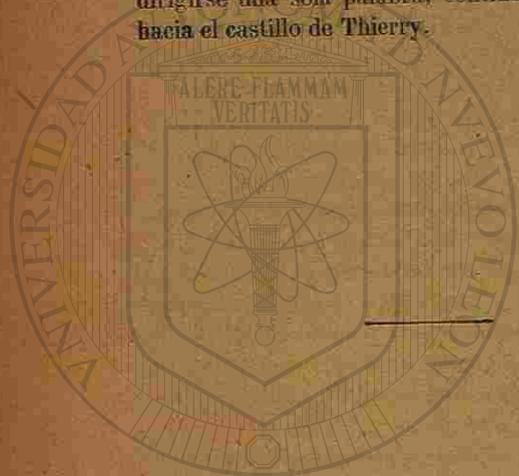
El rey Enrique III no tiene á bien convidar á almorzar á Crillon, y Chicot se convida á si mismo.

En la mañana siguiente al día en que ocurrieron los sucesos del bosque de la Fère, de los cuales hemos dado cuenta á nuestros lectores en el capítulo precedente, el rey de Francia salía del baño, y su ayuda de cámara, después de cubrirlo con una manta de finísima tela y de haber enjugado su cuerpo con dos magníficas toallas de Persia, abandonó el puesto á los peluqueros y perfumistas, los cuales lo cedieron á los cortesanos.

Luego que éstos salieron á su vez de la real cámara, el rey Enrique mandó llamar á su mayordomo, al cual dijo que sentía algún apetito, y que por lo tanto quería tomar alguna cosa más comfortable que la

llamado aquella escena, desapareció entre la espesura del bosque.

Cuando Diana volvió en sí, ambos viajeros, sin dirigirse una sola palabra, continuaron su camino hacia el castillo de Thierry.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Aptdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

## CAPÍTULO XIX

El rey Enrique III no tiene á bien convidar á almorzar á Crillon, y Chicot se convida á si mismo.

En la mañana siguiente al día en que ocurrieron los sucesos del bosque de la Fère, de los cuales hemos dado cuenta á nuestros lectores en el capítulo precedente, el rey de Francia salía del baño, y su ayuda de cámara, después de cubrirlo con una manta de finísima tela y de haber enjugado su cuerpo con dos magníficas toallas de Persia, abandonó el puesto á los peluqueros y perfumistas, los cuales lo cedieron á los cortesanos.

Luego que éstos salieron á su vez de la real cámara, el rey Enrique mandó llamar á su mayordomo, al cual dijo que sentía algún apetito, y que por lo tanto quería tomar alguna cosa más comfortable que la

taza de caldo con que se desayunaba todas las mañanas.

Esta buena noticia, que circuló en el interior del Louvre con la mayor rapidez, produjo en los habitantes de él una verdadera alegría. Poco después de haber sido comunicada por el rey á su mayordomo, y cuando principiaba á salir de las cocinas el grato olor de las viandas que habían de servir para el almuerzo del rey, el coronel de guardias, monsieur Crillon, se presentó en la cámara de Enrique para recibir sus órdenes.

— Á fé mía, buen Crillon, le dijo el rey, que en cuanto á esta mañana podrás cuidar de la seguridad de nuestra persona del modo que mejor te plazca; pero te ruego que por cuanto hay en el mundo no me obligues á dictar la más insignificante providencia, porque me he levantado hoy de buen humor, y además, tengo hambre, amigo mío, un hambre deliciosa, ¿lo entiendes?

— Lo entiendo, señor, contestó el coronel de guardias, lo entiendo tanto mejor, cuanto que por mi parte siento también un mediano apetito.

— ¡Oh! eso no es nuevo en ti, Crillon, dijo el rey soltando una carcajada; tú siempre tienes hambre.

— No siempre, señor, V. M. exagera algún tanto; yo no tengo ganas de comer más que tres veces al día. ¿Y V. M.?

— ¡Ah! yo sólo una vez al año, y sobre todo, cuando recibo buenas noticias.

— ¿Según eso habéis recibido buenas noticias? Me alegró tanto más, cuanto que, si no me equivoco, escaseaban mucho de algún tiempo á esta parte.

— Así es la verdad, Crillon, pero ya sabes aquel proverbio.

— ¡Ah! sí: « Cuando escasean las noticias señal que se han de recibir buenas. » ¿No es esto? Yo confío poco en los proverbios, señor, y en éste menos que en otro alguno. ¿No sabéis nada de Navarra?

— Nada.

— ¿Nada?

— Absolutamente nada, lo cual me prueba que aquello está tranquilo.

— ¿Y de Flandes?

— Tampoco sé nada.

— ¿Nada? Eso prueba que allí se batien perfectamente. ¿Y de París?

— Tampoco.

— Lo cual quiere decir que se conspira á las mil maravillas.

— ¡Bah! niñadas, Crillon, niñadas; y á propósito de niños, ¿sabes que voy á tener uno?

— ¡Vos, señor! exclamó Crillon lleno de sorpresa.

— Sí, la reina ha soñado esta noche que estaba en cinta.

— De todos modos, señor...

— ¿Qué?

— Me llena de satisfacción el saber que os habéis levantado hoy con buen apetito, y con permiso de V. M. voy á retirarme.

— Adiós, Crillon, adiós.

— ¡Diablo, bien podía V. M. convidarme á almorzar, ya que se siente tan bien dispuesto!

— ¿Por qué, Crillon?

— Por que dicen que V. M. se mantiene del aire del tiempo, lo cual le hace enflaquecer, porque el aire no es bueno, á lo menos así á secas, y yo quiero poder contestarles: « ¡Cuerpo de Cristo! Esas son puras calumnias: el rey come ni más ni menos que todo fiel cristiano. »

— No, Crillon, no, al contrario; deja que crean lo que les acomode; á la verdad, más vergüenza me daría el comer como un cualquiera delante de mis súbditos, porque has de tener entendido, Crillon, que un rey debe conservarse siempre en una situación poética, y sólo debe aparecer con magnificencia y aparato. Y sino, te citaré un ejemplo.

— Ya escucho, señor.

— Acuérdate del rey *Alexander*.

— ¿De qué rey *Alexander*?

— De *Alexander Magnus*. Es verdad, que tú no sabes latín. Pues como iba diciendo, Alejandro gustaba mucho de bañarse delante de sus soldados, porque Alejandro era hermoso y bien formado, lo que hacía que le comparasen con Apolo y hasta con el mismo Antinóo.

— ¡Ah! señor, exclamó Crillon, hariais el mayor desatino en imitarle bañándoos delante de los vuestros, porque estáis muy flaco.

— Anda, anda, Crillon, le dijo Enrique dándole una palmada en el hombro, eres un excelente animal; tú no me adulas, no, no eres como los cortesanos, amigo mío.

— Tampoco me convidáis á almorzar, dijo Crillon riendo con sinceridad, y despidiéndose del rey, más bien contento que disgustado, porque el golpecillo

en el hombro había sustituido á la falta de desayuno.

Crillon se marchó, y pusieron la mesa al momento.

El repostero se había excedido á sí mismo; cierta pepitoria de perdices con *puré* de trufas llamó desde luego la atención del rey, cuyo apetito se había estimulado ya con algunas docenas de riquísimas ostras.

Por esta vez se había olvidado el caldo de costumbre con que el monarca solía confortarse. En vano dirigió sus grandes ojos á su taza de oro; sus ojos mendicantes, como hubiera dicho Teófilo, no obtuvieron nada de S. M.

El rey comenzó el ataque por la pepitoria de perdices.

Llegaba al cuarto bocado de este exquisito plato, cuando sintió pasos que se deslizaban ligeramente sobre el pavimento; una silla rechinó rodando, y una voz harto conocida para S. M. dijo con acento brusco:

— ¡Un cubierto!

El rey volvió la cabeza exclamando:

— ¡Hola, Chicot!

— El mismo.

Chicot, volviendo á sus mañas de costumbre, tomó asiento francamente, cogió un tenedor, y echando limón en la misma fuente de las ostras, comenzó á engullirse las mejores sin añadir una sola palabra.

— ¡Tú aquí ya de vuelta! exclamo Enrique.

— ¡Chit! contestó Chicot con la boca llena y haciendo una señal con la mano.

Y se aprovechó de esta exclamación del rey para atraer hacia su plato la pepitoria de perdices.

— ¡Alto ahí, Chicot! ¡Ese es mi plato! exclamó

Enrique alargando la mano para detener el movimiento usurpador.

Chicot y su príncipe partieron como hermanos, llevándose cada uno la mitad.

Luego se sirvió una buena dosis de vino; de la pepitoria se pasó á una empanada de atún; de la empanada á unos cangrejos rellenos, engulléndose al fin, y como en desquite, una gran taza del famoso caldo real. Luego, dando un suspiro de plenitud, exclamó :

— Se me ha pasado el hambre.

— ¡Ya lo creo! ¡Pardiez, amigo Chicot!...

— ¡Hola!... Buenos días, mi rey : ¿cómo te va?

Te encuentro hoy de semblante un poco alegre.

— No hay tal cosa, Chicot.

— Y admirables colores.

— ¡Hem!

— ¿Estás en tí?

— ¡Diablo!

— Entonces te haré mi cumplimiento.

— Lo cierto es que me encuentro dispuesto como nunca.

— Tanto mejor, rey mío : pero tu desayuno no debía concluir con eso; te faltan aún algunas golosinas.

— Aquí hay cerezas confitadas por las señoras de Montmartre.

— Tienen demasiado azúcar.

— Nueces rellenas de vino de Corinto.

— ¡Quita allá! ¿Dónde han dejado los pepinos en vino?

— Eres muy descontentadizo.

— Es que á fé de hombre de honor, veo que todo se va adulterando, hasta el arte culinario, y que en tu corte se vive cada vez peor.

— ¿Se vive mejor en la del rey de Navarra? preguntó Enrique riéndose.

— No diré que no.

— Entonces debe haber habido gran mudanza.

— ¡Oh! En cuanto á eso no creo poder decir otro tanto, amado Enrique.

— Háblame un poco de tu expedición, que con eso me distraeré algún tanto.

— De buena gana : precisamente no he venido con otro objeto. ¿Por dónde quieres que empiece?

— Por el principio. ¿Cómo has hecho el viaje?

— ¡Oh! Fué un verdadero paseo.

— ¿No has tenido alguna incomodidad en el camino.

— Hice un viaje de damas.

— ¿Y malos encuentros?

— ¡Vaya, vaya! ¿Por ventura se atrevería nadie á mirar al soslayo á un embajador de S. M. Cristianísima? Tú calumnias á tus súbditos, hijo mío.

— Decía esto, añadió el rey lisonjeado de la tranquilidad que reinaba en sus dominios, porque no llevando el carácter oficial, ni siquiera aparente, podías correr algún peligro.

— Pues, yo te digo, Enrique, que tienes el reino más encantador de todos los reinos : á los viajeros se les mantiene gratis ; se les hospeda por amor de Dios ; no caminan sino por flores, y las carreteras están alfombradas de terciopelo con franjas de oro ; parece increíble, pero es así.

- En fin, tú estás contento, ¿no es verdad, Chicot?
- Encantado.
- Ciertamente que mi policía está muy bien montada.
- ¡No puede estar mejor! Es preciso hacerte esa justicia.
- ¿Y los caminos seguros?
- Como el del cielo; no se encuentran más que ángeles que pasan cantando las alabanzas del rey.
- Chicot, volvamos á Virgilio.
- ¿Á qué pasaje de Virgilio?
- Á las Bucólicas. ¡*O fortunatos nimium!*
- ¡Ah! muy bien. ¿Y por qué esa excepción en favor de los labradores, hijo mío?
- ¡Válgame Dios! Porque no sucede lo mismo en las ciudades.
- Lo cierto es, Enrique, que las ciudades son unos centros de corrupción.
- Apelo á tu testimonio: tu andas quinientas leguas sin tropiezo.
- Sí por cierto, pero en andas.
- Y yo voy solamente á Vincennes, que son tres cuartos de legua...
- ¿Y qué?
- ¡Y qué! Que á poco más me asesinan en el camino.
- ¡Bah, bah, bah! exclamó Chicot.
- Yo te lo contaré, amigo mío; me parece que voy á mandar imprimir la relación circunstanciada de este suceso: sin mis cuarenta y cinco, á estas horas estaba tan muerto como mi abuelo.
- ¡De veras! ¿Y dónde ha sucedido eso?

- Querrás decir dónde debía suceder.
- Sí.
- En Bel-Esbat.
- ¿Cerca del convento de nuestro amigo Gorenflot?
- Justamente.
- ¿Y cómo se ha portado nuestro amigo en esa ocasión?
- Admirablemente, Chicot: como de costumbre; yo no sé si por su parte habría oído decir alguna cosa, pero en vez de roncar como hacen á esa hora todos mis frailes holgazanes, estaba de centinela en su balcón, mientras que toda la comunidad guarnecía la carretera.
- ¿Y no ha hecho nada más?
- ¿Quién?
- Don Modesto.
- Me ha bendecido con esa majestad que le es característica, Chicot.
- ¿Y sus frailes?
- Dijeron viva el rey á voz en grito.
- ¿Y tú no has advertido ninguna otra cosa?
- ¿Qué había de advertir?
- Que llevasen algún arma debajo de su coraza.
- Iban perfectamente armados, amigo Chicot. Y he ahí donde yo reconozco la previsión del digno prior; he ahí por qué yo he calculado: este hombre lo sabía todo, y sin embargo, este hombre no ha dicho una palabra ni me ha preguntado nada; no ha venido, como Epernon, al día siguiente á saquearme todos mis bolsillos diciéndome: Señor, por haber salvado al rey.
- ¡Oh! En cuanto á eso, era incapaz de hacerlo;

además de que sus manos no entrarían en tus bolsillos.

— Chicot, no hay que burlarse con don Modesto, que es uno de los grandes hombres que honrarán mi reinado; y más te digo, que en la primera ocasión le haré obispo.

— Y harás muy bien, rey mío.

— Advierte una cosa, Chicot, dijo el rey tomando el aire pensativo: cuando sale de las filas del pueblo un hombre sobresaliente es completo; nosotros los caballeros adquirimos ciertas virtudes y ciertos vicios de familia ó de raza que nos colocan en la clase de especialidades históricas. Así, por ejemplo, los Valois son finos y sutiles; valientes pero desidiosos: los Loreneses son ambiciosos y avaros, con ideas de intriga y de movimiento: los Borbones son sensuales y circunspectos, pero sin ideas propias, ni fuerza, ni voluntad; vé más bien á Enrique; cuando la naturaleza por el contrario forma de primera mano á un hombre nacido de la nada, no emplea más que su finísimo barro; así ves que tu Gorenflot es completo.

— ¿Lo crees así?

— Sí; sabio, modesto, valiente, astuto, materia apta para cualquiera cosa; lo mismo se podía hacer de él un general de ejército, que un ministro ó un papa.

— ¡Ta, ta, ta! ¿Adónde vais á parar, señor? si el bravo os oyese, no cabría en sí de hueco, pues por más que digáis, es muy orgulloso el prior don Modesto.

— ¡Eres envidioso, Chicot!

— ¡Yo, señor! Dios me libre! ¡Envidia!... ¡Vade retro! No hay pasión más villana.

— ¡Oh! yo soy muy justo; la nobleza de sangre no me fascina: *¿stennata, quid faciunt?*

— ¡Muy bien! ¿y eres tú el que decías, rey mío, que por poco te hubieran asesinado?

— Sí.

— ¿Y quiénes?

— ¿Quiénes habian de ser? Los de la Liga.

— ¿Y cómo va la Liga?

— Siempre lo mismo.

— Lo cual quiere decir cada vez mejor, ¿engorda, engorda, amado Enrique?

— ¡Oh! los cuerpos políticos que engordan demasiado siendo jóvenes, no viven mucho; hacen como los niños, Chicot.

— ¿Conque tú estás contento, hijo mío?

— Así, así.

— ¿Te encuentras en el paraiso?

— Sí, Chicot; esta mañana cuando te he visto entrar he sentido un exceso de gozo.

— *Habemus consullem facetum*, como decia Catón.

— ¿Tú traes buenas noticias, no es verdad, hijo mío?

— Ya lo creo.

— ¡Y me estás fastidiando con esa calma!

— ¿Por dónde quieres que empiece, rey mío?

— Ya te lo he dicho, por el principio; pero no haces más que divagar.

— ¿Quieres que empiece desde mi salida?

— No: ya me has dicho que el viaje fué de lo mejor, ¿no es verdad?

— Ya ves que vuelvo como si tal cosa, á lo menos así lo presumo.

— Sí, pero veamos la llegada á Navarra.

— Ya estamos.

— ¿Qué hacia Enrique cuando llegaste?

— Hacia el amor.

— ¿Á quién? ¿Á Margarita?

— ¡Ah! No.

— Eso me hubiera admirado. ¡Conque continúa siendo infiel á su mujer, el muy ladino, infiel á una princesa de Francia! Afortunadamente ella sabe corresponderle. Y cuando tú llegaste, ¿cómo se llamaba la rival de Margarita?

— Fosseuse.

— Una de Montmorency. Vamos, no es tan mala para ese oso bearnés. Aquí se hablaba de una labradora, de una jardinera, de una aldeana.

— ¡Oh! todo eso es muy viejo.

— ¿Conque Margarita vive engañada?

— Cuanto puede serlo una mujer.

— ¿Y está furiosa?

— Rabiosa.

— ¿Y trata de vengarse?

— Yo lo creo.

— Enrique se frotó las manos con un gozo sin igual.

— ¿Y qué piensa hacer? exclamó riéndose. ¿Va á revolver el cielo y la tierra, á echar España sobre Navarra, Artois y Flandes sobre España? ¿Ó vá á llamar á su hermano Enrique contra su marido Henriot, eh?

— Es posible.

— ¿Tú la has visto?

— Sí.

— ¿Y qué hacia cuando la dejaste?

— ¡Oh! eso sí que no puedes adivinarlo.

— ¿Se disponía á tomar otro amante?

— Se disponía á ser partera.

— ¡Cómo! ¿Qué significa esa palabra, ó es tal vez una versión antifrancesa? ¿Equívoco tenemos, Chicot? ¡Cuidado con los equívocos!

— No por cierto, rey mío. ¡Qué diablo! Sabemos demasiada gramática para hacer equívocos, tenemos demasiada delicadeza para decir despropósitos, y demasiado amor á la exactitud para haber querido expresar otra idea. No, rey mío; bien he dicho, partera.

— ¿*Obstetrix*?

— *Obstetrix*, sí, rey mío; *Juno Lucina*, si te agrada más.

— ¡Señor Chicot!

— ¡Oh! mueve tus ojos cuanto quieras; te digo y te repito que tu hermana Margarita estaba disponiéndose para asistir á un parto cuando yo salí de Nerac.

— ¿Por su cuenta? exclamó Enrique poniéndose pálido. ¿Margarita tendrá hijos?

— No, no, por cuenta de su marido; tú bien sabes que los últimos Valois no tienen la virtud prolífica, no son como los Borbones.

— Así, Margarita partea, verbo activo.

— Todo lo más activo que puede ser.

— ¿Y á quien partea?

— Á la señorita Fosseuse.

— Á fé mía, no entiendo una palabra, dijo el rey.

— Ni yo tampoco, dijo Chicot, pero yo no me he

comprometido á hacerte comprender, sino á decirte lo que hay.

— Pero sólo á la fuerza puede ella haber consentido en semejante bumillación.

— Ciertamente ha habido lucha, pero desde el momento en que hay lucha hay inferioridad de una parte ó de otra : mira á Hércules con Anteo, mira á Jacob con el ángel; pues bien, todo consiste en que tu hermana ha sido menos fuerte que Enrique.

— ¡Pardiez que me agrada de veras!

— ¡Mal hermano!

— ¿Y se aborrecerán de muerte?

— Creo que en el fondo no se adoran.

— ¿Y en la apariencia?

— Son los mejores amigos del mundo, Enrique.

— Sí, pero el mejor día vendrá algún nuevo amor á indisponerlos completamente.

— ¡Pues bien! Ese nuevo amor ya ha venido, Enrique.

— ¡Bah! ¡bah!

— Sí, formalmente, ¿pero quieres que te diga el recelo que tengo?

— Sí.

— Pues recelo que ese nuevo amor, en lugar de indisponerlos, los reconcilie.

— ¿Conque hay en efecto nuevo amor?

— Sí, por cierto.

— ¿Del Bearnés?

— Del Bearnés.

— ¿Por quién?

— Espera, tú quieres saberlo todo, ¿no es verdad?

— Sí, habla, habla, Chicot, y cuéntamelo todo.

— Gracias, hijo mío; pues si quieres saberlo todo, es menester que volvamos al principio.

— Haz lo que gustes, con tal de que seas breve.

— Tú habías escrito una carta feroz al Bearnés.

— ¿Y cómo sabes eso?

— ¡Toma! porque la he leído.

— ¿Y qué te parece?

— Que si no era un paso delicado el mandarla, por lo menos se había necesitado astucia para escribirla.

— Debía indisponerlos.

— Sí, en el caso en que Enrique y Margarita hubiesen sido cónyuges ordinarios, esposos de buena fé.

— ¿Qué quieres decir?

— Quiero decir que el Bearnés no es ningún bruto.

— ¡Oh!

— Y que ha adivinado.

— ¿Qué ha adivinado?

— Que tú querías malquistarle con su mujer.

— Eso estaba claro.

— Sí, pero lo que no estaba tan claro era el fin con que querías malquistarlos.

— ¡Diablo! ¡el fin!

— ¡Sí! ¿Pues no fué á crear ese Bearnés condenado que al indisponerle con su mujer no tenías más objeto que el no pagar á tu hermana la dote que le debes?

— ¿Sí, eh?

— Sí, ahí tienes lo que se le ha metido en la cabeza á ese Bearnés del diablo.

— Prosigue, Chicot, dijo el rey aturdido. ¿Y qué más?

— Apenas hubo adivinado esto se puso como tú estás ahora, triste y melancólico.

— ¿Qué más, Chicot, qué más?

— Entonces se distrajo de su distracción, y casi dejó de amar á Fosseuse.

— ¡Bah!

— Como te lo digo; entonces ha cedido á ese otro amor de que te hablaba.

— ¿Luego ese hombre es un persa, un pagano, un turco que practica la poligamia? ¿Y qué ha dicho Margot?

— Esta vez, hijo mío, vas á quedarte admirado; Margot se alegró infinito.

— De la desgracia de Fosseuse, lo concibo muy bien.

— No por cierto, se ha alegrado por su propia cuenta.

— ¡Hola! ¿Conque ha tomado el gusto al oficio de partera?

— ¡Ah! esta vez no será partera.

— ¿Pues qué será?

— Madrina; su marido se lo ha prometido, y aun á estas horas están repartidos ya los dulces.

— Pero no los habrá pagado de su peculio.

— ¿Lo creéis así, rey mío?

— Sin duda, porque por mí no tendrá ese peculio. ¿Pero cuál es el nombre de la nueva querida?

— ¡Oh! es una persona muy hermosa y muy fuerte, muy capaz de defenderse si la atacan.

— ¿Y se ha defendido?

— ¡Cáspita si se ha defendido!

— ¿De suerte que Henriot ha sido rechazado con pérdida?

— Al principio.

— ¡Ah! ¡ah! ¿Y luego?

— Enrique se obstinó y volvió á la carga.

— ¿Y qué sucedió?

— Que la tomó.

— ¿Cómo?

— Á la fuerza.

— ¿Á la fuerza?

— Sí, con petardos.

— Con petardos. ¿Y quién es esa bella que es tomada con petardos?

— Es la señorita Cahors.

— ¿La señorita Cahors?

— Sí, una joven hermosa y arrogante, que pasaba por doncella como Perona, la cual tiene un pie sobre el Lot y el otro sobre la montaña, y cuyo tutor es, ó más bien, era Mr. de Vesius, uno de tus buenos amigos.

— ¡Pardiez! exclamó Enrique furioso. ¡Mi ciudad, mi ciudad ha sido tomada!

— Como no quisiste dársela después de habérsela prometido, se ha decidido á tomarla. Pero á propósito, aquí tienes una carta que me ha encargado te entregue en mano propia.

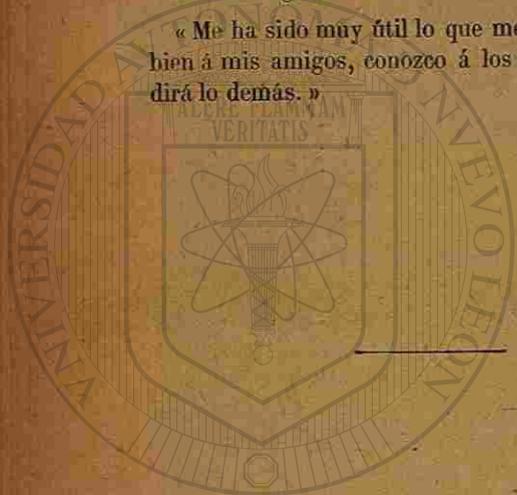
Y sacando Chicot una carta de su bolsillo la entregó al rey.

Enrique la había escrito después de la toma de Cahors, y terminaba con estas palabras:

*Quod mihi dixisti profuit; multum cognosco meos devotos; nosce tuos; Chicotus cætera epediet.*

Lo cual significaba :

« Me ha sido muy útil lo que me dijiste; conozco bien á mis amigos, conozco á los tuyos; Chicot te dirá lo demás. »



## CAPÍTULO XX

**Cómo después de haber recibido Enrique noticias del Mediodía, las recibió del norte.**

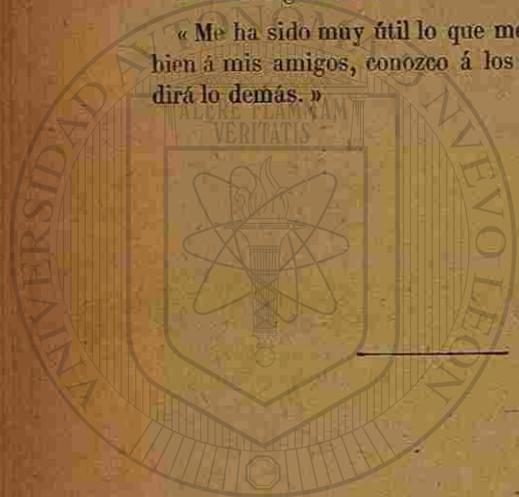
El rey, ciego de cólera, apenas pudo leer la carta que Chicot acababa de entregarle.

Mientras que descifraba el latín del bearnés con crispaciones de impaciencia que hacían temblar el pavimento, Chicot, delante de un magnífico espejo de Venecia, admiraba su apuesto continente y las gracias infinitas que su persona había tomado desde que vestía el uniforme militar. Y decimos infinitas, porque jamás Chicot había parecido tan grande; su cabeza, algo calva, estaba cubierta con un yelmo cónico á la manera de esos capacetes alemanes que con tanta curiosidad se cincelaban en Tréveris y en

*Quod mihi dixisti profuit; multum cognosco meos devotos; nosce tuos; Chicotus cætera epediet.*

Lo cual significaba :

« Me ha sido muy útil lo que me dijiste; conozco bien á mis amigos, conozco á los tuyos; Chicot te dirá lo demás. »



## CAPÍTULO XX

Cómo después de haber recibido Enrique noticias del Mediodía, las recibió del norte.

El rey, ciego de cólera, apenas pudo leer la carta que Chicot acababa de entregarle.

Mientras que descifraba el latín del bearnés con crispaciones de impaciencia que hacían temblar el pavimento, Chicot, delante de un magnífico espejo de Venecia, admiraba su apuesto continente y las gracias infinitas que su persona había tomado desde que vestía el uniforme militar. Y decimos infinitas, porque jamás Chicot había parecido tan grande; su cabeza, algo calva, estaba cubierta con un yelmo cónico á la manera de esos capacetes alemanes que con tanta curiosidad se cincelaban en Tréveris y en

Maguncia, y hallábase á la sazón ocupado en ponerse sobre su casaca, bastante sucia y deteriorada por el sudor y el roce de las armas, una semi-coraza de viaje, que se había quitado para almorzar y colocado sobre una mesa; además, al mismo tiempo que se ponía la coraza, hacía sonar sobre el pavimento unas espuelas, más capaces de destripar que de picar á un caballo.

— ¡Oh! ¡Estoy vendido! exclamó Enrique después de acabar la lectura, el bearnés tenía un plan, y yo no lo había sospechado.

— Hijo mío, replicó Chicot, ya sabes el proverbio que dice: Del agua mansa te libre Dios.

— Anda el diablo con tus proverbios.

Chicot se dirigió hacia la puerta como para obedecer.

— No, quédate.

Chicot se paró.

— ¡Ha sido tomada Cahors! continuó Enrique.

— Y de buena manera, contestó Chicot.

— ¿Luego tiene generales é ingenieros?

— ¡Bah! ¡bah! exclamó Chicot, el bearnés es demasiado pobre. ¿Con qué los había de pagar? Nada de eso, él lo hace todo por sí mismo.

— Y... se bate, dijo Enrique con cierto desdén.

— No me atreveré á decirte que entra desde luego en la refriega lleno de entusiasmo, ¡no, pardiez! porque se asemeja mucho á esas gentes que meten la mano en el agua antes de bañarse; se moja las yemas de los dedos en un ligero sudor de mal agüero, se prepara el pecho con algunos *mea culpa* y la frente con algunas reflexiones filosóficas; esto le ocupa los

diez primeros minutos que siguen al primer cañonazo, después de lo cual se echa de cabeza en la acción, y nada en el plomo derretido y en el fuego como una salamandra.

— ¡Diablo! exclamó Enrique.

— Y te aseguro, Enrique, que hacía calor allá abajo.

El rey se levantó, y se puso á pasear por la sala precipitadamente.

— Esa es una derrota para mí, exclamó terminando en voz alta su pensamiento comenzado en silencio; se reirán de mí, seré la rechilla de todo el mundo. Esos pícaros de gascones son causticos, y ya los veo reirse y les oigo cantarme coplas horribles acompañadas de sus malditas gaitas. ¡Pero, tate! Por fortuna he tenido la idea de enviar á Francisco ese socorro pedido con tanta urgencia, y Amberes me compensará la pérdida de Cahors; el Norte borrará las faltas del Mediodía.

— Amén, dijo Chicot metiendo delicadamente, para acabar sus postres, las puntas de sus dedos en las cajas de dulces y en las compoteras del rey.

En aquel momento se abrió la puerta y el ujier anunció:

— ¡El señor conde Du Bouchage!

— ¡Ah! exclamó Enrique, bien te lo decía, Chicot, ahí tienes la noticia que esperaba. Entrad, conde, entrad.

El ujier se apartó á un lado y vióse aparecer en el umbral de la puerta al joven que acababa de ser anunciado, semejante á un retrato de cuerpo entero hecho por Holbein ó el Ticiano.

Avanzó lentamente, y al llegar al medio de la sala hincó una rodilla en el suelo.

— Siempre pálido, le dijo el rey, siempre lúgubre. Ea, amigo mío, alégrate, aunque sólo sea por un momento, y no me des buenas nuevas con tan mal gesto; habla pronto, Du Bouchage, porque deseo con ansia oír tu relación. ¿Vienes de Flandes, hijo mío?

— Sí, señor.

— Y apresuradamente, según veo.

— Señor, tan pronto como un hombre puede marchar por tierra.

— Seas bien venido, ¿qué hay de Amberes?

— Amberes pertenece al príncipe de Orange, señor.

— ¡Al príncipe de Orange! ¿Qué significa eso?

— Á Guillermo, si os parece mejor.

— ¿Y mi hermano no marchaba sobre Amberes?

— Sí, señor, pero ahora no marcha sobre Amberes, sino sobre el castillo de Thierry.

— ¿Ha abandonado el ejército?

— No existe ya el ejército, señor.

— ¡Oh! exclamó el rey dejándose caer en su sillón : ¿y Joyeuse?

— Señor, mi hermano, después de haber hecho prodigios con sus marinos, después de haber sostenido toda la retirada, se unió á los pocos hombres que habían escapado del desastre, y ha formado con ellos una escolta para el duque de Anjou.

— ¡Una derrota! murmuró el rey.

Y lanzando una mirada siniestra, añadió :

— ¿Conque mi hermano ha perdido á Flandes?

— Absolutamente, señor.

— ¿Sin remedio?

— Así lo temo.

La frente del príncipe fué despejándose por grados como á la luz de un pensamiento interior.

— Ese pobre Francisco, dijo sonriendo, es desgraciado en punto á coronas. Se le ha escapado la de Navarra; ha alargado la mano á la de Inglaterra; ha tocado la de Flandes : ¿cuánto apostamos, Du Bouchage, á que jamás reinará mi pobre hermano, y que se quedará con las ganas de ser monarca?

— Eso sucede siempre que tenemos ganas de alguna cosa, dijo Chicot con tono solemne.

— ¿Y cuántos prisioneros? preguntó el rey.

— Dos mil, sobre poco más ó menos.

— ¿Cuántos muertos?

— Igual número por lo menos, entre ellos Mr. de Saint-Aignan.

— ¡Cómo! ¿ha muerto el pobre Saint-Aignan!

— Sí, señor, ahogado.

— ¡Ahogado! Pues qué, ¿os habéis arrojado al Escalda?

— No por cierto : el Escalda ha sido el que se ha arrojado sobre nosotros.

El conde hizo entonces al rey una relación exacta de la batalla y de la inundación.

Enrique la escuchó desde el principio hasta el fin con pausa, silencio y fisonomía que no carecían de majestad.

Luego que terminó la relación, se levantó, se dirigió á su oratorio, hizo oración de rodillas, volviendo un momento después con el rostro enteramente tranquilo.

— Allí, dijo, espero tomar las cosas como rey. Un monarca sostenido por el Señor es realmente más que un hombre. Vamos, conde, imítadme, y puesto que vuestro hermano se ha salvado como el mío, á Dios gracias, decidámonos un poco.

— Estoy á vuestras órdenes, señor.

— ¿Qué quieres por premio de tus servicios, Du Bouchage? Habla.

— Señor, dijo el joven meneando la cabeza, yo no he hecho ningún servicio.

— Lo dudo; pero en todo caso tu hermano los ha prestado.

— Inmensos, señor.

— ¿Dices que ha salvado al ejército, ó más bien, los restos del ejército?

— Entre los que quedan, señor, no hay un solo hombre que no confiese debe la vida á mi hermano.

— Bien, Du Bouchage; mi voluntad es extender mi beneficio sobre vosotros dos, y en esto no haré más que imitar al Señor omnipotente que os ha protegido de una manera tan visible, haciéndoos á los dos iguales, es decir, ricos, valientes y hermosos; además, imitaré á esos grandes políticos, tan bien inspirados siempre, los cuales tenían por costumbre recompensar á los mensajeros de malas nuevas.

— Y yo conozco, dijo Chicot, algunos ejemplares de mensajeros ahorcados por haber sido portadores de malas nuevas.

— Es muy posible, dijo majestuosamente Enrique; pero hubo un senado que dió las gracias á Varrón.

— ¡Hola! ¿me citas republicanos? Valois, Valois, la desgracia te hace humilde.

— Vamos, Du Bouchage, ¿qué quieres, qué deseas?

— Puesto que V. M. me dispensa el honor de hablarme tan majestuosamente, me atreveré á usar de su benevolencia; estoy cansado de la vida, señor, y sin embargo, tengo repugnancia á abreviarla, porque Dios la defiende; todos los subterfugios que un hombre de honor emplea en semejantes casos son pecados mortales; ir á la guerra con ánimo de que le maten, dejarse morir de hambre, no querer nadar cuando se atraviesa un río, son otras tantas tentativas mal disfrazadas de suicidio, en medio de las cuales vé Dios perfectamente claro, porque bien sabéis, señor, que Dios penetra nuestros pensamientos más secretos; renuncio, pues, á morir antes del término que Dios ha fijado á mi vida; pero me cansa el mundo, y quiero abandonarlo.

— ¡Amigo mío! exclamó el rey.

Chicot levantó la cabeza y miró con interés á aquel joven, tan hermoso, tan valiente y tan rico, y que sin embargo, hablaba en tono de tanta desesperación.

— Señor, continuó el conde con el acento de la convicción más profunda: todo lo que me sucede de algún tiempo á esta parte fortifica en mí este deseo; quiero arrojarme en los brazos de Dios, soberano consolador de los afligidos, como es al mismo tiempo soberano dueño de los venturosos de la tierra; dignaos, pues, señor, facilitarme los medios de entrar pronto en un convento, porque, como dice el poeta, mi corazón está triste como la muerte.

Chicot, el chocarrero Chicot, interrumpió por un instante el continuo movimiento de sus brazos y sin-

gular expresión que daba con frecuencia á su fisonomía para escuchar aquel dolor majestuoso que hablaba tan noble y sinceramente por la voz más dulce y persuasiva que jamás concediera Dios á la juventud y á la hermosura, y concluyó por participar de aquel desaliento y postración profunda que parecía haber roto cada fibra del cuerpo de Du Bouchage. El rey también sintió oprimido su corazón al oír aquella súplica dolorosa.

— ¡Ah! comprendo, amigo mío, dijo: quieres entrar en un convento, pero conoces que eres hombre y temes las pruebas.

— No temo las austeridades, señor, sino por el tiempo que dejan á la indecisión; no, no es para hacer más tolerables las pruebas que me sean impuestas, pues estoy decidido á no perdonar á mi cuerpo un solo padecimiento físico y á mi alma una sola privación moral, sino para quitar al uno ó á la otra todo pretexto de volver á lo pasado, y finalmente, para hacer brotar de la tierra esa reja que debe separarme para siempre del mundo, y que, según las reglas eclesiásticas, brota comunmente con lentitud como un vallado de espinas.

— ¡Pobre joven! dijo el rey, que había seguido el discurso de Du Bouchage midiendo, por decirlo así, cada una de las palabras, ¡pobre joven! creo que haré un buen predicador, ¿no es verdad, Chicot?

Chicot no contestó y Du Bouchage continuó:

— Ya comprendéis, señor, que en el seno de mi misma familia será donde se empeñe la lucha, y que en mis parientes más próximos hallaré la más dura oposición; mi hermano el cardenal, tan bueno

al mismo tiempo que es mundano, buscará mil razones para hacerme variar de parecer, y si no logra persuadirme, como no lo logrará, tendrá que valerse de las imposibilidades materiales, y me alegará á Roma, que establece plazas para cada grado de las órdenes; allí V. M. es omnipotente: allí reconoceré la fuerza del brazo que V. M. quiera extender sobre mi cabeza. Me habéis preguntado lo que yo deseaba, señor, me habéis prometido satisfacer mi deseo; éste se cifra sólo en Dios, alcanzadme de Roma la dispensa del noviciado.

El rey, poco antes tan pensativo, se levantó sonriéndose, y tomando al conde por la mano, le dijo:

— Haré lo que me pides, hijo mío, quieres ser de Dios: haces bien, porque Dios es mejor amo que yo.

— ¡Vaya un cumplimento que le haces! dijo Chicot en voz baja.

— En fin, continuó el rey, te ordenarás según desees, querido conde, te lo prometo.

— V. M. me colma de alegría, exclamó el joven besando la mano de Enrique con tanto júbilo como si le hubiera hecho duque, par ó mariscal de Francia. ¿Conque es cosa decidida?

— Te doy mi palabra de rey y de caballero, dijo Enrique.

El semblante de Du Bouchage se animó de repente, brillando en sus labios cierta sonrisa de éxtasis; en seguida se retiró, después de haber saludado al rey respetuosamente.

— ¡Ahí tienes un joven muy feliz! exclamó Enrique.

— ¡Pardiez! exclamó Chicot, me parece que no tienes nada que envidiarle; no es más digno de lástima que tú.

— Pero, Chicot, tú te olvidas de que va á ser fraile, que va á consagrarse al cielo.

— ¿Y quién diablos te impide hacer otro tanto? Si él pide sus dispensas á su hermano el cardenal, yo conozco otro cardenal que te dará todas las dispensas necesarias, y que se halla en mejores relaciones con Roma que tú. ¿No le conoces? Es el cardenal de Guisa.

— ¡Chicot!

— Y si te molesta la tonsura, porque al fin es una operación delicada, las más lindas manos del mundo y las tijeras más honitas de la cuchillería, unas tijeras de oro, pardiez, te harán ese precioso símbolo, que hará subir al número de tres las coronas que has llevado, y que justificará la divisa: *Manet ultima celo*.

— ¿Lindas manos dices?

— ¿Y qué, te atreverás á hablar mal de las manos de Mad. la duquesa de Montpensier, como has hablado de sus espaldas? ¡Qué rey tan particular eres, y cuánta severidad gastas con tus súbditos!

El rey frunció el ceño y se pasó por la frente una mano tan blanca como aquellas de las cuales se hablaba, pero mucho más trémula seguramente.

— Ea, ea, dijo Chicot, dejemos todo eso, pues veo que la conversación te enfada, y hablemos de cosas que me interesan personalmente.

El rey hizo un gesto entre indiferente y aprobativo.

Chicot miró á su alrededor, y arrimando su sillón al del rey, dijo en voz baja:

— Vamos, respóndeme, hijo mío, ¿esos señores de Joyeuse han partido para Flandes *de esa manera*?

— ¿Qué quieres decir con eso?

— Quiero decir que son gentes tan particulares cuando se entregan, el uno al placer y el otro á la tristeza, que me parece sorprendente hayan dejado á París sin armar alguna zambra, el uno por mera diversión y el otro para aturdirse en medio de sus pesares.

— Bien, ¿y qué?

— Que como tú eres del número de sus mejores amigos, debes saber cómo se han ido.

— Sin duda que lo sé.

— Pues entonces, dime, ¿has oído decir?...

Chicot se detuvo.

— ¿Qué?

— ¿Que hayan atacado á alguna persona notable?

— No he oído nada de eso.

— ¿Ó si han robado alguna mujer por medio de fractura y pistoletazos?

— No sé palabra.

— ¿Ó si por ventura han quemado alguna cosa?

— ¿Qué habían de quemar?

— ¿Qué se yo? Lo que se quema para distraerse cuando uno es gran señor, la casa de un pobre diablo, por ejemplo.

— ¿Estáis loco, Chicot? ¡Quemar una casa en mi ciudad de París! ¿Quién había de atreverse á cometer semejante atentado?

— ¿Por qué no?

— ¡Chicot!...

— En fin, ¿no has oído el ruido ni visto el humo de nada de lo que han hecho?

— Pardiez, ¡no!

— Tanto mejor, dijo Chicot, respirando con cierta facilidad que no había experimentado durante todo el interrogatorio que acababa de hacer sufrir á Enrique.

— ¿Sabes una cosa, Chicot? dijo Enrique.

— No, no lo sé.

— Que te vas haciendo malo.

— ¿Yo?

— Si, tú.

— La mansión de la tumba me había dulcificado algún tanto, gran rey, pero tu presencia me avinagra. *Omnia lētho putrescunt.*

— Es decir, que estoy enmohecido, dijo el rey.

— Un poco, hijo mío, un poco.

— Os hacéis insoportable, Chicot, y os atribuyo proyectos de intrigas y de ambición que suponía muy distantes de vuestro carácter.

— ¡Proyectos de ambición á mí! ¡Chicot ambicioso! Enriquillo, hijo mío, antes no eras más que niño, pero ahora eres loco, lo cual es un progreso.

Y yo os digo, señor Chicot, que queréis alejar de mí á todos mis servidores, suponiéndoles intenciones que no tienen, crímenes en que no han pensado; digo, en fin, que queréis secuestrarme.

— ¡Secuestrarte yo! exclamó Chicot, ¡secuestrarte! ¿Y para qué? Dios me libre de semejante cosa; eres un ente demasiado molesto, *bone Deus*, sin contar lo

difícil que eres de alimentar. ¡Oh! no, no en mis días.

— ¡Hum! dijo el rey.

— Vamos, explicame por qué te se ha ocurrido esa idea diabólica.

— Habéis comenzado por escuchar friamente mis elogios respecto de vuestro antiguo amigo don Modesto, á quien debéis mucho.

— ¿Yo, yo debo mucho á don Modesto? Bueno, ¿y qué más?

— ¿Qué más? Habéis tratado de calumniarme á mis Joyeuse, que son dos verdaderos amigos.

— No digo que no.

— Después habéis echado vuestra zarpa á los Guisas.

— ¡Hola! ¿Ahora los amas? Parece que hoy estás de humor de amar á todo el mundo.

— No, no los amo; pero como en estos momentos permanecen quietos y tranquilos, como en estos momentos no me hacen el menor daño, como no los pierdo de vista un instante, y lo único que observo en ellos es siempre la misma frialdad de mármol, y yo no acostumbro á tener miedo á las estatuas, por amenazadoras que sean, refirome á aquellas cuya fisonomía y actitud conozco, porque bien sabes, Chicot, que un fantasma, cuando ha llegado á ser familiar, no es más que un compañero soportable, todos esos Guisas, con sus miradas feroces y sus largas espadas, son los súbditos de mi reino que hasta el día me han hecho menos daño: ¿y sabes con qué los comparo?

— Sí, dímelo, por tu vida, Enriquillo, pues bien sabes que eres muy sutil en tus comparaciones.

— Los comparo con esas percas que se sueltan en los estanques para dar caza á los pescados gordos é impedir que engorden demasiado; pero supón por un momento que los pescados gordos no les tengan miedo.

— ¿Qué?

— Que las percas no tienen buenos dientes para hincárselos en las escamas.

— ¡Oh, Enrique, hijo mío, qué sutil eres!

— Al paso que tu Bearnés...

— ¿Tienes también una comparación para el Bearnés?

— Al paso que tu Bearnés maulla como un gato y muerde como un tigre.

— Por vida mía, dijo Chicot, he ahí á un Valois que acaricia á un Guisa. Vamos, vamos, hijo mío, te hallas en muy buen camino para detenerte. Divórciate desde luego y cástate con Mad. de Montpensier; á lo menos tendrás una probabilidad con ello. ¿No ha estado enamorada de ti en otro tiempo?

Enrique tomó cierta actitud de engreimiento y vanidad satisfecha.

— Sí, dijo, pero estaba ocupado en otra parte: he ahí la fuente de todas sus amenazas. Chicot, has puesto el dedo en la llaga; ella abriga contra mí un odio de mujer, y me halaga de vez en cuando, pero afortunadamente soy hombre y no debo hacer más que reírme de ella.

Al acabar Enrique de pronunciar estas palabras el ujier Nambu gritó desde el umbral de la puerta:

— Un mensajero del señor duque de Guisa para S. M.

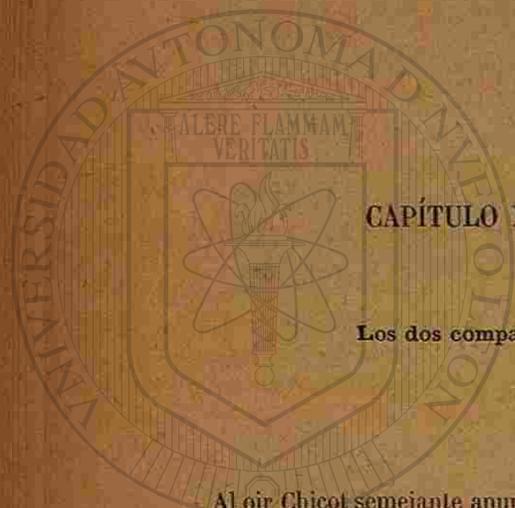
— ¿Es un correo ó un gentilhombre? preguntó el rey.

— Es un capitán, señor.

— Que entre y sea bien venido.

Al mismo tiempo entró un capitán de gendarmes con el uniforme de campaña, é hizo el saludo acostumbrado.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Avdo. 4925 MONTERREY, MEXICO



## CAPÍTULO XXI

### Los dos compadres.

Al oír Chicot semejante anuncio volvió á sentarse, y siguiendo su loable costumbre, se puso de espaldas á la puerta, mientras que con los ojos medio cerrados se entregaba á una de esas meditaciones interiores que le eran tan habituales, cuando vinieron á sacarle de su estupor las primeras palabras pronunciadas por el mensajero de Guisa.

En consecuencia abrió enteramente los ojos; pero por fortuna ó por desgracia, entretenido el rey con el recién llegado no advirtió esa manifestación, que en Chicot solía ser siempre significativa.

El mensajero se hallaba á diez pasos del sillón en que Chicot estaba sumergido, y como el perfil de

Chicot apenas pasaba de los adornos del sillón, su ojo perspicaz veía perfectamente todo el cuerpo del mensajero, mientras que éste sólo podía ver el ojo de Chicot.

— ¿Venís de la Lorena? preguntó el rey al mensajero, cuyo continente era muy noble y su rostro marcial en extremo.

No, señor, vengo de Soissons, donde el señor duque, que hace un mes no ha salido de allí, me ha entregado esta carta que tengo el honor de poner á los pies de V. M.

El ojo de Chicot centelleaba y no perdía un solo gesto del recién venido, así como sus oídos no perdían una sola palabra.

El mensajero abrió su colete, cerrado con broches de plata, y sacó de un bolsillo de badana, forrada de seda, que llevaba en el lado izquierdo, no una carta sino dos, pues la una estaba unida á la otra por la oblea; de suerte que aun cuando el capitán no creía sacar más que una, cayeron ambas sobre la alfombra.

Chicot no perdió de vista esta carta, así como el ojo del gato sigue el vuelo del pájaro.

Vió también que á la caída inesperada de esta carta las mejillas del mensajero se cubrieron de un sonrosado carmín, y se vió muy embarazado al tener que recogerla, así como para entregar al rey la primera.

Peró Enrique nada vió: Enrique, modelo de confianza, á lo menos en aquella hora, no atendió á nada. Únicamente abrió una de aquellas dos cartas, la que quisieron darle, y la leyó.

El mensajero, por su parte, viendo al rey absorto

en esta lectura, se quedó también parado contemplando la fisonomía del rey, en la cual buscaba un reflejo de todos los pensamientos que tan interesante lectura debía suscitarle.

— ¡Ah, maese Borromeo! ¡maese Borromeo! murmuró Chicot siguiendo con la vista hasta los menores movimientos del servidor leal de Mr. de Guisa. ¡Ah! tú eres capitán, y no das al rey sino una carta cuando traes dos en el bolsillo; aguarda, querido, aguarda.

— ¡Está bien, está bien! exclamó leyendo de nuevo la carta del duque de Guisa con visible satisfacción; capitán, podréis decir á Mr. de Guisa que estoy sumamente agradecido al ofrecimiento que me hace.

— ¿No se digna honrarme V. M. con una respuesta por escrito? preguntó el mensajero.

— No, pienso verle dentro de un mes ó de seis semanas; por consiguiente, le daré yo mismo las gracias, idos.

El capitán hizo un saludo y salió de la habitación.

— Ahora conocerás, mi buen Chicot, dijo el rey dirigiéndose hacia su compañero, á quien suponía abismado en su sillón, ahora verás que Mr. de Guisa es ajeno á toda clase de maquinaciones. Este valiente duque ha sabido el asunto de Navarra, teme que los hugonotes se envalentonen y levanten la cabeza, pues tiene noticias de que los alemanes quieren ya enviar refuerzos al rey de Navarra. Pero, ¿qué hace? ¿A ver si lo adivinas.

Chicot no respondió: Enrique se figuró que aguardaba la explicación.

— ¡Pues bien! continuó, me ofrece el ejército que

acaba de levantar en Lorena para estar en observación de Flandes, y me previene que dentro de seis semanas todo este ejército, hasta con su mismo general, estará á mi disposición. ¿Qué te parece de esto, Chicot?

Ni una palabra obtuvo por respuesta.

— En verdad te digo, mi querido Chicot, continuó el rey, que tienes algo de absurdo, mi buen amigo, eres terco como una mula castellana, y cuando tiene uno la desgracia de convencerte de algún error, lo que sucede con harta frecuencia, te pones mohino y enfadado ¿eh?... Si, muy mohino, y muy tonto por añadidura.

Ni un soplo vino á contradecir á Enrique en la opinión que acababa de manifestar de una manera tan franca acerca del carácter de su amigo.

Y este silencio era una cosa que disgustaba á Enrique mucho más que la misma contradicción.

— Creo, dijo, que el muy tonto ha tenido el descaro de quedarse dormido. Chicot, tu rey te habla, ¿quieres contestar? añadió encaminándose hacia el sillón.

Pero Chicot no podía contestar, atendiendo á que ya no estaba allí, y Enrique encontró el sillón vacío. Sus ojos recorrieron toda la habitación. El gascón tampoco estaba en el cuarto. Su casco había desaparecido como él y con él.

El rey fué acometido de una especie de estremecimiento supersticioso; pasábase á veces por la mente que Chicot era un espíritu, una encarnación diabólica, de buena especie, es verdad, pero diabólica al fin.

Llamó á Nambu.

Nambu no tenía nada de común con Enrique. Era, por el contrario, un espíritu fuerte, como lo son por lo general todos los que custodian las antecámaras de los reyes. Creía en las apariciones y desapariciones, él, que tantas había visto; pero en las de personas vivientes y no en las de espíritus diabólicos.

Nambu aseguró al rey haber visto salir á Chicot como unos cinco minutos antes de que saliese el enviado de monseñor el duque de Guisa, advirtiéndole únicamente que salía con la ligereza y con las precauciones de un hombre que no quería que se le viese salir.

— No hay duda, exclamó Enrique pasando á su oratorio, Chicot se ha amostazado de no tener razón. ¡Qué miserables son los hombres, Dios mío! y esto sucede generalmente hasta con los de más talento.

Maese Nambu tenía razón; Chicot, cubierto con su celada y armado de su larga tizona, había atravesado las antesalas sin meter mucho ruido; pero á pesar de sus muchas precauciones, no había podido evitar que sonasen las espuelas al bajar las escaleras que conducían desde las habitaciones á la puertecilla del Louvre, ruido que había llamado la atención de mucha gente y que había valido á Chicot innumerables saluciones, porque nadie ignoraba la posición que ocupaba cerca del rey, y muchos saludaban á Chicot con más expresión que hubieran saludado al mismo duque de Anjou.

Al llegar Chicot á la puerta se separó como para atarse bien una espuela.

Ya hemos dicho que el capitán de Mr. de Guisa

había salido como unos cinco minutos después de Chicot, en el cual no había fijado su atención. Había bajado las escaleras y atravesado los patios, orgulloso y encantado á la vez; orgulloso, porque al fin no era soldado de mala traza, y gustaba de hacer ostentación de sus gracias delante de los suizos y de la guardia de S. M. Cristianísima; encantado, porque el rey le había recibido de un modo que probaba que no tenía sospecha alguna contra el duque de Guisa.

En el momento en que salía del umbral de la puertecilla del Louvre, y atravesaba el puente levadizo, sintió un traqueteo de espuelas que le parecía como el eco de las suyas.

Volvió la cabeza creyendo que el rey habría mandado que le siguieran, y no pudo menos de quedar sorprendido al descubrir por la rejilla de su celada el rostro apacible y la fisonomía gazmoña del ciudadano Roberto Briquet.

Nuestros lectores conocerán muy bien que el primer movimiento de estos dos hombres no debía ser precisamente muy simpático.

Borromeo abrió una boca de medio pie cuadrado, como dice Rabelais, y suponiendo que el que le seguía deseaba hablar con él, suspendió su marcha, de suerte que Chicot le alcanzó en dos zancadas.

Sabido es el espacio que salvan las zancas de Chicot.

- ¡Cáspita! dijo Borromeo.
- ¡Diantre! exclamó Chicot.
- ¡Mi buen ciudadano!
- ¡Reverendo padre!

- ¡Con esa celada!
- ¡Con ese colete!
- ¡Maravillome mucho de veros!
- ¡Es una gran satisfacción para mí el alcanzaros!

Y ambos se miraron por espacio de algunos segundos con el aspecto hostil de dos gallos que se disponen á la pelea, y que para intimidarse el uno al otro se levantan sobre sus espolones.

Borromeo fué el que primero pasó de lo grave á lo dulce.

Los músculos de su rostro perdieron su tensión, y con cierto aire de marcial franqueza y de amable urbanidad, exclamó:

— ¡Vive Dios, maese Roberto, que sois un compadre astuto!

— ¡Yo, reverendo! respondió Chicot. ¿Y por qué motivo me decís semejante cosa?

— Por la jornada del convento de dominicos, donde me habéis hecho creer que no erais más que un simple ciudadano, y á la verdad, es necesario que seáis diez veces más valiente y más travieso que un procurador y un capitán, todo en una pieza.

Chicot reconoció que el cumplimento era de los labios y no del corazón.

— ¡Ah, ah! respondió con buena fé. ¿Y qué deberemos decir de vos, señor de Borromeo?

— ¿De mí?

— Sí, de vos.

— ¿Y por qué?

— Por haberme hecho creer que no erais más que un fraile. Se necesita que soáis diez veces más redo-

mado que el mismo papa, y cuidado, compadre, que yo no os desprecio al decirlo esto, porque debéis convenir en que hoy el papa es el más terrible promovedor de tramas.

— ¿Sabéis lo que decís? preguntó Borromeo.

— ¡Diantre! ¿Por ventura miento yo alguna vez?

— Enhorabuena, tocad esos cinco, dijo presentando la mano á Chicot.

— ¡Ah! vos me habéis llevado mal al convento, hermano capitán, dijo Chicot.

— Os tomé por un simple paisano, y ya sabéis el cuidado que nos dan los paisanos á nosotros, gentes de armas tomar.

— Es cierto, dijo Chicot riéndose, lo mismo que á los frailes, y sin embargo, me habéis cogido en la trampa.

— ¿En la trampa?

— Sí por cierto, pues con ese disfraz me tendiais un lazo. Un capitán valiente como vos no cambia sin razones muy poderosas su coraza por un sayal.

— Con hombre que cime espada yo no debo tener secretos. Os lo confieso, tengo ciertos intereses particulares en el convento de los dominicos; ¿pero y vos?

— Yo también, dijo Chicot, pero silencio.

Hablemos de esas cosas. ¿Consentis en ello?

— No deseo otra cosa.

— ¿Sois aficionado al buen vino?

— Sí, con tal que sea bueno.

— Pues bien, yo sé de una famosa taberna que no tiene rival en París.

— También yo conozco otra, dijo Chicot. ¿Y cómo se llama la vuestra?

— *El Cuerno de la Abundancia.*

— ¡Ah! ¡ah! exclamó Chicot estremeciéndose.

— ¿Qué es eso, compadre?

— Nada.

— ¿Tenéis que decir algo contra mi taberna?

— No por cierto, todo lo contrario.

— ¿Y la conocéis?

— Tampoco, y eso es lo que me admira.

— ¿Queréis seguirme á ella?

— ¿Por qué no? Ahora mismo, y con mucho gusto.

— Vamos, pues.

— ¿En dónde está situada?

— Hacia la puerta de Bourdelle. El patrón es un antiguo conocido, que sabe apreciar perfectamente la diferencia que hay entre el paladar de un hombre como vos y el gazzate de un quidam.

— Es decir, que allí podremos hablar á nuestra satisfacción.

— Y en la bodega, si nos parece mejor.

— ¿Sin que nadie nos incomode?

— Cerraremos la puerta por dentro.

— Vamos, dijo Chicot, ya veo que sois hombre de grandes recursos, y tan bien quisto en tabernas como en conventos.

— ¿Os figuráis que tengo relaciones con el tabernero?

— Creo que sí.

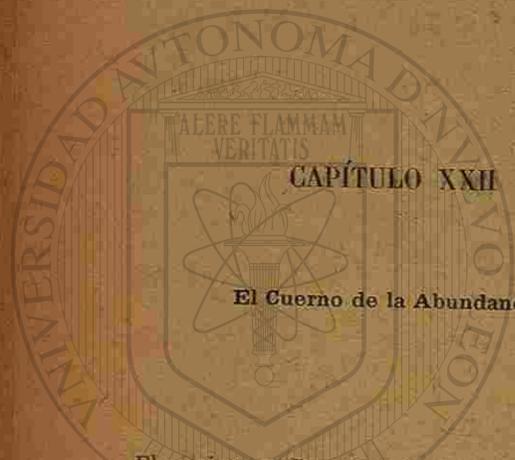
— Pues lo que es ahora os equivocáis de medio á medio. Bonhomet me vende su vino cuando se lo

pido, y yo lo pago cuando quiero. He aquí todo el misterio

— ¡Bonhomet!... dijo Chicot. ¡Pardiez! ese es un nombre que promete.

— Y que sabe cumplir. Venid, compadre, venid y nos alegraremos.

— ¡Oh! ¡oh! dijo Chicot en voz baja siguiendo al fingido fraile; ahora es cuando necesitas recurrir á tus mejores muecas y contorsiones, amigo Chicot, porque si Bonhomet te reconoce antes de que sea preciso, pobre de ti, mentecato.



### El Cuerno de la Abundancia.

El camino que Borromeo hacía seguir á Chicot, sin sospechar que Chicot lo conocía tanto como él, recordaba á nuestro gascón los más felices tiempos de su juventud.

En efecto, ¿cuántas veces, con la cabeza vacía, las piernas ligeras y los brazos sueltos, aprovechando el tibio sol de invierno, la fresca sombra del estío, había ido Chicot á la celebrada taberna del *Cuerno de la Abundancia*?

Entonces unas cuantas monedas de oro y aun de plata sonando en su bolsillo, le hacían más dichoso que un rey, y se dejaba llevar del dulce placer de la holgazanería, tanto como era de esperar de quien no

tenía patrona en su alojamiento, ni hijo hambriento que esperase su llegada, ni padres regañones que lo acecharan por detrás de las ventanas.

Entonces Chicot se sentaba con la mayor indiferencia del mundo en el banco de pino ó en el taburete de la taberna aguardando á Gorenflot, si ya no es que le encontraba puntual á los primeros vapores de la cena preparada.

Animábase visiblemente Gorenflot, y Chicot siempre inteligente, observador anatómico, estudiaba cada uno de los grados de su borrachera, examinando aquella curiosa naturaleza al través del vapor sutil de una emoción razonable, y bajo la influencia del buen vino, del calor y de la libertad, remontábase la juventud espléndida, victoriosa y consoladora al cerebro.

Al pasar Chicot por el callejón Bussy se levantó sobre las puntas de los pies para distinguir la casa que había recomendado á la vigilancia de Remigio, pero la calle era muy desnivelada, y el detenerse le pareció una demostración impolítica; siguió, pues, al capitán Borromeo, y este sacrificio le costó un suspiro.

No pasó mucho tiempo sin presentarse á su vista la gran calle de Santiago, en seguida el claustro de San Benito, y casi enfrente del claustro la hostería del *Cuerno de la Abundancia*, algo vieja ya y en bastante mal estado; pero sombreada siempre en la parte exterior por los plátanos y castaños, y amueblada en lo interior con sus vasijas de estaño relucientes y sus cacerolas brillantes, que son las ficciones del oro y de la plata para los gastrónomos y bebe-

dores, pero que llenan de verdadero oro y de verdadera plata los bolsillos del tabernero por razones simpáticas de que es preciso pedir cuenta á la naturaleza.

Después que Chicot dirigió su mirada escudriñadora desde el umbral de la puerta, tanto á la parte exterior como á la interior, se encogió todo lo que pudo, perdiendo lo menos seis pulgadas de estatura, la cual había disminuido ya en presencia del capitán, y añadió un gesto de sátiro muy diferente del aire franco y jovial de su fisonomía, y se preparó á arrostrar la presencia de su antiguo huésped, maese Bonhomet.

Además, Borromeo pasó el primero para enseñarle el camino, y maese Bonhomet, al ver aquellos dos cascos, no se cuidó de averiguar quién era el que marchaba delante.

Si la fachada del *Cuerno de la Abundancia* estaba bastante deteriorada, la del digno tabernero por su parte había sufrido también las injurias del tiempo.

Además de las arrugas, que en el rostro humano corresponden á las grietas que el tiempo abre en las fachadas de los edificios, maese Bonhomet había adquirido ciertos modales de hombre rico, que para otros cualesquiera, que no fueran soldados, le hacían de difícil acceso; y los cuales encogían por decirlo así, su rostro; pero Bonhomet respetaba siempre la espada, este era su flaco, y había contraído esta costumbre por vivir en un barrio tan distante de toda vigilancia municipal, bajo la influencia de los pacíficos benedictinos.

En efecto, si por desgracia se promovía una dis-

puta en aquella gloriosa taberna, antes de que pudieran acudir los suizos ó los alguaciles, había tiempo sobrado para desenvainar las espadas y hacer cribas muchos coletos; este percance había acontecido ya siete ú ocho veces á Bonhomet y le había costado cien libras cada vez; por lo tanto respetaba la espada por aquello de: «El miedo guarda la viña.»

En cuanto á los demás clientes del *Cuerno de la Abundancia*, estudiantes, frailes y mercaderes, Bonhomet se las arreglaba solo á las mil maravillas, pues había adquirido cierta celebridad rompiendo unas cuantas botellas en las cabezas de los pagadores recalcitrantes y desleales, hazaña que ponía siempre de su parte á algunos abonados que había escogido entre los mancebos más vigorosos de las tiendas inmediatas.

Por lo demás, sabía tan bien y era tan puro el vino que cada uno tenía derecho á ir á buscar por sí mismo á la bodega, era tan conocida su generosidad respecto á ciertos parroquianos acreditados en su mostrador, que nadie murmuraba de su mal humor ó de sus rarezas.

Algunos parroquianos antiguos atribuían este mal humor á un fondo de pesar que maese Bonhomet había tenido en su matrimonio.

Tales fueron, á lo menos, las explicaciones que Borromeo creyó deber dar á Chicot sobre el carácter del huésped cuya hospitalidad iban á disfrutar juntos.

Esta misantropía de Bonhomet había tenido mal resultado para el ornato y menaje de la hospedería. En efecto, considerándose el tabernero muy superior á sus parroquianos, no puso el menor cuidado en

embellecer su taberna, resultando de aquí que Chicot, al entrar en la sala común, lo reconoció todo al primer golpe de vista; nada había cambiado, á no ser el color fuliginoso del techo, que de pardo había pasado á negro.

En aquellos tiempos venturosos aun no habían adquirido las posadas el horrible olor acre é incómodo del tabaco quemado con que hoy se impregnan las ensambladuras y tapices de las salas, olor que absorbe y exhala todo lo que es poroso y esponjoso. Así es que, á pesar de su grasa venerable y de su tristeza aparente, la sala del *Cuerno de la Abundancia* no inficionaba con exhalaciones exóticas los miasmas vinosos profundamente impregnados en cada átomo del establecimiento; de suerte que, sea permitido decirlo, un verdadero bebedor hallaba placer en aquel templo del dios Baco, porque allí respiraba el aroma y el incienso más grato á la divinidad.

Chicot pasó, como hemos dicho, detrás de Borromeo, y no fué visto, ó más bien, conocido por el huésped del *Cuerno de la Abundancia*; en seguida se dirigió al ángulo más oscuro de la sala común, y ya iba á instalarse en ella, cuando deteniéndole Borromeo, le dijo:

— Os advierto, amigo mío, que detrás del tabique hay un pequeño reducto, donde dos hombres pueden hablar cómodamente cuanto quieran después de beber, y aun mientras beben.

— Pues vamos á él, dijo Chicot.

Borromeo hizo una seña á nuestro huésped, la cual quería decir:

— Compadre, ¿está desocupado el gabinete?

Bonhomet respondió con otra seña que quería decir:

— Lo está.

— Venid, dijo Borromeo, y condujo á Chicot, que fingió tropezar en todos los ángulos del corredor, en aquel estrecho reducto que ya conocen los que han querido perder su tiempo en leer la *Dama de Monso-reau*.

— Esperadme aquí, dijo Borromeo, mientras voy á usar de un privilegio concedido á los parroquianos constantes del establecimiento, y del cual vos también participaréis cuando seáis más conocido.

— ¿Qué privilegio? preguntó Chicot.

— El de ir yo mismo á la bodega á escoger el vino que vamos á beber.

— Mé agrada el privilegio, dijo Chicot, id, aquí os espero.

Salió Borromeo, y Chicot le siguió con la vista: luego que aquél cerró la puerta, se dirigió á la pared y quitó de ella una imagen del asesinato de Crédit, muerto por los malos pagadores, la cual estaba en un cuadro de madera negra, y guardaba simetría con otro que representaba á una docena de pobres pelones firando al diablo por la cola.

Detrás de aquella imagen había un agujero, desde donde se podía ver la sala sin ser visto, agujero muy conocido de Chicot, como obra de sus manos.

— ¡Ah! ¡ah! dijo, me conduces á una taberna de que eres parroquiano; me metes en un callejón donde crees que no podré ver sin ser visto, y en el que hay un agujero, gracias al cual no harás un gesto que yo no vea. Vamos, vamos, mi capitán, poco astuto y previsor eres.

Y al pronunciar Chicot estas palabras con el aire de desprecio que le era habitual, aplicó el ojo al tabique, artísticamente perforado.

Por este agujero vió á Borromeo apoyando primero prudentemente su dedo sobre los labios, y hablando después con Bonhomet, que daba asentimiento á lo que le decía con graves inclinaciones de cabeza.

Por el movimiento de los labios del capitán, adivinó Chicot, muy experto en semejantes materias, que la frase pronunciada quería decir :

— Servidnos en ese reducto, y no penetréis en él, cualquiera que sea el ruido que oigáis.

Después de lo cual tomó Borromeo una lamparilla que ardía constantemente encima de un arcón, levantó la trampa, y bajó él mismo á la bodega, usando del privilegio más precioso concedido á los parroquianos del establecimiento.

En el acto Chicot dió un golpe en el tabique de una manera particular.

Al oír Bonhomet aquel modo de llamar, que debía despertar algún recuerdo profundamente arraigado en su corazón, se estremeció, miró al aire y escuchó.

Chicot volvió á llamar, y de un modo que probaba su extrañeza de no haber sido obedecido al primer llamamiento.

Bonhomet se dirigió entonces presuroso al reducto, y halló á Chicot de pie y con rostro amenazador.

Al verlo Bonhomet lanzó un grito, pues suponía á Chicot muerto, como todo el mundo, y creía hallarse enfrente de su espectro.

— ¿Qué significa esto! dijo Chicot. ¿Desde cuándo

acostumbráis á hacer llamar dos veces á hombres de mi temple?

— ¡Oh! señor Chicot, dijo Bonhomet, ¿sois vos, ó solamente vuestra sombra?

— Sea yo ó mi sombra, desde el momento que me conocéis, creo que debéis obedecerme á ojos cerrados.

— ¡Oh! ciertamente, señor : mandad lo que gustéis.

— Cualquiera que sea el ruido que oigáis en este gabinete, maese Bonhomet, y pase lo que quiera, espero que aguardaréis á que os llame para venir.

— Lo cual me será tanto más fácil, señor Chicot, cuanto que la recomendación que me hacéis es exactamente la misma que acaba de hacerme vuestro compañero.

— Sí, pero no es él quién llamará, ¿lo entendéis, señor Bonhomet? sino yo, y si llama, será lo mismo que si no llamara.

— Convenido, señor Chicot.

— Bien, y ahora alejad á todos vuestros clientes bajo cualquier pretexto, y que dentro de diez minutos estemos tan libres y solos en vuestra casa, como si hubiésemos venido para practicar en ella el ayuno de viernes santo.

— Dentro de diez minutos, señor Chicot, no habrá un gato en la casa, á excepción de vuestro humilde servidor.

— Idos, Bonhomet : habéis conservado toda mi estimación, dijo Chicot majestuosamente.

— ¡Oh, Dios mío! ¡Dios mío! dijo Bonhomet retirándose, ¿qué vá á pasar en mi pobre casa?

Y al retirarse encontró á Borromeo, que subía de la bodega con unas botellas, y el cual le dijo:

— Ya lo has oído: dentro de diez minutos ni un alma en el establecimiento.

Bonhomel hizo con su cabeza, tan desdeñosa habitualmente, una señal de obediencia y se dirigió á su cocina á fin de meditar los medios de obedecer al doble mandato de sus dos temibles clientes.

Al entrar Borromeo en el reducto halló á Chicot, que le esperaba con la sonrisa en los labios.

Ignoramos cuáles fueron los medios que discurrió Borromeo para salir de su compromiso; pero es el resultado que á los dos minutos el último escolar atravesaba el umbral de la puerta dando el brazo al último mercader, y diciendo:

— ¡Diablo! borrasca se prepara hoy en casa de maese Bonhomel; pongámonos á buen recaudo si queremos evitar la granizada.

### CAPÍTULO XXIII

De lo que sucedió en el reducto de maese Bonhomel.

Cuando el capitán entró en el reducto con un canasto de doce botellas en la mano, Chicot le recibió con aire tan franco y risueño, que estuvo tentado Borromeo por creer tonto á Chicot.

Borromeo tenía mucha prisa de destapar las botellas que había ido á buscar á la bodega; pero nada era en comparación de la que Chicot tenía, y por lo tanto no fueron largos los preparativos. Á fuer de bebedores experimentados, ambos compañeros pidieron cosas saladas, con el loable objeto de no dejar apagar la sed. Bonhomel les presentó inmediatamente el plato que habían pedido, y uno y otro le dirigieron una mirada.

Bonhomel contestó á cada uno de ellos; pero si

Y al retirarse encontró á Borromeo, que subía de la bodega con unas botellas, y el cual le dijo:

— Ya lo has oído: dentro de diez minutos ni un alma en el establecimiento.

Bonhomel hizo con su cabeza, tan desdeñosa habitualmente, una señal de obediencia y se dirigió á su cocina á fin de meditar los medios de obedecer al doble mandato de sus dos temibles clientes.

Al entrar Borromeo en el reducto halló á Chicot, que le esperaba con la sonrisa en los labios.

Ignoramos cuáles fueron los medios que discurrió Borromeo para salir de su compromiso; pero es el resultado que á los dos minutos el último escolar atravesaba el umbral de la puerta dando el brazo al último mercader, y diciendo:

— ¡Diablo! borrasca se prepara hoy en casa de maese Bonhomel; pongámonos á buen recaudo si queremos evitar la granizada.

## CAPÍTULO XXIII

De lo que sucedió en el reducto de maese Bonhomel.

Cuando el capitán entró en el reducto con un canasto de doce botellas en la mano, Chicot le recibió con aire tan franco y risueño, que estuvo tentado Borromeo por creer tonto á Chicot.

Borromeo tenía mucha prisa de destapar las botellas que había ido á buscar á la bodega; pero nada era en comparación de la que Chicot tenía, y por lo tanto no fueron largos los preparativos. Á fuer de bebedores experimentados, ambos compañeros pidieron cosas saladas, con el loable objeto de no dejar apagar la sed. Bonhomel les presentó inmediatamente el plato que habían pedido, y uno y otro le dirigieron una mirada.

Bonhomel contestó á cada uno de ellos; pero si

alguno hubiese podido juzgar aquellas dos miradas, habría hallado notable diferencia entre la destinada á Borromeo y la que iba dirigida á Chicot.

Bonhommet salió, y los dos compañeros empezaron á beber.

Ante todas cosas, como la ocupación era demasiado importante para que nada debiera interrumpirla, ambos bebedores se humedecieron bien las fauces con sendos vasos de vino sin hablarse una sola palabra, pues el único que lo había hecho fué Chicot, y eso sólo para decir :

— ¡Pardiez! ¡qué buen Borgoña!... ¡Diablo! ¡excelente jamón!

Había despachado dos botellas, es decir, una botella por frase.

— ¡Cáspita, decía para sí Borromeo, no lo hace mal! me alegro, así tendré una probabilidad más de hacer mi negocio.

Á la tercera botella levantó Chicot los ojos al cielo y dijo :

— En verdad que bebemos como si tratáramos de emborracharnos.

— ¡Bueno! ¡Este salchichón está tan salado! dijo.

— ¡Ah!

— Bien va, dijo Chicot, continuemos, amigo : yo tengo la cabeza firme.

Y cada uno de ellos desocupó su botella, produciendo el vino en los dos compañeros un efecto enteramente opuesto, pues al mismo tiempo que desataba la lengua de Chicot, ataba la de Borromeo.

— ¡Hola! murmuró Chicot, amigo mío, señal que desconfías de ti mismo.

— ¡Hola! dijo para sí Borromeo, ¿hablas? Señal que te emborrachas.

— ¿Cuántas botellas necesitáis, compadre?

— ¿Para qué? preguntó Chicot.

— Para estar alegre.

— Cuatro, según mi cuenta.

— ¿Y para achisparos?

— Pongamos seis.

— ¿Y para achisparos completamente?

— Doblemos la cantidad.

— Gascón al fin, dijo para sí Borromeo : balbucea, y aun está en la cuarta botella. Entonces tenemos bastante, añadió levantando la voz y sacando del cesto una botella para él y otra para Chicot, es decir, la quinta botella; pero Chicot advirtió que de las cinco botellas colocadas en fila á la derecha de Borromeo, unas estaban á la mitad, otras á la tercera parte, y ninguna vacía, todo lo cual le confirmó en el pensamiento que desde un principio le había ocurrido, á saber, que el capitán tenía respecto de él no muy buenas intenciones.

Al levantarse para recibir la quinta botella que le presentaba Borromeo, se tambalearon sus piernas y dijo :

— ¿No habéis sentido?

— ¿Qué?

— Un temblor de tierra.

— ¡Bah!

— ¡Sí, voto á Cribas! Por fortuna la hostería del *Cuerno de la Abundancia* es sólida, á pesar de estar construida sobre un eje.

— ¿Está edificada sobre un eje? preguntó Borromeo.

— Sin duda, puesto que da vueltas.

— Es verdad, dijo Borromeo apurando su vaso: yo sentía el efecto, pero no adivinaba la causa.

— Porque no sois latino, dijo Chicot, porque no habéis leído el tratado *De natura rerum*; si lo hubieseis leído, sabrías que no hay efecto sin causa.

Pues bien, mi querido camarada, dijo Borromeo, porque al fin sois capitán como yo, ¿no es verdad?

— Capitán desde la planta de los pies hasta la punta de los cabellos, respondió Chicot.

— Pues bien, mi querido capitán, prosiguió Borromeo, puesto que, según aseguráis, no hay efecto sin causa, decidme cual era la causa de vuestro disfraz.

— ¿De qué disfraz?

— Del que llevabais cuando fuisteis á casa de don Modesto.

— ¿De qué estaba disfrazado?

— De paisano.

— ¡Ah! es verdad.

— Decidme eso, y comenzaréis mi educación de filósofo.

— Con mucho gusto: pero en cambio me diréis por qué estabais disfrazado de fraile; pagadme una confianza con otra.

— Que me place, dijo Borromeo.

— Tocad esos cinco, dijo Chicot, y alargó su mano al capitán.

Éste dejó caer á plomo su mano sobre la de Chicot.

— Ahora yo, dijo Chicot, y apretó la de Borromeo.

— ¡Bien! dijo Borromeo.

— ¿Conque queréis saber por qué estaba yo disfrazado de paisano? preguntó Chicot con lengua que cada vez se hacía más estropajosa.

— Sí, me interesa.

— ¿Y después me lo contaréis todo?

— Os doy mi palabra de honor.

— Á fé de capitán, ¿no es verdad? Por otra parte, ¿no es cosa ya convenida?

— Es cierto, lo habia olvidado. Pues bien, el motivo de mi disfraz es la cosa más sencilla del mundo.

— En ese caso, hablad.

— En dos palabras os pondré al corriente.

— Ya escucho.

— Espiaba por el rey.

— ¡Cómo! ¿espiabais?

— Sí.

— ¿Conque sois espia por oficio?

— No, por afición solamente.

— ¿Qué espiabais en casa de don Modesto?

— Todo. En primer lugar á don Modesto, después al hermano Borromeo, luego á Santiaguillo, y por último, á todo el convento.

— ¿Y qué habéis descubierto, mi digno amigo?

— Desde luego he descubierto que don Modesto es un gran bestia.

— No se necesita ser muy hábil para eso.

— Poco á poco, señor Borromeo, que S. M. Enrique III no es un necio, y lo considera como la lumbrera de la Iglesia, y aun piensa hacerle obispo.

— Sea: nada tengo que decir contra esa promoción; al contrario, me reiré mucho cuando suceda. ¿Y qué más habéis descubierto?

— He descubierto que cierto hermano Borrromeo no era fraile, sino capitán.

— ¿De veras habéis descubierto eso?

— Al primer golpe de vista.

— ¿Y después?

— He descubierto que Santiaguillo se ejercitaba en tirar al florete, mientras pudiera hacerlo con la espada, y que daba estocadas á un muñeco mientras llegaba la ocasión de poder hacerlo con un hombre.

— ¡Ah! ¿has descubierto eso? dijo Borrromeo frunciendo el ceño. ¿Y qué más has descubierto?

— ¡Oh! dame de beber, porque sino de nada me acordaré.

— Observarás que estás en la sexta botella, dijo Borrromeo riéndose.

— Así es que empiezo á achisparme, dijo Chicot, no lo niego. ¿Hemos venido aquí para filosofar?

— No, hemos venido para beber.

— Pues entonces bebamos.

Y Chicot llenó su vaso.

— Tienes razón, contestó Borrromeo.

— Y en seguidá añadió :

— ¿Te acuerdas, Chicot?

— ¿De qué?

— De lo que has visto en el convento.

— ¡Diablo! si me acuerdo.

— ¿Y qué has visto?

— He visto que los frailes, en vez de ser tales, eran soldados, y en vez de obedecer á don Modesto te obedecían á tí. He ahí lo que he visto.

— En efecto; pero no es eso todo lo que has visto.

— No; pero bebamos, bebamos, sino voy á perder la memoria.

Y como la botella de Chicot estaba vacía, presentó su vaso á Borrromeo, que le hechó vino de la suya.

Chicot desocupó su vaso sin tomar aliento.

— ¡Qué tal! Parece que todo lo tenemos presente.

— ¡Vaya si lo tenemos!

— ¿Y qué más has visto?

— He visto que había una conjuración.

— ¡Una conjuración! dijo Borrromeo poniéndose pálido.

— Una conjuración, si, respondió Chicot.

— ¿Contra quién?

— Contra el rey.

— ¿Con qué objeto?

— Con el de apoderarse de su persona.

— ¿Y cuándo?

— Al volver de Vincennes.

— ¡Mal rayo!

— ¿Qué es eso?

— Nada. ¿Conque habéis visto eso?

— Sí.

— ¿Y habéis avisado al rey?

— Es claro, como que había ido para eso.

— ¿Entonces vos tenéis la culpa de que se haya frustrado el golpe?

— Yo mismo, dijo Chicot.

— ¡El diablo cargue contigo! dijo Borrromeo entre dientes.

— ¿Qué decís? preguntó Chicot.

— Digo que tenéis buena vista, amigo.

— ¡Bah! respondió Chicot balbuceando, he visto otras muchas cosas. Dadme una de vuestras botellas, y os admiraréis cuando os diga lo que he visto.

Borromeo se apresuró á satisfacer el deseo de Chicot.

— Veamos, dijo, decidme eso que me ha de asombrar.

— En primer lugar, dijo Chicot, he visto á Mr. de Mayenne herido.

— ¡Bah!

— Después he visto la toma de Cahors.

— ¿La toma de Cahors? ¿Conque venis de Cahors?

— Ciertamente. ¡Ah! capitán, era cosa digna de verse, y un valiente como vos hubiera gozado con semejante espectáculo.

— No lo dudo. ¿Según eso estabais cerca del rey de Navarra?

— Á su mismo lado, querido amigo, como estamos aquí.

— ¿Y os separasteis de él?

— Para llevar esta nueva al rey de Francia.

— ¿Y venis del Louvre?

— Llegué un cuarto de hora antes que vos.

— Entonces, como no nos hemos separado desde aquel momento, no os pregunto lo que habéis visto después de nuestro encuentro en el Louvre.

— Al contrario, preguntad, preguntad, pues os aseguro que eso es lo más curioso.

— Pues bien, hablad.

— Hablad, hablad, ¡cuerpo de Baco! Es muy fácil decir: ¡hablad!

— Haced un esfuerzo.

— Venga otro vaso de vino para desatarme la lengua... lleno, así. He visto, camarada, que al sacar de tu bolsillo la carta de S. A. el duque de Guisa, dejaste caer otra.

— ¿Otra? exclamó Borromeo dando un salto sobre su asiento.

— Sí, dijo Chicot, que tienes ahí.

Y después de haber oscilado su mano á uno y otro lado, apoyó un dedo sobre el colete de ante de Borromeo, en el sitio mismo donde estaba la carta.

Borromeo tembló, como si el dedo de Chicot hubiese sido un hierro candente y como si este hierro hubiese tocado su pecho en vez de tocar su colete.

— ¡Oh, oh! dijo, ya no falta más que una cosa.

— ¿Cuál?

— Que adivinéis á quien está dirigida esa carta.

— Poco tiene que adivinar eso, dijo Chicot, dejando caer sus dos brazos sobre la mesa, está dirigida á la duquesa de Montpensier.

— ¡Diablo! exclamó Borromeo, espero que nada de eso habréis dicho al rey.

— Ni una palabra, pero se lo diré.

— ¿Cuándo?

— Cuando haya echado un sueño, contestó Chicot dejando caer la cabeza sobre sus brazos, como había dejado caer los brazos sobre la mesa.

— ¿Conque sabéis que tengo una carta para la duquesa? preguntó el capitán con voz ahogada.

— Lo sé, lo sé perfectamente, dijo Chicot.

— Y si pudieran sosteneros vuestras piernas, ¿iriais al Louvre?

- Ahora mismo.  
 — ¿Y me denunciaríais?  
 — Sí.  
 — ¿De modo que no os chanceáis?  
 — ¿Cómo?  
 — Que en cuanto echéis ese sueño...  
 — ¿Qué?  
 — El rey lo sabrá todo.

— Pero, mi querido amigo, replicó Chicot levantando su cabeza y mirando á Borromeo con aire lánguido, haceos cargo de una cosa : que vos sois conspirador y yo espía ; si estáis metido en una conjuración, os denuncio, y en esto no hacemos más que cumplir cada uno con los deberes de su oficio. Ea, buenas noches.

Y diciendo estas palabras, no solo volvió á tomar su posición primitiva, sino que se acomodó en su asiento y sobre la mesa, de modo que, sepultada su cara entre las manos, y cubierta la parte posterior de la cabeza con su casco, no presentaba de superficie más que la espalda, que, despojada de su coraza, la cual estaba sobre una silla, había podido arquearse cómodamente.

— ¡Hola! dijo Borromeo, fijando en su compañero sus ojos centelleantes, ¿conque quieres delatarme?

— Tan luego como despierte, amigo mío, contestó Chicot.

— Pero falta saber si despertarás, exclamó Borromeo descargando al mismo tiempo una furiosa puñalada sobre la espalda de su compañero de crápula, y creyendo atravesarle de parte á parte y clavarle en

la mesa ; pero Borromeo no había contado con la cota de malla que tomó Chicot del gabinete de armas de don Modesto.

La daga se rompió como vidrio contra aquella famosa cota á que por segunda vez debía Chicot la vida.

Además, antes de que el asesino hubiese vuelto de su estupor, el brazo derecho de Chicot, estirándose como un resorte, describió medio círculo, y vino á descargar un puñetazo, que pesaba lo menos doscientas libras, sobre el rostro de Borromeo, quien, ensangrentado y magullado, fué á caer contra la pared.

En un segundo se puso de pie Borromeo, y en otro se le vió con la espada en la mano ; pero estos dos segundos habían bastado á Chicot para levantarse y desenvainar la suya.

Todos los vapores del vino se habían disipado como por encanto ; Chicot, con la pierna izquierda echada hacia adelante, la vista fija y el puño firme, se preparaba á recibir á su enemigo.

La mesa, como un campo de batalla, sobre el cual estaban acostadas las botellas vacías, se interponía entre los dos adversarios, sirviendo de trinchera á cada uno de ellos ; pero la vista de la sangre que caía de su nariz á la cara y de su cara al suelo, puso fuera de sí á Borromeo, que, perdiendo toda prudencia, se lanzó contra su enemigo, aproximándose á él todo lo que la mesa le permitía.

— ¡Qué bruto eres! dijo Chicot, ya ves como eres tú el que estás borracho, pues de un lado á otro de la mesa no puedes alcanzarme, en tanto que mi brazo

es seis pulgadas más largo que el tuyo y mi espada tiene seis pulgadas más larga que la tuya. Mira la prueba.

Y sin moverse siquiera alargó Chicot el brazo con la rapidez del relámpago, y picó á Borromeo en medio de la frente.

Borromeo lanzó un grito más de cólera que de dolor, y como al fin era de un valor extraordinario, redobló su encarnizamiento en el ataque.

Chicot, siempre del lado opuesto de la mesa, tomó una silla y se sentó tranquilamente.

— ¡Dios mío, que estúpidos son estos soldados! dijo encogiéndose de hombros. Creen que saben manejar una espada, y cualquier paisano puede, si quiere, matarlos como moscas. ¡Bravo! de esta hecha me va á dejar tuerto. ¡Hola! ¿te subes sobre la mesa? ¡Bueno! No faltaba más que eso; pero te advierto, asno enjalmado, que son terribles las estocadas de abajo á arriba, y si yo quisiera, te ensartaría como á una cogujada.

Y le picó en la barriga como le había picado en la frente.

Borromeo rugía de furor y saltó abajo de la mesa.

— Enhorabuena, dijo Chicot, ya estamos á pie llano y podemos hablar mientras nos tiremos estocadas. ¡Ah! capitán, capitán, así asesinamos algunas veces en nuestros momentos perdidos entre dos conjuraciones.

— Yo hago por mi causa, lo que vos hacéis por la vuestra, dijo Borromeo, asustado á pesar suyo del fuego sombrío que brotaba de los ojos de Chicot.

— Eso es hablar, dijo Chicot, y sin embargo,

amigo mío, veo con placer que valgo más que vos. ¡Ah! no ha sido mala.

Borromeo acababa de tirar á Chicot una estocada que había tocado su pecho.

— No ha sido mala, pero conozco el hotonazo, es el mismo que enseñasteis á Santiaguillo; decia, pues, que valia más que vos, amigo mío, porque yo no he comenzado la lucha, aunque no me han faltado ganas; hay más, os he dejado realizar vuestro proyecto, dándoos toda latitud, y aun en este momento no hago más que parar los golpes, haciéndolo así porque tengo que proponeros un arreglo.

— ¡Nada! ¡nada! exclamó Borromeo exasperado al ver la tranquilidad de Chicot.

Y le tiró otra estocada, que hubiera atravesado al gascón de parte á parte, si éste, á favor de sus largas piernas, no hubiera dado un paso que le puso fuera del alcance de su adversario.

— Voy, sin embargo, á decir en qué consiste ese arreglo, para no tener nada de qué reconvenirme.

— Calla, calla, dijo Borromeo, es inútil.

— Escucha, dijo Chicot, lo hago sólo para tranquilizar tu conciencia; no estoy sediento de tu sangre, ¿lo entiendes! ni quiero matarte sino en último recurso.

— Mátame, si puedes, exclamó Borromeo exasperado.

— No por cierto; ya he matado á otro espadachín como tú, y aun debo añadir más fuerte que tú. ¡Paradiez! tú le conoces: era también de la casa de Guisa: un abogado:

— ¡Ah! ¡Nicolás David! murmuró Borromeo

aterrado del precedente y pudiéndose á la defensiva.

— Justamente.

— ¡Ah! ¿Fuiste tú quien le mató?

— Sí, con una estocada muy linda, que voy á enseñarte sino aceptas el arreglo.

— Bueno, veamos ese arreglo.

— Que pases del servicio del duque de Guisa al del rey, pero sin dejar el del duque.

— Es decir, ¿que me haga espía como tú?

— No por cierto, hay una diferencia notable; á mi no me pagan, y á ti te pagarán: empezará por manifestarme esa carta del duque de Guisa á la duquesa de Montpensier, me dejarás tomar una copia, y yo te dejaré tranquilo hasta nueva ocasión. ¿Qué tal! ¿Soy caballero?

— Toma, dijo Borromeo, esta es mi respuesta.

La respuesta de Borromeo fué una estocada tan rápidamente dada, que la punta de la espada tocó en el hombro de Chicot.

— Vamos, dijo Chicot, veo que es absolutamente necesario que te enseñe el botonazo que di á Nicolás David, es un botonazo muy bonito y sencillito.

Y Chicot, que hasta entonces había permanecido á la defensiva, dió un paso adelante y atacó á su vez.

— He aquí el botonazo, dijo Chicot; hago una finta en cuarta baja.

Hizolo así, y Borromeo paró el golpe retrocediendo, pero al primer paso tuvo que pararse, porque tropezó con el tabique.

— ¡Bien! eso es, paras el círculo; haces mal, porque mi puño es mejor que el tuyo; ligo, pues, mi

espada, doy un tercio alto, me tiro á fondo y te toco, ó más bien, te mato.

En efecto, el golpe había seguido, ó más bien acompañado á la demostración, y la fina tizona, introduciéndose en el pecho de Borromeo, se había deslizado como una aguja entre dos costillas, y penetrado profundamente y con un ruido sordo en el tabique de madera.

Borromeo estiró los brazos y dejó caer su espada: dilatáronse sus ojos ensangrentados, abrióse su boca, apareció en sus labios una espuma rojiza, su cabeza se inclinó sobre su hombro lanzando un suspiro que parecía estertor, cesaron después de sostenerle sus piernas, y aplomándose su cuerpo, ensanchó la herida que había hecho la espada, pero no pudo separarla del tabique por estar sostenida por el puño infernal de Chicot, de suerte que el desgraciado, semejante á un gigantesco murciélago, permaneció clavado á la pared, que sus pies golpeaban con sacudidas estrepitosas.

Chicot, frío é impassible como acostumbraba á estarlo en las circunstancias solemnes, sobre todo cuando estaba convencido de haber hecho todo lo que su conciencia le prescribía, soltó la espada, que quedó clavada horizontalmente, desabrochó el cinturón del capitán, metió la mano en el bolsillo del colete, tomó la carta y leyó la firma que decía:

*Duquesa de Montpensier.*

Entretanto brotaba la sangre á borbotones de la herida, y el dolor de la agonía se pintaba en todas las facciones de Borromeo.

— Yo muero, murmuró; Dios mío y mi señor, tened compasión de mí.

Esta última apelación á la misericordia divina, hecha por un hombre que sin duda hasta aquel momento supremo no había pensado en ella, eterneció á Chicot.

— Seamos caritativos, dijo, y puesto que este hombre ha de morir, á lo menos que sea lo más dulcemente posible.

Y aproximándose al tabique, retiró haciendo un esfuerzo su espada de la pared, y sosteniendo el cuerpo de Borromeo, impidió que cayera pesadamente al suelo; pero esta última precaución era inútil, pues la muerte había corrido rápido y fría, y paralizados ya los miembros del vencido, dobláronse sus piernas, se deslizó en los brazos de Chicot, y cayó rodando sobre el pavimento.

Este sacudimiento hizo brotar de la herida un charro de sangre negra, con el cual huyó el resto de vida que animaba todavía á Borromeo.

Entonces Chicot fué á abrir la puerta de comunicación y llamó á Bonhomet.

El tabernero, que había estado escuchando á la puerta y oído sucesivamente el ruido de las mesas y de los bancos, el choque de las espadas y la caída del cuerpo pesado, no esperó á que le llamaran por segunda vez. Hombre de experiencia, y teniendo muy presente la confianza que se le había hecho, y conociendo muy bien el carácter de los hombres de armas en general, y el de Chicot en particular, no podía menos de adivinar cuanto había pasado.

La única cosa que ignoraba era cuál de los adversarios había sucumbido.

Necesario es decir, en elogio de maese Bonhomet, que su fisonomía tomó una expresión de verdadera alegría cuando oyó la voz de Chicot y vió que era el gascón quien sano y salvo abría la puerta.

Chicot, á cuya perspicacia nada se escapaba, notó esta expresión y la agradeció interiormente.

Bonhomet entró temblando en la salita, teatro de la catástrofe, y exclamó al ver el cuerpo del capitán bañado en su sangre.

— ¡Oh! ¡mi buen Jesús!

— ¡Oh! sí, mi pobre Bonhomet, dijo Chicot, he ahí lo que somos, el buen capitán está muy enfermo, como ves.

— ¡Oh! ¡señor Chicot, mi buen señor Chicot! exclamó Bonhomet casi consternado.

— ¿Qué es eso? preguntó Chicot.

— Habéis hecho muy mal en escoger mi casa para esta ejecución. ¡Un capitán tan bueno!

— ¡Cómo! ¿preferirías ver á Chicot en tierra y de pie á Borromeo?

— ¡Oh! no, no, exclamó el huésped con toda la sinceridad de su corazón.

— Pues bien, eso es, sin embargo lo que debía suceder, á no mediar un milagro de la Providencia.

¿De veras?

— A fé de Chicot, y sino, mirame las espaldas, que te aseguro me duelen más de lo que quisiera.

Diciendo así se inclinó delante del tabernero para que sus espaldas llegasen á la altura de su vista.

El colete estaba agujereado entre los dos omopla-

tos, y una mancha de sangre redonda y del tamaño de un escudo de plata, enrojecía las orillas del agujero.

— ¡Sangre, exclamó Bonhomet, sangre! ¡Ah! ¡Estáis herido!

— Aguarda, aguarda.

Y Chicot se quitó el colete haciendo en seguida lo mismo con la camisa.

— Mira ahora, dijo.

— ¡Ah! ¡tenéis una coraza! ¡qué felicidad, señor Chicot! ¿Y decís que el capitán quería asesinaros?

— ¡Diablo! me parece que no es cosa de broma una puñalada en las espaldas. ¿Ahora qué ves?

— Una malla rota.

— El capitán no estuvo torpe; ¿y sangre?

— Sí, mucha sangre debajo de las mallas.

— En ese caso quitémonos la coraza, dijo Chicot, y diciendo y haciendo presentó en un momento, desnudo un dorso que parecía componerse solamente de huesos, de músculos pegados á los huesos y de piel pegada á los músculos.

— ¡Ah! señor Chicot, exclamó Bonhomet, es tan ancha como un plato.

— Sí, eso es, la sangre está extravasada; es una equimosis, como dicen los médicos; dame un trapo blanco, echa en partes iguales en un vaso buen aceite de olivo y hez de vino, y lávame esa mancha, amigo mío.

— ¿Y qué hago de ese cadáver, señor Chicot?

— Eso no te importa á ti.

— ¿Cómo que no me importa?

— No. Dame papel, pluma y tinta.

— Ahora mismo, señor Chicot.

Bonhomet salió corriendo del reducho.

Entretanto Chicot, que probablemente no podía perder un minuto de tiempo, calentó á la luz de la lámpara la punta de un cuchillo, y cortó por entre el lacre la seda que sostenía el sello de la carta. Hecha esta operación, como ya nada sujetaba el pliego, lo sacó de su cubierta y lo leyó con vivas muestras de satisfacción.

Al acabar esta lectura entró Bonhomet con el aceite, el vino, la tinta, el papel y la pluma.

Chicot colocó la pluma, el papel y la tinta delante de sí, se sentó á la mesa, y presentó la espalda á Bonhomet con una calma estoica.

Bonhomet comprendió la pantomima y comenzó las fricciones, que sin duda debían causar fruición á Chicot, en vez de irritarle la herida, puesto que no sólo se puso á copiar con la mayor serenidad la carta del duque de Guisa á su hermana, sino que á cada palabra hacía sus comentarios.

La carta estaba concebida en los siguientes términos:

« Querida hermana: la expedición de Amberes ha sido bien para todo el mundo, menos para nosotros; si os dicen que el duque de Anjou ha muerto, no lo creáis, pues vive.

» Vive, ¿lo entiendes? Aquí está toda la cuestión.

» En esta sola palabra hay encerrada toda una dinastía; esta palabra separa la casa de Lorena del trono de Francia, mucho mejor que pudiera haberlo el más profundo abismo.

» Sin embargo, no os alarméis por esto, pues he  
» descubierto que dos personas, á quienes suponía  
» muertas, existen todavía, y la vida de estas perso-  
» nas nos ofrece una probabilidad de que morirá el

» príncipe.  
» Pensad, pues, solamente en París; dentro de  
» seis semanas será tiempo de que principie á traba-  
» jar la Liga; por lo tanto, conviene que nuestros  
» parciales sepan que se aproxima el momento, á fin  
» de que se hallen dispuestos.

» El ejército está bajo buen pie de guerra, con-  
» tamos con doce mil hombres seguros y bien equi-  
» pados; entraré con él en Francia, so pretexto de  
» atacar á los hugonotes alemanes que van á socorrer  
» á Enrique de Navarra; batiré á los hugonotes, y  
» luego que entre en Francia como amigo, obraré  
» como dueño y soberano. »

— ¡Eh! ¡eh! exclamó Chicot.

— ¿Os hago mal, señor? dijo Bonhomet suspen-  
diendo las fricciones.

— Sí, amigo mío.

— Tranquilizaos, os frotaré con más suavidad.

Chicot continuó su lectura copiando :

« P. D. Apruebo completamente vuestro plan res-  
» pecto de los cuarenta y cinco; permitidme sola-  
» mente que os diga, querida hermana mía, que  
» hacéis á esos pícaros más honor del que se me-  
» recen... »

— ¡Ah! diablo, murmuró Chicot, no veo muy  
claro este párrafo.

Y volvió á leer :

« Apruebo completamente vuestro plan respecto  
» de los cuarenta y cinco... »

— ¿Qué plan? se preguntó Chicot.

» Permitidme solamente que os diga, querida  
» hermana mía, que hacéis á esos pícaros más honor  
» del que se merecen. »

— ¿Qué honor?

Chicot volvió á leer.

» Que se merecen.

» Vuestro querido hermano,

» E. DE LORENA. »

— En fin, dijo Chicot, todo está claro menos la  
postdata. Tendremos cuidado con la postdata.

— Señor Chicot, se aventuró á decir Bonhomet  
viendo que Chicot había cesado de escribir, ya que  
no de pensar; señor Chicot, no me habéis dicho lo  
que tengo que hacer con este cadáver.

— Una cosa muy sencilla.

— Para vos, que sois fecundo en recursos, sí;  
pero para mí...

— Supongo, por ejemplo, que este desgraciado  
capitán se puso á reñir en la calle con unos soldados  
suizos ó alemanes, y que te lo trajeron herido: ¿te  
habías de negar á recibirlo?

— No por cierto, á menos que me lo hubieseis  
prohibido, señor Chicot.

— Supón también, que depositado en ese rincón,  
y á pesar de los cuidados que le prodigaste, se te ha

muerto entre las manos. Esto sería una desgracia á lo sumo, ¿no es verdad? Y en vez de ser reconvenido, merecerás elogios por tu humanidad. Supón, además, que al morir ese pobre capitán pronunció el nombre bien conocido para tí del prior de los dominicos de San Antonio.

— ¡De don Modesto Gorenflot! exclamó Bonhommet con sorpresa.

— Sí, de don Modesto Gorenflot. Pues bien, vas á avisar á don Modesto, éste se apresurará á venir, y como al registrar al muerto encontrará su bolsillo de dinero, porque es importante que le encuentre, y esto te lo digo solamente por vía de aviso, y hallando además esta carta, no concebirá sospecha alguna.

— Comprendo, señor Chicot.

— Hay más: recibirás una recompensa en lugar de sufrir un castigo.

— Sois un hombre grande, señor Chicot; corro al priorato de San Antonio.

— ¡Aguarda! ¡Qué diablo! He dicho el bolsillo y la carta.

— ¡Ah! sí, ¿y la carta la tenéis?

— Justamente.

— ¿Convendría no decir que ha sido leída y copiada?

— ¡Pardiez! precisamente porque hallarán intacta esa carta recibirás una recompensa.

— ¿Conque hay un secreto en esta carta?

— En los tiempos que corren, mi querido Bonhommet, hay secretos en todo.

Dada esta respuesta sentenciosa, se puso Chicot á atar de nuevo la seda del sello, empleando el mismo

procedimiento, y en seguida unió el lacre tan artísticamente, que el ojo más ejercitado no hubiera podido ver en él la menor separación. Después de lo cual guardó la carta en el bolsillo del muerto, mandó á Bonhommet que aplicara á su herida el paño impregnado en aceite y hez de vino, á manera de cataplasma, púsose la cota de malla preservativa sobre su piel, su camisa sobre su cota de malla, su colete sobre su camisa, recogió su espada, la limpió, y envainándola, se dispuso á salir, pero volviéndose inmediatamente, dijo:

— Si la fábula que he inventado no te parece buena, puedes decir que el mismo capitán se ha atrevesado con su espada.

— ¿Un suicidio?

— Ya comprendes que esto no compromete á nadie.

— Pero entonces no enterrarán á este desgraciado en el campo santo.

— ¡Bah! dijo Chicot, sin duda que á él le importará esto mucho.

— Yo lo creo que sí.

— Entonces haz lo que quieras, mi buen Bonhommet: adiós.

Volviendo por segunda vez, añadió:

— ¡Ah! se me olvidaba, quiero pagar, puesto que él ha muerto.

Y arrojando tres escudos de oro sobre la mesa, acrocó su dedo índice sobre sus labios en señal de silencio, y salió de la taberna.

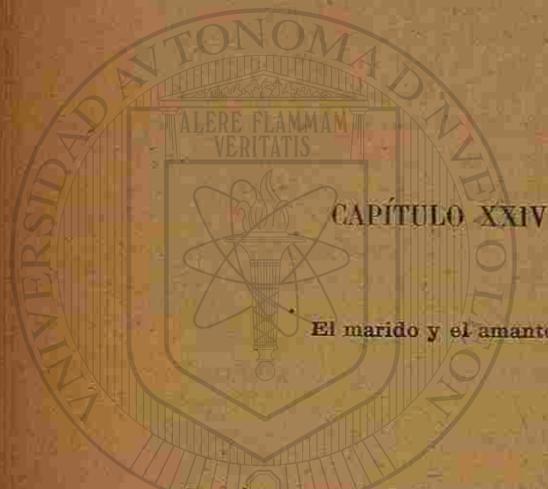
que servía de base á una de las columnas de su balcón, la llave de su casa querida, porque es de advertir que en aquellos tiempos cualquiera llave de cofre ó de otro mueble igualaba en peso y en volumen á las llaves más gordas de nuestras actuales casas, y por tanto, siguiendo esta proporción, las llaves de las casas eran iguales á las de las ciudades modernas.

Calculando, pues, Chicot la dificultad que tendría en guardar la venturosa llave en su bolsillo, había tomado el partido de esconderla donde hemos dicho.

Preciso es confesar que Chicot experimentó al meter los dedos en la piedra un ligero estremecimiento, al que siguió una alegría indefinible cuando sintió la frialdad del hierro.

La llave estaba realmente en el mismo sitio donde Chicot la había colocado, y esto mismo sucedía respecto de los muebles de la primera pieza, respecto de la tablita clavada sobre el madero, y en fin, de los mil escudos, que seguían rebosando en su escondite.

Chicot no era avaro; todo lo contrario, muchas veces había tirado el oro á manos llenas, sacrificando así lo material al triunfo de la idea, lo cual constituye la filosofía de todo hombre de cierto valor; pero cuando la idea había cesado momentáneamente de mandar á la materia, es decir, cuando no había necesidad de dinero, de sacrificio, cuando en una palabra, la intermitencia sensual reinaba en el alma de Chicot y esta alma permitía al cuerpo vivir y gozar, el oro, fuente primera, incesante, eterna de los goces animales, recobraba todo su valor á los ojos de nuestro filósofo, y nadie mejor que él sabía en cuántas



#### El marido y el amante.

Con cierta especie de emoción volvió á ver Chicot la calle de los Agustinos, tan tranquila y desierta, el ángulo formado por el montón de casas que precedían á la suya, y en fin, su misma querida casa con su techo triangular, su balcón carcomido y las canales de su tejado adornadas de gárgolas.

Había sido tal el miedo que le acometiera de no hallar más que un vacío en el sitio de su casa, y era tanto lo que había temido ver obstruida la calle por el humo de un incendio, que calle y casa le parecieron prodigios de limpieza, de gracia y de esplendor.

Chicot había ocultado en el hueco de una piedra

partículas sabrosas de subdivide ese todo inestimable que se llama un escudo.

— Por mi ánima, murmuró Chicot agachado en medio de su cuarto, levantada la baldosa, con su tablita al lado y su tesoro á la vista, por mi ánima que tengo un vecino honrado como ninguno, puesto que ha hecho respetar y respetado él mismo mi dinero: en verdad que esta acción no tiene precio para los tiempos que corren. ¡Diablo! tengo que dar las gracias á ese hombre inestimable, y no tardaré en dárselas.

Diciendo así volvió á colocar la tablita sobre la viga y la baldosa sobre la tablita, se aproximó á la ventana, y miró á la acera de enfrente.

La casa conservaba esa tinta gris y sombría que la imaginación presta como color natural á los edificios cuyo carácter conoce.

— No debe ser todavía la hora de dormir, dijo Chicot, y por otra parte, estoy seguro de que esas gentes no son muy dormilonas. Veamos.

Bajó y fué no sin preparar todas las gracias de su cara risueña para llamar á la puerta del vecino.

Oyó ruido de pasos en la escalera; pero sin embargo, quiso esperar el tiempo necesario para creerse obligado á llamar de nuevo.

Al segundo aldabonazo se abrió la puerta y apareció un hombre en la sombra.

— Buenas noches, dijo Chicot alargando la mano; ya estoy de vuelta y vengo á daros las gracias, mi querido vecino.

— ¿De qué? dijo una voz cuyo acento sorprendió mucho á Chicot.

Al mismo tiempo el hombre que había venido á abrir la puerta daba un paso hacia atrás.

— ¡Cómo! Me he engañado, dijo Chicot, no sois vos el que era vecino mío al tiempo de marcharme, y sin embargo, juraría que os conozco.

— Y yo también, dijo el joven.

— Vos sois el vizconde Ernauton de Carmainges.

— Y vos sois la Sombra.

— En verdad, dijo Chicot, que estoy por creer que he caído de las nubes.

— En fin, ¿qué deseáis, señor? preguntó el joven con alguna esperanza.

— Perdonad, acaso os incomodo.

— No, pero me permitiréis que os pregunte en qué puedo servirlos.

— Quisiera hablar al dueño de la casa.

— En ese caso, hablad.

— ¿Cómo?

— Sí, porque el dueño de la casa soy yo.

— ¿Vos? ¿Y desde cuándo acá?

— ¡Toma! hace tres días.

— ¿Conque ha estado de venta la casa?

— Así parece, puesto que la he comprado.

— ¿Y el antiguo propietario?

— Ya no la habita, como veis.

— ¿Dónde está?

— No lo sé.

Vamos, entendámonos, dijo Chicot.

— No deseo otra cosa, respondió Ernauton, con visible impaciencia; sólo quiero que nos entendamos pronto.

— El antiguo propietario era hombre de veinti-

cinco á treinta años, que representaba cuarenta.

— No; era un hombre de sesenta y cinco á sesenta y seis años, que representaba su edad.

— Calvo.

— No, al contrario, con un monte de cabellos blancos.

— Tiene una cicatriz enorme en el lado izquierdo de la cabeza, ¿no es verdad?

— No he visto la cicatriz, sino muchas arrugas.

— Entonces no comprendo una palabra, dijo Chicot.

— En fin, replicó Ernauton después de un instante de silencio, ¿qué queriais á ese hombre, mi querido Espectro?

Chicot iba á confesar lo que acababa de hacer; pero el misterio de la sorpresa de Ernauton le recordó de repente cierto proverbio entre las personas discretas.

— Quería dijo, hacerle una visita, como se acostumbra entre vecinos y nada más.

De esta manera Chicot no faltaba á la verdad y no decía nada.

— Amigo mío, dijo Ernauton con política, pero disminuyendo considerablemente el hueco de la puerta que tenía entreabierta, amigo mío, siento no poder daros noticias más exactas.

— Gracias, señor, dijo Chicot, me informaré en otra parte.

— Pero esto no impide, añadió Ernauton cerrando cada vez más la puerta, que aplauda la casualidad que me pone en contacto con vos.

— Deseas que me lleve el diablo, ¿no es verdad?

murmuró Chicot devolviendo saludo por saludo.

— Sin embargo, como á pesar de esta respuesta mental se olvidaba Chicot de retirarse, dijole Ernauton asomando la cara entre la puerta y la jamba:

— Hasta la vista.

— Esperad un instante, señor de Carmainges, dijo Chicot.

— Me es imposible; lo siento mucho, respondió Ernauton: espero á una persona que debe venir á llamar á esta misma puerta, y no me disimulará que no emplee toda la discreción posible en recibirla.

— Basta, señor, comprendo, dijo Chicot; perdónadme que os haya importunado, ya me retiro.

— Adiós, señor Espectro.

— Adiós, señor Ernauton.

Y dando un paso hacia atrás, vió Chicot cerrarse la puerta dulcemente.

Escuchó para observar si el joven desconfiado acechaba su partida, pero muy al contrario, oyó á Ernauton subir la escalera; volvióse entonces tranquilo á su casa y se encerró en ella, resuelto á no turbar las costumbres de su nuevo vecino, pero según su hábito, á no perderle demasiado de vista.

En efecto, Chicot no era hombre que se dormía sobre un hecho que le parecía de alguna importancia sin haber palpado y disecado este hecho con la paciencia de un anatómico distinguido; á pesar suyo, y este era un privilegio ó una falta de organización, á pesar suyo, toda forma incrustada en su cerebro se presentaba al análisis por sus lados más salientes; de manera que las paredes cerebrales del pobre Chi-

cot se encontraban heridas, abiertas é incitadas á un examen inmediato.

Chicot, que hasta entonces habia tenido preocupada su imaginación con aquella frase de la carta del duque de Guisa : « apruebo, enteramente vuestro plan respecto á los cuarenta y cinco, » abandonó esta frase, á cuyo examen pensaba volver más tarde, para sondear á fondo, en sesión permanente, la preocupación nueva que acababa de reemplazar á la antigua.

Chicot reflexionó que era la cosa más extraña del mundo ver á Ernauton instalarse como dueño en aquella casa misteriosa, cuyos habitantes habian desaparecido de repente, y mucho más considerando que á esos habitantes podía referirse una frase de la carta del duque de Guisa hablando del duque de Anjou.

Esta circunstancia era digna de observación, y Chicot tenia por costumbre creer en las casualidades providenciales, y aun desenvolvía sobre este particular, siempre que á ello se le instaba, teorías muy ingeniosas.

La base de estas teorías era una idea que á juicio nuestro vale tanto como cualquiera otra.

He aquí la idea :

La casualidad es la reserva de Dios.

El Todopoderoso no da su reserva sino en circunstancias graves, sobre todo cuando ha visto á los hombres bastante sagaces para estudiar y prever las probabilidades, según la naturaleza y los elementos regularmente organizados. Así, pues, es natural que guste á Dios frustrar las combinaciones de esos

orgullosos, cuya vanidad pasada ha castigado ya ahogándolos, y cuya vanidad futura debe castigar quemándolos.

Decimos, pues, ó más bien, dice Chicot, que es natural guste á Dios frustrar las combinaciones con los elementos que les son desconocidos, y cuya intervención no pueden concebir.

Como se vé, esta teoría encierra especiosos argumentos, y puede suministrar tesis brillantes; pero sin duda el lector, que tiene tanta prisa como Chicot de saber lo que Carmainges venia á hacer en aquella casa, nos agradecerá que no nos entretengamos en desenvolverla.

Así, pues, nos limitaremos á decir que Chicot reflexionó que era muy extraño ver á Ernauton en aquella casa donde habia visto á Remigio, y esto por dos razones : la primera á causa de la absoluta ignorancia en que los dos hombres vivian el uno respecto del otro, lo que hacia suponer que debia haber entre ellos una persona intermedia, desconocida á Chicot; y la segunda, porque la casa debia haber sido vendida á Ernauton, que no tenia dinero para comprarla.

— Verdad es, dijo Chicot instalándose lo más cómodamente que pudo en su azotea, su observatorio ordinario; verdad es que el joven dice que espera una visita, y que esta visita es de una mujer; hoy las mujeres son ricas y se permiten cualquier capricho. Ernauton es buen mozo, joven, elegante; Ernauton ha agradado, le han dado cita, le han dicho que compre esa casa, ha comprado la casa y aceptado la cita.

Ernauton, continuo Chicot, vive en la corte, y sin

duda debe ser una mujer de la corte con quien tiene que habérselas. ¡Pobre muchacho! ¿La amará? ¡Dios le preserve de semejante cosa! Va á perderse. ¡Bah! ¿Pues no me pongo á predicar sobre moral?

Moral cien veces inútil y mil veces estúpida. Inútil, porque no la oye, y aun cuando la oyera, no querría escucharla. Estúpida, porque mejor haría en irme á la cama y pensar un poco en ese pobre Borromeo.

Á propósito de Borromeo, continuó diciendo Chicot poniéndose algo sombrío, me apercibo de una cosa, y es que no existe el remordimiento, y que sólo es un sentimiento relativo, porque el hecho es que yo no tengo remordimiento de haber matado á Borromeo, toda vez que la preocupación en que me pone la situación de Mr. de Carmainges me hace olvidar que le he muerto; él, por su parte, si me hubiera clavado contra la mesa como yo le he clavado contra el tabique, no hubiera tenido á estas horas más remordimientos que yo.

Aquí llegaba Chicot de sus razonamientos, de sus inducciones y de su filosofía, en todo lo cual había empleado cerca de hora y media, cuando le distrajo de su cavilación la llegada de una litera que venía del lado de la posada del *Bravo Caballero*.

Una dama tapada bajó de ella y desapareció repentinamente por la puerta que Ernauton tenía entornada.

— ¡Pobre mozo! murmuró Chicot. No me había equivocado, era una mujer á quien esperaba, y supuesto que es así, me voy á dormir.

Diciendo así se levantó Chicot, pero permaneció inmóvil de pie.

— Me engaño, dijo, no dormiré; pero sostengo lo que he dicho, si no duermo, no será el remordimiento el que me impedirá dormir, sino la curiosidad, y es tan cierto lo que digo, que si permanezco en mi observatorio, no pensaré más que en una cosa, en averiguar qué noble dama es la que honra al bello Ernauton con su amor.

Así, pues, vale más que me quede en mi observatorio, porque si fuera á acostarme, no tardaría en dejar la cama para volver á este sitio.

Y apenas hizo Chicot esta reflexión, volvió á sentarse.

Una hora habría pasado, sobre poco más ó menos, sin que podamos decir si Chicot pensaba en la dama desconocida ó en Borromeo, si estaba aguijoneado por la curiosidad ó atormentado por el remordimiento, cuando creyó oír al fin de la calle el galope de un caballo.

En efecto, pronto se dejó ver un hombre á caballo, embozado en su capa. Al llegar á la mitad de la calle se paró como si tratase de reconocer el sitio en que se hallaba; pero luego que distinguió el grupo que formaba la litera y sus conductores, se dirigió hacia ellos, conociéndose que iba armado por el ruido que hacía su espada al chocar con sus espuelas.

Los conductores quisieron oponerse á su paso; pero les dirigió algunas palabras en voz baja, y no sólo se separaron respetuosamente, sino que uno de ellos, apenas le vió apearse, se apresuró á tomar las bridas de su caballo.

El desconocido marchó hacia la puerta, y llamó estrepitosamente.

— ¡Cáspita! exclamó Chicot, qué bien he hecho en quedarme. Mis presentimientos, que me anunciaban que iba á pasar alguna cosa, no me han engañado. ¡Allá va el marido! ¡Pobre Ernauton! No hay remedio, vamos á presenciar ahora mismo una catástrofe. Si es el marido, no se puede negar que es demasiado bueno al anunciar con tanto estrépito su llegada.

Sin embargo, á pesar de la manera magistral con que había llamado el desconocido, parecía que vacilaban en abrirle.

— Abrid, gritó el que llamaba.

— Abrid, abrid, repitieron los conductores.

— No hay duda, es el marido, dijo Chicot; ha amenazado á los conductores con azotarlos ó aborrecarlos, y están de su parte. ¡Pobre Ernauton! ¡Va á ser desollado vivo! ¡Oh! ¡oh! Y sin embargo, yo lo sufro, añadió Chicot, porque al fin me ha socorrido, y por consiguiente en caso de necesidad debo yo socorrerle. Por otra parte, yo creo que ha llegado ese caso, ó no llegará jamás.

Chicot era resuelto y generoso, y curioso por añadidura: descolgó su larga espada, se la metió debajo del brazo y bajó precipitadamente la escalera, y como sabía abrir la puerta sin hacer el menor ruido, ciencia indispensable á todo el que desea escuchar con provecho, salió sin ser de nadie observado, se deslizó por debajo del balcón, y se puso en acecho detrás de una columna.

Apenas se había instalado, cuando se abrió la puerta á una sola palabra que el desconocido pronunció por el agujero de la cerradura; quedóse, no

obstante, en el umbral, y un momento después apareció la dama.

Ésta tomó el brazo del caballero, quien la acompañó hasta la litera; cerró la portezuela y montó á caballo.

— No hay duda, era el marido, dijo Chicot, pero después de todo, marido de muy buena pasta, puesto que no ha querido entrar en la casa para no verse en el compromiso de escabechar á mi amigo Carmainges.

La litera echó á andar, marchando el caballero á la portezuela.

— ¡Pardiez! se dijo Chicot; es preciso seguir á esas gentes, es menester saber quiénes son y á dónde van; seguramente sacaré de mi descubrimiento algún sólido consejo para mi amigo Carmainges.

Chicot siguió, en efecto, á la comitiva, aunque con la precaución de caminar siempre por la sombra y á distancia que sus pasos se perdieran entre el ruido de los hombres y de los caballos.

¡Cuál sería la sorpresa de Chicot al ver pararse la litera delante de la posada del *Bravo Caballero!*

Casi en el mismo acto, como si alguno hubiese estado vigilando, se abrió la puerta.

La dama, siempre tapada, bajó de la litera, entró y subió á la torrecilla, en la que se veía luz por la ventana del primer piso.

Detrás de ella subió el marido, precediendo á ambos la respetable señora Fournichon, que llevaba en la mano una bujía.

— Está visto, dijo Chicot cruzándose de brazos, no comprendo ya ni una palabra.

el rayo de luz que se escapó por la abertura percibió como una silueta negra de fraile.

Esta silueta se detuvo un instante para mirar á la misma ventana que Chicot miraba.

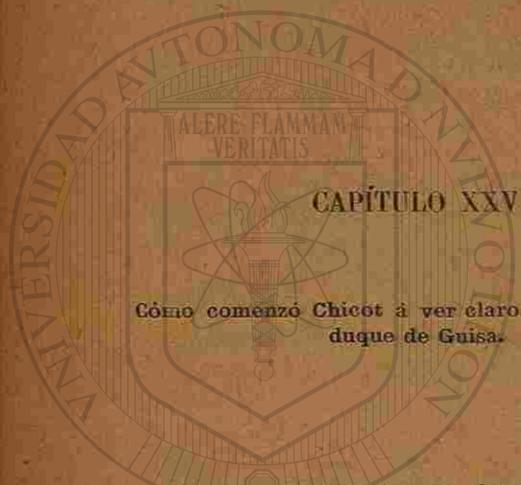
— ¡Oh! ¡oh! murmuró, apostaría cualquier cosa á que es un fraile dominico. ¿Tan relajada está la disciplina monástica, que permite Gorenflot á sus corderos salir á vagar á semejantes horas de la noche y á tal distancia del priorato?

Siguió Chicot con los ojos á aquel dominico mientras bajaba la calle de los Agustinos, y cierto instinto particular le dijo que en aquel fraile iba á hallar la solución del enigma que había buscado hasta entonces inútilmente.

Además, así como Chicot había creído reconocer el continente del caballero, creía reconocer en el fraile cierto movimiento de hombros, cierto aire de rengado de militar, que sólo pertenece á los que frecuentan las salas de armas y los gimnasios.

— Pese á mi alma, dijo, si ese hábito no oculta á ese diablillo de impío que querían darme por compañero de viaje, y que maneja con igual habilidad el arcabuz y el florete.

Apenas acometió á Chico esta idea, cuando para asegurarse de su exactitud estiró sus largas zancas, y en diez pasos logró alcanzar al fraile, que marchaba remangándose su hábito sobre sus piernas secas y nerviosas, para ir más ligero. Por otra parte no era muy difícil darle alcance, puesto que el buen fraile se paraba de vez en cuando para dirigir una mirada hacia atrás, como quien se aleja con trabajo y harlo sentimiento de su parte.



CÓMO comenzó Chicot á ver claro en la carta del duque de Guisa.

Chicot creía haber visto en alguna parte el continente de aquel caballero tan cumplido; pero como su memoria se había embrollado algún tanto durante aquel viaje á Navarra, en que había visto tantas fisonomías diferentes, le era imposible acordarse con la facilidad acostumbrada del nombre que deseaba pronunciar.

Mientras que oculto en las sombras se preguntaba á sí mismo, sin apartar la vista de la ventana iluminada, lo que aquel hombre y aquella mujer habían venido á hacer en la posada del *Bravo Caballero*, dejando á Ernauton en la casa misteriosa, nuestro digno gascón vió abrirse la puerta de la posada, y en

Esta mirada era constantemente dirigida hacia la ventana iluminada de la fonda.

Aun no había andado Chicot dos pasos, cuando adquirió la certidumbre de sus conjeturas.

— ¡Hola, compadre! dijo, ¡hola, Santiaguito! Alto ahí, señor Clemente.

Y pronunció esta última palabra de una manera tan militar, que el fraile no pudo menos de estremercarse.

— ¿Quién me llama? preguntó el joven con acento más provocador que político.

— ¡Yo! replicó Chicot irguiendo cuanto pudo su cabeza delante del dominico; yo. ¿No me conoces?

— ¡Oh, señor Roberto Briquet! exclamó el fraile.

— Yo mismo. ¿Y á dónde vas tan tarde, hijo mío?

— Al priorato, señor Briquet.

— En hora buena. ¿Pero de dónde vienes?

— ¿Yo?

— Sí, vos, señor libertino.

El joven tembló y dijo:

— No soy lo que decís, señor Briquet, todo lo contrario; he venido con una comisión importante de don Modesto, y él mismo puede informaros, si queréis.

— ¡Hola! ¡hola! ¿Parece que nos amostazamos?

— ¿Creéis que no hay motivo para ello, cuando se oye decir lo que decís.

— No lo extrañes, hijo mío, porque cuando se ve salir á un hombre con hábitos como tú de una taberna á semejantes horas...

— ¡De una taberna yo!

— ¿Por ventura esa casa de donde sales no es la del *Bravo Caballero*?

— Tenéis razón en decir que he salido de esa casa, respondió Clemente, pero yo digo y sostengo que no he salido de una taberna.

— ¡Cómo! exclamó Chicot, ¿la posada del *Bravo Caballero* no es una taberna?

— Una taberna es una casa donde se bebe, es así que yo no he bebido en esa casa, luego esa casa no es una taberna para mí.

— ¡Diablo! la distinción es sutil, y me equivoco mucho, ó con el tiempo vas á ser un teólogo terrible; pero en fin, si no íbas á esa casa á beber, ¿á qué íbas?

Clemente no respondió nada, y Chicot pudo leer en su rostro, á pesar de la oscuridad, una voluntad firme y decidida de no decir una palabra, resolución que no pudo menos de disgustar á nuestro amigo, que había tomado la costumbre de averiguarlo todo; y por cierto que Clemente no había usado de acritud en su silencio, todo lo contrario, pues se había mostrado contento de encontrar tan inesperadamente á su sabio profesor de armas, recibiendo de la manera afectuosa que no podía esperarse de un hombre de carácter naturalmente áspero é intratable.

La conversación estaba completamente terminada, pero queriendo Chicot anudarla, estuvo á punto de pronunciar el nombre del hermano Borromeo; sin embargo, aunque Chicot no sentía el aguijón de los remordimientos, ó creyese por lo menos no sentirlo, aquel nombre expiró en sus labios.

Aunque el joven fraile continuaba mudo é impa-

sible, cualquiera hubiera dicho que esperaba algo, y que consideraba como una felicidad permanecer el mayor tiempo posible en las inmediaciones de la posada del *Bravo Caballero*.

Roberto Briquet intentó hablarle de aquel viaje que el joven había esperado por un momento hacer con él, y los ojos de Santiago Clemente brillaron al oír las palabras de espacio y libertad.

Roberto Briquet contó que en los países, que acababa de recorrer estaba muy en boga la esgrima, añadiendo negligentemente que había aprendido allí algunas estocadas maravillosas, lo cual equivalía á colocar al pobre Santiago sobre un terreno volcánico; así es que se apresuró á preguntar á Chicot cómo eran esas estocadas, y éste, accediendo al punto, marcó con su largo brazo algunas en el brazo del hermano Santiago.

Nada de esto pudo vencer la obstinación de Clemente, y mientras trataba de parar aquellos golpes desconocidos que le enseñaba su amigo maese Roberto Briquet, guardaba un silencio obstinado respecto á lo que había venido á hacer en el barrio.

Despechado, aunque dueño de sí mismo, resolvió entonces Chicot apelar á la injusticia, porque la injusticia es una de las provocaciones más poderosas que se han inventado para hacer hablar á las mujeres, á los niños, y á los hombres débiles de cualquier clase que sean.

— No importa, no importa, dijo como si volviese á su primera idea, no importa; eres muy santo y muy bueno, pero vas á las posadas; y á qué posadas, Pios mío! á posadas, donde se encuentran damas

hermosas y te paras extasiado delante de la ventana donde se puede ver su sombra. ¡Ah niño, niño, yo lo diré á don Modesto!

Chicot había puesto el dedo en la llaga mucho más de lo que pensaba, pues no podía imaginarse al empezar que era tan profunda la herida.

Volvióse Santiago, semejante á una serpiente pisada.

— Eso no es verdad, exclamó encendido de vergüenza y de cólera: yo no miro á las mujeres.

— Si tal, si tal, prosiguió Chicot: había una dama muy hermosa en la posada del *Bravo Caballero* cuando saliste de ella, y has vuelto la cara para volverla á ver, y sé que la esperabas en la torreilla, y sé que la has hablado.

Chicot hablaba por inducción.

No pudiendo contenerse Santiago, exclamó:

— Ya se vé que la he hablado. ¿Por ventura es pecado hablar á las mujeres?

— No, cuando no se les habla de motu proprio y arrastrado por la tentación de Satanás.

— Satanás nada tiene que ver en todo esto, y ha sido preciso que yo hable á esa dama, puesto que tenía encargo de entregarle una carta.

— ¿De parte de don Modesto? exclamó Chicot.

— Si: podéis ir ahora á quejaros delante de él.

Chicot, un momento aturdido y palpando en medio de las tinieblas, sintió al oír estas palabras atravesar un rayo de luz la oscuridad de su cerebro.

— ¡Ah! dijo: ya sabía yo eso.

— ¿Qué sabiais?

— Lo que no querías decirme.

— Yo no digo mis secretos: con menos razón diré los de otros.

— Sí, pero á mi...

— ¿Y por qué á vos?

— Porque soy amigo de don Modesto, y además...

— ¿Qué?

— Sé de antemano todo lo que podrias decirme.

El joven Santiago miró á Chicot con sonrisa de incredulidad.

— Y bien, dijo Chicot, ¿quieres que te cuente lo que tú no quieres contarme?

— Con mucho gusto, dijo Santiago.

Chicot hizo un esfuerzo y dijo:

— En primer lugar ese pobre Borromeo...

El rostro de Santiago se anubló.

— ¡Oh! dijo, si yo hubiese estado allí...

— ¿Qué hubieras hecho tú si hubieses estado allí?

— La cosa no hubiera pasado de ese modo.

— ¿Le hubieras defendido contra los suizos, con quienes había trabado desigual pelea?

— Le hubiera defendido contra todo el mundo.

— ¿De suerte que no hubiera muerto?

— Ó yo hubiera muerto con él.

— En fin, tú no te hallaste allí, y el pobre diablo ha muerto en una mala posada pronunciando el nombre de don Modesto.

— Sí.

— ¿Y avisaron al punto á don Modesto?

— Llevó el aviso un hombre todo azorado, el cual puso en alarma al convento.

— Entonces don Modesto mandó que le trajeran

su litera y se dirigió al *Cuerno de la Abundancia*, ¿no es verdad?

— ¿De dónde sabéis eso?

— ¡Oh! no me conoces todavía, pobrecillo, soy algo hechicero.

Santiago retrocedió dos pasos.

— No es esto todo, continuó Chicot, que á medida que hablaba iba viendo más claro con la viva luz de sus palabras; ha encontrado una carta en el bolsillo del muerto.

— Una carta, eso es.

— Y don Modesto encargó á su querido Santiago que llevara esta carta á donde decían las señas del sobre.

— Sí.

— Y Santiago corrió al punto al palacio de Guisa.

— ¡Oh!

— Donde no encontré á nadie.

— ¡Dios mío!

— Más que á Mr. de Mayneville.

— ¡Misericordia!

— Y entonces Mr. de Mayneville acompañó á Santiago á la posada del *Bravo Caballero*.

— ¡Señor Briquet, señor Briquet, exclamó Santiago, si sabéis eso!...

— ¡Pardiez! ya ves como lo sé, exclamó Chicot con aire de triunfo por haber despejado aquella incógnita tan importante para él, de las densas tinieblas donde había estado envuelta desde el principio.

— En ese caso, replicó Santiago, ya veis, señor Briquet, que no soy culpable.

— No, dijo Chicot, no eres culpable, ni por acción ni por omisión; pero lo eres por pensamiento.

— ¿Yo?

— Sin duda, puesto que te parece hermosa la duquesa.

— ¿A mí?

— Y te vuelves para verla todavía al través de los cristales.

— ¡Yo!

El fraile se ruborizó y dijo con voz halbucente:

— Es cierto, se asemeja á una virgen María que estaba en la cabecera de la cama de mi madre.

— ¡Oh! murmuró Chicot; ¡cuántas cosas pierden las gentes que no son curiosas!

Entonces hizo que Clemente le contara lo que él mismo acababa de contar, aunque esta vez con pormenores que él no podía saber.

— ¡Ya ves, dijo Chicot, cuando aquél acabó su narración, qué pobre maestro de esgrima era el hermano Borromeo!

— Señor Briquet, exclamó Santiago, es preciso no hablar mal de los muertos.

— No, pero confiesa una cosa.

— ¿Cuál?

— Que Borromeo tiraba menos bien que el que le ha matado.

— Es verdad.

— Esto es todo lo que tenía que decirte; conque buenas noches, Santiaguito, y hasta la vista y si quieres...

— ¿Qué, señor Briquet?

— Que yo seré quien en adelante te dé lecciones de esgrima.

— Con mucho gusto.

— Ahora retírate pronto, pronto, porque te esperan con impaciencia en el priorato.

— Es cierto: gracias por el aviso, señor Chicot. Y el fraile desapareció corriendo.

Chicot no despidió sin fundado motivo á su interlocutor, pues ya había sacado de él cuanto quería saber, y por otra parte, le faltaba aún averiguar una cosa.

Dirigióse, pues, aceleradamente á su casa, dejando todavía á la puerta del *Bravo Caballero* la litera, los conductores y el caballo. Subió silenciosamente á su azotea, y vió que aún había luz en la casa de enfrente.

Desde entonces no apartó ni un momento su vista de aquella casa.

Vió en primer lugar, por la abertura de una cortina, pasar varias veces á Ernauton como quien esperaba con impaciencia.

Después vió volver la litera, partir á Mayneville y por último, entrar á la duquesa en el aposento donde palpitaba Ernauton, más bien que respiraba.

Ernauton se arrodilló delante de la duquesa, la cual le dió á besar su blanca mano.

Después levantó la duquesa al joven y le invitó á sentarse delante de ella á una mesa elegantemente servida.

— Es singular, dijo Chicot: esto comenzó como una conspiración y acaba como una cita amorosa. — Si, continuó Chicot, ¿pero quién le ha dado esa cita de amor? — M<sup>me</sup> de Montpensier.

Y aclarando sus dudas con una luz nueva, murmuró.

— ¡Oh! ¡oh! « Querida hermana, apruebo vuestro plan respecto á los cuarenta y cinco; pero permitidme que os diga que haréis á esos picaros más honor del que se merecen. » — ¡Cáspita! exclamó Chicot, vuelvo á mi primera idea; no se trata de amos, sino de una verdadera conspiración.

M<sup>me</sup> la duquesa de Montpensier ama á Mr. de Ernauton de Carmainges; vigilemos los amos de la duquesa.

Y Chicot vigiló hasta las dos y media de la noche, hora en que Ernauton salió embozado hasta los ojos, mientras que la duquesa de Montpensier subió á su litera.

— Ahora, murmuró Chicot bajando su escalera, falta saber qué probabilidad es esa de muerte que puede librar al duque de Guisa del heredero presunto de la corona, y quiénes son esas gentes que se suponía estaban muertas y viven todavía. ¡Voto á cribas! ¿Por qué no he seguido la pista á todo esto?

## CAPÍTULO XXVI

### El cardenal de Joyeuse.

La juventud tiene sus caprichos tenaces para el mal y para el bien, que equivalen al aplomo de las resoluciones de la edad madura. Cuando estos caprichos tienden al bien, producen las grandes acciones é imprimen en el hombre que empieza á dar los primeros pasos en la carrera de la vida, un movimiento que le lleva por una pendiente natural hacia cualquiera rasgo de heroísmo.

Así, Bayardo y Duguesclin llegaron á ser grandes capitanes, después de haber sido los niños más ariscos é intratables que han existido jamás, y así también aquel guarda de puercos á quien la naturaleza había hecho el pastor de Montalto, y por su genio

Y aclarando sus dudas con una luz nueva, murmuró.

— ¡Oh! ¡oh! « Querida hermana, apruebo vuestro plan respecto á los cuarenta y cinco; pero permitidme que os diga que haréis á esos picaros más honor del que se merecen. » — ¡Cáspita! exclamó Chicot, vuelvo á mi primera idea; no se trata de amores, sino de una verdadera conspiración.

M<sup>me</sup> la duquesa de Montpensier ama á Mr. de Ernauton de Carmainges; vigilemos los amores de la duquesa.

Y Chicot vigiló hasta las dos y media de la noche, hora en que Ernauton salió embozado hasta los ojos, mientras que la duquesa de Montpensier subió á su litera.

— Ahora, murmuró Chicot bajando su escalera, falta saber qué probabilidad es esa de muerte que puede librar al duque de Guisa del heredero presunto de la corona, y quiénes son esas gentes que se suponía estaban muertas y viven todavía. ¡Voto á cribas! ¿Por qué no he seguido la pista á todo esto?

## CAPÍTULO XXVI

### El cardenal de Joyeuse.

La juventud tiene sus caprichos tenaces para el mal y para el bien, que equivalen al aplomo de las resoluciones de la edad madura. Cuando estos caprichos tienden al bien, producen las grandes acciones é imprimen en el hombre que empieza á dar los primeros pasos en la carrera de la vida, un movimiento que le lleva por una pendiente natural hacia cualquiera rasgo de heroísmo.

Así, Bayardo y Duguesclin llegaron á ser grandes capitanes, después de haber sido los niños más ariscos é intratables que han existido jamás, y así también aquel guarda de puercos á quien la naturaleza había hecho el pastor de Montalto, y por su genio

llegó á ser Sisto V, fué un gran papa por haberse obstinado en desempeñar mal su oficio de porquero. De este modo, en fin, las peores naturalezas espartanas se desarrollan en el sentido del heroísmo, después de haber comenzado por la obstinación, en el disimulo y la crueldad.

Sólo nos proponemos en este lugar trazar el retrato de un hombre común, y sin embargo, más de un biógrafo hubiera hallado en Enrique Du Bouchage á los veinte años la corteza de un gran hombre.

Enrique se obstinó en su amor y en su apartamiento del mundo, según se lo había pedido su hermano y exigido su rey; permaneció algunos días solo con su eterno pensamiento, pero como este pensamiento se hubiese hecho cada vez más inmutable, se decidió una mañana á visitar á su hermano el cardenal, personaje importante, que á la edad de veintiséis años hacia ya dos cumplidos que era cardenal, y que del arzobispado de Narbona había pasado al más alto grado de las grandezas eclesiásticas, merced á la nobleza de estirpe y á la sublimidad de su talento.

Francisco de Joyeuse, á quien ya hemos introducido en escena para aclarar la duda de Enrique de Valois respecto de Sila, Francisco de Joyeuse, joven y mundano, dotado de talento y de hermosura, era uno de los hombres más notables de la época. Ambicioso por naturaleza, pero circunspecto por cálculo y por posición, podía tomar por divisa *nada es demasiado*, y justificar su divisa.

Tal vez el único de todos los hombres de corte, y Francisco de Joyeuse lo era antes de todo, había

sabido proporcionarse dos apoyos en los dos tronos religioso y civil, de los cuales dependía como hidalgo francés y como príncipe de la Iglesia. Sisto le protegía contra Enrique III, y Enrique III le protegía contra Sisto. Era italiano en París y parisiense en Roma, magnífico y hábil en todas partes. La espada sola de Joyeuse, el gran almirante, daba á este último más peso en la balanza; pero en ciertas sonrisas del cardenal se notaba que si carecía de esas pesadas armas temporales que, á pesar de su elegancia, manejaba tan bien el brazo de su hermano, sabía usar y aun abusar de las armas espirituales que le confiaba el soberano jefe de la Iglesia.

Habíase enriquecido rápidamente el cardenal Francisco de Joyeuse, primero con los bienes de su propio patrimonio, y después con los diferentes beneficios que obtuvo, pues en aquella época la Iglesia poseía, y poseía mucho, y cuando sus tesoros estaban exhaustos, conocía las fuentes, hoy agotadas, donde debía renovarlas.

No es, pues, extraño que Francisco de Joyeuse se diera buena vida y gastara mucho lujo y boato. Dejando á su hermano el orgullo de su casa militar, atestaba sus antecámaras de curas, obispos y arzobispos. Una vez cardenal, como era príncipe de la Iglesia, y por consiguiente superior á su hermano, había tomado pajes á la moda italiana y guardias á la moda francesa; pero estos guardias y estos pajes no eran para él sino un medio más de libertad, pues muchas veces hacía colocar en hilera guardias y pajes alrededor de una gran litera, por cuyas cortinas asomaba la mano de su secretario, en tanto que

él á caballo y con la espada al hombro corría la ciudad disfrazado con una peluca, con una gorguera enorme y con unas botas de caballero cuyo ruido le alegraba el alma.

Gozaba, pues, de gran consideración el cardenal, porque en ciertas posiciones elevadas las fortunas humanas son absorbentes, y obligan, como si estuviesen compuestas solamente de átomos encorvados, á todas las demás fortunas unirse á ellas como satélites, y por esta razón el nombre glorioso de su padre y la fama reciente é inaudita de su hermano Ana reflejaban en él todo su esplendor y gloria. Además, como había seguido escrupulosamente aquel precepto de ocultar su vida y explayar su espíritu, era sólo conocido por sus buenas cualidades, y á los ojos de su misma familia pasaba por un gran hombre, felicidad que no han alcanzado muchos emperadores llenos de gloria y coronados por toda una nación.

Á este prelado vino á acogerse y refugiarse el conde Du Bouchage, después de su explicación con su hermano, después de su conferencia con el rey de Francia, aunque, como ya hemos dicho, dejó transcurrir algunos días para obedecer el mandato de su hermano mayor y de su soberano.

Habitaba Francisco en París una casa que era un verdadero palacio. El patio inmenso de aquella casa jamás se veía desocupado de gente de á caballo y de literas; pero el prelado, cuyo jardín confinaba con la orilla del río, dejaba sus patios y sus antesalas llenarse de cortesanos, y como tenía una puerta de salida al río y un barco que le trasladaba sin ruido tan lejos y tan suavemente como quería, acontecía

con frecuencia que muchos esperaban al lado de esta puerta inútilmente al prelado, á quien una indisposición grave ó una penitencia austera servía de pretexto para no recibir, de modo que podía decirse que su casa era la Italia en el seno de la buena ciudad del rey de Francia, y otra Venecia entre los dos brazos del Sena.

Francisco era orgulloso, pero no vano; amaba á sus amigos como hermanos, y á sus hermanos casi tanto como á sus amigos. De más edad que Du Bouchage, pues le llevaba cinco años, no le escaseaba consejos buenos ni malos, ni la bolsa, ni la sonrisa; pero como sabía llevar maravillosamente el traje de cardenal, parecíale á Du Bouchage hermoso, noble, casi temible, de suerte que le respetaba acaso mucho más que al hermano mayor de ambos. Enrique, con su hermosa coraza y sus brillantes galones de militar, confiaba temblando sus amores á Ana, y tal vez no se hubiera atrevido á declararlos á Francisco.

Sin embargo, cuando se dirigió al palacio del cardenal, su resolución estaba tomada; iba á ver al conde y después al amigo.

Entró en el patio de donde salían en aquel mismo instante muchos caballeros cansados de haber solicitado inútilmente el favor de una audiencia, y aunque se le dijo como á los demás que su hermano estaba en conferencia, atravesó todas las habitaciones, sin que ningún criado se atreviese á cerrarle una sola puerta y llegó hasta el jardín, verdadero jardín de prelado romano, con sus sombras, su frescura y sus perfumes, como se encuentran hoy en la Quinta Panfila ó en el palacio Borghese.

Enrique se detuvo á la sombra de un corpulento árbol á tiempo que la reja que daba á la orilla del agua giró sobre sus goznes y entró un hombre embobado en una gran capa parda y seguido por un paje. Este hombre vió á Enrique, que estaba demasiado absorto en su meditación para pensar en él, y se deslizó entre los árboles á fin de no ser visto ni por Du Bouchage ni por ningún otro.

No reparó Enrique en aquella entrada misteriosa, y sólo al volverse fué cuando vió entrar al hombre en el palacio.

Después de esperar diez minutos iba á entrar á su vez y á preguntar á un lacayo á qué hora podría ver á su hermano, cuando un criado, que al parecer venia buscándole, apenas le divisó se llegó á él y le suplicó que pasase á la librería donde el cardenal le esperaba.

Enrique se dirigió lentamente á esta habitación porque adivinaba una nueva lucha; halló á su hermano el cardenal, á quien un ayuda de cámara acomodaba un vestido de prelado, algo mundano tal vez, pero elegante, y sobre todo cómodo.

— Buenos días, conde, dijo el cardenal. ¿Qué noticias me traéis, hermano mío?

— Muy buenas respecto á nuestra familia, dijo Enrique. Ya sabéis que Ana se ha cubierto de gloria en la retirada de Amberes, y que vive.

— ¿Y, á Dios gracias, también vos estáis sano y salvo, Enrique?

— Sí, hermano mío.

— Ya veis, dijo el cardenal, que Dios tiene sus designios acerca de nosotros.

— Hermano mío, estoy tan agradecido á Dios, que he formado el proyecto de consagrarme á su servicio; vengo, pues, á hablaros seriamente de este proyecto que me parece ya maduro, y del cual ya os he indicado algo.

— ¿Pensáis todavía en eso, Du Bouchage? dijo el cardenal dejando escapar una ligera exclamación que indicaba que Joyeuse iba á sostener una verdadera lucha.

— Todavía, hermano mío.

— Es imposible, Enrique, replicó el cardenal. ¿No os lo había dicho ya?

— No he escuchado lo que me han dicho, hermano mío, porque una voz más fuerte que habla dentro de mí, me impide oír una sola palabra que me separe de Dios.

— No estáis tan ignorante de las cosas del mundo, hermano mío, dijo el cardenal con cierta seriedad, para creer que esa voz sea verdaderamente la del Señor; todo lo contrario, y me atrevo á asegurarlo: el sentimiento que os inspira, Enrique, es puramente mundano. Nada tiene que ver Dios en este asunto; no abuséis, pues, de su santo nombre, y sobre todo, no confundáis la voz del cielo con la de la tierra.

— No confundo tal cosa, hermano mío, quiero decir solamente que cierta fuerza irresistible me arrastra hacia el retiro y la soledad.

— Enhorabuena, Enrique: fijemos los verdaderos términos de la cuestión. Tomando, pues, acta de vuestras palabras, voy á hacer os el hombre más feliz del mundo.

— Gracias, hermano mío, gracias.

— Escuchadme, Enrique. Es preciso que tomando dinero, y dos escuderos, viajéis por toda Europa como conviene á un hijo de la casa á que pertenecemos. Veréis países lejanos, la Tartaria, la Rusia misma, los lapones, esos pueblos fabulosos que jamás visita el sol; os sepultaréis en vuestros pensamientos hasta que el germen devorador que trabaja en vos se extinga ó se sacie... Entonces volveréis.

Enrique, que se había sentado, se levantó más serio que lo había estado su hermano, y dijo:

— Monseñor, veo que no me habéis comprendido.

— Sí, os he comprendido, Enrique. ¿No habéis dicho retiro y soledad?

— Sí, he dicho eso; pero por retiro y soledad entiendo yo el claustro, hermano mío, y no los viajes; viajar es gozar todavía de la vida, y yo quiero casi sufrir la muerte, y si no es posible sufrirla, gustarla á lo menos.

— Permitidme que os diga, Enrique, que ese pensamiento es un absurdo, porque al fin el que quiere aislarse lo consigue á cualquiera parte donde vaya; pero puesto que os empeñáis en hablar sólo de claustro, acepto la palabra, y os diré que conozco religiosos benitos muy sabios y agustinos muy ingeniosos, cuyas casas son alegres, risueñas, gratas y cómodas. En medio de los trabajos de la ciencia ó de las artes, pasaréis un año encantador en buena compañía, lo cual es más importante de lo que os parece, y si al cabo de este año insistís en este proyecto, entonces,

Enrique, os prometo no hacer os la menor oposición, y yo mismo os abriré la puerta que os conducirá dulcemente á la salvación eterna.

— Está visto que no me comprendéis, hermano mío, dijo Du Bouchage meneando la cabeza, ó más bien, vuestra generosa inteligencia no quiere comprenderme; no es una mansión alegre, ni un retiro delicioso lo que busco, sino la clausura rigurosa, negra y muerta; lo que quiero, en fin, es pronunciar mis votos, votos que no me dejen otra distracción que la de cavar una sepultura y las oraciones divinas.

El cardenal frunció el ceño y se levantó de su silla.

— Sí, dijo, había comprendido perfectamente, y quería con mi resistencia sin frases y sin dialéctica, combatir la locura de vuestras resoluciones; pero puesto que me obligáis á ello, escuchadme.

— ¡Ah! hermano mío, dijo Enrique con aire de abatimiento, no tratéis de convencerme, porque es imposible.

— Hermano mío, en primer lugar, os hablaré en nombre de Dios, de ese Dios á quien ofendéis diciendo que os ha inspirado esa cruel resolución. Dios no acepta sacrificios violentos y poco meditados. Sois muy débil, puesto que os dejáis abatir por el primer dolor. ¿Cómo queréis que acepte Dios propicio una víctima casi indignada que le ofrecéis?

Enrique hizo un movimiento.

— ¡Oh! no quiero guardaros consideración alguna, puesto que tampoco vos la tenéis con ninguno

de nosotros, replicó el cardenal. ¿Por ventura os olvidáis del pesar que vuestra imprudente determinación va á causar á nuestro padre, á vuestro hermano mayor y á mí?

— Permittedme, interrumpió Enrique cubriéndose de rubor sus mejillas, permittedme, monseñor, que os diga que estáis equivocado. ¿Pues qué, el servicio de Dios es una carrera tan deshonrosa que deba toda una familia vestirse de luto porque la abrace uno de sus individuos? Vos, hermano mío, vos, cuyo retrato veo en esta sala, con ese oro, con esos diamantes y con esa púrpura, ¿no sois la honra y la alegría de nuestra casa, á pesar de haber escogido el servicio de Dios, como mi hermano mayor el de los reyes de la tierra?

— ¡Cuán niño sois! exclamó el cardenal con impaciencia, me haréis creer que habéis perdido el juicio. ¿Cómo! ¿Queréis comparar mi casa con un claustro, mis cien lacayos, mis batidores, mis gentileshombres y mis guardias con la celda y la escoba, que son las únicas armas y riquezas del claustro? ¿Estáis loco? ¿No habéis dicho ahora mismo que rechazáis todas esas cosas superficiales, tan necesarias para mí, los cuadros, los vasos preciosos, la pompa y el ruido? ¿Tenéis, como yo, el deseo y la esperanza de ceñir vuestra frente con la tiara de San Pedro? He aquí una verdadera carrera, Enrique, en ella se corre, se lucha, se vive; ¿es así la que habéis escogido? Lo que buscáis, lo que apetecéis, hermano mío, es la zapa del minero, es la azada del trapense, es la buesa del sepulturero, y en ese claustro, en esa vida que tanto anheláis, no hay aire,

no hay alegría, no hay esperanza. ¿Y todo por qué? Me avergüenzo al decirlo; porque amáis á una mujer que no os ama. ¡En verdad, Enrique, que hacéis grande agravio á vuestra estirpe!

— Hermano mío, exclamó el joven pálido y brillando en sus ojos un fuego sombrío, ¿queréis mejor que me levante la tapa de los sesos de un pistoletazo, ó que me aproveche del honor que tengo de llevar una espada para hundirmela en el corazón? Por Dios, monseñor, vos, que sois cardenal y príncipe, dadme la absolución de ese pecado mortal; yo os aseguro que se hará todo tan pronto que no tengáis tiempo para acabar ese indigno pensamiento de que deshonro á mi estirpe, lo que, gracias á Dios, no hará jamás un Joyeuse.

— Vamos, vamos, Enrique, dijo el cardenal atrayendo á su hermano hacia sí y estrechándolo en sus brazos, vamos, hijo mío, amado de todos, olvida y sé clemente con los que te aman. — Yo te lo suplico, como egoísta, escucha; ¡cosa rara en este mundo! todos nosotros somos felices, los unos por la ambición satisfecha, y los otros por las bendiciones de todo género que Dios se ha servido derramar sobre nuestra existencia; no echéis, hijo mío, el veneno mortal del retiro sobre las alegrías de tu familia; piensa en las lágrimas de nuestro padre, piensa en que todos llevaremos en la frente la mancha negra de ese luto en que vas á sumergirnos. Por Dios, Enrique, cede á la razón; la vida del claustro no es la que te conviene. No te digo que morirás en él; porque me contestarás, desdichado, con una sonrisa ¡ay! demasiado inteligible; no, yo te diré que el

claustro es más fatal que el sepulcro, porque éste sólo extingue la vida y aquél extingue la inteligencia y encorva la frente en vez de levantarla al cielo: la humedad de las bóvedas pasa poco á poco á la sangre y penetra hasta la médula de los huesos para hacer del enclaustrado una estatua más de granito en su convento. Hermano mío, hermano mío, no olvides que es breve la vida y que no tenemos más que una juventud. — Pues bien, los años de la hermosa juventud pasarán también, porque te hallas bajo el imperio de un gran dolor, pero á los treinta años te harás hombre, vendrá la savia de la madurez y arrastrará ese resto de dolor gastado, y entonces querrás vivir, pero será demasiado tarde, porque entonces estarás triste, lacerado, tu corazón no tendrá ya fuego ni brillo tus ojos; las personas á quienes buscarás huirán de ti como de un sepulcro blanqueado, cuya negra profundidad temen todas las miradas; Enrique, te hablo como amigo, escucha mis consejos dictados por la prudencia y el cariño.

El joven permaneció inmóvil y silencioso, lo cual hizo creer al cardenal que habia triunfado de su resolución.

— Mira, dijo, apela á otro recurso, Enrique: ese dardo envenenado que llevas en tu corazón, llévalo á todas partes, entre el ruido, á las fiestas, siéntate con él á nuestros festines, imita al cervatillo herido que atraviesa las selvas, los llanos y los montes tratando de arrancar de su costado la flecha retenida en los labios de la herida, y que consigue algunas veces hacerla caer.

— Por piedad, hermano mío, dijo Enrique, no

insistáis más; lo que os pido no es el capricho de un instante, la decisión de una hora, es el fruto de una lenta y dolorosa resolución. Hermano mío, en nombre del cielo os suplico que me concedáis la gracia que os pido.

— Y bien, ¿qué gracia pedis? Sepamos.

— Una dispensa, monseñor.

— ¿Para qué?

— Para abreviar mi noviciado.

— ¡Ah! Ya lo sabía, Du Bouchage: eres mundano hasta en tu rigorismo, pobre amigo. ¡Oh! sé la razón que vas á darme. ¡Oh! sí, eres un hombre de nuestro mundo, te asemejas á esos jóvenes que se alistán voluntariamente en la milicia, y quieren el fuego, las balas y las cuchilladas; pero no el trabajo de las trincheras ni el barrido de las tiendas.

— ¡Por Dios! ¡por Dios! dadme esa dispensa, hermano mío; os la pido de rodillas.

— Te la prometo: voy á escribir á Roma. Un mes tardará en venir la respuesta; pero en cambio prométeme una cosa.

— ¿Cuál?

— Que durante ese mes no esquives ninguno de los placeres que te se presenten, y si dentro de un mes insistes en tus proyectos, Enrique, entonces te daré esa dispensa con mi propia mano. ¿Estás satisfecho? ¿Quieres algo más?

— No, hermano mío; gracias; ¡pero un mes es tan largo! y las dilaciones me matan.

— Mientras tanto, ¿quieres comenzar á distraerte almorzando conmigo? Hoy tengo muy buena compañía.

El prelado acompañó estas palabras con una sonrisa que hubiera causado envidia al más mundano de los favoritos de Enrique III.

— Hermano mío, dijo Du Bouchage excusándose.

— No admito excusas; aquí no tenéis más que á mí, puesto que llegáis de Flandes, y vuestra casa no debe estar todavía arreglada.

Diciendo esto, el cardenal se levantó, y abriendo una mampara que comunicaba con un gran gabinete suntuosamente amueblado, dijo:

— Venid, condesa, á ver si entre los dos persuadimos al conde Du Bouchage á que se quede con nosotros.

En el momento de abrir el cardenal la mampara vió Enrique recostado sobre cojines al paje que había entrado con el caballero embozado por la reja que daba salida á la orilla del río, y en este mismo paje, aun antes que el prelado hubiera denunciado su sexo, había reconocido á una mujer.

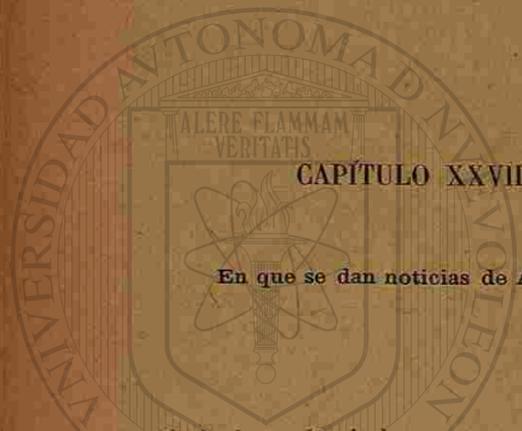
Cierto repentino terror se apoderó de él, y mientras el mundano cardenal iba á buscar al hermoso paje para traerlo de la mano, Enrique se lanzó fuera de la habitación, de suerte que cuando Francisco entró acompañando á la dama, risueña con la esperanza de volver un corazón al mundo, la estancia estaba completamente vacía.

Francisco frunció el ceño, y sentándose delante de una mesa llena de papeles y de cartas, escribió precipitadamente algunas líneas diciendo:

— ¿Queréis hacerme el obsequio de llamar, mi querida condesa?

El paje tocó una campana de martillo, y al punto se presentó el ayuda de cámara de confianza.

— Que ahora mismo monte á caballo un correo, dijo Francisco, y lleve esta carta al gran almirante, al castillo de Thierry.



## CAPÍTULO XXVII

En que se dan noticias de Aurilly.

Al siguiente día de la escena que acabamos de referir, despachaba el rey en el Louvre con el superintendente de hacienda, cuando vinieron á avisarle que acababa de llegar del castillo de Thierry el primogénito Joyeuse, y le esperaba en el gran gabinete de audiencia para enterarle de un mensaje del duque de Anjou.

El rey dejó precipitadamente su tarea y corrió á recibir á aquel amigo tan querido.

Gran número de oficiales y de cortesanos guarnecían el gabinete; la reina madre había venido aquella tarde, escoltada de sus damas de honor y camaristas que, alegres y vivarachas, eran otros tantos soles acompañados siempre de sus satélites.

El rey dió á besar su mano á Joyeuse y dirigió una mirada de satisfacción por toda la asamblea.

En el ángulo de la puerta de entrada, y en su puesto acostumbrado, estaba Enrique Du Bouchage, cumpliendo rigurosamente su servicio y sus deberes.

El rey le dió las gracias y le saludó con un movimiento de cabeza amistoso, á que Enrique contestó con una reverencia profunda.

Estos signos de inteligencia hicieron volver la cabeza á Joyeuse, que dirigió desde lejos una sonrisa á su hermano, sin saludarle, empero demasiado ostensible, por temor de ofender la etiqueta.

— Señor, dijo Joyeuse, vengo de parte del duque de Anjou, que acaba de llegar de la expedición de Flandes.

— ¿Mi hermano está bueno, señor almirante?

— Tan bueno, señor, como lo permite el estado de su espíritu; sin embargo, no ocultaré á V. M. que monseñor sufre al parecer.

— Después de la desgracia que ha experimentado necesita distraerse, dijo el rey muy satisfecho de poder proclamar el descalabro acontecido á su hermano, al mismo tiempo que manifestaba compadecerle.

— Créo que sí, señor.

— Nos han dicho, señor almirante, que el desastre fué cruel.

— Señor...

— Pero que gracias á vos pudo salvarse buena parte del ejército. Os felicito, señor almirante, por vuestro generoso comportamiento. ¿Y ese pobre de Anjou, desea vernos?

— Ardientemente, señor.

— Sí, sí, le veremos. ¿Sois de este parecer, señora? dijo Enrique volviendo la cabeza hacia Catalina, cuyo corazón sufría todo lo que su rostro se obstinaba en ocultar.

— Señor, respondió, hubiera salido sola á recibir á mi hijo, pero ya que V. M. se digna reunirse á mí en este buen deseo, el viaje será para mí una partida de placer.

— Vendréis con nosotros, dijo el rey á los cortesanos, partiremos mañana y dormiré en Meaux.

— Señor, si me lo permitis, iré á anunciar á monseñor tan buena nueva.

— ¡Nada de eso! ¡Cómo se entiende, señor almirante, dejarme así, tan pronto! Comprendo que un Joyense sea amado por mi hermano y deseado, pero tenemos dos... ¡á Dios gracias!... Du Bouchage, si gustáis, podéis partir para el castillo de Thierry.

— Señor, preguntó Enrique, ¿me será permitido luego que anuncie el viaje de V. M. al duque de Anjou volverme á París?

— Haced lo que os plazca, Du Bouchage, dijo el rey.

Enrique saludó y se dirigió hacia la puerta. Por fortuna Joyense le acechaba y dijo:

— ¿Me permitis, señor, que hable una palabra á mi hermano?

— Hablad lo que queráis. ¿Pero qué hay? preguntó el rey en voz baja.

— Nada, señor, sino que se da demasiada prisa por despachar la comisión, y el objeto de toda esa precipitación es volverse pronto, lo cual contraría mis proyectos y los del cardenal.

— Anda, anda y échale una buena reprimenda á ese loco de enamorado.

Ana echó á correr tras su hermano y lo alcanzó en las antecámaras.

— ¿Qué es eso? dijo Joyeuse. Parece que llevas mucha prisa, Enrique.

— Sí, hermano mío.

— ¿Sin duda para volverte pronto?

— Así es la verdad.

— ¿Conque no piensas permanecer algún tiempo en el castillo de Thierry?

— Lo menos posible.

— ¿Por qué?

— Donde hay diversión, nada tengo que hacer yo, hermano mío.

— Todo lo contrario, Enrique; por lo mismo que el duque de Anjou trata de dar fiestas en la corte, debes quedarte en el castillo de Thierry.

— Me es imposible, hermano.

— ¿Sin duda por ese deseo de retiro; por esos proyectos de austeridad que aun no has abandonado?

— Sí.

— ¿Y para eso has ido á pedir al rey una dispensa?

— ¿Quién te lo ha dicho?

— Yo que lo sé.

— Es verdad, le he pedido esa dispensa.

— Pues debo decirte que no la obtendrás.

— ¿Por qué no, hermano mío?

— Porque el rey no tiene interés en privarse de un servidor como tú.

— En ese caso, mi hermano el cardenal hará lo que S. M. no quiere hacer.

— ¡Y todo eso por una mujer!

— Ana, te suplico que no insistas más.

— Bien, tranquilízate, no volveré á hablarte sobre este particular, pero en cambio prométeme esperar en el castillo de Thierry, en mi habitación; hace mucho tiempo que no vivimos juntos, y necesito pasar algún tiempo en tu compañía.

— Hermano mío, tú vas al castillo de Thierry para divertirme, y yo, si permanezco allí, no haré más que acabar todos tus placeres.

— No por cierto; soy de un temperamento muy bueno y á propósito para batir en brecha todas tus melancolías.

— Hermano mío...

— Permetidme, conde, dijo el almirante con imperiosa obstinación, permitidme que os recuerde que aquí represento á nuestro padre, y por lo tanto os intimo que me esperéis en el castillo de Thierry; allí encontraréis mi habitación, que será la vuestra. Está en el piso bajo, sobre el parque.

— Si lo mandáis, hermano, dijo Enrique con resignación...

— Dadle el nombre que queráis, conde, deseo ú orden, pero esperadme.

Obedeceré, hermano mío.

Y estoy persuadido de que note enojaráis por esto, añadió Joyeuse estrechando al joven en sus brazos.

Éste se desprendió quizá algo ásperamente del abrazo fraternal, pidió sus caballos, y partió inmediatamente para el castillo de Thierry, corriendo con

la cólera de un hombre contrariado, es decir, devorando el espacio.

Aquella misma tarde subía antes de anochecer la colina sobre la cual está situado el castillo de Thierry, con el Marne á sus pies.

Con sólo pronunciar su nombre se abrieron delante de él las puertas del castillo que habitaba el príncipe; pero á fin de obtener una audiencia, le fué preciso esperar más de una hora.

El príncipe, decían unos, está en sus habitaciones; S. A. decían otros, está durmiendo; por último, el ayuda de cámara pretextaba que el príncipe estaba dando lección de música. Ninguno de los criados podía dar una respuesta positiva.

Enrique insistió para no tener que pensar ya en el servicio del rey, y entregarse desde entonces enteramente á su tristeza.

En vista, pues, de su obstinación y como todos sabían que él y su hermano disfrutaban de la intimidad del duque, le hicieron pasar á uno de los salones del primer piso, donde el príncipe iba á dignarse al fin recibirle.

Media hora transcurrió, y la noche tendía insensiblemente su negro manto.

El paso pesado y torpe del duque de Anjou resonó en la galería, y Enrique, que le reconoció, se preparó al ceremonial de costumbre; pero el príncipe, que al parecer tenía mucha prisa, dispensó á su embajador de aquellas formalidades, tomándole la mano y abrazándolo.

— Buenas tardes, conde, dijo. ¿Por qué os incomodáis en venir á ver á un pobre vencido?

— El rey me envía, monseñor, para participaros que tiene muchos deseos de ver á V. A., y á fin de dejarle descansar de sus fatigas ha resuelto venir al castillo de Thierry mañana lo más tarde.

— ¿El rey vá á venir mañana? exclamó Francisco con un movimiento de impaciencia.

Pero casi al mismo tiempo añadió:

— Mañana, mañana; y nada hay dispuesto en el castillo ni en la ciudad para recibir á S. M.

Enrique se inclinó como hombre que transmite una orden, pero que no tiene encargo de comentarla.

— La prisa que tienen SS. MM. de venir á ver á V. A. no les ha permitido pensar en los inconvenientes.

— ¡Bien, bien! exclamó el príncipe con volubilidad, aprovecharemos el tiempo; os dejo, pues, Enrique; gracias por vuestra celeridad, pues según veo habéis corrido mucho; descansad.

— ¿V. A. no tiene alguna otra orden que comunicarme? preguntó Enrique respetuosamente.

— Ninguna. Acostaos. Os servirán en vuestro cuarto, conde. Yo no tengo mesa esta noche, estoy algo enfermo, inquieto, he perdido el apetito y el sueño, lo cual hace mi vida demasiado sombría y triste para que nadie participe de ella. A propósito, ¿sabéis la noticia que corre?

— No, monseñor, ¿qué noticia?

— Aurilly ha sido comido por los lobos...

— ¡Aurilly! exclamó Enrique con sorpresa.

— ¡Si!... Devorado... Es cosa particular; todos los que me rodean tienen mala muerte. Buenas noches, conde, dormid bien.

Y el príncipe se alejó con rapidez.

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
1925 BUENOS AIRES, MEXICO

## CAPÍTULO XXVIII

Duda.

Enrique bajó, y al atravesar las antecámaras encontró á varios oficiales conocidos que se dirigieron á él, ofreciéndose amistosamente á conducirle al aposento de su hermano, situado en uno de los ángulos del castillo.

La biblioteca era la habitación que el duque había designado á Joyeuse durante su permanencia en el castillo de Thierry.

Dos salones amueblados como se estilaba en tiempo de Francisco I, se comunicaban entre sí, yendo á parar á la biblioteca, cuya última pieza daba á los jardines.

Joyeuse había mandado colocar su jecho en la

— El rey me envía, monseñor, para participaros que tiene muchos deseos de ver á V. A., y á fin de dejarle descansar de sus fatigas ha resuelto venir al castillo de Thierry mañana lo más tarde.

— ¿El rey vá á venir mañana? exclamó Francisco con un movimiento de impaciencia.

Pero casi al mismo tiempo añadió:

— Mañana, mañana; y nada hay dispuesto en el castillo ni en la ciudad para recibir á S. M.

Enrique se inclinó como hombre que transmite una orden, pero que no tiene encargo de comentarla.

— La prisa que tienen SS. MM. de venir á ver á V. A. no les ha permitido pensar en los inconvenientes.

— ¡Bien, bien! exclamó el príncipe con volubilidad, aprovecharemos el tiempo; os dejo, pues, Enrique; gracias por vuestra celeridad, pues según veo habéis corrido mucho; descansad.

— ¿V. A. no tiene alguna otra orden que comunicarme? preguntó Enrique respetuosamente.

— Ninguna. Acostaos. Os servirán en vuestro cuarto, conde. Yo no tengo mesa esta noche, estoy algo enfermo, inquieto, he perdido el apetito y el sueño, lo cual hace mi vida demasiado sombría y triste para que nadie participe de ella. A propósito, ¿sabéis la noticia que corre?

— No, monseñor, ¿qué noticia?

— Aurilly ha sido comido por los lobos...

— ¡Aurilly! exclamó Enrique con sorpresa.

— ¡Si!... Devorado... Es cosa particular; todos los que me rodean tienen mala muerte. Buenas noches, conde, dormid bien.

Y el príncipe se alejó con rapidez.

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
1925 BUENOS AIRES, MEXICO

## CAPÍTULO XXVIII

Duda.

Enrique bajó, y al atravesar las antecámaras encontró á varios oficiales conocidos que se dirigieron á él, ofreciéndose amistosamente á conducirle al aposento de su hermano, situado en uno de los ángulos del castillo.

La biblioteca era la habitación que el duque había designado á Joyeuse durante su permanencia en el castillo de Thierry.

Dos salones amueblados como se estilaba en tiempo de Francisco I, se comunicaban entre sí, yendo á parar á la biblioteca, cuya última pieza daba á los jardines.

Joyeuse había mandado colocar su jecho en la

biblioteca, pues aunque algo perezoso, tenía una imaginación bien cultivada, y al mismo tiempo que con sólo extender el brazo encontraba fuente con que aumentar el raudal de su ingenio, si abría la ventana respiraba las emanaciones de la naturaleza. Los hombres dotados de una organización superior, necesitan goces más completos que los que no se hallan en igual caso, y la brisa de la mañana, el canto de los pájaros, ó el perfume de las flores, añadían allí nuevo encanto á las poesías de Clemente Marot ó á las de Ronsard.

Enrique se decidió á conservar todo aquello en el estado en que se hallaba, no porque le conmoviera el sibaritismo poético de su hermano, sino al contrario, por indolencia, y porque le era indiferente estar allí ó en otra parte.

Pero como á pesar de la situación de ánimo en que se encontraba el conde estaba acostumbrado á no descuidar sus deberes para con el rey ó los príncipes de la familia real de Francia, preguntó en qué parte del castillo habitaba el príncipe desde su regreso.

La casualidad envió á Enrique un excelente *cicerone*, á saber: el joven abanderado, que por indiscreción reveló al príncipe el secreto del conde en la aldea de Flandes, donde por un momento hicieron alto nuestros personajes: el referido abanderado no había dejado al príncipe desde su regreso, y podía poner al corriente á Enrique de cuanto deseara saber.

Cuando el príncipe llegó al castillo de Thierry, lo primero que hizo fué buscar el bullicio y la disipación, ocupando los mejores aposentos, recibiendo por mañana y tarde, y persiguiendo durante el día á los ciervos por los bosques, ó paseándose por el jar-

dín; pero así que supo la muerte de Aurilly, muerte cuya noticia llegó al príncipe no se sabe por qué conducto, se retiró á un pabellón situado en medio del jardín. El expresado pabellón, que era una especie de retiro inaccesible para todo el mundo, excepto para los más allegados á la servidumbre del príncipe, estaba oculto bajo unos frondosos árboles, y apenas sobresalía sobre unas gigantescas cercas y por entre la espesura de los setos.

Á este pabellón se había retirado el príncipe hacia dos días; los que no le conocían decían que era el pesar causado por la muerte de Aurilly el que le sumergía en aquella soledad, y los que le conocían opinaban que sin duda meditaba en aquel pabellón alguna obra vergonzosa ó infernal que saldría á luz el día menos pensado.

Cualquiera de esas dos suposiciones era tanto más probable, cuanto que el príncipe daba muestras de desesperarse siempre que un asunto ó una visita le sacaban de su retiro, al cual volvía tan pronto como evacuaba aquél ó despachaba ésta, sirviéndole solamente dos ayudas de cámara viejos que le habían visto nacer.

— Entonces, dijo Enrique, si el príncipe está de tan mal humor, no pueden ser divertidas las fiestas.

— Seguramente, respondió el abanderado, porque todos querrán participar del dolor del príncipe, herido en su orgullo y en sus afecciones.

Enrique continuó preguntando sin querer, y tomando cierto extraño interés en sus preguntas; la muerte de Aurilly, á quién había conocido en la corte y vuelto á ver en Flandes, la especie de indiferencia

con que el príncipe le había anunciado la pérdida que había sufrido, y hasta la reclusión á que, según decían, se había condenado desde que supo aquella muerte, todo tenía relación, según él, á la trama misteriosa y sombría sobre la cual estaban grabados hacia algún tiempo los acontecimientos de su vida.

— ¿Y no se sabe, preguntó el conde, cómo ha llegado á noticia del príncipe la muerte de Aurilly?

— No.

— ¿Pero al fin, insistió, algo contarán sobre ese triste acontecimiento?

— ¡Oh! sí, dijo el abanderado; cierto ó falso, algo se dice.

— Pues bien, sepamos.

— Se dice que el príncipe estaba cazando á orillas del río y que se había separado de los demás cazadores, porque él es extremado en todo, así en la caza como en el juego, lo mismo en sus distracciones que en su dolor, cuando de repente se le vió venir con el rostro consternado.

Los cortesanos le preguntaron, pensando que no se trataba más que de una simple aventura de caza.

Traía en la mano dos cartuchos de oro.

— ¿Queréis creerme una cosa, señores? dijo con voz alterada: Aurilly ha muerto devorado por los lobos.

— Sí, señores, continuó el príncipe al ver los ademanes con que todos expresaban su sorpresa, el pobre tocador de laúd tenía más de músico que de jinete. Parece que se le desbocó el caballo y que cayó en un barranco, donde debió perecer, pues al día siguiente dos viajeros que pasaban cerca de aquel ba-

ranco hallaron su cuerpo medio comido por los lobos, y la prueba de que esto ha pasado así y que los ladrones no han tenido la menor parte en la muerte del pobre músico, son estos dos cartuchos de oro que tenía en el bolsillo y que han sido fielmente entregados.

Y como no se había visto á nadie traer esos dos cartuchos de dinero, prosiguió el abanderado, se supuso que habían sido entregados al príncipe por aquellos dos viajeros, que habiéndole encontrado y reconocido en la orilla del río, le dieron la noticia de la muerte de Aurilly.

— Es extraño, murmuró Enrique.

— Tanto más, continuó el abanderado, cuanto que, según se dice, no sé si con razón ó sin ella, han visto al príncipe abrir la puertecita del parque, del lado de los castaños, y pasar por esta puerta como dos sombras. Luego el príncipe ha hecho entrar en el parque á dos personas, probablemente á dos viajeros, y desde entonces ha emigrado á su pabellón, sin que podamos verle sino á hurtadillas.

— ¿Y nadie ha visto á esos dos viajeros? preguntó Enrique.

— Yo, dijo el abanderado, al ir á tomar la consigna de la noche para la guardia del castillo, encontré en la habitación de S. A. un hombre que me pareció extraño á la servidumbre, pero cuya fisonomía no pude ver, porque se volvió de espaldas á mi entrada, y por haberse echado hasta los ojos la capucha de su gabardina.

— ¿La capucha de su gabardina decís?

— Sí, ese hombre parecía un campesino flamenco,

y no sé por qué, me ha recordado al que os acompañaba cuando nos encontramos allá abajo.

Enrique se estremeció, uniendo en el acto esta observación al interés sordo y tenaz que le inspiraba aquella historia, y como también había visto á Diana y á su compañero confiados á Aurilly, no pudo menos de creer que eran conocidos suyos los dos viajeros, que habían comunicado al príncipe la muerte del desgraciado músico.

Enrique miró atentamente al abanderado y le preguntó:

— ¿Y cuando creísteis haber reconocido á ese hombre, qué idea os ocurrió?

— He aquí lo que pienso, respondió el abanderado, sin embargo no quisiera afirmar nada. El príncipe no ha renunciado sin duda á sus proyectos sobre Flandes, y al efecto mantiene sus espías: el hombre de la gabardina es uno de estos que en su excursión habrá sabido la desgracia ocurrida al músico y habrá traído dos noticias á la vez.

— Es muy verosímil, dijo Enrique reflexionando, ¿pero este hombre qué hacía cuando le visteis?

— Le vi marchar á lo largo del vallado del jardín; desde vuestras ventanas podéis ver ese vallado, y dirigirse hacia los invernaderos.

— Entonces veriais á los dos viajeros, porque según decís, eran dos.

— Dicen que han visto entrar á dos personas, pero yo no he visto más que una sola: al hombre de la gabardina.

— Entonces, según vos, el hombre de la gabardina habitará en los invernaderos.

— Es probable.

— ¿Y esos invernaderos á dónde tienen salida?

— Á la población.

Enrique permaneció algún tiempo en silencio; su corazón latía con violencia, porque todos aquellos pormenores, indiferentes para él en la apariencia, le inspiraban un interés inmenso.

Entretanto había llegado la noche y los dos jóvenes estaban hablando á oscuras en el aposento de Joyeuse.

Fatigado del viaje, aturdido con los extraños sucesos que acababa de oír, y sin fuerzas para resistir las emociones que sentía, el conde se tendió sobre el lecho de su hermano y clavó maquinalmente la vista en el azul del cielo, que parecía estrellado de diamantes.

El joven abanderado estaba sentado sobre el antepecho de la ventana, y también se dejaba llevar de ese abandono de la imaginación, de esa poesía innata en la juventud; ese letargo de bienestar que causa la frescura embalsamada de la noche.

En el jardín y la población reinaba el mayor silencio; cerrábanse las puertas, encendíanse las luces poco á poco, y los perros ladraban á lo lejos, en las perreras, á los criados que estaban encargados de cerrar de noche las cuadras.

De pronto se levantó el abanderado, hizo con la mano una seña para fijar la atención del conde, asomóse á la ventana, y llamando en voz baja á aquél, le dijo:

— Venid acá, conde, venid.

— ¿Pues qué hay? preguntó Enrique saliendo repentinamente de su sueño.

- Ya tenemos ahí al hombre.
- ¿Qué hombre?
- El de la gabardina, el espía.
- ¡Oh! dijo Enrique saltando desde la cama á la ventana, y apoyándose en el hombro del abanderado.
- Mirad, continuó el abanderado; ¿le veis allá abajo? Va costeando el seto; esperad y veréis cómo vuelve á aparecer; fijad ahora la vista en aquel espacio iluminado por la luna; allí está, allí está.
- Efectivamente.
- ¿No es verdad que es una aparición fatídica?
- Sin duda, respondió Du Bouchage, inmóvil también.
- ¿Creéis que sea un espía?
- Ni lo creo ni lo dejo de creer.
- Mirad cómo se dirige del pabellón del príncipe al invernáculo.
- ¿Está allí el pabellón? preguntó Du Bouchage señalando con el dedo al punto de donde al parecer venía el desconocido.
- ¿Veis esa luz que oscila en medio de los árboles?
- Sí.
- Pues ese es el comedor.
- ¡Ah! exclamó Enrique, miradle otra vez.
- Nada; está visto que se dirige al invernáculo para reunirse con su compañero. ¿Oís?
- ¿El qué?
- El ruido de una llave al meterla en la cerradura.
- Es cosa muy extraña, dijo el conde, á pesar de que esto nada tiene de particular...
- ¿Os estremecéis? ¿no es eso?

- Sí, dijo el conde; ¿pero qué más hay?
- En aquel momento se oyó una especie de campana.
- Tocan á comer, dijo el abanderado. ¿Queréis acompañarnos, conde?
- No, gracias, nada necesito, y cuando tenga hambre llamaré.
- No esperéis á eso, y venid á divertirnos en nuestra compañía.
- Me es imposible.
- ¿Por qué?
- Porque casi me ha mandado S. A. R. que disponga me sirvan en mi aposento; pero no quiero que por mí tardéis.
- Gracias, conde, buenas noches, y vigila bien á nuestro fantasma.
- Os respondo de que así lo haré, á no ser, continuó Enrique temiendo haber dicho demasiado, á no ser que me asalte el sueño, lo cual me parece más probable y más sano que andar acechando sombras y espías.
- De seguro, dijo el abanderado riéndose. Y se despidió de Du Bouchage.
- Apenas había salido de la biblioteca, cuando Enrique se lanzó al jardín, murmurando:
- ¡Oh! es Remigio, es Remigio; le conocería hasta en las tinieblas del infierno.
- Y conociendo el joven que le temblaban las rodillas, se llevó sus húmedas manos á la frente, la cual despedía fuego.
- ¡Dios mío! dijo, ¿será engaño de mi pobre imaginación, ó está escrito que ora duerma, ora esté despierto, sea de noche ó de día, he de ver esas dos

figuras que han abierto en mi vida un surco tan hondo? Efectivamente, continuó como hombre que conocía era preciso dominarse, ¿por qué ha de estar aquí, y en este palacio, y al lado del duque de Anjou, Remigio? ¿Qué habrá venido á hacer? ¿Qué relaciones tiene con él el duque? ¿Cómo, en fin, habrá dejado á Diana, siendo, como era, su inseparable compañero? No, no es él.

Luego dispó su duda, como por instinto, una convicción tan íntima y profunda, que murmuró desesperado apoyándose en la pared para no dar con su cuerpo en tierra:

— Es él, es él.

Apenas acababa de formular este pensamiento, que dominó todos los demás, volvió á sonar el ruido de la cerradura, y aunque era casi imperceptible, lo oyó.

Entonces sintió en todo su cuerpo un estremecimiento inexplicable, y se puso á escuchar de nuevo.

Tal era el silencio que reinaba en su derredor, que oía los latidos de su propio corazón.

Unos cuantos minutos transcurrieron sin que viese aparecer lo que esperaba.

Sin embargo, el oído le decía que alguien se acercaba, porque oía como ruido de pasos en la arena.

De pronto se abrió la línea negra que formaban los hojaranzos, y le pareció que en aquel fondo sombrío se movía un grupo más sombrío todavía.

— Ya vuelve, murmuró Enrique. ¿Vendrá solo ó acompañado?

El grupo avanzaba por la parte en que la luna alumbraba un espacio de terreno vacío, debiendo

recordar que cuando el hombre de la gabardina atravesaba aquel espacio en dirección opuesta, fué cuando Enrique creyó conocer desde la ventana á Remigio.

Aquella vez vió Enrique perfectamente dos sombras, sin que le quedase la menor duda.

Un frío mortal penetró su corazón, convirtiéndole en una estatua de mármol.

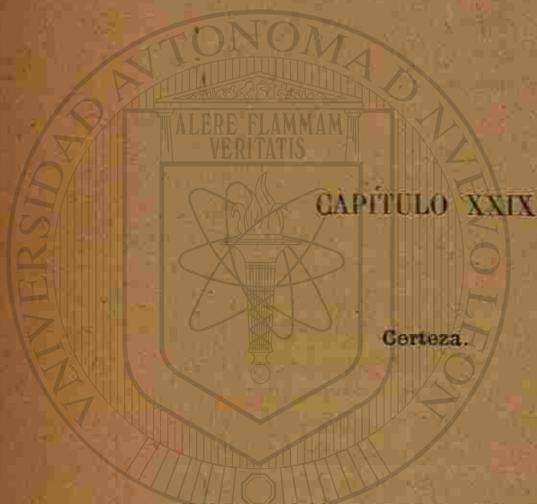
Las dos sombras andaban con velocidad, si bien con paso firme, llevando la primera una gabardina de lana, y el conde creyó conocer á Remigio, lo mismo que antes.

La que iba detrás no podía ser analizada, porque iba completamente envuelta en una capa de hombre.

Sin embargo, Enrique creyó adivinar lo que nadie hubiera podido ver, y exhaló una especie de lastimero rugido.

En seguida, así que los dos misteriosos personajes desaparecieron detrás de los hojaranzos, el joven corrió tras ellos y fué penetrando de bosquecillo en bosquecillo en pos de aquellos á quienes se había propuesto conocer.

— ¡Oh! decía sin dejar de andar, ¿me habré engañado? ¡Dios mío! ¿Será posible?



Enrique se deslizó á lo largo del seto de hojaranzos por la parte en que daba la sombra, aunque con la precaución de no hacer ruido, ora al pisar la arena, ora al tropezar con las hojas.

Teniendo como tenía que andar y mirar por él, no podía ver bien; pero sin embargo, en el aire del cuerpo, en el traje y en los ademanes, conoció de nuevo que el hombre de la gabardina era Remigio.

En cuanto al otro, penetraban en su mente simples conjeturas, que eran para él más espantosas que la misma realidad.

El camino, cubierto á uno y otro lado de hoja-

ranzos, iba á parar á un gran seto de espinos y á una pared de álamos que separaba del resto de los jardines el pabellón del duque de Anjou, envolviéndolo con una cortina de verdura, en medio de la cual, como ya hemos dicho, desaparecía enteramente, estando como estaba aislado en un rincón del castillo. Había allí magníficos estanques, sombríos bosques atravesados por calles tortuosas, y árboles gigantescos, sobre cuya copa vertía la luna olas de argentada luz, mientras que bajo esos mismos árboles era tan densa la sombra, que no podía penetrarla la vista.

Al aproximarse á aquel seto conoció Enrique que iba á abandonarle el valor, porque el infringir con tanta osadía las órdenes del príncipe y ser tan indiscreto y temerario, no era propio de un caballero leal y honrado, sino de un espía ó de un hombre celoso que estuviese decidido á todo.

Empero al tiempo de abrir la barrera que separaba el jardín principal de otro más pequeño, el hombre hizo un movimiento que dejó á descubierto su rostro, y este rostro era efectivamente el de Remigio. Entonces cesaron los escrúpulos del conde, y llevó adelante su resolución á riesgo de cuanto pudiera sobrevenir.

Cuando volvió á cerrarse la puerta, Enrique saltó por cima de los travesaños y siguió á los que iban á visitar al príncipe.

Estos apresuraron el paso, y Enrique se encontró en una calle de castaños de Indias, á cuyo extremo se veía el pabellón alumbrado débilmente. No podía, pues, seguir con la misma facilidad que antes á los

que se había propuesto acechar, porque con sólo volverse podían verle.

Además, le asaltó otro motivo de terror al ver que el duque salía del pabellón, sin duda para recibir á Remigio y su compañero.

Enrique se ocultó detrás del árbol más grueso que había allí cerca y esperó.

No pudo ver más sino que Remigio saludó en voz baja, que su compañero hizo una reverencia de mujer, y no un saludo de hombre, y que, sumamente gozoso el duque dió su brazo á este último, como pudiera hacerlo con una dama.

En seguida se dirigieron los tres hacia el pabellón, desapareciendo bajo el vestíbulo, cuya puerta cerraron tras sí.

— Es preciso acabar de una vez, dijo Enrique, y situarme en un sitio más cómodo, desde donde pueda ver hasta la menor seña sin que me vean á mí.

Y se decidió por un bosquecillo situado entre el pabellón y las espalderas, y en cuyo centro había una fuente; aquel asilo era impenetrable, pues no podía creerse fuera á sufrir el príncipe, y mucho menos de noche, la frescura y humedad que naturalmente se respiraba en derredor de aquella fuente.

Enrique se ocultó detrás de la estatua colocada en el pedestal de la fuente, alargando el cuerpo todo lo que pudo, y desde allí vió cuanto pasaba en el pabellón, cuya ventana principal se abría hacia donde él estaba.

Como nadie podía, ó por mejor decir, no debía penetrar hasta allí, los de dentro no habían tomado precaución alguna.

En medio del aposento había una mesa servida con lujo y llena de vinos exquisitos encerrados en frascos de cristal de Venecia.

Delante de la mesa había dos sillas, como esperando á dos convidados, y el duque se dirigió hacia una de ellas, indicando la otra al compañero de Remigio, cuyo brazo había soltado, é invitándole al parecer á que se quitase la capa, pues por muy cómoda que fuese para una correría nocturna, era muy incómoda terminada esa correría, y principalmente para su objeto, que era cenar.

Entonces la persona á quien se había hecho la invitación echó la capa sobre una silla, y la luz de las bujías alumbró de lleno el rostro pálido y majestuosamente bello de una mujer, á quien desde luego conocieron los espantados ojos de Enrique.

Era la dama de la casa misteriosa de la calle de los Agustinos, la viajera de Flandes, Diana, en fin, cuyas miradas penetraban como la punta de un puñal.

Á la sazón iba vestida con la ropa propia de su sexo, teniendo puesto un traje de brocado, y ostentando ricos diamantes en la garganta, los cabellos y las muñecas.

Con aquellos adornos resaltaba más y más la palidez de su rostro, y á no ser por el brillo que despedían sus ojos, hubiérase creído que el duque había evocado la sombra de aquella mujer, más bien que á la mujer misma, por medio de algún misterioso conjuro.

Por lo que respecta á Enrique, si no se hubiera apoyado en la estatua sobre que se había recostado

cruzando los brazos, más fríos que el mármol, habría caído en el pilón de la fuente.

El duque estaba enajenado de gozo, y devoraba con la vista á aquella maravillosa criatura, que se había sentado en frente de él, y apenas tocaba los manjares que le servían. De vez en cuando alargaba el cuello Francisco para besar la mano de su muda y pálida convidada, quien acogía aquellos besos como si su mano fuese de alabastro, cuya transparencia y blancura tenía.

De vez en cuando también se estremecía Enrique, se llevaba la mano á la frente, enjugábase el frío sudor que por ella corría y se preguntaba á sí mismo:

— ¿Está viva ó muerta?

El duque hacía los mayores esfuerzos y desplegaba toda su elocuencia para desarrugar aquella frente austera.

Remigio servía á aquellas dos personas, pues el duque había alejado á todo el mundo, y tocando de vez en cuando con el codo á su ama al pasar por detrás de ella, parecía que la reanimaba con aquel contacto, recordándola que vivía, ó por mejor decir, la situación en que se hallaba.

Entonces aparecía en la frente de la joven una ola de bermellón, chispeábanle los ojos, y se sonreía como si algún mago hubiese tocado por medio de un oculto resorte á aquel autómatas dotado de inteligencia, produciendo la luz en el mecanismo de los ojos, el colorido en el de las mejillas y la sonrisa en el de los labios.

En seguida volvía á quedarse inmóvil.

Sin embargo de esto, se acercó á ella el príncipe y trató de animar á su nueva conquista con apasionados discursos.

Entonces Diana, que de vez en cuando observaba la hora que era en el magnífico reloj colgado sobre la cabeza del príncipe, en la pared opuesta, hizo al parecer un esfuerzo sobre sí misma, y conservando la sonrisa en los labios, tomó una parte más activa en la conversaci6n.

Enrique, oculto en su bosquecillo, se mordía los puños de rabia y maldecía todo lo creado, desde las mujeres hasta el mismo Dios.

Parecía una cosa horrible é inicua que una mujer tan pura y severa se entregase como otra cualquiera al príncipe por ser príncipe, y al amor porque lo doraban en aquel palacio.

El horror que le causaba Remigio era tan grande, que hubiera sido capaz de abrirle las entrañas sin conmoverse, á fin de ver si aquel monstruo tenía sangre y corazón de hombre.

Tal fué el parosismo de rabia y desprecio que acometió á Enrique, mientras el duque de Anjou se gozaba en aquella deliciosa cena.

Diana llamó al que servía la mesa, y acolorado el príncipe con los vapores del vino y las galanías que había dicho, se levantó de la mesa para ir á abrazar á Diana.

Toda la sangre de Enrique se agolpó á las venas, y se llevó la mano al costado, primero por si tenía una espada, y después al pecho, por si encontraba un puñal.

Diana, con una sonrisa extraña, y que segura-

mente nunca había visto Enrique en ningún rostro humano, le detuvo diciendo :

— Monseñor, permitidme que antes de levantarme de la mesa, parta con V. A. esta fruta que se me antoja comer.

Y alargando la mano hacia un canastillo de filigrana de oro que contenía veinte albérechigos magníficos, cogió uno.

En seguida desató de su cinturón un puñal muy bonito, cuya hoja era de plata y el mango de malaquita, dividió el albérechigo en dos partes, y ofreció una al príncipe, quien la tomó llevándose la ansiosamente á la boca, como si besara la de Diana.

Aquella acción apasionada le causó tal impresión, que oscureció su vista una nube al tiempo de morder la fruta.

Diana le miraba con sus claros ojos y su inmóvil sonrisa.

Remigio, recostado en una columna de madera esculpida, le miraba también con aire sombrío.

El príncipe se pasó la mano por la frente, se enjugó algunas gotas de sudor, y se tragó el pedazo que había mordido.

Aquel sudor era síntoma, sin duda alguna, de una indisposición repentina, pues mientras Diana comía la otra mitad del albérechigo, el príncipe dejó caer lo que le quedaba de la suya sobre el plato, y haciendo un esfuerzo para levantarse, invitó al parecer á su bella convidada á que saliese con él á tomar el aire en el jardín.

Diana se levantó, y sin pronunciar una palabra, tomó el brazo que le ofrecía el duque.

Remigio los siguió con la vista, pero sobre todo al príncipe, quien se repuso del todo con el aire libre.

Sin dejar de andar enjugó Diana la hoja de su puñal en un pañuelo bordado de oro y lo metió en una vaina de escamilla.

De este modo llegaron muy cerca del bosquecillo en que estaba escondido Enrique.

El príncipe estrechaba amorosamente contra su corazón el brazo de la joven diciéndole :

— Me siento mejor, y sin embargo, tengo la cabeza muy pesada; está visto, señora, que amo demasiado.

Diana cogió unas cuantas flores de un jazmín, una rama de clemátida, y dos lindas rosas que entapizaban todo un lado del zócalo de la estatua detrás de la cual estaba Enrique asustado.

— ¿Qué hacéis, señora? preguntó el príncipe.

— He oído asegurar, monseñor, le contestó, que el perfume de las flores es un excelente remedio para los mareos, y estoy cogiendo un ramillete con la esperanza de que dándoslo yo, tendrá el mágico influjo que deseo.

Pero mientras reunía las flores del ramillete, dejó caer una rosa, que el príncipe se apresuró á recoger con galantería.

Rápido fué el movimiento de Francisco; pero no tanto, sin embargo, que Diana no tuviese tiempo para verter en la otra rosa algunas gotas de un licor que llevaba en un frasquito de oro y que sacó del pecho.

En seguida tomó la rosa que el príncipe había

recogido, y prendiéndosela en la cintura, dijo :

— Cambiemos; ésta es para mí.

Y en cambio de la rosa que recibía de manos del príncipe, le alargó el ramillete.

El príncipe lo tomó presuroso, respiró su aroma con sumo gusto, y enlazó su brazo á la cintura de Diana; pero aquella presión voluptuosa acabó sin duda de tumbar el sentido á Francisco, porque se le doblaron las piernas, y tuvo que sentarse en un banco de piedra que allí había.

Enrique, sin perder de vista á aquellos dos personajes, miraba también á Remigio, quien aguardaba en el pabellón qué fin tendría aquella escena, devorando con los ojos uno por uno todos los pormenores.

Cuando vió que el príncipe se tambaleaba, se acercó hasta el umbral del pabellón, mientras Diana se sentó por su parte junto á Francisco.

El atordimiento de éste duró aquella vez mucho más tiempo que la primera : con la cabeza inclinada sobre el pecho, el príncipe no podía coordinar sus ideas, casi no existía, y sin embargo, el movimiento convulsivo de sus dedos sobre la mano de Diana, indicaba que por instinto proseguía en su amorosa quimera.

Al fin levantó lentamente la cabeza, y como su boca se encontraba á la altura del rostro de Diana, hizo un esfuerzo para besar á su hermosa convidada; pero la joven se levantó como si no hubiese advertido aquel movimiento.

— ¿Estáis malo, monseñor? dijo. Mejor será que entremos en el pabellón.

— ¡Oh, sí, entremos! exclamó el príncipe transportado de alegría; sí, venid conmigo.

Y se levantó tambaleando : entonces, en vez de apoyarse Diana en su brazo, él fué quien se apoyó en el brazo de ésta, y gracias á este apoyo, pudo andar con menos dificultad, olvidando al parecer su fiebre y mareo; y enderezándose de pronto, besó á la joven, casi por sorpresa en el cuello.

Ésta se estremeció como si en vez de la impresión del beso hubiera sentido un hierro ardiendo, y gritó :

— ¡Remigio, trae una luz!

Remigio entró en el comedor y encendió en las bujías que ardían sobre la mesa una antorcha que tomó de un velador, acercándose con presteza á la entrada del pabellón con su luz en la mano.

— Aquí me tenéis, señora, dijo.

— ¿Adónde va V. A.? preguntó Diana cogiendo la antorcha y apartando la cabeza.

— ¡Oh! ¡Á mí, á mí!... Y vos me guiaréis, ¿no es verdad, señora? replicó el príncipe cada vez más enajenado.

— Con mucho gusto, monseñor, respondió Diana.

Y levantando en el aire la antorcha, empezó á andar delante del príncipe.

En aquel momento abrió Remigio una ventana situada en el fondo del pabellón, y por ella salió una bocanada de aire que, dando en la antorcha que llevaba Diana, arrojó con una especie de furia toda la llama y el humo sobre el rostro de Francisco, quien estaba colocado precisamente en la corriente del aire.

De este modo llegaron los dos amantes, pues por tales los tenía Enrique, después de atravesar una galería, hasta la cámara del duque y desaparecieron detrás de la colgadura sembrada de flores de lis que servía de puerta.

Enrique vió cuanto hemos referido con una rabia que cada vez iba aumentándose; sin embargo, tan grande era esa rabia, que estaba á punto de cesar; pudiendo decirse que sólo le quedaban fuerzas para maldecir la suerte que le había impuesto una pena tan cruel.

Había salido de su escondite, y aniquilado, con los brazos caídos y anublados los ojos, se disponía á regresar medio muerto al aposento que le habían señalado en palacio, cuando se abrió de pronto la puerta por donde acababa de ver desaparecer á Diana y el príncipe, y precipitándose en el comedor, la joven arrastró consigo á Remigio, quien de pie é inmóvil sólo aguardaba á que su ama volviese.

— Ven, le dijo, ven; ya está hecho todo...

Y ambos salieron precipitadamente al jardín, como si estuviesen ebrios, locos ó furiosos.

Pero al verlos Enrique recobró todas sus fuerzas, y saliéndoles al encuentro, los fugitivos le hallaron de pronto en medio de la calle, de pie, con los brazos cruzados, y más terrible en su silencio que hombre alguno lo estuvo nunca amenzador. Efectivamente, Enrique había llegado á tal grado de desesperación, que hubiera asesinado á todo el que hubiese sostenido que las mujeres no son unos monstruos salidos del infierno para mancillar á la especie humana.

Así es que cogió á Diana por un brazo y la detuvo,

á pesar del grito de terror que lanzó la joven y del cuchillo que Remigio le puso al pecho rozándole la carne.

— ¡Oh! sin duda no me conocéis, dijo rechinándole los dientes de un modo espantoso; yo soy el joven que os amaba, y á quien no quisisteis corresponder, porque para vos no había porvenir, sino pasado; ¡Ah! sois tan hipócrita como hermosa... Y tú, infame embustero, al fin te conozco, y os maldigo á ambos; si, uno de vosotros me inspira desprecio y el otro horror.

— ¡Dejadnos pasar! gritó Remigio con voz sofocada por la ira; dejadnos pasar, joven insensato, ó si no...

— Bien, respondió Enrique, acaba tu obra, y aniquila mi miserable cuerpo, ya que también has introducido la muerte en mi alma.

— ¡Silencio! murmuró Remigio furioso hundiéndose más y más la hoja del cuchillo, no sin que se oyese rasgar la carne del joven.

Pero Diana rechazó con violencia el brazo de Remigio, y cogiendo el de Du Bouchage, le miró cara á cara.

Su palidez rayaba en un color lívido, sus hermosos cabellos le caían sobre los hombros en completo desorden, y el contacto de su mano sobre la muñeca de Enrique era tan frío para este último como el de un cadáver.

— ¡Caballero, le dijo, no juzguéis temerariamente de las cosas de Dios!... Yo soy Diana de Meridor, querida del señor de Bussy, y á quien el duque de Anjou dejó que matasen de un modo miserable, á

pesar de que pudo salvarle. Hace ochó días que Remigio dió de puñaladas á Aurilly, cómplice del príncipe, y en cuanto á éste, acabo de envenenarle con una fruta, un ramillete de flores y una antoreha. Paso, caballero, paso á Diana de Meridor, que desde aquí se dirige al convento de las hospitalarias.

Dijo, y sollando el brazo de Enrique, volvió á tomar el de Remigio, que la estaba esperando.

Enrique cayó de rodillas y luego de espaldas, siguiendo con la vista el grupo que formaban los asesinos, los cuales desaparecieron por entre los bosques como una visión infernal.

Una hora había transcurrido, cuando agobiado de cansancio el joven, lleno de terror y con la cabeza hecha un volcán, consiguió reunir fuerzas para arrastrarse hasta su aposento; pero tuvo que repetir diez veces la operación de escalar la ventana.

Dió algunos pasos por la habitación, y después de sendos tropezones, fué á caer encima de su lecho.

Todos dormían en palacio.

### CAPITULO XXX

#### Fatalidad.

Á las nueve del día siguiente un sol brillante despedía sus dorados rayos sobre las arenosas calles del castillo de Thierry.

Multitud de trabajadores, buscados la vispera, empezaron desde el amanecer á arreglar el jardín y los aposentos destinados á albergar al rey, á quien se esperaba.

Nadie, sin embargo, se movía en el pabellón donde descansaba el duque, pues el día anterior había prohibido á los dos criados que le despertasen, de suerte que tenían que aguardar á que llamara.

Las nueve y media serian cuando entraron en el

pesar de que pudo salvarle. Hace ochó días que Remigio dió de puñaladas á Aurilly, cómplice del príncipe, y en cuanto á éste, acabo de envenenarle con una fruta, un ramillete de flores y una antorecha. Paso, caballero, paso á Diana de Meridor, que desde aquí se dirige al convento de las hospitalarias.

Dijo, y sollando el brazo de Enrique, volvió á tomar el de Remigio, que la estaba esperando.

Enrique cayó de rodillas y luego de espaldas, siguiendo con la vista el grupo que formaban los asesinos, los cuales desaparecieron por entre los bosques como una visión infernal.

Una hora habia transcurrido, cuando agobiado de cansancio el joven, lleno de terror y con la cabeza hecha un volcán, consiguió reunir fuerzas para arrastrarse hasta su aposento; pero tuvo que repetir diez veces la operación de escalar la ventana.

Dió algunos pasos por la habitación, y después de sendos tropezones, fué á caer encima de su lecho.

Todos dormían en palacio.

## CAPITULO XXX

### Fatalidad.

Á las nueve del día siguiente un sol brillante despedía sus dorados rayos sobre las arenosas calles del castillo de Thierry.

Multitud de trabajadores, buscados la vispera, empezaron desde el amanecer á arreglar el jardín y los aposentos destinados á albergar al rey, á quien se esperaba.

Nadie, sin embargo, se movía en el pabellón donde descansaba el duque, pues el día anterior habia prohibido á los dos criados que le despertasen, de suerte que tenían que aguardar á que llamara.

Las nueve y media serian cuando entraron en el

pueblo á escape dos correos de gabinete, anunciando la llegada de S. M.

Los regidores, el gobernador y la guarnición formaron filas, para que pasase entre ellas la regia comitiva.

Á las diez apareció el rey en el declive de la colina, á caballo, pues había tomado uno en la última parada, lo cual hacía siempre que entraba en las poblaciones, porque se preciaba de buen jinete. Seguiale la reina madre en litera, escoltada por cincuenta caballeros lujosamente vestidos y bien montados.

Una compañía de guardias, mandada por Crillon, ciento veinte suizos, igual número de escoceses al mando de Larchand, y toda la servidumbre con mulas y equipajes, formaban un ejército cuyas filas seguían las pintorescas vueltas del campo que hay que subir para ir desde el río á la cumbre de la colina.

La comitiva entró en la población en medio del repique de las campanas, las salvas de artillería y los acordes sonos de la música.

Los vecinos prorrumpieron en vivas, pues el rey era una cosa tan rara en aquel tiempo, aun visto de cerca, que parecía que había conservado un reflejo de la divinidad.

En vano buscó el rey á su hermano entre la multitud, pues sólo vió á Enrique Du Bouchage en la verja del palacio; así es que apenas entró preguntó cómo estaba el duque de Anjou al oficial que tomó á su cargo recibir á S. M., y éste le contestó:

— Señor, hace unos cuantos días que Su Alteza

habita el pabellón del jardín, y hoy no le hemos visto. Sin embargo, como ayer estaba bien de salud, es probable que hoy lo esté también.

— ¿Tan apartado está ese pabellón, dijo Enrique con disgusto, que no se oyen aquí los cañonazos?

— Señor, se aventuró á decir uno de la servidumbre del duque, acaso S. A. no esperaría tan pronto á V. M.

— Eres viejo y loco, dijo Enrique enfadado. ¿Crees que el rey se presenta en una casa sin avisar antes al que la ocupa? El duque sabe desde ayer mi llegada.

Temiendo constriestar á todo el mundo si ponía el rostro serio, cuando precisamente deseaba que le tuvieran los franceses por un rey amable y bondadoso, añadió:

— Puesto que no sale nadie á recibirnos, iremos nosotros á buscarle.

— Enseñadnos el camino, dijo Catalina desde el fondo de su litera.

Toda la escolta se dirigió al jardín; pero en el momento que los guardias que iban delante, llegaban al seto de hojaranzos, se oyó un grito penetrante y lúgubre.

— ¿Qué es eso? dijo el rey volviéndose hacia su madre.

— ¡Dios mío! murmuró Catalina queriendo leer en todos los semblantes lo que significaba aquel grito.

— ¡Príncipe mío! ¡Pobre señor duque! gritó el otro criado de Francisco asomándose á una ventana con muestras del más vivo dolor.

Todos corrieron hacia el pabellón, aun el mismo rey, quien llegó cuando levantaban del suelo al duque de Anjou: su ayuda de cámara había entrado, aunque sin orden, para anunciar la llegada del rey, y al ver al príncipe tendido en la alfombra de su dormitorio, lanzó el grito que puso en alarma á toda la comitiva.

Frió el príncipe y tieso, no daba más señales de vida que un movimiento extraño de los párpados y cierta contracción de los labios.

El rey se paró en el umbral de la puerta, y toda la comitiva se colocó detrás de él.

— ¡He aquí un pronóstico malo si los hay! murmuró.

— Retiraos, hijo mio, le dijo Catalina, yo os lo ruego.

— ¡Pobre Francisco! dijo Enrique alegrándose de que le despidiesen y de no presenciar el espectáculo de aquella agonía.

Toda la turba de cortesanos y guardias se deslizó tras el rey, y Catalina se arrodilló junto al príncipe, sin más compañía que la de los dos ancianos criados.

— ¡Es cosa extraña! murmuró.

Y en tanto que enviaron á la población en busca del médico del príncipe, y salía para Paris un correo de gabinete, á fin de apresurar la llegada de los médicos de cámara, que se habían quedado en Meaux con la reina, examinaba ella, si no con tanto saber, á lo menos con la misma perspicacia que hubiera podido hacerlo Mirón, los síntomas de aquella enfermedad extraordinaria que costaba la vida á su hijo.

Como Catalina era mujer de experiencia, lo primero que hizo fué interrogar friamente y sin atemorizarlos á los dos criados, quienes se arrancaban los cabellos de desesperación y se maltrataban el rostro.

Ambos contestaron que el príncipe entró en el pabellón la noche antes de regresar de palacio, á donde tuvo que ir, no de muy buena gana, á fin de dar una audiencia al conde Du Bouchage, enviado del rey. En seguida añadieron que terminará aquella audiencia, mandó le prepararan una delicada cena, dió orden de que ninguno se presentase sin que él llamara, y por último, encargó terminantemente que no le despertaran por la mañana, ó que nadie entrase en su aposento sin permiso suyo.

— Sin duda esperaria á alguna querida, dijo Catalina.

— Así lo creemos, señora, respondieron los criados con humildad, pero la discreción nos impidió asegurarnos de ello.

— Sin embargo, cuando quitasteis la mesa, ¿no observasteis si mi hijo había cenado solo ó acompañado?

— Como monseñor había mandado que nadie entrase en el pabellón, no quitamos la mesa, señora.

— ¿Conque es decir que nadie ha entrado aquí?

Nadie, señora.

— Retiraos.

Obedecieron los criados, y Catalina se quedó enteramente sola.

Entonces, dejando al príncipe en el lecho en la misma postura en que había sido colocado, empezó

á investigar minuciosamente uno por uno los síntomas ó rastros que se presentaban á su vista, confirmando sus sospechas ó temores.

La frente de Francisco tenía un color negruzco; alrededor de sus ensangrentados ojos aparecía un círculo azul, y en los labios un surco semejante al que deja el azufre derretido en carne viva. Esto mismo observó Catalina en las ventanas y punta de la nariz.

— Registremos ahora, dijo mirando en torno del príncipe.

— Y lo primero que vió fué la antorcha casi enteramente consumida, que la noche antes encendió Remigio.

— Esta antorcha ha estado ardiendo mucho tiempo, dijo, de consiguiente Francisco ha debido permanecer en este aposento algunas horas... ¡Ah! veamos ese ramillete que está sobre el tapiz.

Catalina lo cogió precipitadamente, y notando que todas las flores permanecían frescas, excepto una rosa que estaba ya seca y algo negra, murmuró:

— ¿Qué es esto? ¿Qué han vertido sobre las hojas de esta flor?... Si no me engaño, conozco yo un licor que marchita de ese modo las rosas.

Y arrojó al suelo el ramillete temblando.

— Esto explica el surco de la nariz y el color negruzco de la frente: ¿pero y los labios?

Catalina corrió al comedor y conoció que los criados no habían mentido, pues nada indicaba que se hubiese tocado al servicio de la mesa después de concluida la cena.

Lo que más llamó la atención de Catalina fué la

mitad de un albérrigo que había en el borde de la mesa, y que tenía impreso un medio círculo de dientes.

Aquella fruta, tan encarnada por dentro, se había puesto negra ni más ni menos que la rosa, adquiriendo un color esmaltado, de pardo violeta, y donde más se distinguía la acción corrosiva era en el sitio por donde debió pasar el cuchillo al tiempo de partirla.

— Ya tenemos lo de los labios, dijo, pero Francisco sólo ha tomado un bocado de esta fruta, y no ha tenido mucho tiempo en la mano este ramillete, cuyas flores todavía están frescas; el mal, pues, tiene remedio aún, porque el veneno no ha debido penetrar mucho. Pero si sólo ha obrado en la superficie, ¿de qué nació esa parálisis tan completa? ¿Por qué es tan rápida la descomposición? Sin duda hay algo más que ver.

Y diciendo Catalina estas palabras, miró en su derredor, viendo colgado de un palo color de rosa, á que lo ataban de noche con una cadena de plata, el papagayo encarnado y azul que tanto quería Francisco.

El pobre pájaro estaba muerto, agarrotado y con las alas erizadas.

Catalina fijó la vista con ansiedad en la antorcha de que ya se había ocupado, para asegurarse por su completa combustión que el príncipe había entrado temprano en el pabellón.

— ¡El humo! dijo para sí Catalina. La antorcha estaba envenenada, y mi hijo no tiene remedio.

En seguida llamó, y la cámara se llenó de oficiales y criados.

— ¡Mirón! ¡Mirón! decían unos.

— ¡Un sacerdote! decían otros.

Pero Catalina aplicaba mientras á los labios de Francisco un frasquito que siempre llevaba en su bolso, examinando á la vez las facciones de su hijo para ver los efectos que producía el contraveneno.

El duque abrió los ojos y la boca, pero ni se vió de sus ojos una mirada ni oyó una palabra de su boca.

Catalina, muda y con ceñudo rostro, se alejó de la cámara diciendo por señas á los dos criados que la siguieran antes de que hubiesen podido hablar con nadie.

Entonces los condujo á otro pabellón, donde se sentó clavando en ambos la vista.

— El señor duque de Anjou, les dijo, ha sido envenenado anoche en la cena, y vosotros sois los que habéis servido esa cena.

Al oír estas palabras se pusieron aquellos dos hombres tan pálidos como la muerte.

— Que nos den tormento, exclamaron, pero que no se nos acuse.

— ¡Necios! ¿Creéis que si yo sospechara de vosotros no se hubiera hecho ya lo que decís? Bien sé que no habéis asesinado á vuestro amo, pero otros le han envenenado, y es preciso que yo sepa quiénes son sus asesinos. ¿Quién ha entrado en el pabellón?

— Un viejo muy mal vestido á quien monseñor hacia dos días que recibía.

— ¿Pero y la mujer?

— Nosotros no la hemos visto. ¿De qué mujer habla V. M.?

— Aquí ha venido una mujer que ha hecho un ramillete...

Los dos criados se miraron con tal sencillez, que Catalina conoció eran inocentes.

— Que vayan á buscar al gobernador, dijo entonces, y al intendente de palacio.

Los dos ayudas de cámara se precipitaron hacia la puerta, pero Catalina los detuvo en el umbral, diciendo:

— Oíd antes una palabra; sólo vosotros y yo sabemos lo que acabo de deciros: yo no seré quien lo revele, y así, si alguien llega á tener la más mínima noticia de lo que os acabo de contar, será por uno de vosotros; en cuyo caso y momento dejaréis de existir. ¡Idos!

Catalina interrogó también aunque no tan á las claras, á los dos gobernadores, diciéndoles que el duque había recibido por conducto de cierta persona una mala noticia que hubo de afectarle profundamente, que de aquello era consecuencia su enfermedad, y que preguntando de nuevo á la indicada persona, sin duda se repondría el duque de su alarma.

Los gobernadores mandaron registrar la ciudad, el jardín y sus contornos, pero nadie supo decir el paradero de Remigio y Diana.

Enrique era el único que estaba en el secreto, pero no había peligro que lo revelase.

Comentada la noticia durante todo el día, exagerada y truncada, corrió por el castillo de Thierry y la provincia, explicando cada cual, según su carácter é inclinaciones, la desgracia acaecida al duque.

Pero ninguno, excepto Catalina y Du Bouchage, sospechó que el duque era hombre muerto.

El desventurado príncipe no recobró la voz ni los sentidos, ó por mejor decir, no dió la menor señal de inteligencia.

En cuanto al rey, lleno de impresiones á cual más lúgubres, que era lo que más temía en el mundo, de buena gana hubiera querido regresar á París; pero la reina madre se opuso á semejante marcha, y la corte no tuvo otro remedio sino quedarse en el castillo.

Los médicos acudieron en tropel, y Mirón fué el único que adivinó la causa del mal y comprendió lo grave que era; pero era muy buen cortesano para que fuese á decir la verdad, sobre todo así que consultó con la vista á Catalina.

Por lo cual, viendo que todo el mundo le hacía preguntas, respondió que efectivamente el duque había sufrido grandes pesadumbres y sostenido un choque violento.

Con esto no se comprometía, cosa dificultosísima en semejantes circunstancias.

Cuando Enrique III le pidió contestase afirmativa ó negativamente á esta pregunta:

— ¿Vivirá el duque?

— Dentro de tres días se lo diré á V. M., respondió el médico.

— ¿Y á mí qué me decís? le preguntó Catalina en voz baja.

— Á vos, señora, es diferente, os responderé sin titubear.

— ¿Qué?

— Pregúnteme V. M.

— ¿Cuándo morirá mi hijo? Mirón.

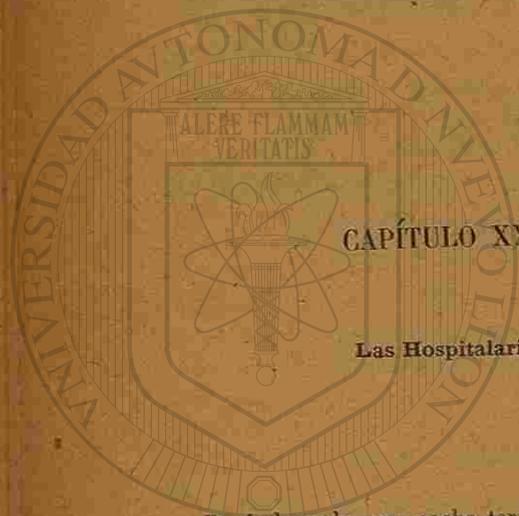
— Mañana á la noche habrá dejado de existir, señora.

— ¡Tan pronto!

— ¡Ah! señora, murmuró el médico, la dosis era demasiado fuerte para que así no suceda.

Catalina se llevó un dedo á los labios, miró al moribundo, y repitió en voz baja su palabra de mal agüero, á saber.

— ¡Fatalidad!



### CAPÍTULO XXXI

#### Las Hospitalarias.

Pasó el conde una noche terrible, en un estado que se parecía mucho al delirio y la muerte.

Sin embargo, cumpliendo fielmente con sus deberes, apenas oyó anunciar la llegada del rey se levantó y le recibió en la verja, como ya hemos dicho; pero después de rendir homenaje á Enrique, saludar á la reina madre y dar la mano al almirante, volvió á encerrarse en su aposento, no decidido á morir, sino á poner en ejecución su proyecto, que nada era bastante á echar por tierra.

Así es que, á eso de las once de la mañana, es decir, cuando á consecuencia de haberse esparcido la noticia fatal, se dispersó todo el mundo dejando

al rey enteramente aturdido con aquel acontecimiento, Enrique fué á llamar á la puerta de su hermano, quien había pasado parte de la noche de servicio, y acababa de retirarse á su cámara.

— ¡Ah! ¿Eres tú? preguntó Joyeuse medio dormido: ¿qué hay?

— Vengo á despedirme de tí, hermano, respondió Enrique.

— ¿Cómo á despedirme? ¿Pues qué, te vas?

— Sí, hermano, porque ya nada me detiene aquí.

— ¿Cómo nada?

— ¿Qué duda tiene? como no se celebran las funciones á que querías concurrir, estoy libre de mi promesa.

— Te engañas, Enrique, respondió el gran almirante; pues así como ayer te encargué permanecieses aquí, hoy no te permito que te vayas.

— Sea, hermano; pero en ese caso tendré el sentimiento, por la primera vez de mi vida, de obedecer tus mandatos y faltarte al respeto, porque desde ahora te digo que nada me impedirá abrazar la carrera religiosa.

— ¿Pero y la dispensa que debe venir de Roma?

— La esperaré en un convento.

— ¡De seguro estás loco! exclamó Joyeuse levantándose estupefacto.

— Al contrario, querido hermano, yo soy el más cuerdo de todos, puesto que soy el único que sé bien lo que me hago.

— ¿Pero no nos prometiste aguardarías un mes?

— Es imposible, hermano.

— Ocho días, á lo menos.

— Ni una hora.

— Mucho debes sufrir, pobre Enrique.

— Al contrario, por lo mismo que he dejado de sufrir, veo que el mal no tiene remedio.

— Pero al fin esa mujer no será de bronce; quizá podamos enternecerla, y yo la ablandaré.

— Nadie puede hacer cosas imposibles, Ana; además, aun cuando se dejase ablandar, ahora soy yo quien no consentiría en anarla.

— ¡Esa es otra!

— Te lo digo como lo siento, hermano.

— Cómo, ¿conque si ella te quisiese, tú no la querrias á ella? ¡Eso es de rabia, voto á Dios!

— ¡Oh! no, te aseguro que no, exclamó Enrique haciendo un movimiento como de horror; nada puede haber ya entre nosotros.

— ¿Qué quieres decir con eso? preguntó Joyeuse con sorpresa: ¿quién es esa mujer? Vamos, Enrique, habla, pues ya sabes que siempre nos hemos confiado nuestros secretos.

Enrique temió haber dicho demasiado, y aun con dejarse llevar del sentimiento que le animaba, abierto una puerta por donde pudiera penetrar el ojo escudriñador de su hermano hasta descubrir el terrible secreto que encerraba su corazón. Cayó, pues, en el exceso contrario, y como sucede siempre en semejantes casos, queriendo recoger las palabras imprudentes que había soltado, pronunció otras mucho más imprudentes.

— Hermano, dijo, te causas en vano; esa mujer nunca será mía, porque pertenece á Dios.

— Todo eso es pura patraña; esa mujer será una beatona, y te ha mentido.

— No, hermano, no ha mentido, pues es hospitalaria: no hablemos de ella, y respetemos á los que se refugian en brazos del Señor.

Como Ana tenía sumo dominio sobre sí, supo no manifestar á Enrique la alegría que le causaba aquella revelación.

Así es que prosiguió:

— Todo eso es nuevo, puesto que nunca me has hablado de ello.

— Efectivamente, es nuevo, porque hace poco tiempo que ha tomado el velo; pero estoy seguro de que su resolución es tan irrevocable como la mía. De consiguiente, no me detengas por más tiempo, hermano; dame un abrazo con el mismo cariño que siempre, y deja que te dé las gracias por lo bondadoso que has sido conmigo, la paciencia con que has sufrido mis molestias, y el afecto entrañable que siempre has profesado á un pobre loco como yo.

Joyeuse miró á su hermano sin decir una palabra, como un hombre enternecido que cuenta con su enternecimiento para persuadir á otro; pero Enrique conservó su firmeza, respondiendo únicamente con su eterna melancólica sonrisa.

Joyeuse abrazó á su hermano y le dejó marchar, diciendo para sí:

— Vete, que por mucha prisa que tengas, no tardaré en atraparte.

Y se fué en busca del rey, á quien encontró almorzando en la cama, con Chicot al lado.

— ¡Buenos días! dijo Enrique á Joyeuse, me ale-

gro mucho de verte, Ana; temía fueses tan perezoso que te quedaras todo el día en cama. ¿Cómo está mi hermano?

— ¡Ah! señor, nada sé, y venía á hablaros del mío.

— ¿De cual de ellos?

— De Enrique.

— ¿Insiste en encerrarse en un convento?

— Mas que nunca.

— ¿Y está decidido á profesar?

— Sí, señor.

— Hace bien.

— ¿Cómo, señor?

— Sí, porque es el camino más derecho de ir al cielo.

— ¡Oh! dijo Chicot al rey, más pronto se llega por el que ha tomado tu hermano.

— Señor, ¿me permite V. M. que le haga una pregunta?

— Puedes hacerme cuantas quieras, Joyeuse, porque me fastidio en el castillo de Thierry, y tus preguntas me distraerán algo.

— Señor, ¿conoce V. M. todas las religiones del reino?

— Tanto como la heráldica, querido.

— ¿Tiene la bondad V. M. de decirme qué son hospitalarias?

— Son una comunidad muy distinguida, rigida y severa, que se compone de veinte señoras canonesas de San José.

— ¿Y profesan?

— Sí, pero se necesita un favor especial, y que las proponga la reina.

— ¿Será una indiscreción preguntar á V. M. dónde está situado el convento?

— No: está en la calle de la Cabecera de San Leandro, en la Cité, detrás del claustro de Nuestra Señora.

— ¿En París?

— Justamente.

— Gracias, señor.

— ¿Pero por qué diablos me preguntas todo esto? ¿Ha variado tu hermano de modo de pensar, y en vez de meterse á capuchino, quiere ser hospitalaria?

— No, no le creo tan loco que quiera hacer lo que dice V. M., pero sospecho que ha perdido la cabeza por alguno de esa comunidad, y quisiera descubrir quién es para hablarle.

— Por vida de... dijo el rey con aire de un bienaventurado, que hace siete años conocí á una superiora muy linda en ese convento.

— Pues bien, señor, quizá será la misma.

— No lo sé, porque también yo me hice después religioso, ó poco menos.

— Señor, dijo Joyeuse, déme V. M. una carta para esa superiora y licencia por dos días.

— Si me dejas, exclamó el rey, me voy á quedar solo aquí.

— ¡Ingrato! dijo Chicot encogiéndose de hombros, y yo, ¿no soy nadie?

— La carta, señor, si V. M. no lo lleva á mal, dijo Joyeuse.

El rey exhaló un suspiro y se puso á escribir.

— Pero tú nada tienes que hacer en París, dijo Enrique entregando la carta á Joyeuse.

— Perdonadme, señor, pero tengo que ir acompañando á mi hermano, á lo menos vigilándole.

— Tienes razón, véte, pues, y vuelve pronto.

Joyeuse no esperó á que le repitieran el permiso, pidió caballos sin estrépito, y seguro de que Enrique se había ya marchado, se dirigió á galope á su destino.

Sin quitarse siquiera las botas de montar, hizo el joven que le condujesen á la calle de la Cabecera de San Leandro.

Dicha calle iba á parar á la del Infierno y á la de los Marmosetes, paralela á ella.

Un edificio oscuro y venerable, detrás de cuyas paredes se distinguían las elevadas copas de algunos árboles, ventanas escasas y enrejadas, y una puerta, que más bien podía llamarse postigo : tal era el aspecto que por fuera presentaba el convento de las hospitalarias.

En la clave de la bóveda del pórtico había una inscripción, torpemente grabada á cincel, que decía :

*Matronæ hospites.*

El tiempo había medio corroído la piedra, y con ella la inscripción.

Joyeuse empujó el postigo, y mandó que llevasen sus caballos á la calle de los Marmosetes, temiendo no hiciese demasiado ruido su presencia en la del convento.

Entonces llamó á la reja del torno, diciendo :

— Tened la bondad de avisar á la señora superiora que el duque de Joyeuse, gran almirante de Francia, desea hablar con ella de parte del rey.

El rostro de la religiosa que se había presentado en la reja se enrojeció debajo de su toca, y el torno volvió á cerrarse.

Cinco minutos después se abrió una puerta, y Joyeuse entró en el locutorio.

Una mujer hermosa y de elevada estatura hizo á Joyeuse una profunda reverencia, y el almirante contestó con otra religiosa y mundana á la vez.

— Señora, dijo, el rey sabe que debéis admitir ó habéis admitido en clase de novicia á una persona con quien tengo que hablar : tened, pues, la bondad de ponerme en comunicación con ella.

— ¿Queréis decirme cómo se llama, caballero?

— Lo ignoro, señora.

— Entonces, ¿cómo queréis que acceda á vuestra petición?

— Nada más fácil : ¿á quién habéis admitido de un mes á esta parte?

— Ora me designéis positivamente esa persona, ora me la indiquéis únicamente, dijo la superiora, no podré satisfacer vuestro deseo.

— ¿Por qué?

— Porque de un mes á esta parte no he recibido á nadie, á no ser esta mañana.

— ¿Esta mañana?

— Sí, señor duque; y bien comprendéis que llegando, como llegáis dos horas después que ella, vuestra venida tiene visos de persecución, y no puedo daros permiso para que la habléis.

— Os lo suplico, señora.

— Es imposible, caballero.

— Me contento con que me enseñéis esa dama.

— Os digo que es imposible... además, vuestro nombre ha bastado para que os abra la puerta de mi convento; pero para hablar con alguno, escepto yo, se necesita que el rey lo mande por escrito.

— Aquí tenéis una orden de S. M., señora, respondió Joyeuse dándole la carta de Enrique.

La superiora la leyó, é inclinándose dijo:

— Hágase la voluntad de S. M., aun cuando contraria á la de Dios.

Y se dirigió hacia el patio del convento.

— Ahora, señora, dijo Joyeuse deteniéndola con política, ya veis que el derecho está de mi parte, pero temo equivocarme, quizá no sea esa dama la que yo busco; ¿queréis, pues, tener la bondad de decirme cómo es que ha venido aquí, por qué y quién la acompañaba?

— Todo eso es inútil, señor duque, replicó la superiora, no os equivocáis; esa dama que ha llegado al convento esta mañana, al cabo de quince días que hace la estamos esperando, esa dama que me ha recomendado una persona que ejerce sobre mí una autoridad omnimoda, esa dama es la persona á quien necesita hablar el señor duque de Joyeuse.

Dichó esto, la superiora hizo otra reverencia al duque y desapareció.

Al cabo de diez minutos volvió acompañada de una monja hospitalaria, cuyo rostro ocultaba enteramente un tupido velo.

Aquella monja era Diana, que ya se había puesto el hábito de la orden.

El duque dió gracias á la superiora, ofreció asiento á la tapada, se sentó, y la superiora se marchó ce-

rrando las puertas del sombrío y oscuro locutorio.

— Señora, dijo entonces Joyeuse sin más preámbulos, vos sois la dama de la calle de los Agustinos, esa mujer misteriosa á quien mi hermano, el conde Du Bouchage, ama perdidamente.

La hospitalaria inclinó la cabeza para responder, pero no habló.

Aquello le pareció á Joyeuse una impolítica, y como estaba prevenido en contra de su interlocutora, continuó:

— Ya sabéis, señora, que no basta ser bella ó pasar por tal, no tener corazón, producir una pasión miserable en el alma de un joven que lleva mi apellido, y decir á ese joven: «Tanto peor para vos, si es que tenéis corazón, pues yo no le tengo ni quiero tenerlo.»

— Yo no he dicho eso, caballero, estáis mal informado, contestó la hospitalaria con un tono de voz tan noble é interesante, que Joyeuse depuso su enfado momentáneamente.

— La poca ó mucha exactitud en las palabras, nada hace al caso, señora; lo cierto es que habéis rechazado el amor de mi hermano, reduciéndolo á la desesperación.

— Ha sido inocentemente, caballero, pues siempre he procurado alejar de mí al señor Du Bouchage.

— Eso se llama coquetería, señora, y el resultado constituye la falta.

— Nadie tiene derecho para acusarme, caballero; de nada soy culpable, y si os enfurecéis contra mí, no responderé.

— ¡Oh! ¡oh! dijo Joyeuse acalorándose más y

más, habéis perdido á mi hermano, y creéis justificaros con esa majestad provocadora; no, no, el paso que doy debe probaros mi intención, estoy serio, os lo juro, y ya veis en el temblor de mis manos y labios, que necesitáis emplear muy buenos argumentos para ablandarme.

La hospitalaria se levantó y dijo con la misma sangre fría:

Si habéis venido aquí para insultar á una mujer, insultadme, caballero; pero si habéis venido para hacer que mude de dictamen, retiraos, porque perdéis el tiempo en balde.

— ¡Ah! está visto que no sois criatura humana, exclamó Joyeuse desesperado, sino un demonio.

— Había dicho que no respondería, pero ahora hago más, me retiro.

Y la hospitalaria dió un paso hacia la puerta, pero Joyeuse la detuvo exclamando:

— ¡Ah! esperad un momento, hace mucho tiempo que os busco para que vayáis á dejaros ir de ese modo, y puesto que al fin he conseguido encontraros, puesto que al fin me he confirmado, al ver vuestra insensibilidad, en la idea que ya se me había ocurrido, de que sois una criatura infernal, enviada por el enemigo de los hombres para perder á mi hermano, quiero ver ese rostro en que Satanás ha escrito sus negros designios; quiero ver el brillo de esa mirada fatal que extravía los ánimos. ¡Fuera esos tapujos del diablo!

Y haciendo Joyeuse la señal de la cruz con una mano á manera de exorcismo, arrancó con la otra el velo que cubría el rostro á la hospitalaria, pero muda

ésta, impasible, sin encolerizarse, sin reconvenirle siquiera, fijó su dulce mirada en el que le estaba ultrajando con tanta crueldad, y dijo:

— ¡Oh! señor duque, lo que habéis hecho es indigno de un caballero.

Joyeuse se sintió herido en el corazón: tanta mansedumbre apaciguó su cólera; tanta hermosura trastornó su razón.

— Sin duda, murmuró al cabo de un gran rato de silencio, seguramente sois bella, y no es extraño que Enrique se haya enamorado de vos; pero Dios os ha concedido la hermosura para esparcirla como un perfume sobre una existencia enlazada á la vuestra.

— Caballero, no demostráis haber hablado con vuestro hermano, ó si habéis hablado, no ha creído á propósito depositar en vos su confianza, pues de otro modo os hubiera contado que he hecho eso que decis: he amado, y no volveré á amar; he vivido, debo morir.

Joyeuse no cesaba de contemplar á Diana, y la llama de sus penetrantes miradas se infiltró hasta el fondo de su alma lo mismo que esos chorros de fuego volcánicos que derriten el bronce de las estatuas con sólo pasar cerca de ellas.

Aquel rayo devoró la parte material en el corazón del almirante; sólo quedó en él oro puro, y crujía como el crisol con la violencia del metal fundido.

— ¡Oh! sí, volvió á decir en voz más baja y fijando en ella más y más sus ojos, en los cuales estaba pintado el fuego de la rabia, ¡oh! sí, Enrique ha debido enamorarse de vos... Por piedad, señora, os suplico de rodillas que améis á mi hermano.

Diana permaneció fría y silenciosa, y el duque prosiguió :

— No reduzcáis una familia á la agonía, no hagáis desaparecer el porvenir de nuestra raza, no hagáis que uno muera de desesperación y los otros de sentimiento.

Diana no respondía, y continuaba mirando tristemente al hombre que se inclinaba ante ella en ademán suplicante.

— ¡ Oh! exclamó al fin Joyeuse apretándose con furia el corazón con una mano crispada, ¡ ah! compadeceos de mi hermano y de mí, á quien devoran vuestras miradas... Adiós, señora, adiós.

Se levantó como un loco, corrió ó más bien arrancó los cerrojos de la puerta del locutorio, y se dirigió fuera de sí á donde se hallaban sus criados, los cuales le estaban esperando en el rincón de la calle del Infierno.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
FEB. 1923 MONTERREY, MEXICO

## CAPÍTULO XXXII

Su Alteza Monseñor el duque de Guisa.

El domingo 10 de junio, á eso de las once de su mañana, hallábase reunida toda la corte en la cámara situada antes de llegar al gabinete en que, desde su encuentro con Diana de Meridor, estaba agonizando el duque de Anjou de un modo lento y fatal.

Ni la ciencia de los médicos, ni la desesperación de su madre, ni las rogativas que el rey mandó hacer, habían conjurado aquel acontecimiento supremo.

Mirón declaró al rey aquella misma mañana que el mal no tenía remedio, y que Francisco de Anjou iba á expirar de un momento á otro.

Diana permaneció fría y silenciosa, y el duque prosiguió :

— No reduzcáis una familia á la agonía, no hagáis desaparecer el porvenir de nuestra raza, no hagáis que uno muera de desesperación y los otros de sentimiento.

Diana no respondía, y continuaba mirando tristemente al hombre que se inclinaba ante ella en ademán suplicante.

— ¡ Oh! exclamó al fin Joyeuse apretándose con furia el corazón con una mano crispada, ¡ ah! compadeceos de mi hermano y de mí, á quien devoran vuestras miradas... Adiós, señora, adiós.

Se levantó como un loco, corrió ó más bien arrancó los cerrojos de la puerta del locutorio, y se dirigió fuera de sí á donde se hallaban sus criados, los cuales le estaban esperando en el rincón de la calle del Infierno.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
FOLIO 1623 MONTERREY, MEXICO

## CAPÍTULO XXXII

Su Alteza Monseñor el duque de Guisa.

El domingo 10 de junio, á eso de las once de su mañana, hallábase reunida toda la corte en la cámara situada antes de llegar al gabinete en que, desde su encuentro con Diana de Meridor, estaba agonizando el duque de Anjou de un modo lento y fatal.

Ni la ciencia de los médicos, ni la desesperación de su madre, ni las rogativas que el rey mandó hacer, habían conjurado aquel acontecimiento supremo.

Mirón declaró al rey aquella misma mañana que el mal no tenía remedio, y que Francisco de Anjou iba á expirar de un momento á otro.

El rey fingió gran sentimiento, y volviéndose á los que estaban presentes, dijo :

— Esta desgracia vá á dar muchas esperanzas á mis enemigos.

Á lo cual contestó la reina madre :

— Nuestro destino está en las manos de Dios, hijo mio.

Chicot, que se mantenía humilde y contrito al lado de Enrique III, añadió en voz baja :

— Señor, ayudemos á Dios en sus obras siempre que podamos.

El enfermo perdió á eso de las once y media el color y la vista; su boca, que había estado abierta hasta entonces, se cerró, el flujo de sangre, que había asustado hacia algunos dias á cuantos lo presenciaron, como antiguamente el sudor de sangre de Carlos IX, se contuvo de pronto, y se enfriaron todas las extremidades de su cuerpo.

Enrique estaba sentado á la cabecera del lecho de su hermano.

Catalina, colocada en el hueco que quedaba entre la cama y la pared, tenía cogida una mano helada del moribundo.

El obispo del castillo de Thierry y el cardenal de Joyeuse, rezaban el oficio de difuntos, que todos los circunstantes repetían de rodillas y con las manos cruzadas.

Á eso del medio día abrió los ojos el enfermo, al mismo tiempo que el sol rasgaba una nube é inundaba el lecho de una aureola de oro.

Francisco, que hasta entonces no había podido mover ni un dedo, y cuya inteligencia había sido

velada como el sol que acababa de aparecer, levantó un brazo hacia el cielo como asustado.

Miró en su derredor, oyó rezar, sintió su mal y su debilidad, y adivinó, por último, su situación, quizá porque entreveía ya ese mundo oscuro y fatídico á que van ciertas almas cuando dejan la tierra.

Entonces lanzó un grito y se golpeó la frente con una fuerza que estremeció á cuantos estaban presentes.

En seguida, frunciendo las cejas como si acabase de leer en su pensamiento uno de los misterios que envolvían su vida, murmuró :

— ¡Bussy! ¡Diana!

Nadie sino Catalina oyó esta última palabra, porque el moribundo la articuló con voz sumamente débil.

Con la última sílaba de aquel nombre exhaló Francisco de Anjou su último suspiro.

En aquel mismo momento, por una coincidencia extraña, el sol, que doraba el escudo de armas de Francia y las flores de lis de oro, desapareció; de suerte que aquellas flores de lis, tan brillantes hacia un segundo, se volvieron tan sombrías como el azul sobre el cual formaban antes una constelación casi tan resplandeciente como la que va á buscar en el cielo el hombre que sueña.

Catalina soltó la mano de su hijo.

Enrique III se estremeció y se apoyó temblando sobre el hombro de Chicot, quien temblaba también por el respeto que á todo cristiano infunden los muertos.

Mirón acercó una patena de oro á los labios de

Francisco, y al cabo de tres segundos de examen, dijo :

— Monseñor ha muerto.

De cuyas resultas salió de las antecámaras un prolongado gemido como para formar acompañamiento con el salmo que recitaba el cardenal á media voz :

*Cedant iniquitates meæ ad vocem deprecationis meæ.*

— ¡Ha muerto! repitió el rey persignándose en el fondo de su sillón. ¡Hermano mío! ¡Hermano!

— El único heredero del trono de Francia, murmuró Catalina, quien separándose del difunto, se acercó al hijo que le quedaba.

— ¡Oh! dijo Enrique, el trono de Francia es demasiado vasto para un rey que no tiene posteridad, la corona es muy ancha para una cabeza sola. Sin hijos ni herederos, ¿quién me sucederá en el solio?

Apenas había acabado de pronunciar estas palabras, cuando se oyó un gran ruido en la escalera y las salas, y Nambu se precipitó en la cámara mortuoria anunciando :

— S. A. monseñor el duque de Guisa.

Inmutado el rey al oír esta respuesta dada á la pregunta que se había hecho á sí mismo, se levantó sumamente pálido y miró á su madre.

Catalina estaba más pálida aún que su hijo; mas al oír anunciar la horrible desgracia que una casualidad presagiaba á su raza, cogió al rey la mano y se la apretó como diciéndole :

— Ahí tienes el peligro... mas nada temas, que yo estoy á tu lado.

El hijo y la madre comprendieron su mutuo terror y su misma amenaza.

El duque entró en la cámara seguido de sus ayudantes, con la frente erguida, pero buscó con la vista, algo turbado, ó al rey ó el lecho mortuorio de su hermano.

Enrique III, de pie, y con esa majestad suprema de que solo él sabía revestirse en ciertos momentos, porque era de una índole tan extraña como poética, detuvo al duque en su marcha con un gesto de soberano, que quería decir contemplase en el lecho el regio cadáver desfigurado por la agonía.

El duque se encorvó hincándose lentamente de rodillas, imitándole en seguida cuantos le rodeaban.

Enrique III fué el único que permaneció en pie con su madre, y en sus ojos brilló por última vez una mirada de orgullo.

Chicot sorprendió esta mirada, y murmuró en voz baja este otro versículo de los salmos :

*Deposuit potentes de sede : et exaltavit humiles.*

« ¡Derribará del trono al poderoso y ensalzará al humilde! »

## INDICE

CAPITULO I. — En que se da cuenta de cómo entró Sainte-Maline en la torreilla, y de otras cosas que verá el curioso lector.....	5
CAP. II. — En que se da cuenta de lo que aconteció en la casa misteriosa.....	18
CAP. III. — El laboratorio.....	30
CAP. IV. — En que se da cuenta de lo que hacía en Flandes monseñor Francisco de Francia, duque de Anjou y de Brabante, conde de Flandes.....	39
CAP. V. — Preparativos de batalla.....	54
CAP. VI. — Monseñor.....	70
CAP. VII. — Franceses y flamencos.....	88
CAP. VIII. — Los viajeros.....	108
CAP. IX. — Explicación.....	118
CAP. X. — El agua.....	132
CAP. XI. — La fuga.....	144
CAP. XII. — Transfiguración.....	160
CAP. XIII. — Los dos hermanos.....	168
CAP. XIV. — La expedición.....	180
CAP. XV. — Paulo Emilio.....	192
CAP. XVI. — Un recuerdo del duque de Anjou.....	203
CAP. XVII. — Seducción.....	223
CAP. XVIII. — El viaje.....	237
CAP. XIX. — El rey Enrique III no tiene á bien convidar á almorzar á Crillon, y Chicot se convida á sí mismo.....	247
CAP. XX. — Cómo después de haber recibido Enrique noticias del Mediodía, las recibió del Norte.....	265
CAP. XXI. — Los dos compadres.....	280
CAP. XXII. — El Cuerno de la Abundancia.....	290
CAP. XXIII. — De lo que sucedió en el reduto de maese Bonhommet.....	299
CAP. XXIV. — El marido y el amante.....	322
CAP. XXV. — Cómo comenzó Chicot á ver claro en la carta del duque de Guisa.....	334
CAP. XXVI. — El cardenal de Joyeuse.....	345
CAP. XXVII. — En que se dan noticias de Aurilly.....	360
CAP. XXVIII. — Duda.....	367
CAP. XXIX. — Certeza.....	378
CAP. XXX. — Fatalidad.....	391
CAP. XXXI. — Las Hospitalarias.....	402
CAP. XXXII. — S. A. Monseñor el duque de Guisa.....	415



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA